

CR - 61 - 09

TITULO:
SANGRE JOVEN.

AUTOR: SIXTO SANZ CABRERA

AUTOR:

SIXTO SANZ CABRERA

ACTORES

CARMELA

ANDREA

ANTONIA

CLEMENTE

FELIPE (Novios)

ROGELIO (Matrimonio)

JULIO (Matrimonio)

JOSEFA (Matrimonio, ancianos)

El viento soplaba con alguna calma, era así tanto; que me hacía sentirme agradable en aquel día de estío, a la caída del Sol, pero no por eso se dejaba ver aquellos campos tan abundantes en productos sembrados por los agricultores, unos con cereales y otros más bien de regadío con maíz y tomates.

Desde aquella colina veía todo lo que la vista me dejaba percibir por mis sentidos, que no era poco; pues como aquel montículo se erguía en un medio llano, y al tener un número considerable de altura de varios metros, me dejaba observar aquellas inmensas tierras a sumo placer y con agrado de mi persona.

Me levanté de la roca donde me encontraba sentado e inicié mi camino de vuelta a mi casa para poder probar la sopa que se me estaba cocinando en aquella noche en mi hogar: Un hogar halagüeño y acogedor, dentro de las formas sociales de aquel contorno, de mística y de hética a las costumbres y al orden moral como son los hechos cotidianos que se daban en torno a mi alrededor y hasta me atrevo a decir que en mi pueblo. Un pueblo solariego y hospitalario donde los haya, en donde sus habitantes estaban emparentados casi la mayoría, unos con otros, por medio de las costumbres ancestrales de aquel terreno, cerrado a las vías de comunicación; pese a que estamos en dichos tiempos anteriores de apertura y de autovías, como de autopistas; pero debido al declive de aquel terreno y a no ofrecer mucha cosa al comercio nacional permanecía anclado, aquel pueblo, en la edad de nuestros abuelos: Sin apenas vías de comunicación.

Sí circunvalaban, cerca de allí, una vía de servicio y de circulación para los vehículos lo bastante considerable, pero que no era lo suficientemente buena como para atraer hacia nosotros el turismo de otras regiones pese a que se había retocado la carretera que daba a la misma vía antes mencionada y en un palmo de unos doce kilómetros, teníamos una

vía que llegaba al pueblo un algo razonable como para decir que nos servía de punto de partida hacia las otras vías mayores, para desplazarnos de un lugar a otro para irnos a gran distancia.

Comencé a bajar aquella colina, entre jaras, matorral y peñas, por una senda estrecha y angosta; en donde las vicisitudes estaban de trecho en trecho de aquella vereda tan dificultosa para andar una persona por ella. Pisaba hojarascas traídas por el viento y toda clase de palos secos de aquellas matas secas que no distaban del suelo más de medio metro. Ya el soplo de brisa se fue calmando y en vez de notar en mis sienes un alivio al bochorno de aquel verano, lo que notaba era más calor y más pesadez en mi cuerpo a causa del mucho bochorno que estaba haciendo en la altiplanicie por aquellas horas marchitas de la despedida de aquel día caluroso en aquel verano de ensueño.

De ensueño digo por recrearme un rato entre la siembras y el regadío de aquellas tierras, tierras de la señora Mercedes tía de mis amigos, Andrea y Julio, tan bien planificadas sus siembras, que gozaba de una visión de colores y de agrado como nunca había tenido en mi Alma. El colorido de sus tierras estaba perfectamente delimitado y su fragancia, así como su visión tan perfecta para el viandante, que le hacía a éste ser Pantagruélico en su sitio.

Bajando a la llanura inicié el camino agrícola, paso a paso; con esa maestría con la que está capacitado una persona al considerar agradable el terreno por donde anda: Como si su Ego le pidiese más de lo mismo, reteniéndole hasta el mismo paso para regocijarse en el medio ambiente de aquel contorno tan desigual y tan bello a la vez.

Iba dando vista a las primeras casas del pueblo, cuando comencé a ver gentes paseando por aquellos andurriales, cerca de los primeros hogares, para no alejarse mucho del pueblo y poder estar en un periquete en su casa si acaso lo necesitaba.

-.Buenas tardes.

-. Buenas tardes, tenga usted.

Entre un saludo y otro yo me aproximaba a mi casa, un chalet individual, para poder descansar un poco y tomarme esa sopa a la que me referí yo antes en la cima de aquella colina; pues yo tenía la costumbre de cenar muy temprano. Pero cuando pasé por la casa de mi amigo Rogelio, vi las ventanas un poco abiertas y dentro de dicho hogar a su mujer, Andrea y a él, sosteniendo una conversación amena, pero azarada a la vez. Me picó el gusanillo por querer saber de qué se trataba dicha conversación, llamando a la puerta de dicha casa para participar yo también, un poco, en aquella parrafada; pues así creía yo que fuese a ser la conversación que sostenían mi dos amigos: Andrea y Rogelio, matrimonio bien allegados donde los haya.

Nada más que me vieron entrar en su casa pusieron una cara de alegría impar y en donde existía la concordia, hasta ahora, empezó a existir la paz entre el matrimonio por verme allí sentados con ellos.

ANDREA-. Felipe, hijo; te vendes caro, no se te ve en ningún sitio.

FELIPE-. Pues yo no me escondo, como das a entender. Salgo a todas partes: Tal vez es que no coincidimos nosotros, allí por donde voy yo.

ANDREA-. Será eso.

FELIPE-. ¿Qué olor es ese tan característico?.

ROGELIO-. Hueles a pimientos asados; nos ha regalado mi tía Mercedes varios kilos de pimientos de sus tierras. ¡Espera y verás!: Voy a por una bolsa de pimientos para ti.

Y desapareciendo de nuestra vista se marchó Rogelio para el patio en donde tenían la alacena, para que la diese bien el aire y no se embuchasen los alimentos, quedándome a solas con Andrea. Ésta, Andrea, se puso bien en el sillón, echando una pierna sobre la otra, dejándome verla unos muslos bien formados: Parecía como si tuviese ganas de provocarme y así lo estaba haciendo. Y es más; que agachándose cogió del suelo un papel, que estaba allí caído, enseñándome todo su centro. Una mujer de edad mediana, con sus formas definidas; así que ustedes me dirán cómo me puso aquel día Andrea. ¡AY, Andrea de mi Alma!

Cuando llegó Rogelio con la bolsa de pimientos yo estaba que no cogía en mi sillón, y por supuesto no me podía levantar a pena que se me notase mi hombría a pleno volumen.

Rogelio me alargaba con la mano la bolsa de pimientos para que me levantase y me fuese a mi casa para poderlos asar y paladear el saber tan exquisito que tenían dichos pimientos, con un poco de aceite y rociado con un buen vino. Y como yo no hacía manera de levantarme de aquel sillón, pues me estaba dando un poco de vergüenza; así que comencé a parafrasear algún que otro vocablo a ton y a son, hasta que me di cuenta de mi torpeza, iniciando una conversación con Rogelio.

FELIPE-. Haré un asadillo.

ROGELIO-. ¡Claro!; de eso se trata.

Fue una repetición absurda lo que yo había dicho a mi amigo Rogelio; ya que éste, momentos antes, me había dicho que asados, dichos pimientos, sabían a algo bueno. Así que me levanté y despidiéndome, no antes haberlos dado las gracias por los pimientos, salí deprisa a mi casa.

Mi casa se encontraba al final de la calle donde vivían mis amigos, Andrea y Rogelio; ya que era una edificación nueva, un chalet individual, como dije antes, con un porche en la puerta y rodeado por un jardín frondoso. Nada más que entraba en el jardín, me recreaba con las flores y plantas y sobretodo, observaba un árbol que para mí era característico de los jardines por echar unas bolitas rojas, a lo primero, para cuando maduraban volverse negras: ¡Qué curioso dicho árbol!

Cuando entré en mi casa volví a oler el mismo olor característico, que olí en casa de Rogelio y pregunté a mi chica.

FELIPE-. Traigo una bolsa de pimientos.

CARMELA-. Hace una media hora me ha traído mi amiga Antonia otra bolsa de pimientos.

FELIPE-. Sí. He visto a Julio en la finca esta tarde.

CARMELA-. ¿Has estado allí?.

FELIPE-. He dado un paseo y desde la colina lindante a la finca se observa todo, desde su altozano.

De la manera que había preparado los pimientos mi chica, Carmela, me supieron a poco; pues hasta la pedí más, no viendo que se habían terminado, que estaba el plato vacío de contenido de ellos.

No hubo sopa aquel día, pero por lo que se ve, a mí me daba igual; ya que había quedado satisfecho y bien satisfecho con aquellos pimientos asados y con una copita de un buen vino.

Ayudé a recoger la mesa a mi chica y a lavar los platos y así que terminé de hacer todo eso, me senté en mi sillón para ver un rato la Televisión, pero no pudo ser; ya que me quedé dormido: Morfeo me llamaba a su morada y allí que me fui en sueños; pues mi pensamiento estaba cogido a pura fuerza por el etéreo devenir de un hado fatídico en aquella hora de grandeza para mi paladar y mi estómago. Desperté cuando el programa que comencé viendo en la Televisión estaba finalizando, yéndome a la cama de inmediato.

Era otro día y existían otros eventos a los que hacer frente, fuera del sueño; pues era la propia realidad de la vida; esa vida cotidiana, en donde cada individuo encuentra de todo: Algunas veces bueno y otras menos bueno, menos asequible a la persona humana; ya que ésta, la persona humana, tiene delimitadas sus capacidades físicas y mentales, no pudiendo desarrollar todas las cosas por sí misma, teniendo que ser ayudada por otra persona a la vez. Pero no crean ustedes que yo me arredré, pues era casi medio día y allí no pasaba nada fuera de lo normal: Mi vida se desarrollaba placenteramente y sin contratiempos algunos, hasta que me vino a llamar Rogelio con la sola idea de que me hiciese cargo de su gato; ya que su tía Mercedes se encontraba enferma y la irían a llevar al Hospital, según prescripción del Médico de cabecera.

ROGELIO -. ¿Sabes por qué es mi venida a tu casa?.

FELIPE-. Me lo imagino: Vienes con una correa echada al cuello a tu gato

ROGELIO-. No sé cuanto tiempo permaneceremos separados mi gato y yo.

FELIPE-. ¿Qué ha pasado?.

ROGELIO -. Mi tía Mercedes ha enfermado y nos ha dicho don Leandro que la llevemos al Hospital, ya que allí la tratarán mejor del mal que la aqueja.

FELIPE-. ¿Y vais los dos?.

Fue una pregunta capciosa por mi parte, ya que se me quedó mirando Rogelio, como pensando una y mil cosas a la vez. No debí hacer aquella pregunta; pues Andrea era la mujer de Rogelio y tenía el santo deber de acompañar a éste al Hospital, en vez de quedarse sola en casa, al amparo de esas mismas paredes; pero no exenta como para que se

presentase algún cabeza huera y la pudiese molestar. Y como yo le pregunté por la manera de pensar de su mujer a Rogelio con un poco de interés, éste se mosqueó; pero no con el sumo grado de desconfianza hacia mi persona, como para hacerme ninguna clase de pregunta y menos ningún reproche a lo que yo le había preguntado a éste, a Rogelio, sobre si iba o no iba su señora al Hospital.

Pues sí, se fueron los dos y minutos más tarde supe que también se había ido Julio, el otro sobrino de doña Mercedes. ¡Pues qué bien!; yo con el gato de Rogelio y éste asistiendo a su tía en el Hospital. No me encontraba yo muy a gusto sin saber noticias de la enferma y me dirigí hacia el Hospital sin haberlo pensado dos veces, encontrándome allí una escena un poco dantesca entre Rogelio y Julio. No llegaban a las manos, pero los encontré discutiendo muy acaloradamente entre ellos.

JULIO-. Te corresponde a ti el desembolso que produzca la cuenta de secretaría por la estancia de nuestra tía Mercedes en el Hospital.

ROGELIO -. ¡AH!,sí. ¿Y eso por qué?.

JULIO-. Yo pagué la cuenta que se produjo en el mes de Mayo, cuando tía Mercedes tuvo encharcados los pulmones y la estancia en el Hospital costó de veintiséis días.

ROGELIO -. Sino sabes, te lo digo; que bajó mi mujer, junto con la tuya, a la sección administrativa para pagar la cuenta y como a tu mujer, Antonia, la faltaba dinero, mi mujer, Andrea, pagó parte de la cuenta que la presentaron a tu señora.

JULIO -. ¡AH!; no lo sabía.

ROGELIO-. Pues para que lo sepas.

Como me vieron entrar de improviso en la sala de espera mis dos amigos, hicieron como si se estuviesen quitando el polvo uno al otro, muy amablemente; empezando una conversación amena entre ellos dos.

ROGELIO -. Le decía, aquí, a Julio; que hace un tiempo fuera de sí. No está la atmósfera como otros años, o por lo menos acondicionada a la etapa climática en que estamos viviendo.

Yo, para que no sospecharan nada de que les había cogido, casi llegando a las manos, me dispuse a abortar dichas dudas entre los dos y disipé, como digo, las sospechas de haberlos visto forcejear entre ellos.

FELIPE-. Lo mismo he venido pensando yo. Es una etapa del año, en que en vez de hacer fresco, casi frío, debía de hacer calor, mucho calor.

JULIO-. Verdaderas calores, como ha hecho hasta hace unos días.

Llevaron a su tía, otra vez, a casa y la vida siguió igual que siempre, con tanto trabajo o algo más; mientras el pueblo se debatía en afanar en el campo, los hogares se veían colmados de bienes y de todas clases de electrodomésticos.

Las cosechas estaban a punto de ser recolectadas y por lo que se veía, la finca de doña Mercedes se encontraba repleta de todas clases de productos agrícolas; pero veamos más bien lo que nos cuentan nuestros buenos amigos, Rogelio y Julio al respecto.

Era hora para estar aquella cantina abarrotada de gentes y así estaba siendo; pues a las mesas donde se jugaban las partidas, se sumaban otras que estaban completas por existir un partido de fútbol dentro de media hora y entre tanta concurrencia, teníamos a nuestros dos amigos hablando de algo que yo no daba hincapié para saber de qué se podía tratar en aquellos momentos entre ellos; así que me arrimé un poco más a ellos y conseguí oír lo que se estaban diciendo, con el perdón de todos ustedes.

ROGELIO -. Este año tía Mercedes va a coger un buen dinero de las cosechas.

JULIO-. Si hechas cuentas, ves que del arroz cogerá unos veinticuatro mil euros.

ROGELIO -. Del cereal ha cogido unos ocho mil euros.

JULIO-.Y de las frutas y tomates cogerá unos cinco mil euros.

ROGELIO -. Aunque la aceituna sea después, se la calcula: De aceituna de verdeos unos ocho mil euros y de almazara unos dieciocho mil euros.

¡Se los veían unas caras!; caras de gusto y sorpresa por contar tantos euros de una sola vez en aquella tarde, esperando para que televisasen un partido de fútbol a sus anchas.

Pese al haber oído nombrar tanto dinero, yo no me inmutaba; tal vez porque para mí no sería nada de ello; pero comencé a tener inquietudes en mi ser, al ver la cara que estaban poniendo aquellos dos amigos, calmándome al saber las condiciones sociales y los hechos relevante de cada uno.

¡No!; no podía ser que pasase lo que yo estaba pensando en aquel momento, tomándome un refresco en dicha cantina. Mis dos amigos, como les he dicho, no tenían inclinaciones maltrechas en su moral, así que me arrimé más a ellos para deshacer entuertos y no consentir que sus pobres cerebros bulleran algo fuera de lo normal y de la moral.

Les pedí antes perdón por haberme arrimado a ellos para percibir mejor lo que se estaban contando, mal hecho por mi parte; pero, sin fundamento, mi intuición me decía que deshiciera aquel cúmulo de propósito para obtener algún beneficio de todo ello y al arrimarme a mis dos amigos, pude observar que ninguno me tomaba en parecer; vamos que no me escuchaban ninguno de ellos.

FELIPE-. Digo, que el partido de esta tarde es muy importante para uno de los dos equipos que se bate el cobre.

Se me quedaron mirando, con cara de sorpresa; y eso sí que me oyeron, cuando hablé de cobre: ¿Qué creerían ellos a lo que yo me estaba refiriendo?.

ROGELIO -. ¿De qué dinero estás hablando?.

FELIPE -. No hablo de dinero.

JULIO -. ¡AH!, no.

FELIPE-. Pues no. Es una manera de hablar sobre sudar las camisetas de los futbolistas.

JULIO -. ¡AH!; ¿Pero de lo que tú hablas es del partido de fútbol?.

FELIPE-. ¿Y si no de qué?.

No se volvió hablar nada al respecto; pues en ese preciso momento comenzó el partido de fútbol y todas las personas que estaban en dicho establecimiento guardaban silencio, hasta un cierto tiempo.

Claro que he dicho antes, que la calma era momentánea; pues nada más que el equipo contrario, a las personas que estaban viendo el encuentro de fútbol, cometió una pifia, éstas comenzaron a vociferar a pleno pulmón y a dar silbidos. Allí no había quien hablasen unos con los otros y mucho menos entenderse, como no fuese por señas y aún así era difícil de saber lo que te quería decir la otra persona.

Yo resistí allí por vergüenza; pero mi intención fue el salirme corriendo a la calle, para resguardar el tímpano de mi oído y así lo hice cuando faltaban cinco minutos para finalizar el partido de fútbol.

No esperé a nadie y me dirigí hacia mi casa; pero como antes tenía que pasar por la de Rogelio, miré a través de los cristales de la ventana que daba al salón y vi allí el cuadro más patético que hubiese sospechado: Se estaban cogiendo de las manos, Julio y Andrea. Yo me paré un poco para ver si era que se estaban dando las manos, se estaban despidiendo, pero no; puesto que él acariciaba las manos de Andrea y ésta le hacía una caricia en la cara. ¡No podía ser!; se diese tanto despropósitos en tan poco tiempo y con los hechos tan acelerados en la vida. No quise ver más y salí a paso ligero hacia mi casa.

Llegué a casa casi sin aliento por el paso tan ligero que había llevado en la calle para encontrarme pronto con mi novia Carmela, ya que vivíamos juntos desde hacía dos meses y en buena concordia; y créanme ustedes que aquella noche no pude dormir pensando en una y mil cosas a la vez: Lo tenía claro, delante de mi vista y no me lo podía creer.

Cuando me levanté, aquel día, sin demora y como añorando un sentido de cordialidad más definida para una buena llevanza en la sociedad de nuestros amigos, quise vestirme enseguida y salir de mi casa sin desayunar, para hablar con Antonia la mujer de Juan; pero como les digo no tenía intención de desayunar, pero mi compañera me paró en un santiamén.

CARMELA-. ¡EH!; ¿dónde crees tú que vas?.

FELIPE-. ¡Mujer!: Voy al trabajo.

CARMELA -. No antes, sin haber desayunado.

Nos llevábamos muy bien, como les he dicho, Carmela y yo, por no volverles a mentar mi compañera, como se dice en estos tiempos; que para mí, mi novia será siempre mi novia.

Cuando llegué delante la puerta de mi amigo Julio, me paré de repente, en seco, como se suele decir, y tuve dudas si decirle algo a su mujer, Antonia, o callarme para siempre como demanda la Santa Madre Iglesia. No obstante llamé aquella puerta, abriéndome la misma Antonia.

ANTONIA-. ¡AH!, Felipe: ¿Eres tú?.

FELIPE-. Pasaba por aquí y me dije . . .

Dudé un poco en mis palabras y no sabía lo que decir, ni lo que contar en aquella ocasión que me brindaba el estar delante de Antonia para decirle la verdad y toda la verdad en suerte. Pero como Antonia me vio dudar en mis argumentos, enseguida abordó ella la conversación.

ANTONIA-. Pasa, Felipe.

FELIPE-. Te lo agradezco.

Y sin más preámbulos entré en aquella casa, no con pocos apuros y con más indecisiones que llevaba en mi cabeza.

ANTONIA-. ¿Qué me estabas diciendo?.

FELIPE -. Buscaba a Julio para ver si damos, cuando salga de mi trabajo, un paseo por el campo; que a él también le gusta hacerlo.

Me miró con cara de sorpresa, no creyéndose nada de lo que la había dicho y como al levantarme me vio toda mi hombría, ésta, Antonia, irguió el cuerpo dejando presentar un pecho sublime e hinchado a la vez. Había cazado mi intención corporal, de que me atraía y en vez de enfadarse conmigo puso cara de alegría, como si la gustase aquel panorama con el que se estaba encontrando en aquel día y sin esperarlo.

Yo había presentado mi vergüenza en la cara, pero poco a poco se me fueron quitando los colores de mi faz, para quedarme tan limpio como una rosa. Y al salir de su casa y como en un instintivo impulso la cogí por la cintura llevándomela hacia la puerta y ésta se dejaba hacer.

Como vi que no se inmutaba, me amamantó la idea para esperar algo más de aquella señora, Antonia, saliendo de allí más alegre que nunca buscando a Julio; pues a donde debía de estar era en la finca de la tía, poniendo orden en la misma.

No encontré a mi amigo Julio; pero sí vi a mi amigo Rogelio ayudando a pesar el grano que se había recolectado ese año en los sembrados, con tan mala suerte que al entrar en el almacén de granos me vio Julio desde lejos y en pocos momentos se nos presentó en dicho almacén.

Volvió haber otro rifirrafe entre Julio y Rogelio, por algo banal en la historia de éstos, debido a las pretensiones de cada uno.

ROGELIO -. Te ha faltado tiempo para llegar aquí.

JULIO -. No sabía que te encontrases en este lugar.

Yo vi muy azarado a Julio, por no haberle comunicado nada su primo Rogelio sobre el peso del grano recolectado hacía pocos días; así que decidí salir de dicho lugar, casi sin despedirme; ya que al observar acercarse a mí a un jornalero, conocido por mí, me fui detrás de él hablándole sobre la cosecha de frutas de ese mismo año. Hasta que vi, cuando me agaché para hacer correr el agua en una zanja quitándole la tierra que tapaba el cauce a la misma corriente, unos muslos de mujer bien hechos. Eran los muslos de la mujer de Julio, Antonia, que estaba cogiendo unas peras para el postre en aquel sitio. Y como oyó un ruido, alzando una caña de mazorca me vio cavando la zanja con sumo empeño, pero a la vez potente de fuerzas; pues cuando me incorporé dejaba notar toda mi hombría a pleno día, siendo una visión grata para la señora Antonia, la mujer de mi amigo Julio.

ANTONIA-. ¡Ten cuidado!; aquí no.

No sabía yo dónde tenía que ser tales demostraciones de amistad al decirme que allí no; entonces, a mi simple opinión sería en otra parte, más recatada para ella. Yo seguí como si tal cosa no hubiese sucedido y ella continuó cogiendo las peras más echas, según su opinión. Y menos mal, que no llegó a más nuestro encuentro; pues sin darme cuenta se arrimó de improviso mi amigo Julio a mi lado.

JULIO -. ¿Qué haces?.

FELIPE-. Ayudar; me gusta el campo.

JULIO-. Como quieras.

No crean ustedes que aquello, que yo hacía, le gustó un algo a mi amigo Julio; pues era muy celoso en su trabajo y no permitía a nadie intromisiones sin antes saberlo él. Yo dejé allí mismo la azada, haciendo gestos como de cansancio alejándome de aquel lugar más deprisa que corriendo: Pues a mi simple parecer, hasta me había dado vergüenza de la manera como me habló Julio y de cómo me miró.

Al alejarme de aquel lugar vi que Julio se dirigía, a más poder, donde se encontraba el plantío de tomates, cosa que me extrañó mucho, resguardándome entre el maizal para poder observar los movimientos de mi amigo Julio, no tardando mucho tiempo en saber sus intenciones, no correctas en las normas sociales; pues se paró de inmediato y al separar una rama del melocotonero que tenía delante de él pude ver los cabellos rubios de Andrea y al mismo tiempo que Julio pasaba al lado de la señora de Rogelio, vi que Julio la alzaba la bata haciéndola una caricia en los glúteos intermedios. No se inmutó Andrea, pareciendo como si ya hubiese habido otras tantas veces de suma amistad entre ambos.

Salí de allí con el Alma encogida al ver tales clases de intimidades entre todos a la vez: Que si yo te quiero a ti y tú me quieres a mí, que si aquí no ha pasado nada fuera de lo normal de la vida; ¡madre mía!, un despropósito de acumulaciones desfavorables, dentro de la comunidad humana.

Llegué a casa dando un beso a mi pareja, Carmela, y como ésta era bastante larga me cazó en el ánimo con el que yo me había arrimado a ella.

CARMELA-. ¿Y eso?.

FELIPE -. ¿Qué me quieres decir?.

CARMELA -. Más bien, el que me quiere decir algo eres tú a mí con ese beso que me acabas de dar.

FELIPE -. ¿Por un sólo beso?.

CARMELA -. No hace falta ser muy suspicaz para darse cuenta que me quieres transmitir algo.

FELIPE -. Sí; lo mucho que te quiero.

CARMELA -. Si es eso nada más, puede pasar como buenas tus intenciones.

Y como buenas pasaron mis intenciones en aquel beso que di a mi novia, al llegar a casa y demostrarla todo mi cariño de una sola vez.

Hacia poco rato que me encontraba en mi casa, disfrutando de mi compañera, Carmela, cuando sonó el teléfono dando una noticia un tanto mala: La tía de Rogelio y de Julio había fallecido de muerte súbita, yéndonos los dos, Carmela y yo, al duelo en el Tanatorio.

Llegamos a punto de caramelo, como se suele decir; pues estaban casi riñendo los dos primos, por la disposición de cómo se iba a poner en la lápida la esquila mortuoria.

FELIPE -. ¡Venga!; dejadlo ya. Mientras menos letras se pongan, menos hay que limpiar.

Me di cuenta que aquello que había dicho era una sandez; pues me miraban con cara degollada los dos amigos, y eso no era todo, que sus mujeres tenían, a parte, una conversación no amena entre ellas: Ya que de vez en cuando se enseñaban las manos unas a otras. ¡Vaya por Dios!; qué desbarajuste existía allí en aquella hora fatídica.

Yo vi que Antonia salía a las afueras del tanatorio para poder tomar un poco el fresco y despejar la cabeza a la vez, por lo tanto cuando yo vi que ya había pasado un tiempo prudencial, me levanté de mi asiento para salir yo también a la calle y poder contactar con Antonia.

Allí se encontraba aquella mujer, sin un alivio para su Alma; pues al parecer estaba como desesperada por el evento no esperado en aquella noche: La muerte de la tía de su marido, Julio. No se había percatado de mi presencia, hasta que yo la cogí las manos, retirándomelas ésta con un impulso frenético al no saber quién la podía estar cogiendo sus manos.

FELIPE -. Soy yo.

ANTONIA -. No estoy, ahora, para nada.

FELIPE -. Ya lo veo.

No obstante, Antonia, no hizo por retirar su mano sobre la mía y a mí me dio hincapié para abrazarla por la cintura, no sin antes observar que no había, en dicho lugar, nadie.

ANTONIA -. Estate quieto.

Fue lo único que se la dejó escapar a mi amiga y querida Antonia, no estaba aquella señora para muchos trotes y menos para sentimentalismos en aquella hora fatídica para ella, por lo tanto me atreví a preguntar por las causas de su agobio.

FELIPE -. ¿Qué te pasa, Antonia?.

Como aquello se lo dije con cara de circunstancias, además de serio, me miró sin pestañear y como si eso la hubiese dado fuerzas a su moral, se dispuso a contestarme.

ANTONIA -. Lo que me pasa, es muy sencillo.

FELIPE -. Dime el qué.

ANTONIA -. Se ha ido a morir, la señora Mercedes, a la mitad.

Nada más decirme aquello, Antonia, se tuvo que callar por entrar en escena mi novia Carmela, que al no verme dentro del tanatorio, quiso saber dónde me encontraba yo.

CARMELA -. Como no sabía dónde te encontrabas te he estado buscando.

FELIPE -. Ya ves que me encuentro aquí.

No la quise decir nada más a Carmela, de lo contrario hubiese sospechado ésta de mis intenciones, con respecto a mi amiga Antonia.

A mí me mataba la curiosidad, sobre aquello que me había dicho mi amiga Antonia; pues se había quedado un poco corta y así se lo preguntaría en mejor ocasión, pues tenía que saber las causas de su decaimiento moral en aquella hora de duelo.

Mientras tanto yo me volví a entrar en el tanatorio, seguido de Carmela, y entre dime y dietes unos con otros pasaron las horas de aquella noche, celebrándose el duelo por la mañana temprano y como pasa a todos los dolientes, estos se fueron para descansar un poco en sus casas del mucho agobio de la noche anterior.

Cuando me pareció me fui al campo para dar un paseo por las tierras de la tía Mercedes y cosa curiosa, vi allí al señor Clemente, el señor que tenía contratado la señora Mercedes para las faenas del campo; pues dicho señor se había encontrado toda la noche en el tanatorio y antes de llegar a donde estaba él tuve que pasar por la casona de la finca, viendo en ella a su señora, Josefa.

Me paré un poco con aquella señora, para serla agradable y hacerla ver que era una gran señora interesante, dándole los parabienes.

FELIPE -. Buenas tarde, señora.

JOSEFA -. Buenas tardes caballero.

Por la manera con que me dijo aquello, vi en ella una predisposición de quererme decir algo más; por lo tanto me paré con dicha señora, para entablar una pequeña conversación y darla hincapié para que aquella señora me dijese lo que la estaba carcomiendo sus entrañas.

FELIPE -.Bonito día.

JOSEFA -. Sí; pero veremos haber cuando amanezca otro día como será.

FELIPE -. ¿Por qué dice usted eso?.

JOSEFA -. No sabemos, mi marido y yo, si estaremos en estas tierras, laborando las mismas.

No quise hacer hincapié en la conversación y dejé pasar un tiempo para darla más confianzas a dicha señora y amamantarla la idea de contarme todo lo que ella sabía, sobre algo que yo ignoraba; pero al cabo de un tiempo me atreví a replicarla algo para darla fundamento a seguir contándome sus penas.

FELIPE -. Si se refiere, usted a lo que la ha pasado a la señora Mercedes, muerte repentina; la diré, que tenga confianzas, pues hay que tener fe y esperar en todo lo mejor de la vida,

JOSEFA -. No me refería a eso; pues mi marido y yo no sabemos si seguiremos trabajando en la finca.

FELIPE -.¿Y eso?.

JOSEFA -.Hoy mismo iba a ir la señora Mercedes al Notario, para firmar el nuevo testamento que había hecho, siendo los albaceas mi marido y yo, con otras tres personas más del pueblo.

FELIPE -. ¿Y si no?.

JOSEFA-. Si hereda la mayoría su sobrino Rogelio, nos hecha de la finca.

¡Acabáramos!; ya sabía yo a qué se refería mi amiga Antonia cuando me dijo que la señora Mercedes se había quedado a la mitad. La mitad era la disponibilidad de unas firmas.

Sin arrimarme donde se encontraba el señor Clemente, me di media vuelta para disponerme a marcharme de aquel lugar, no sin antes haber saludado con la mano al señor Clemente, en señal de despedirme de él.

Mientras me dirigía al pueblo, por el camino, iba pensando en la fórmula de solventar aquel entuerto tan dificultoso para aquel matrimonio entrado en edad; pues no tendrían dónde ir, ni en qué trabajar. No encontraba modo y manera para saber cómo ayudar aquellos dos seres, tan indefensos en la vida como estaban siendo ese matrimonio formado por Clemente y Josefa.

Cuando llegué a mi casa vi revuelto mi escritorio, pues Carmela había hecho limpieza en el mismo con un trapo no muy acomodado para tal ocasión y tenía mis papeles, unos encima de la mesa escritorio y otros mal puestos en las estanterías del mismo.

Cuando me dispuse a poner bien mis papeles, vi entre ellos una firma de la señora Mercedes, en una carta dirigida a mi señora con mucho gusto y estilo, poniendo aquella carta en su sitio deseado para seguir con mi tarea de arreglar aquel desaguisado.

Cuando terminé de poner bien mis papeles, me senté en mi sillón saboreando una copa a pleno placer de mis papilas linguales. Yo no ponía mucha atención a la música que había puesto; pues mis sentidos estaban en otro ritmo más considerado de ambiente social, hacia aquellas dos personas, jornaleros en la finca.

¡Qué fastidio!, tenerse que marchar de allí a su edad esas personas y al punto de jubilarse; pues no sería eso lo malo, lo malo era que el señor Clemente no viviría sin hacer nada en la vida, pues el trabajo le daba moral para poder seguir viviendo con un cierto decoro social.

Cuando amaneció otro día, se supo que la firma de la señora Mercedes estaba echada en aquel documento, no sabiéndose cómo; pues el señor Notario llamó al secretario, no encontrándose allí tal señor por estar de permiso, pero sí acudió el ayudante del mismo dando fe que la señora Mercedes se había personificado el día anterior en dicha oficina, no sabiendo el ayudante cómo había echado dicha firma en el documento: Pero lo cierto era que estaba firmado y bien firmado.

Poco tiempo tardó en enterarse su primo Rogelio, de que su tía Mercedes había firmado dichos documentos, montando en cólera contra Julio; por haberle dicho que a su tía la faltaba la firma. Era así, que dos días más tarde los vi a los dos en la finca, midiendo terrenos y equilibrando la tierra de una parcela de regadío, para su posible siembra de algún que otro productos de regadío.

No estaban muy de acuerdo con lo que hacían en ese preciso momento, pues gesticulaban mucho; como si uno tuviese la razón y el otro se la quitase. Por lo tanto me arrimé a ellos para ver si se avenían en lo posible, para que no tuviesen otro cuadro de nerviosismo entre ambos.

FELIPE -.¿Qué hay?.

JULIO -. Lo que tú digas.

ROGELIO -.No; lo que diga Felipe, no: Lo que es.

FELIPE -. Bueno: Entonces, decidme, si se puede saber, qué es lo que hay.

JULIO -.Rogelio, no está conforme con la medición que estamos haciendo.

Cogí los impresos que tenía en las manos Julio y pude darme cuenta, que aquella medición estaba perfecta, por lo cual me atreví a preguntar a Rogelio por su decisión en las medidas.

FELIPE -. ¿Y tú qué dices?.

ROGELIO -. Debemos delimitar el canal que circunda, las particiones.

FELIPE -.¿Sobre qué lado?.

ROGELIO -. Sobre el lado acotado de la parcela sembrada de tomates, pues así tiramos una línea recta hacia la misma.

JULIO -. Sí, que es verdad que hace un lomo toro en el medio tercio dificultando la rectitud de dicha parcela; pero el testamento dice que dicha parcela será indivisible.

Rogelio hizo una mueca con la cara de desanimo en sus intenciones, como si por echar una línea recta se fuese a partir dicha parcela.

ROGELIO-. ¡Pamplinas!. Por quitar aquella barriga que forma el medio tercio la parcela, no se parte la misma en ningún sentido.

Tal vez tendría razón Rogelio, por lo que él decía; pero si se acotase en línea recta caería el canal al lado de la parte de éste.

JULIO -. Tú déjalo así.

Con aquello se dijo todo, bastó que Julio diese su opinión sobre la parcela en litigio para que terminase la disputa sobre la misma.

Yo llegué a casa, con un poco de nervios encima, pero; ¿Quién iba a decir?, si nadie sabía nada de lo que estaba pasando entre los dos primos, por la división de las parcelas.

Cuando me estaba tomando mi café, en los postres, tuve una llamada; era Antonia, que avisaba de una mala predisposición corporal de su marido, Julio. Lo cogió mi novia, el teléfono, dejándomelo a mí para que yo decidiese y lo que decidí, fue irme a la vera de Julio para llevarle, con mi coche, al médico.

Llegué a casa de Julio muy azarado, sabiendo la contienda en la que estaba sumido los dos amigos en dicho testamento: A lo mejor, a julio no le sentaba bien aquel litigio que llevaban entre manos los dos primos, Rogelio y Julio. Me puse en todo lo peor, pues conociendo a Julio, sabía en la predisposición de éste ante los eventos de la vida para hacer frente a la misma.

FELIPE -. Doctor. Julio es muy nervioso y cualquier avatares de la vida le provocan un desequilibrio mental.

D. LEANDRO -. Eso; quien lo tiene que decir soy yo.

Me pareció bien lo que decía don Alejandro, el médico del pueblo; de modo, que le dejé hacer a él y tomó la decisión de que mi amigo Julio se tomase un producto para combatir los nervios y nada más.

Pasaron algunos días y yo le veía, a mi amigo Julio, como un poco amarillo; pero como los nervios son muy traicioneros no le daba mucha importancia al asunto.

Un día que cogí a solas a la mujer de Julio en la parcela y al hacerla una caricia, ésta rehuyó con coraje de mi intención sobre amarla en aquella hora, abortando también mis intenciones el operario de la finca, el señor Clemente; pues hizo presencia allí donde nos encontrábamos, Antonia y yo.

CLEMENTE -.¿Cómo se encuentra su marido, señora?.

ANTONIA -. Le diré, a usted, que mi marido, Julio, se encuentra muy desmejorado.

CLEMENTE -. ¿Se saben las causas?.

ANTONIA-. Don Leandro achaca a los nervios.

CLEMENTE -. Y así será.

Cuando hicimos por marcharnos de allí, dicho señor nos invitó a comer en la parcela; ya que su señora había hecho una gran sopa para merendar aquel día.

CLEMENTE -. Mi señora ha preparado una merienda, que no podemos con ella; de modo, que les ruego se queden con nosotros para degustar dicha comida.

ANTONIA -. Muy amable.

Nos agasajó con todas clases de cecina la señora del jornalero, Josefa, y al llegar a los platos la pedimos parecer de qué nos iba a servir.

FELIPE -. Si la soy sincero, la diré que estoy servido con el lomo y el chorizo que he probado ahora mismo.

JOSEFA -. Pero hay que tomar algo caliente.

ANTONIA-. Y ese algo caliente: ¿Qué es?.

JOSEFA -. Una sopa castellana, a base de mucho jamón y un buen pan, con ajo.

FELIPE -. ¿Caldito, caldito?.

JOSEFA -. Con bastante caldo.

Una vez que comimos, cada uno nos fuimos a nuestras respectivas casas sin otro paliativo que fuese el poder descansar un poco con nuestras respectivas parejas; pero hay que ver que por aquello del fatuo, la persona no puede tener, alguna vez, un tiempo de descanso normalizado.

Otra vez sonó el teléfono y esta vez no era cosa para quedarse quieto, pues Julio no se encontraba por ninguna parte que le buscamos y eso que le buscamos por donde Julio solía estar asiduamente. No sabíamos dónde se encontraría éste; así que desistimos buscarle a altas horas de la noche.

Por la mañana temprano me levanté decidido para encontrar a Julio, fuese como fuese, y para ello hasta me atrevería a denunciar su desaparición si fuese necesario.

Como salía de casa sin desayunar, me llamó Carmela muy decidida a darme el desayuno. Me volví rápidamente hacia la entrada de la casa, no sin antes haber visto lo limpio que tenía el jardín y sobretudo donde existían unos árboles que echaban unas bolitas, coloradas mientras eran jóvenes y negras cuando maduraban.

Me senté a la mesa para desayunar y como no tenía motivo de conversación, inicié una conversación rápida para cuando terminase el desayuno salir más que corriendo, volando en busca de Julio.

FELIPE -. ¿Tú te has levantado conmigo?.

CARMELA -. Sí: ¿Y qué?.

FELIPE -. Te cunde todo mucho.

CARMELA -. ¿Por qué dices eso?.

FELIPE -. Te ha dado tiempo a barrer el jardín.

CARMELA -. No; yo no lo he hecho.

¿Dónde estaban, entonces, las bolitas?; si esos árboles cuando se les comienzan a caer su fruto se encuentran esparcidos por todo el suelo del jardín. ¡Va!; Cualquiera sabía lo que había pasado con dichas bolitas.

Salí de casa con suma prisa y camino de la casa de mi amigo Julio, encontrando allí, solamente, a su mujer Antonia a la que di unos arrumacos y nada más, a parte de que ella no quería, por estar preocupada por no saber el paradero de su marido y por otra parte, por la llegada, casi imprevisible, de la mujer de Rogelio; que se presentaba como desesperada, creyéndose fuese ella la mujer de Julio en vez de Antonia.

ANTONIA -. ¡Qué te pasa, Andrea?.

ANDREA-. A mí, nada.

ANTONIA -. ¿Pues quién lo diría?.

Yo me limité a callar, ya que todo lo había dicho Antonia con aquel vocabulario tan sui géneris, de quién lo diría. Y sin mediar palabra alguna salimos en busca de Julio, a lo primero en la finca, no en ningún otro sitio.

Al llegar a la finca nos estaban esperando el señor Clemente y la señora Josefa, tan azarados como el primer día, por no saber dónde se encontraba mi amigo Julio.

JOSEFA -. ¡Por Dios!. Al verlos me ha dado un vuelco el corazón; pues comprendo que todavía no se ha encontrado al señoriíto Julio.

FELIPE -. Cálmese usted, Josefa, que la va a dar algo y no bueno.

JOSEFA -. Pues si sigo así, claro que me dará.

Mientras se arrimaba el señor Clemente a nosotros, le pude observar un carburo en las manos, pues seguro que éste había estado toda la noche buscando, él solo, a Julio.

Nos llevó por entre los canales secundarios de la finca y por miles de otras partes más en las que se componía aquella gran extensión de terreno, hasta por caminos y veredas abiertos por los agricultores para su trayecto de finca a finca. Pasando por cañadas y vericuetos insospechados, por sitios recoletos y puertas que hacía bastante tiempo que no se abrían.

CLEMENTE -. Hace tiempo que esta puerta no se abre y debe estar bastante oxidada, como para que se abra sin esfuerzos ninguno.

FELIPE-. Se oye algo, dentro de esa pequeño dependencia.

CLEMENTE -. Debe ser alguna gata que se ha entrado ahí para parir.

Sí, verídico; pues se oía así como a unos gatitos recién nacidos; así que desistimos abrir aquella puerta y seguimos hacia delante, sin más demora que el querer saber dónde se encontraba Julio. Y así, como a media tarde nos encontrábamos, todavía, saltando zangas y metido hasta las rodillas de cieno entre el maizal, saltando regueras, llenándonos del producto del abono echado a los tomates y a los pimientos; así como entre cañaverales a la orilla del arroyo que formaba dicho desagüe de los canales. Yo iba hecho un Eccehomo y las señoras un sabélico de proporciones mayores en cuanto al parecer que fuesen señoras de la baja sociedad o de arte de magia, por lo negras que estaban y por los jirones de sus faldas.

No encontramos a Julio, ni a ninguna persona que nos llegase a dar señales de su paradero; solamente un anciano nos dijo haber visto, la tarde anterior, a Julio rondar por los alrededores de la finca, así como sin fuerzas ninguna. Y esto nos lo decía aquel señor, con toda clase de detalles, no dando tiempo a la duda de aquellas explicaciones que nos dio aquel buen hombre.

Yo no podía estar quieto en mi casa y nada más que amaneció me encontraba en la finca buscando a solas a mi amigo Julio, fuese por donde fuese, dirigiéndome a la plantación de maíz y pasando, una vez más por donde estaban los gatitos.

Era medio día y yo me encontraba extenuado de tantas idas y venidas, de tantas patadas como tuve que dar aquella mañana en la finca de la señora Mercedes, que en paz descanse.

Al pasar por aquella especie de carbonera, volví a oír a los gatos maullar a pleno pulmón y me dirigí aquel cuchitril para cerciorarme mejor de lo que allí estaba pasando y al acercarme a la llavera, vi, con asombro, que aquella llave había sido abierta hacía poco tiempo; pues su contorno se encontraba como rayado por la fuerza que se hizo al abrir con la llave aquella puerta.

Salí corriendo a la vez para llamar al señor Clemente y éste acudió rápidamente al lugar donde yo le indicaba, abriendo aquella puerta, no sin antes emplear todas las fuerzas del Mundo.

Fue dantesco; un espectro dantesco se nos presentaba delante de nuestros ojos, pero en contra de lo que pareciese irreal, como nos había parecido al principio al señor Clemente y a mí, aquello que se nos presentaba delante de nuestra vista era un despropósito de desecho humano: Nuestro amigo Julio, se encontraba tumbado, a todo lo largo que era, en un habitáculo muy reducido, con paja por todo el suelo.

Apenas pude entrar medio cuerpo en aquel cuchitril para agarrar de un brazo a Julio y atraerle hacia la entrada de aquel reducto tan pequeño, como el que estábamos viendo.

Julio se quejaba amargamente y como si la voz le saliese de un calambuco, hueca y cascada, lográndole sacar sin apenas hacerle ninguna clase de daño. Cuando le tenía totalmente afuera pude observar las pocas fueras que tenía mi amigo Julio.

No lo dudé ni un solo instante y montando a mi amigo Julio en el tractor le llevé al médico, junto al señor Clemente, el tractorista.

El galeno, nada más que le vio movía la cabeza de un lado para otro, como si quisiera decir algo que a su parecer eso no era, ya, de puros nervios.

FELIPE -. ¿Qué pasa, doctor?.

D. LEANDRO-. Estos hematomas, no son producidos por ninguna clases de nervios. Cuando se reponga hay que dejarle hablar a éste señor.

FELIPE -. Se llama Julio.

D. LEANDRO -. Pues el señor Julio dirá lo que le ha pasado.

Estuvimos un buen rato esperando a que Julio recobrase todos sus conocimientos y pudiese expresarse con propiedad alguna y al cabo de un buen tiempo, lo único que nos supo decir, Julio, era que le habían asaltado por la espalda, no viendo al malhechor.

Y todavía tuvo una sospecha más el doctor al verle la vista de la manera como la llevaba, así como la lengua; pues los pulmones, según el galeno los tenía perfectamente, mandándole éste unos análisis clínicos a mi amigo Julio. Parecía mentira, que un hombre hecho y derecho como Julio tuviese tan pocas fuerzas y tantas ganas de devolver.

Los análisis dieron intoxicación, tal vez debido a la sulfatación de los tomates y a la posibilidad de haber bebido el agua de la acequia cercana a dicha sulfatación.

Ninguna otra características en la enfermedad de Julio, salió a la palestra; pues cuando se le empezó a tratar de su intoxicación a Julio, se empezó a curar éste.

Una vez más le vi en las faenas del campo, con sus fuerzas características que le eran propias de un hombre de su edad y su corpulencia.

FELIPE -. Me alegra verte bien.

JULIO -. No creas que estoy totalmente recuperado.

FELIPE -. Poco a poco; ya verás como te pondrás bien.

Al marcharme de la finca, vi al otro lado de la misma a Rogelio afanando en una alberca que tenía para lavar el maíz que se caía para su posible venta en comerciales pequeños. Me dirigí a donde se encontraba él para entablar conversación con el mismo y cosa curiosa, estuve de chácharas con Rogelio, por lo menos una hora. No sabía como abordarle el problema de la herencia, hasta que la conversación me ayudó hacerlo.

ROGELIO-. Todo el problema está en ese lomo toro, esa tripa que hace el terreno, dificultando las tareas de mi regadío.

FELIPE -. ¿No es otro problema más que ese?.

ROGELIO -. ¿Qué otro problema va haber?.

Me lo dijo todo con aquello que me indicó mi amigo Rogelio; pues el verdadero problema, entre él y su primo Julio, era una línea divisoria que se tirase recta para delimitar el canal hacia su lado. Pero aquello no era óbice para que Rogelio se ensañase con Julio, por aquel pequeño o gran problema, según entendí yo.

Como no comprendía hasta qué punto llegaba el desenfreno motor de Rogelio hacia su primo Julio, me fui de aquel lugar muy serio y pensativo por las circunstancias en las que se desarrollaba aquel litigio entre familia y no podía saber cómo se resolvería la fricción entre los dos primos: Si acaso fuese a ser motivo de desenfado total, del uno con el otro.

Antes de salir de la finca, me abordó el jornalero, el señor Clemente, para decirme algo muy importante, según él; y lo que me dijo me llenó de impaciencia mi Espíritu.

CLEMENTE -. Yo no creo que Julio se encuentre perfectamente.

FELIPE -. ¿No me diga usted?.

CLEMENTE -. Como lo digo.

Un pesar en mi corazón me quedó por aquellas palabras dichas por el jornalero de la finca; pues si él lo decía, sería verdad; ya que dicho señor estaba a todas horas junto con Julio y Rogelio, sabiendo en la predisposición en la que se encontraba cada uno de los dos. Así, nada más que llegué a casa me recosté en el sofá para poder descansar un poco de los avatares de aquella mañana tan aciaga para mí, al darme cuenta cómo estaban los ánimos en la finca y lo que podría pasar a consecuencia de dicha tensión de nervios, con los que vi a mis dos amigos. Arrimándose a mí mi novia, Carmela, para infundirme ánimos donde no los había.

CARMELA -. ¡Qué te pasa?.

FELIPE -. Ni yo mismo lo sé.

CARMELA -. Entonces no se te puede ayudar.

FELIPE -. Es como una bifurcación de caminos; en donde uno no sabe por dónde ir.

CARMELA -. Y máxime si esos caminos son dos personas humanas, unidas por unos lazos de amistad fuertísimos.

FELIPE -. Dos gotas de agua superpuesta.

CARMELA -. ¡Justamente!.

No sé ni lo que merendé aquel día; pero lo cierto era, que si comí, comí poco aquel mediodía saliendo a la calle sin rumbo fijo; pero la fatalidad es mucha y la providencia era buena consejera, llevándome de la mano hacia la casa de mi amigo Julio para poder hablar un poco con él. Pero miren ustedes por donde, cuando me aproximé a la casa de Julio vi a su mujer, Antonia, haciendo unos buenos arrumacos a Rogelio a brazo partido; por lo tanto decidí marcharme de allí

sin ser visto. Se estaban dando un abrazo, que más bien no era de amigo, era de cariño y de deseo. ¡Vaya, que vaya!; con la señora Antonia: Parecía que hacía cara a todos los hombres.

Como yo me encontraba en una posición privilegiada, no me podían ver por más que mirasen; ya que había un espejo por medio, el cual me permitía ver todo lo que pasaba en dicha habitación y como lo oía todo lo que se hablaba, estaba pertrechado en aquel sitio tan cómodo para saber qué se cocía allí.

Cuando me fui a mover de aquel sitio, vi llegar al cura párroco a la casa muy decidido según sus andares y llamando un par de veces en el timbre se preparaba para entrar en la misma dándose de bruces con Rogelio, pues salía en ese preciso momento de la casa de Julio. Se miraron, el sacerdote y Rogelio, haciéndose una inclinación de cabeza como dándose las buenas tardes y nada más.

Cuando entró el sacerdote en casa de Julio vi a su mujer, Antonia, nerviosa perdida, por las circunstancias debidas aquel embolismo de desaprobación ante la sociedad y esa mala predisposición de desenfado hacia esa misma sociedad, era consecuencia de ese efluvio de amor personal de unos con los otros.

DON PEDRO -. ¿Sabrás a lo que venga; verdad hija?.

ANTONIA -. Lo que quiero que no me eche usted un sermón.

DON PEDRO -.No, hija; no te voy a echar ningún sermón. Solamente te diré que con tu paño enjuagues las lágrimas que se te caen en la arena de ese ruedo donde tú lidias.

ANTONIA -. ¿Qué paño?.

DON PEDRO -. El de la Verónica.

ANTONIA -. Esa mujer era mala.

DON PEDRO -. Hay actos más malos que los que cometió dicha señora y no están clasificados.

ANTONIA -. ¡Padre, padre!.

DON PEDRO -. Sí, hija. No le estaba dando esclava a tu marido, Julio; pero tampoco te estaba dando a ti esclavo. Cuando os casé, no era mi intención de que os humilléis el uno al otro; más bien era de que os tuvieseis respeto y fidelidad.

ANTONIA -. ¡Sí, padre!.

DON PEDRO -. Ya que has nombrado tantas veces, el sí padre, creo que te darás por enterada y harás un acto de arrepentimiento, en tus adentros, para no volver a caer más en el pecado de la carne.

Antonia se quedó mirando, fijamente, a los ojos al sacerdote, como asustada y a la vez extrañada por comprender que dicho cura sabía la verdad de todo y sin saber quién se lo había dicho.

Salió de casa de Julio el señor Párroco, no sabiendo yo dónde se dirigía; por lo tanto le seguí los pasos, viendo que el sacerdote se dirigía a la casa de Rogelio, aprovechando que estos estaban faenando en sus tareas agrícolas, en la finca.

DON PEDRO -. Hija; vengo para hablar contigo y para ver tu punto de vista.

ANDREA -. Yo estaré siempre preparada para ayudar a la Iglesia en todos los momentos y lugares de mi vida.

DON PEDRO -. Así tiene que ser, aunque a mí me gusta que sea así; más la gusta a nuestra Santa Madre la Iglesia que se cumplan sus enseñanzas dadas a través de los Obispos.

ANDREA -. Las cumplo; las cumplo, padre.

DON PEDRO -. Entonces déjame el paño, que me limpie el llanto.

ANDREA -. No le entiendo, padre.

DON PEDRO -. ¿Tú no guardas el paño de la Verónica?.

ANDREA -. ¿No le entiendo?.

DON PEDRO -. Porque la palabra de Cristo está cayendo en roca; pero germinará la semilla: Ya verás.

ANDREA -. Yo estoy en condiciones de ofrecerle un paño más limpio, que el de la Verónica.

DON PEDRO -. ¿Tú lo crees?. . . Entonces, por qué te esfuerzas en querer a dos hombres a la vez. . . ¡Anda!; dame el paño.

Andrea cayó de bruces al suelo, como queriendo pedir perdón por algo que ella había cometido mal; como si un acto suyo fuese causa de reproche.

ANDREA -. ¡Perdón, padre, perdón!.

DON PEDRO -. Has dicho muchas veces, padre. Creo que estás en el camino de hallar la vedad. De ver esa luz al final del túnel de tu existencia.

ANDREA -. Sí, padre: Perdón.

DON PEDRO -. El confesionario está en la Iglesia.

Y diciendo esto se salió de aquella casa Don Pedro, el sacerdote del pueblo, en espera de que aquellas dos señoras fuesen a la Iglesia para confesar sus culpas y aligerar su espíritu de los pecados capitales o no, que estaban sumidas sus Almas. Conmigo no pasó otro tanto, más que el arrechucho de unos momentos de desahogo; no sé yo si con los otros dos pasaría lo mismo, pero a mi simple parecer que así fue como yo lo cuento.

Yo veía algo inquieto a Rogelio y no sabía por qué causa estaría así, no llegaba a comprender el por qué de dicho nerviosismo; hasta que una tarde, cuando me encontraba dando un paseo por la finca de mis amigos, encontré a Rogelio despejando una reguera para dar agua a una parte del maizal, lo cual vi una posibilidad de entablar conversación con mi amigo Rogelio.

FELIPE-. Te he visto aquí y me he acercado para ver cómo estás.

ROGELIO -. ¿Te gusta dar paseos por la carretera que pasa por la finca?.

FELIPE -. Es el mejor camino para dar paseos sin agobio y sin que te moleste nadie.

ROGELIO -. Eso, sí es verdad.

Hubo un momento de silencio, entre Rogelio y yo, para comenzar hablando de nuestras cosas , no sin antes hacerle hincapié en algo que él no esperaba.

FELIPE -. La herencia te ha puesto un poco nerviosos.

ROGELIO -. ¿Se me nota mucho?.

FELIPE -. Bastante.

Dejó la azada, Rogelio, y como dando un paseo por los alrededores del maizal, hacía como si fuese pensando en algo que yo no sabía; pero que su voluntad me quería hacer saber. De pronto se paró sin otro contratiempo, que no fuese el decirme algo y como si lo estuviese rumiando para sus adentros, se me acercó éste balbuceando algunas palabras que yo no descifraba.

FELIPE -. ¿Me quieres decir algo?.

ROGELIO -. Mira tú, por donde sí. Si te quiero decir algo que me está carcomiendo por dentro y si no lo comento me da algo.

FELIPE -. ¿Qué es?.

ROGELIO -. La firma de mi tía Mercedes.

ALFREDO -. No te entiendo.

Siguió dando paseos alrededor del maizal y como si él hubiese observado algo fuera de sitio, como si hubiese visto algo que no cuadraba en los papeles de la Notaria, en los documentos de la herencia de su tía Mercedes. Por lo tanto yo no me pude callar y acometí la pregunta deseada.

ALFREDO -. ¿Qué has visto, qué has observado tú en dichos documentos?.

Se me quedó mirando con cara de extrañeza y al cabo de un buen rato, después de pensar mucho, me comentó algo que me produjo un movimiento acompasado por todo mi cuerpo.

ROGELIO -. ¿Por qué sabes tú que mis sospecha se cierne en los documentos de la herencia; si yo no lo he dicho?.

Con una certeza impar, logré atajar dicha sospecha de conformidad que estaba dando mi amigo Rogelio a mi pregunta.

FELIPE -. No hay más documentos que los de la herencia.

ROGELIO -. Eso sí.

Eso fue lo que me evadió, pues no podía dar signo de retirada por el miedo, delante de mi amigo Rogelio; ya que éste estaba muy susceptible a todo lo que se le decía y posiblemente cogería recelo de mi persona, como de cualquier otra persona si así fuese.

No tomé en consideración aquella conversión, pues Rogelio no sabía los pasos que se tenían que dar para saber ciertas cosas; por lo tanto, decidí marcharme de allí y no volver a pensar más en todo aquello, pero al pasar por la casa de campos vi sola a Antonia. Miré para los lados y me cercioré de que no estaba la señora Josefa cerca de allí, tal vez había ido al pueblo para gestionar la compra de la semana en alimentación.

Entré, sin llamar, en la casa y la así por la cintura a Antonia dejándose hacer ésta, para más tarde darla media vuelta, ya que la tenía de espaldas, y propinarla un beso; entrándola la lengua por toda la cavidad bucal, sobretodo en el velo del paladar, sintiéndose ésta y yo muy complacientes con lo que estaba haciendo mi persona con ella.

ANTONIA -. No lleguemos a más.

FELIPE -. ¿Y eso me lo dices tú?.

ANTONIA -. Sí. Desde luego, si algún día me dejo llevar, no abuses de mi cuerpo; no soy gustosa en ello.

FELIPE -. Como quieras. ¿Pero sabes lo que te digo?.

ANTONIA -. ¿El qué?.

FELIPE -. De esa manera se mata a un hombre; pues el hombre no tiene que retener ninguna clases de nervios: Sufre, de esa manera, lo indecible.

Como me había separado, con el impulso de las manos, de su lado yo salí de allí sin despedirme tan siquiera, todo compungido y con bastantes deseos de amar aquella mujer; que se me ofrecía en lo más fundamental, pero no en lo más trascendental para mi persona.

Pensando y pensando, llegué a la conclusión; que al igual haría Andrea con Julio y por supuesto, ésta, Antonia, con Rogelio; pues visto lo visto, Antonia hacia a todos.

Cuando pasé por la casa de Rogelio salió su mujer, Andrea, para decirme alguna cosa, que yo no comprendía bien; pues estaba en la acera de enfrente y no oía lo suficientemente como para entenderla. Decidí irme a su lado y ésta, Andrea, se retiró un poco hacia un lado para dejarme pasar.

ANDREA -. Pasa y te explico.

Vi la posibilidad de poderme dar cuenta si tal vez, Andrea, sería otra igual que Antonia; que se paraba en todos los palos del gallinero.

Nada más que entré en aquella casa, cerró tras de sí Andrea la puerta con todas las confianzas del mundo y yo esperando a mejor situación en lo que quería comprobar con Andrea. Y lo hubo; vaya que si lo hubo: Pues aprovechando que Andrea se dirigió hacia mí, la así de la cintura, no dejándola moverse para nada.

ANDREA-. Estate quieto.

FELIPE -. Creía que te caías.

Andrea me miró, clavando sus ojos en los míos, para ver la pura realidad de lo que yo la estaba diciendo en aquel preciso momento.

ANDREA -. Pues ya ves que no me caigo.

Y separándome con las manos de como estaba con ella, me hizo irme a medio metro de donde ella se encontraba. Ésta señora no era igual que la otra, Antonia, pues hacía a un solo hombre, en el buen sentido de la palabra.

FELIPE -. ¿Creo que me decías algo?.

ANDREA -. Desde luego. Te decía, que quiere formar una cena Rogelio y mi pregunta es: ¿Podéis ir vosotros dos?.

FELIPE -. Contad con Carmela y conmigo.

ANDREA -. No esperaba menos.

FELIPE -. ¿Dónde será?.

ANDREA -. No va a ser en mi casa; será en un restaurante.

Quería Rogelio, que nos reuniésemos en un par de horas cenando todos juntos el próximo sábado y al parecer en un buen restaurante; el caso fue, que no pregunté el motivo de dicha cena, pero a mí me daba lo mismo.

Cuando llegué a casa se lo comuniqué a mi pareja, Carmela, pareciéndola bien dicha cena, aunque no supiésemos el motivo de dicha reunión y nos quedamos en espera de que llegase el sábado para asistir a tal evento y eso que estábamos a miércoles.

Los días sucesivos lo pasamos, Carmela y yo, un poco nerviosos, esperando la hora para ir a la cena y saber de qué se trataba aquella reunión de vecinos.

Yo, mientras tanto, me daba unos paseos por la tarde, después de salir de mi trabajo, yéndome camino de la finca para ver si veía a Rogelio y poder saber algo más de dicha cena y lo poco que le vi fue a lo lejos, no pudiendo entrar en el lugar que se encontraba para charlar algo con él debido a que llevaba zapatos buenos y me los mojaría en la reguera de los canales y se pudrirían, como se suele decir, a consecuencia de la mucha sulfatación de los tomates y de los pimientos. Y el día llegó con todo su boato que merece tal evento, al podernos reunir todos los vecinos amistosamente.

Cuando íbamos entrando en el restaurante, vimos, juntos con nuestro amigo Rogelio, a tres personas más que estaban formando comensales en la misma mesa donde nos íbamos a sentar todos los vecinos en reunión. Cosa que a mí me escamó mucho; pues Rogelio era una persona un poco agarrada y no se desprendía de su dinero tan fácilmente, como no abstuviere algún beneficio. No obstante pasé decidido a saludar a mis amigos, como así a los señores que componían aquella mesa comedor.

Todo discurría con la seriedad merecida en aquella hora de amistad y de buen gozo, hasta que en un momento, Rogelio nos invitó a escuchar lo que tenía que decirnos.

Yo tenía a mi lado: A una parte a mi novia, Carmela, y a la otra a mi amigo Julio, que se encontraba con su mujer, Antonia, y pude darme cuenta que éste, Julio, comenzó como a temblar, pues el mantel lo denunciaba; ya que se movía con el vaivén característico del que lo está moviendo continuamente. Yo miré a Julio, como extrañado y trasmitiéndole confianzas para que éste se quedase quieto; no fuese a ser que se lo notasen los demás señores, no existiendo causa para tal nerviosismo.

Cuando se levantó Rogelio, Julio temblaba cada vez más, como esperando algo no bueno de Rogelio y yo me puse en guardia por si acaso venían mal dadas.

ROGELIO -. Querido Julio y querido Felipe: Os estaréis preguntando quien son éstos señores que os acompañan a mantel puesto. Pues bien: A uno le conocéis ya, el señor Notario y a éste otro señor no le conocéis, pero os diré que ha estudiado la ciencia de la grafología, y sabe a ciencia cierta si una persona ha firmado un documento, o por el contrario ha sido otra distinta a la persona interesada para hacerlo. Éste otro señor es el Juez de paz.

JULIO -. ¿Y qué tenemos que ver nosotros en todo esto?.

ROGELIO -. ¡AH!, mi querido primo: muchísimo. Puesto que si no es la firma de tía Mercedes la que costa en estos documentos, la herencia cambia sustancialmente; ya que, como sabes, tía Mercedes hizo anteriormente otro testamento, dejándome la mayoría de la finca para mí. Para ti te dejó dinero, constante y sonante, el cual no he tocado por si acaso y el acaso ha llegado.

JULIO -. Muy bien: ¿Y qué?.

ROGELIO-. Puede usted hablar, doctor en grafología.

Aquel señor se expresó con palabras en el argot de su ciencia, no entendiéndole mucho Julio y yo; pero cuando llegó a decir que aquella firma estaba falsificada, eso sí lo entendimos los dos a la suma perfección.

Ahora era yo el que se estaba poniendo nerviosos, notándomelo Carmela y Julio; ya que eran las dos personas que tenía más cerca de mí.

CARMELA -. ¿Qué te pasa?.

FELIPE -. No: Nada.

CARMELA -. Sí; algo te pasa.

FELIPE -. Me ha parecido que la firma es la de la señora Mercedes, que en paz descanse.

CARMELA -. ¿Y si no?.

No contesté, solamente me limité a encoger los hombros como en señal de no saber nada de lo que se estaba tratando en aquel preciso momento. Carmela me echó una mirada, como de disconformidad al asunto, como teniendo sospecha

de algo; pero sin saber de qué trataba ese algo: Si la firma de dicha señora sería válida o por el contrario estaba alterada por alguna mano perversa.

El señor grafólogo cogió el documento firmado y echándole una mirada lo cotejaba con otro, que ya tenía él en sus manos y sacando un material para su trabajo, al cabo de cierto tiempo replicó a la concurrencia algo que ya nos esperábamos nosotros. Aquel documento estaba falsificado; la firma de la difunta, la señora Mercedes, no era y por consiguiente no tenía ninguna clase de validez dicho documento, ya que estábamos dentro del plazo asignado para su caducidad. Nos hicieron echar, a cada uno que estábamos en la mesa comedor sendas firmas, semejándose a la finada y al cabo de un tiempo el grafólogo me señaló a mí como el causante de dicha firma; diciendo que no había ninguna clase de duda, de que yo era el que había echado aquella firma, por la confección de una letra en el apellido de aquella señora.

Me encontraba en una situación crítica y desesperada; pues yo me aferraba a que no había echado ninguna firma, en ningún documento. Que lo poco que yo había firmado, había sido en mi propio beneficio; como formalización del carné de identidad y en el banco y para usted de contar. Yo me aferré a lo que dije primeramente, en todos los medios que fui llamado, para declarar sobre el asunto; de modo que no me sacaban de que yo no había echado ninguna clase de firmas, y eso que tuve que hacer más de dos veces la firma de la señora Mercedes, que en paz descanse.

En una de esas llamadas a la notaria, me tenían a un escribiente para que testificase, que yo había ido aquel día a la misma notaria y desde luego así fue, pues yo no lo negué; pero de eso a que echase yo la firma había un abismo, según yo.

La herencia siguió su curso y por supuesto se llevó la mayoría de la finca Rogelio; pues el testamento que regía, era el documento que tenía firmado antes la finada; ya que el que se había confeccionado hacía poco carecía de firma alguna. Pudiendo rehuir mi amigo Julio; ya que la voluntad de su tía era otra en aquellos tiempos.

A los pocos días me di una vuelta por los alrededores de la finca no viendo allí al señor Clemente, ni a su mujer; sospechando yo de algo no bueno con éstos, hasta que un día llamaron a la puerta de mi casa y cuando abrí la misma encontré en el umbral esperando al señor Clemente y a su mujer, Josefa.

FELIPE -. Buenas tardes; pasen ustedes.

El señor Clemente no dijo nada y se limitó a entrar en mi casa con cara compungida y como asustado, al igual que su señora, Josefa. Yo no sabía las causas del agobio tan enorme como el que presentaba aquel matrimonio en sus caras nada más verlos.

Como dicho matrimonio permanecían de pie en la entrada de mi casa, yo no podía por menos que invitarles a sentarse para poder saber qué causas les habían traído a mi hogar a dichos señores.

FELIPE -. Entren en el salón y tengan la amabilidad de sentarse ustedes.

CLEMENTE -. Muchas gracias, hijo.

FELIPE -. Ustedes dirán a qué se ha debido tan maravillosa idea de venir a visitarnos, a mi novia y a mí, en dicho día.

CLEMENTE -. Sé que se alegran ustedes al vernos; pero las causas que nos traen aquí es otra, no el podemos congratular y felicitarnos por algo noble; es más bien por algo desleal.

FELIPE -. ¿Les ha despedido, Rogelio, de la finca?.

JOSEFA -. Y apenas nos ha dejado de coger nuestras pertenencias.

Me quedé pensativo, un momento, como queriendo recordar algo que estaba en la legislación de los trabajadores; y eso era lo que me dio hincapié para hablarles aquel matrimonio con propiedad jurídica.

FELIPE -. ¿Qué tiempo les ha dado a usted Rogelio para abandonar su trabajo en la finca?.

CLEMENTE -. Ya le he dicho, que ninguno. Se presentó la otra mañana echándonos de la casa de la finca y del trabajo.

FELIPE -. No puede ser; eso no es legal.

CLEMENTE -. ¿Qué hago?.

FELIPE -. Primero llegar a un consenso con Rogelio.

CLEMENTE -. ¿Y si no puede ser?.

FELIPE -. Es improcedente dicho despido. Su contrato lo tiene que poner bien claro.

CLEMENTE -. Y tanto. ¿Entonces?.

FELIPE -. Entonces, llévenle a magistratura.

El señor Clemente se hizo para atrás, era una persona ecuánime y justa a la vez que predecesor de las causas que traerían dichos actos sociales para su persona.

Decidió ejecutar la primera premisa que se le puso para atajar el mal que le aquejaba al bolsillo y a su manera de vida; el irse hablar con Rogelio, sin más ni más.

Como el señor Clemente, no podía andar mucho por el campo en aquellos días debido a un fuerte catarro nasal, le llevó en su coche la hija de éste; ya que había abandonado los estudios por no poder pagar la pensión donde se encontraba alojada.

Encontraron a Rogelio solo en las tareas del campo y faenando en las regueras del maizal, ya que se estaba secando la caña y saliéndole el piojo a la mazorca por consecuencia de falta de agua.

Rogelio, nada más que vio a la hija del señor Clemente, se puso como un perro acechando a su presa; lo único que me preocupaba era por saber si dicho mastín iría a coger la liebre por la que permanecía agazapado para saltar en cualquier momento hacia la presa. Yo le veía que miraba mucho aquella chica y no hacía caso a su padre para nada, por lo tanto me atreví a formar parte activa de la conversación que traía el señor Clemente con Rogelio.

FELIPE -. No te concentras bien en lo que te está hablando el señor Clemente; debemos entrar en la casa de la finca y así podrás oír mejor lo que te dice él.

ROGELIO - ¿Y ésta joven, no habla?.

CLEMENTE -. Ha tenido que abandonar sus estudios por falta de liquidez en mi banco.

Al decir aquello el señor Clemente se me hundió el Alma al suelo; pues no podía ser que una criatura, tan encantadora como era aquella chica, tuviese que dejar sus estudios por no tener su padre medios económicos y tan de repente, como había sido aquel despido improcedente.

FELIPE -. Tú, escúchale.

Y en vez de escucharle al padre de aquella chica, éste, Rogelio, hizo una caricia en la cara a la chica, para ver si aquella piel era normal o era a consecuencia de los productos de botes y de maquillajes.

Cuando terminó el señor Clemente de exponer su problema a Rogelio, lo mejor que pudo y con todo el sumo respeto, éste, Rogelio, se fue afuera, donde se encontraba la hija del señor Clemente para poderla tomar el pulso, como se suele decir, en una conversación que en vez de amena era ofensiva para aquella chica, tan modosita y agradable en su trato.

Yo me fui a los cañaverales, un terreno donde habían crecido unas cañas a su manera, para contactar con el señor abogado, que estaba allí apostado, un poco retirado de donde se encontraba Rogelio con la hija de el señor Clemente, llevándome cerca de ellos, para que oyera mejor la conversación y la pudiera gravar a pleno ritmo. Al decirle, yo al abogado, que si había escuchado todo lo que se había hablado dentro de la casa, éste me afirmó la respuesta, no habiendo problema alguno con lo que dijo Rogelio en la casa; ahora había que saber qué estaba hablando Rogelio con aquella chica.

ROGELIO -. Todo depende de ti, si acepto de nuevo otra vez a tu padre.

Aquella chica no sabía lo que responder y quedándose callada miraba a Rogelio con cara de sorpresa, pero cuan no fue mi asombro cuando vi escribir al señor abogado una nota haciendo ademán entregársela a dicha chica.

Como había un montículo, entre nosotros y ellos, arrastrándose por aquel terreno consiguió llegar hasta cerca de la cabeza de la hija del señor Clemente el señora abogado entregándola la nota que había escrito. Aquella chica, cuando vio caer la nota, se agachó a por ella y leyéndola miró para los lados no viendo a nadie y como Rogelio se encontraba de espaldas a ella y a nosotros, enseñándola todo lo que alcanzaba la vista, como si se lo fuese a dar a ella, no vio la nota éste y así se pudo contactar con aquella angelical criatura. Y en un momento determinado le hizo la chica una pregunta crucial a Rogelio: Que si había echado a su padre del trabajo y éste ufano con su conquista y dando signo de grandeza contestó afirmativamente a dicha pregunta. A esta pregunta siguió otra, no menos fundamental, que si le había dado el plazo reglamentario y como Rogelio se estaba poniendo nervioso contestó con malos modos: ¿Qué plazos ni ocho cuartos: A la calle de inmediato, de modo; que si quieres que vuelva a readmitir a tu padre, depende de ti.

No se le dio tiempo a su contestación por salir de improviso, de entre el promontorio y la maleza el abogado y yo; pero cual fue mi sorpresa al ver aparecer otros cinco señores en las mismas condiciones que nosotros dos.

Cuando se calmó todo esto, me llamó Rogelio para tratar del asunto acaecido días anteriores con su persona.

ROGELIO -. ¿Y eso que somos amigos?.

FELIPE -. Somos; no te quepa dudas. Pero en ello iba la supervivencia de esa familia.

ROGELIO -. A ti no te iba ni venía.

FELIPE -. ¿Cuánto tiempo lleva el señor Clemente trabajando en la finca?.

ROGELIO -. Unos treinta años.

FELIPE -. Ponle cuatro más.

ROGELIO -. ¡Si ya estaba jubilado!.

FELIPE -. Le falta para adquirir el cien por cien de sus derechos, ni tiene la edad; lo que tú dices, está en estudio de Ley, no forma todavía cuerpo jurídico de Ley.

Un día fui para ver como se encontraba el señor Clemente, ya que había sido rehabilitado en su trabajo, y éste estaba en su tarea cotidiana a pleno ritmo y capacidad, una vez que se le hubo pasado aquel constipado nasal tan enorme como el que había tenido.

FELIPE -. Me agrada verle tan bien.

CLEMENTE -. Yo me he curado de mi constipado; pero el que ha vuelto a recaer es su amigo Julio.

FELIPE -. ¿No me diga usted?.

CLEMENTE -. Y tanto que le digo.

Como tuve que pasar por la casa de la finca, entré en ella para ver qué tal se encontraba la señora Josefa y ésta se encontraba rodeada de cacerolas y pucheros, haciendo la comida para los siete empleados que tenía allí el señor Clemente, viendo la posibilidad de enderezar aquel mal que aquejaba al maíz, a los tomates, a los pimientos y toda clase de árboles frutales.

No sabía como abordar la conversación al señor Clemente delante de los demás para que pudiese poner bien su vida fuera de la finca, pero en un descuido de su hija y cuando esta se encontraba alejada del grupo, le hablé con el corazón en las manos.

FELIPE -. ¿Le habrá llamado a usted Rogelio con una carta y con acuse de recibo; verdad, señor Clemente?.

CLEMENTE -. Estoy aquí, por haber entendido que Rogelio me admitía.

FELIPE -. Pues él dice, que depende de alguien, el volvedle a readmitir.

CLEMENTE -. ¿De quién?.

FELIPE -. No sé.

Se decidió que el señor Clemente fuese a magistratura y más tarde buscase su jubilación; así salvaríamos a su hija de las manos de Rogelio, y así se hizo, viviendo una vida agradable el matrimonio en su casa del pueblo y sin tener que trabajar tanto, desde que amanece hasta que oscurece. De esta manera se salvaba la dignidad de su hija; pues no caería en las manos de Rogelio.

En cuanto a la cosecha de tomates, se perdió casi por su totalidad; ya que llegaron los camiones tarde para su recolección y debido al mucho sulfato y poco agua, se había podrido la mayoría de la plantación al igual que el maíz, pues se tuvo que cortar bastantes cañas para que no contaminasen a las demás, al igual que los árboles frutales, que tuvieron una cosecha desastrosa: En fin, que le costó más dinero a Rogelio que obtuvo de la finca.

Tuve una premonición en cuanto al primo, Julio; pues éste se encontraba, otra vez, malo y con ganas de vomitar y con muchos mareos y un poco amarillo: No sabía yo a qué era debido eso, pero por cierto que cada vez se encontraba más malo.

Un día, en vez de dirigirme hacia la finca de paseo me fui a casa de Julio para ver cómo se encontraba éste y le vi bastante pálido y con pocas fuerzas; tan pocas fuerzas que no podía tomarse un baso de leche con unas magdalenas, tan ricas y tan dulces.

FELIPE -. ¿Pero, muchacho!: ¿Cómo te encuentras así?. . . ¿A qué achacas tú esto?.

JULIO -. No lo sé; siempre he tenido una fortaleza bárbara y ahora estoy hecho un trapo viejo.

Cuando salí del cuarto de Julio y al pasar por la cocina, vi en ella a su mujer, Antonia, acercándose a ella para ver si podía saber algo de la enfermedad de su marido y ésta nada mas que me vio corrió hacia mí para poder descansar su cabeza en mi hombro, echándose con todo su cuerpo sobre el mío.

FELIPE -. Me agrada que tengas tantas confianzas conmigo; se ve que me aprecias de veras.

ANTONIA -. No lo sabes tú bien.

FELIPE -. Pero lo que quiero saber es; que si tú tienes idea de por qué está así Julio: ¿Ha tomado algo, tiene un disgusto, bebe mucho . . . ? . . . No sé.

ANTONIA -. Yo tampoco sé, hijo.

Y al decirme eso, me pasó la mano por mis muslos, como haciéndome una caricia en ellos y yo la comencé acariciar todo su cuerpo, pero nada más y ahí queda todo y siempre así, sin llegar a mayores.

Ya en mi casa me di cuenta de que mi novia, Carmela, se encontraba un poco indispuesta y por más que buscaba las causas no las encontraba para saber como se ponía de esa manera.

FELIPE -. Vamos al médico.

CARMELA -. Llámale.

FELIPE -. ¿Tal mal te encuentras?.

CARMELA -. Me encuentro sin fuerzas alguna.

El médico la hizo a Carmela sacar la lengua y la miró los ojos mandándolas una analítica de sangre lo más inmediato posible, pues cuando la miró las uñas de las manos, movía la cabeza de lado a lado para después clavar la vista en mi persona y como éste, el médico, me vio tranquilo desistió en mirarme para volver la vista hacia otro lado.

Por vía de urgencia se la hizo a mi novia un análisis rápido y bien conceptualizado en petición de elementos, no esperando más de una semana para saber sus resultados y cuando fuimos a por ellos nos miraba la empleada del centro con cara de sorpresa, sin saber yo el por qué.

En la consulta del médico se nos dijo que Carmela estaba intoxicada, tal vez por algún alimento fuera de fecha; por lo tanto al llegar a casa vimos la fecha de todos los alimentos no encontrando ninguno caducado. ¡Qué cosa rara!

Yo no daba crédito a lo que nos había dicho el doctor en la consulta y para ello me puse en cocina, nada más que salía de mi trabajo, para ver qué clases de alimentos cocinaba Carmela y créanme que todos estaban en su debido punto. Pensé y pensé bien, si acaso fuese alérgica algún alimento, así que volvimos a la consulta de don Leandro, pidiendo ir a un alergólogo para que la pudiesen averiguar el mal que la aquejaba a Carmela, si acaso fuese este mal culpa de una alergia.

No, qué va; no tenía ninguna clase de alergia mi novia Carmela, deshaciéndome yo los sesos al ver que no daban con el mal que aquejaba a mi novia: Pues con todo y eso lo tendría yo que averiguar, fuese como fuese y para ello se me ocurrió llevar el agua analizar y ahí sí vieron sustancias tóxicas, achacadas al pesticida que se estaba echando este año en la finca para la conservación de frutos y de plantíos.

Me quedé, que todavía no me conformaba con lo que se me había dicho analizando los resultados de los análisis hechos a mi novia Carmela; pues iba en ello su vida y con ella el bienestar mío y el sentirme alguien en la vida con mi chica.

Sin saber lo que hacer, la llevé a una persona que quitaba el mal de ojo; pues en el pueblo se me anunció lo mismo, que tal vez tendría echado el mal de ojos y allí que me fui con Carmela; pero qué va. Todo seguía igual que antes, o cada vez con más intensidad, en dicha enfermedad.

Una tarde que iba dando un paseo por los alrededores de la finca, vimos aproximarse a un hombre que al parecer tenía los mismos andares que don Pedro, el cura párroco del pueblo y nos esperamos para cerciorarnos de que se trataba de dicho señor y efectivamente, era don Pedro.

CARMELA -. ¿Usted por aquí?.

DON PEDRO -. Yo por aquí, hija.

FELIPE -. Cuanto gusto en verle, padre.

DON PEDRO -. Lo mismo digo, hijo. Pero vengo a saber qué clase de agua se dan en estos lugares.

FELIPE -. ¿Se ha enterado, usted?.

DON PEDRO -. Esto se lo digo a tu novia: Si te da sed, tráete agua del pueblo, aunque sea del grifo, que estará bien tratada; con toda seguridad.

CARMELA -. Sí, padre. Lo había pensado yo.

DON PEDRO -. ¿Qué, te encuentras ya mejor?.

CARMELA -. Pero mucho mejor.

Seguimos andando por el camino agrícola aquel, junto con don Pedro y éste de vez en cuando echaba una mirada a Carmela como queriéndola decir algo fundamental para ella, no sabiendo yo de qué se podía tratar; por lo tanto se lo tenía que sacar al sacerdote con suma maestría.

FELIPE -. La tarde no está mal; pero usted, padre, parece que piensa algo y no lo trasmite.

DON PEDRO -. Como te has dado cuenta, hijo, voy a transmitir mi pensamiento, aunque no es el lugar idóneo para hacerlo; es más bien en la sacristía.

FELIPE -. Soy todo oído.

DON PEDRO -. Es más bien sobre vuestro estatus social.

CARMELA -. ¿Y eso?.

DON PEDRO -. Tú escúchame, también; que hay parte para ti.

FELIPE -. Cuente, padre.

DON PEDRO -. Si cuento, no paro. Lo que os quiero decir a los dos, es que ya está bien de exhibiros por ahí sin haber pasado por vicaría.

FELIPE -. ¡Vamos!: ¿Qué nos casemos?.

DON PEDRO -. Justamente: ¿No sois católicos, apostólicos y romano?.

CARMELA -. Sí, padre; no hay que dudarlo.

DON PEDRO -. Pues, entonces; tampoco hay que dudar, que os tenéis que casar, dentro de la Santa Madre Iglesia. Si, como proclamáis, estáis dentro de la Santa Madre Iglesia, ella os exige unas normas sociales entre dicha comunidad y esas normas son que toda pareja se debe casar santamente dentro de unos cánones religiosos de virtudes y santidad.

Yo no respondí nada, solamente me limité a fruncir el ceño y a seguir caminando; mi compañera fue la que habló en aquélla ocasión.

CARMELA -. Tenga en cuenta, padre; que todo cuesta mucho y estamos esperando a tener los medios necesarios para celebrar la boda como Dios manda.

DON PEDRO -. Dios manda, estar en paz consigo mismo y con ÉL.

Allí no se habló más, pues a poco encontramos a Rogelio un poco nerviosos por las circunstancias en las que se encontraba la finca: De deterioro completo. No se había dado ninguna cosecha en condiciones; había fallado en lo más mínimo al no tener a nadie que las cuidase, que hiciese sus tareas a pleno ritmo.

Problema de problema; ya que al no tener capacidad adquisitiva, no podía mandar a nadie al cuidado de la finca; lo tendría que hacer él solo, Rogelio. Le faltaba el capital económico suficiente, no solamente para hacer frente al pago de jornaleros; si no a la compra de semillas nuevas, al pago de la renta anual y a otras tantas facetas que depara llevar una finca de tal envergadura, sin ser ayudado económicamente por alguien o por una sociedad bancaria.

Rogelio había buscado un préstamo para seguir con la labor de la finca y el banco del pueblo se lo había denegado por encontrarse, Rogelio, en quiebra técnica; ya que no había cogido casi nada de dinero, en ninguna cosecha que tuvo aquel año y los bancos lo sabía muy bien.

Caso contrario era su primo Julio, que había obtenido un beneficio algo holgado, no mucho, de sus cosechas; por haberlas cuidado a su debido tiempo.

Ahora que hablo de Julio, les diré a ustedes, que éste se encontraba un poco delicado, no levantando cabeza alguna; pero que al parecer se le veía con más fuerzas que antes; pues podía acometer las tareas del campo, aunque fuese poco a poco.

Rogelio se encontraba cada vez más asfixiado por las deudas al no tener capital retenido para hacer frente a los gastos de la finca; mientras Julio sí podía hacer frente a dichos desembolsos de productos fitosanitarios y compra de semilleros, como poda de árboles y arado.

Sin pensarlo, un día se acercó el médico, don Leandro, a casa para ver detenidamente a Carmela y saber si había bebido agua de los canales secundarios de la finca y al pasar por el jardín se quedó mirando al árbol de las bolitas, observándole yo que movía la cabeza de un lado a otro lado. Salí para recibirle y darle la bienvenida al doctor.

FELIPE -. Me agrada verle en mi casa.

DON LEANDRO -. Vengo para poder observar mejor a Carmela de sus mareos.

FELIPE -. Ya está mejor, gracias.

DON LEANDRO -. Lo único que no me gusta nada es ver este árbol en la entrada del jardín.

FELIPE -. Aquellos otros son iguales.

Dándose un paseo por los alrededores del jardín, Don Leandro hacía gestos de desenfado, no agradándole mucho lo que veía alrededor de aquel jardín.

DON LEANDRO -. Quitá estos árboles, pero de inmediato.

FELIPE -. ¿Me puede decir las causas?.

DON LEANDRO -. Estas bolitas que echan estos árboles, tratadas, son un tóxico muy fuerte.

FELIPE -. ¿Veneno?.

DON LEANDRO -. Justamente. Se llama belladona, el tóxico que produce.

En un par de días tenía arrancados de raíz los cinco árboles que me dijo el doctor que quitase de mi jardín. Ahora sí que no se volverían a encontrar sus bolitas para nada, en ninguna parte.

Comenzó a ponerse bien Julio y mi novia no volvió a dar señales de mareo, nunca más. ¿Qué había pasado allí?: Nadie lo sabría nunca; pero lo cierto era, que una vez quitada la causa se quitó el mal, a mi simple parecer: Me podría confundir, pero era improbable que mis sospechas carecieran de fundamentos.

Y como aquello no lo podía decir a nadie, seguí con mi vida cotidiana como si no hubiese pasado nada: Salía del trabajo y me daba un paseo, todas las tardes, por el camino de la finca; viendo faenar a los dos primos: El uno, Rogelio, con unos esfuerzos monumentales y el otro, Julio, con menos esfuerzos por tener medios para acometer las tareas del campo.

¡Jesús y María!; lo que podía haber pasado allí, sino se hubiese quitado aquellos árboles, con sus productos tan tóxicos. Y para congratularme con mi novia, aquella noche la saqué a cenar , en la Capital, a un buen restaurante y cosa curiosa; vi allí, en ese mismo restaurante a Rogelio, sentado con una señora. Aquella señora parecía que ya conocía a Rogelio , por la manera de expresarse con él y cuando nos vio Rogelio no hizo por ocultarse, todo lo contrario; pues nos llamó a su mesa invitándonos a sentarnos con ellos.

Nos presentó aquella señora como a su abogada; pues estaba en una cena de negocios con ella, no sabiendo yo qué clases de negocios traería con dicha señora, con su abogada.

FELIPE -. ¿Y Andrea?.

ROGELIO -. Se ha quedado en casa, está indispuesta.

CARMELA -. Dale recuerdos míos y dile que la deseo se ponga mejor.

ROGELIO -. Gracias.

No soltó prendas, en aquella noche, Rogelio; así que no me enteré de qué clase de negocios había tratado éste con su abogada, antes de llegar nosotros. Yo tenía una sospecha en cuanto Rogelio se encontraba asfixiado económicamente y sin mano de obra, sin nadie que le ayudase a sostener aquella finca para obtener alguna clase de beneficios de ella.

Una tarde que vi a Julio le estuve hablando de una posible solución para coger dinero antes que las cosechas y esa solución era, que echase una granja como lo habían hecho otros; pues él disponía de efectivo para tal empresa.

JULIO -. Lo había pensado yo, antes.

FELIPE -. ¿Y por qué no lo has hecho?.

JULIO -. Tendré que tener mano de obra ajena.

FELIPE -. Para nada, si vallas la zona, o tienes un establo en el patio de la casa. Lo haces sin pensarlo y allí tienes a dos o tres vacas, como a un par de cerdos; de momento, más tarde; ¡Ya veremos.

JULIO -. Tendría que ir alguna feria de ganado.

FELIPE -. O comprárselo algún vecino del pueblo. Pero lo mejor sería, comprar ganado de raza.

JULIO -. ¿Qué más quisiera yo, mas que comprar ganado de raza?.

Desde luego que compró ganado Julio y lo mejor de las razas que había en aquel entonces por aquellos contornos. También contrató a una persona de su confianzas para que le ayudase a las labores de la finca y tan bien lo hizo que el resultado económico se empezó a ver de inmediato.

Julio se puso bueno, no volviendo a sentir síntomas de desequilibrio ni agotamiento de fuerzas; así mismo mi novia, no volvió a tener esos mareos que la daban, sin ningunas clases de fuerzas, todo siguió su curso como siempre había estado.

Un día, que paseaba por los alrededores de la finca, buen camino para dar un paseo por el campo, vi en plena faena de desagüe del canal al señor Clemente, acercándome a éste para saludarle.

FELIPE -. Me alegra verle, señor Clemente. ¿Pero qué hace usted aquí?.

CLEMENTE -. Soy el encargado de la pequeña parte que ha tocado al señor Julio.

FELIPE -. ¡Ah!; ¿Pero es usted?.

CLEMENTE-. Sí, yo soy.

Me había dado una alegría impar para mis adentros por ver otra vez más en la finca al señor Clemente y antes de marcharme de la finca, pasé a la pequeña casa que tenían los jornaleros de la misma para saludar a la señora Josefa, viéndola en la enorme cocina asando un pollo de granja y a punto de saber triunfar en la vida, como tiene que ser.

Pude darme cuenta que se encontraba allí su hija y la pregunté por los estudios, diciéndome ésta que había proseguido sus estudios y había obtenido buenas calificaciones en ellos, estando disfrutando de las respectivas vacaciones de Semana Santa; cosa que me alegró, pero cuando vi allí a un joven, pregunté por él.

FELIPE -. ¿Y éste joven?.

JOSEFA -. Es el acompañante de mi hija.

Aquella familia se estaba enderezando, volvía a vivir la vida una vez más en medio de un estamento social humilde, pero con posibilidades de sacar a toda su familia a flote el señor Clemente, en esa misma sociedad, económicamente.

Aquel tierno junco, aquella caña de anea, movida al viento; como era la hija de la señora Josefa, con la amabilidad que la caracterizaba y con esa sonrisa angelical, se despidió de nosotros marchando al pueblo por el camino agrícola, con unos pasos señoriales. Se veía que la chica iba hacer una carrera y no se estabilizaría en el campo, como lo hicieron

sus padres; así, que al verla esos andares, aunque fuese en un camino de tierra, tan sublimes, me produjo algo así como un placer irremediable de grandeza de Espíritu y de derroche fraternal hacia su persona.

Al llegar a casa comuniqué lo que había visto y hablado con aquella familia tan agradable para nosotros dos, mi novia y mi persona, alegrándose mucho Carmela por todo lo que yo la estaba contando del señor Clemente y sobretodo de su hija: Tan modosita y tan femenina a la vez; que era un Cielo la criatura.

Yo veía, que en la parte de la finca que tenía Rogelio no había mucho movimiento, por no decir ninguno; que no se sembraba semillero alguno y que no se hacían las labores correspondiente, como para obtener una buena cosecha de algún producto de pepitas o de frutales. Picado por la curiosidad me fui derecho para hablar con Julio un día que le vi faenando en la finca a pleno ritmo.

FELIPE -. Te he visto cuando estaba dando un paseo por los alrededores de la finca y he decidido aproximarme a ti para poderte saludar.

JULIO -. Tú lo que quieres es saber qué le pasa a mi primo Rogelio.

FELIPE -. Mira tú; por donde sí.

JULIO -. Está intentando arrendar la finca; pero nadie la quiere coger, pues está hundida ya. No ha hecho ninguna clase de labor en ella, como para ahora invertir en las tierras bastante de dinero.

Era verdad lo que me estaba diciendo mi amigo Julio, así que decidí seguir mi itinerario por aquellos contornos tan maravillosos y cuando estaba cerca de la casa, que tenía la parte de Julio en aquella finca, decidí llegarme a ella para saludar a su mujer, Antonia.

Antonia se encontraba en medio de la casa, pues tenía un salón pequeñito, una cocina y un dormitorio para su estancia en ella durante las faenas del campo; pues el matrimonio Clemente vivía en otra casa más retirada de aquel sitio, no dando vista a la misma desde aquel terreno.

Como estaba la puerta semiabierta, yo me atreví abrirla de par en par dando vista a una escena maravillosa para mi vista; pues; Antonia se encontraba sentada, pelando patatas, abierta de piernas por tener el baño entre las mismas. Pero no crean ustedes que se inmutó, que no se movió de cómo estaba sentada.

FELIPE -. ¡Hola!, Antonia.

ANTONIA -. Me agrada verte.

FELIPE -. Igualmente digo, que el placer es mío.

Me agaché un poco, cogiendo una patata para dársela a mi amiga Antonia y después pasarla la mano por todo el centro, no haciendo ésta ni por inmutarse, ya que tenía costumbre de otras veces recibirme de la misma manera y con los mismos hechos.

La levanté y la cogí de toda la cruz de su cuerpo con un brazo y con el otro la sujetaba la cintura para que no se cayera, llevándomela hacia la pared y allí, de pié, la comencé a dar besos desesperadamente y acariciando todo su cuerpo; pero cuando quise llevármela a la habitación de la casa, ésta rehuyó de inmediato, por no querer abrirse a mí del todo. No se quería comprometer nada con mi persona, por lo tanto se desligó de mí, de cómo yo la tenía y poniéndose de pié me instó para que me estuviese quieto.

ANTONIA -. No, Felipe: Después sería mucho peor.

FELIPE -. ¿Y eso?.

ANTONIA -. Esos lazos, tan fraternales, nunca dan los frutos deseados.

Tal vez tendría razón Antonia, pero los deseos eran muchos y las ambiciones enormes por conseguir la gracia de ésta, de Antonia y eso que a ella la pasaba otra tanto de lo mismo.

Salí de aquella casa más nervioso que cuando entré en ella, me movía igual que un junco al viento, sin saber lo que hacer; pues se me había cortado las alas para echar fuera todo lo que tenía de hombría, en aquella ocasión y eso es perjudicial para la salud de uno.

Cuando llegué a mi casa me lo notó Carmela, ese estado anímico con el que llegaba yo a ella y en vez de ponerse nervios, hizo como si no lo echase a ver, yéndose a limpiar el aparador y al cabo de un rato se vino a mi lado con idea de preguntarme algo.

Hacía la remolina al lado mío e intentando distraer mi atención de fijeza para que yo la pudiese hablar; aunque fuese del tiempo.

FELIPE -. ¿Qué quieres?.

CARMELA -. Lo único que quiero es hacerte feliz y para ello debes acompañarme.

FELIPE -. La intuición de las mujeres es fenomenal.

Y así, me hizo la vida más feliz en aquel día mi novia Carmela, teniéndola yo más consideración que nunca y cuando me disponía a prepararme para una estancia en el salón viendo la televisión sonó el teléfono siendo Julio que me llamaba de inmediato aquella noche.

Cuando llegué a casa de Julio, en el pueblo, estaba sola su mujer Antonia que abriéndome la puerta me hizo pasar adentro de casa para sentándome en un sillón en el salón de la misma.

No medió palabra alguna, entre Antonia y mi persona; Pues entrándose ésta en su cuarto, sin intención de cerrar el mismo, se desnudó para salir en salto de cama e irse a la ducha para darse un baño de lo más agradable que ella había recibido, pues como tampoco había cerrado la puerta, Antonia de vez en cuando me echaba una mirada de mujer fatal, pero yo como la conocía no hice ni por moverme de mi sitio.

Pensé, en ese preciso momento, en lo esquiva y el poco escrúpulo que tenía Antonia hacia mi persona; por lo tanto me levanté del sillón, yéndome a poner bien en el quicio de la puerta, cuando oí una voz que me llamaba, con un tono algo subido de voz.

FELIPE -. ¿Qué, me deseas?.

ANTONIA -. Pues eso; te deseo . . . Te deseo tener cerca de mí.

FELIPE -. ¿Pero de esta manera?.

Y al decirlo eso me señalaba para mis partes nobles; pues estaban que estallaban, pero Antonia me llamaba con la mano hacia sí, para que me acercase donde estaba ella, en el baño y totalmente desnuda.

Estaba cerca de ella y dicha señora no se inmutaba para nada ; es más que haciéndose para un lado me invitaba a entrarme en la bañera con ella.

FELIPE -. ¿Y tu marido?.

ANTONIA -. Va a tardar un buen rato; se encuentra con el perito, están tasando uno terrenos.

FELIPE -. ¿Pero si me ha llamado?.

ANTONIA -. Ya lo sé; ese se le ha presentado de inmediato.

Yo me entré en la bañera con Antonia y ésta reteniéndome con las manos, pues iba recto a mi objetivo, me hizo recapacitar en lo que quería hacer con ella.

ANTONIA -. ¡EH!; quieto, fiera.

Otra vez más me quedé no sabiendo lo que hacer, ni lo que llevar a cabo con aquella señora; estando en una posición privilegiada para acometer dicho acto.

Pero como se veía que aquel acto no lo podía acometer o por lo menos con la intensidad que yo deseaba; ya que señalándome para sus pechos, me indicaba que calmase allí todos mis nervios.

Mi extrañeza fue cuando atrayéndome hacia sí, me hizo tumbar sobre ella y en general sobre sus pechos para que yo pudiese relajarme en dicha hora de deseos carnales.

FELIPE -. ¿No comprendo?.

ANTONIA-. Es muy sencillo: Descarga aquí toda tu hombría.

¡Termináramos!; en vez de hacerme pasar un rato agradable y yo a ella, me estaba invitando a descargar toda mi conciencia sobre sus pechos y así lo hice, levantándose ella de repente, como si tuviese un resorte debajo.

FELIPE -. ¿Dónde vas?.

ANTONIA -. A lavar la bañera: ¿No ves que hay más sustancia gelatinosa en ella, que agua en la bañera?.

No me había fijado en ello; pero aquella señora se levantaba como rociada por una especie de escarcha, no muy agradable para ella.

Mientras lavaba la bañera, tenía puesto un albornó que la hacía más atractiva y yo sin pensarlo me fui hacia ella para asirla de la cintura y atraerla hacia mí, confundiendo nuestros cuerpos en uno. Pero en un momento determinado me dio un empujón que por poco caigo de espaldas al suelo.

FELIPE -. ¿Qué te pasa?.

ANTONIA -. Ya está bien.

No dijo más aquella señora y vistiéndose se puso hacer la cena para Julio y para ella, dándome a mí a probar aquellos manjares que estaba cocinando.

Mientras tanto, había llegado su marido, Julio, y tratando los dos, él y yo, de la finca me aclaró algo que yo no sabía: Rogelio quería vender la parte de la finca que, según él, le había tocado en la herencia; pero como la herencia estaba fallida, no podía venderla así como así. Había un litigio en el testamento de su tía Mercedes, en una cláusula de conformidad para que le correspondiese a Julio un tercio de mejora, o de ajuar, por los servicios prestados a su tía; ya que Julio había tenido, en vida, a su tía viviendo en su casa: Cuidándola, alimentándola y curándola de sus males.

Por la mañana temprano se veía salir del lado de la finca de Rogelio un hilo de humo, que más tarde fue creciendo para hacerse una verdadera hoguera. Estaba siendo pasto de las llamas casi todo el plantío de árboles frutales; pues los había podado y los estaba quemando sin contemplación. Había hecho una pila de leña con las ramas de aquellos árboles, para más tarde rociarlos con gasolina y prenderlos fuego a discreción, ya que veía totalmente perdida su finca.

Salieron corrieron todos los vecinos de su alrededor para ver lo que estaba sucediendo allí, Rogelio los aplacaba con gestos de no querer verlos en su finca.

ROGELIO -. Les ruego se marchen de aquí todos ustedes.

Al ruego de aquella petición se fueron todos a sus respectivas fincas, dejando a Rogelio a su libre albedrío; o sea, haciendo de tripas corazones. Pero como el pasto estaba muy seco, el fuego pasó a la parte de Julio, devastando una buena extensión de su finca.

FELIPE -. ¿Qué tenías sembrado en ese lado de la finca?.

JULIO -. Tenía sembrado el nuevo maíz de este año.

FELIPE -. Como estaba muy adelantado, se ha quemado toda la caña y la que no se ha quemado, se ha tostado; churrascado, como decimos nosotros.

Ahora sí que tendría que tasar la cosecha quemada en aquel día de tantas ideas perdidas por la poca fe en hacer frente al mal que aquejaba a Rogelio, pues como dicho mal no era físico, podía haber sacado un prestamos de un banco y paliar la mano de obra, como así los efectos del mal de los árboles frutales.

Cuando llegó el perito agrícola se sonaba en el pueblo que las perdidas que había tenido, según el experto, eran de varios millones; pues tenía sembrado casi un tercio de la finca de maíz. No quise hacer del árbol caído leña y no dije nada a Julio de lo sucedido, entendiéndome éste por la manera de cómo me empezó hablar desde ese preciso momento hasta el día de la fecha: Con un grado más amplio de amistad.

Y como se atrasaba Rogelio con el pago que por las buenas le había echado el perito por la cosecha de maíz quemado a Julio, éste no sabía si denunciar el gesto o perdonar a Rogelio dicho descuido en aquel día al quemar su parte.

FELIPE -. ¡Que no!: Que no fue un descuido. Él tenía que saber el mucho viento que hacía aquel día, para aplazar la quema de la poda de los árboles frutales.

Julio no me contestó nada y yo tomando fuerzas de flaqueza me dispuse a marchar de allí sin decir ni tan siquiera adiós. Pero cuando iba pasando por la finca de Rogelio vi a éste sentado en una loma, un promontorio hecho por la delineación del terreno, con la mirada perdida y el pensamiento obtuso. Parecía como si no estuviese en el Mundo dicho individuo.

FELIPE -. ¿Qué tal, Rogelio?.

¡UF!; que susto recibió mi amigo Rogelio; pues como les he dicho, al parecer no se encontraba su Espíritu en el suelo, estaba solamente su Alma y como sino fuese nada con él las cosas de la tierra.

Al oírme; pegó un salto, levantándose de inmediato con una cara de susto impresionante.

ROGELIO -. ¡Qué!: ¿Qué?.

FELIPE -. No he dicho nada todavía; solamente te he saludado.

ROGELIO-. Creí oírte.

FELIPE -. Pues eso solo; que me has oído llegar y nada más.

Inicié mis pasos en aquel camino agrícola, cuando no a mucho trecho me encontré con el señor Clemente, sospechando yo qué haría allí dicho señor.

Me acerqué a él y mirándole fijamente a los ojos le transmití mis inquietudes, para en un momento determinado hablarle con propiedad.

FELIPE -. Siento que usted está aquí por un motivo contundente.

CLEMENTE -. Y tan contundente. Ésta hija mía es una inocente criatura y se está metiendo en la boca del Lobo.

FELIPE -. ¿O sea: Que se encuentra en esta parte de la finca?.

CLEMENTE-. A mi parecer sí.

Sin mediar palabras algunas, proseguimos la búsqueda de la hija del señor Clemente por aquellos contornos de la finca de Rogelio y para más morbo, cuando doblé un recodo en una vereda de dicha finca, vi a Rogelio a brazos partidos con la hija del señor Clemente.

Corrí donde se encontraban los dos, Rogelio y la hija del señor Clemente, y al verme mi amigo Rogelio se transformó todo él en un manojito de nervios, de lo fiero que se puso; al no poder ejecutar su acción con aquella chica, tan modosita y tan bella a la vez.

Llegando al lado de Rogelio le sujeté el brazo con el que estaba agarrando a dicha chica y con mirada firme le hablé claro, con la suficiente honradez para que solamente lo comprendiese él.

FELIPE -. ¿Querías quitar el polvo a ésta chica: Verdad?.

Se me quedó mirando Rogelio, con cara de cerdo degollado, y como si pensase la respuesta, se paró un rato para saber qué era lo que me tenía que decir.

ROGELIO -. Verdad.

Se limitó a decir la última palabra que yo le había dicho y la chica echándose para atrás se lamentaba en que aquello no era verdad alguna; ya que ella había visto señales de acoso sexual en aquel hombre.

Y como yo esperaba la llegada del padre de aquella chica, quise minimizar aquel hecho con las palabras y con las manos, dando señales de alivio a la chica.

FELIPE -. ¡Venga!: No ha pasado nada. Quizás le has comprendido mal al señor Rogelio.

Al decirlo yo a la chica aquello, se presentó de inmediato el señor Clemente que había escuchado las últimas palabras que dije a su hija.

CLEMENTE -. ¿Qué ha interpretado mal mi niña?.

FELIPE -. No; nada del otro Mundo.

ROGELIO -. La vi llena de barro y polvo, queriéndosele quitar de encima el polvo.

Se fue hacia el señor Clemente hacia aquel individuo con cara de pocos amigos y yo al verle así, a dicho señor, le paré en seco poniéndome delante de él y de Rogelio, tapándole todo el paso y así zanjé aquel litigio, que pudo llegar a contienda.

Cuando nos marchábamos de aquel lugar y ya fuera del alcance de Rogelio, empezamos una conversación el señor Clemente y yo, sobre la predisposición de aquel hombre, siempre atento con los demás y ahora había cambiado en lo más fundamental de la vida: El ser humanitario.

FELIPE -. No comprendo cómo está fuera de sí, Rogelio.

CLEMENTE -. El señorío Rogelio ha cambiado mucho.

FELIPE -. Está agobiado por las deudas y por no poder hacer frente a las tareas de la finca.

CLEMENTE -. Que me hubiese dejado seguir a mí, o que me hubiese arrendado la parte que le tocó del testamento; que ya veríamos haber sino hubiese ido para arriba dicha finca.

Tenía razón el señor Clemente en todo lo que dijo, pero donde hay patrón no manda marinero, Así que me callé para no darle hincapié en seguir dicha conversación, que por otra parte no iba a nada; pues la cosa estaba hecha y sin remedio de vuelta alguna.

Mientras acompañaba al señor Clemente y a su hija, yo iba pensando en resolver aquel problema que tenía mi amigo Rogelio y las palabras del señor Clemente me iban sonando en los oídos, de tal manera que pensé la fórmula principal para aligerar de cargas económicas y sociales a mi amigo Rogelio.

FELIPE -. ¿Tal vez ha dado usted , Clemente, en la clave?.

CLEMENTE -. ¿No entiendo?.

FELIPE -. Pues está claro el asunto. Alguien que medie entre usted y Rogelio, para que éste le arriende la finca.

CLEMENTE -. ¡AH!; no.

FELIPE -. ¡AH!; Sí. Es la única manera de echar fuera a Rogelio y conservarle lejos de estos parajes; pues hoy ha pasado . . .

CLEMENTE -. ¿Qué me dice usted?.

FELIPE -. Me refiero, que ha pasado el saber que no estaba, dicho señor, atosigando a su hija.

Cuando dije aquello, miré a la hija del señor Clemente haciéndola un gesto con la cara para que se callara y no pusiera nervioso a su padre, prosiguiendo la charla con el señor Clemente.

FELIPE -. En cuanto a que usted, Clemente, le arriende la finca sería lo mejor para usted y para él. Estaría la finca cuidada y él no estaría tan fuera de sí.

El señor Clemente, mirando a su hija y ésta haciéndole un gesto afirmativo con la cabeza, me insinuó algo.

CLEMENTE -. ¿Usted?.

FELIPE -. Sí; yo.

Todo quedó en agua de borrajas, puesto que el señor Clemente me echó una mirada como de no estar muy conforme o de no creerse nada; sobretodo, eso de que Rogelio le fuese arrendar la finca. No obstante, yo, comencé hacer mis indagaciones sobre la posibilidad de que Rogelio arrendase su finca al señor Clemente.

Había hablado dos veces con Rogelio sobre esa misma posibilidad de arrendar la finca y éste no sabía bien a quién se la tendría que arrendar, para que él viese algún beneficio de la misma; pero cuando le hice intuir, algo, sobre quién podría ser el mejor postor para arrendatario, Rogelio lo cazó al vuelo, como se suele decir.

FELIPE -. Te has quedado asombrado.

ROGELIO -. ¿Si a quien me estás indicando es al señor Clemente, te diré; que es la persona idónea para tal transacción.

FELIPE -. ¿Entonces?.

ROGELIO -. Pero sería a la última persona que se la arrendase.

Me quedé mirándole con cara de sorpresa y desesperación, por ver en mi amigo el poco valor que tenía para perdonar al señor Clemente.

FELIPE -. Todo tiene solución.

ROGELIO -. Menos esto.

Vi claro que Rogelio no quería, o no podía, dejar en manos de el señor Clemente su finca; todo era causa de un despecho hacia éste, hacia el señor Clemente.

Aquel día salí triste del lado de Rogelio al ver en él el poco decoro que tenía para con la persona, al no poder perdonar, algo que le hizo mal o de menos el señor Clemente.

Así me encontraba, en estas divagaciones, cuando me crucé con el señor Clemente y mi intuición, que era mucha, me decía que quitase hierro al asunto, pues tal vez doblegaría Rogelio en su voluntad de rechazo hacia el señor Clemente y dicho señor no consentiría, nunca más, arrendarle la finca a Rogelio.

CLEMENTE -. ¿Qué tal ha resultado la entrevista, que ha tenido usted, con el señor Rogelio?.

FELIPE -. No se ha definido.

CLEMENTE -. ¿Porque me rechaza, o porque hay algún problema?.

FELIPE -. Espera una cosecha y hasta que no la recolecte no quiere arrendar la finca; así tendrá más capacidad adquisitiva de dinero para hacer frente a pagos fitosanitarios.

CLEMENTE -. Muy bien.

Y moviendo la cabeza, se alejó de mí el señor Clemente, no creyéndose nada de lo que yo le había contado; dándome cuenta que lo había hecho mal, pero que muy mal, al darle al señor Clemente ilusiones para arrendarle la finca.

El tiempo corría y corría favorablemente para el mejor postor que tuviese Rogelio para su finca; ya que ni cosecha ni nada tenía en ella. Aquella finca se había hundido en un mal de facturas sin cobrar y como dije antes, el tiempo corría y corría, también, para que se cumpliera el plazo de dichas facturas.

No hubo pasado muchos días, cuando dando un paseo por los alrededores de la finca, vi correr hacia mí a la señora Josefa. Venía corriendo a más y mejor, con las faldas remangadas, para dejarla más maniobrabilidad de acción en su carrera y como desesperada. Mientras se iba acercando se la veía una cara desencajada, como si algo estuviese pasando.

FELIPE -. La veo muy azarada.

JOSEFA -. Se está quemando la cosecha de maíz.

FELIPE -. Cobrará el señor Clemente algo del seguro por dicha cosecha.

JOSEFA -. Lo mismo que ha cobrado el señorito Rogelio.

FELIPE -. ¿Y eso?.

JOSEFA -. ¿Cómo se va a quemar todo el maíz, si está metido en agua prácticamente?.

FELIPE -. Hay un tiempo en que no.

Tenía, en parte, razón la señora Josefa; pues el maíz mientras se está granando está muy verde: ¿Cómo se quemó el maíz de Rogelio?; eso es una incógnita. Hay gentes que me anunció que había fumigaciones muy inflamables: ¿Sería eso?. Los peritos tenían la última palabra.

Pero la última palabra la quería tener Rogelio con la hija del señor Clemente; ya que la esperó una tarde apostado detrás de un cañaveral, que había en una reguera atascada de agua, para hacerla una proposición de amistad fraternal, y tan fraternal era dicha proposición, que la invitaba a vivir junto a él toda la vida, fuera de la sede matrimonial de su mujer.

La hija del señor Clemente salió corriendo y llorando a la vez, llegando a la casa de campo, donde estaba su madre toda exaltada por los nervios que la dio dicha propuesta de Rogelio; ya que ella tenía su novio y le quería mucho.

Cuando lo supo su madre me lo vino a comunicar a mí. Me estaba esperando a la salida de mi trabajo y yo sospeché algo por igual; ya que los ojos de la señora Josefa estaban llenos de lágrimas y su cara compungida.

FELIPE -. ¿La niña?.

JOSEFA -. ¿No sabe usted?.

FELIPE -. Pero me lo imagino.

JOSEFA -. No me atrevo a decírselo a su padre; pues no sé cómo iba a responder éste cuando se enterase de la noticia.

FELIPE -. No; es mejor que el señor Clemente no se entere de dicha noticia, ¿Porque es una pretensión: Verdad?.

JOSEFA -. Verdad.

No sabía qué responder a la señora Josefa y haciendo de tripas corazón me ofrecí para hablar con Rogelio sobre el caso de su hija; para que la dejase de molestar: Mal hecho; pues yo no era quien para andar arreglando los cosas sentimentales de esa familia, para eso tenía su padre: ¡Pero en fin!.

Me dirigí hacia la finca de Rogelio, y éste al verme se puso en guardia; pues intuyó a lo que iba yo.

ROGELIO -. ¡Quieto ahí!.

FELIPE -. Vengo para hablar un rato contigo.

ROGELIO -. ¿Sobre qué?.

FELIPE -. Sobre el tiempo que hace o sobre lo que tú quieras.

Y acercándome a él me di cuenta que estaba totalmente nerviosos y puesto en guardia, por si acaso le fuese hablar de la hija del señor Clemente; cosa que yo no tenía muchas ganas de hacerlo, pero que por otra parte lo tenía que hacer para que dicho tema no fuese a más.

Y como no sabía lo que decir, me fui a ver una acequia que había allí cerca, jugando un poco con el agua para ver si me venía la inspiración deseada y poder abordar el problema deseado con Rogelio.

Cuando me cansé de estar allí, en la acequia y cuando me había venido una pequeña inspiración me fui al lado de Rogelio, notándome éste que estaba predispuesto para decirle algunas palabras.

ROGELIO-. ¡Ya!

FELIPE -. ¿Cómo dices?.

ROGELIO -. ¿Que si ya sabes lo que me tienes que decir?.

FELIPE -. Como veo que te has dado cuenta : ¿No creas que es fácil abordad dicho tema?.

ROGELIO -. Que me ajuste a unos parámetros, dentro de la Sociedad y que desista de mi empeño; sobre la hija del señor Clemente, pues aparte que es más pequeña que yo, es inmoral y obscena la idea de vivir con ella.

FELIPE -. No tengo más que decir: Ajústate a tus palabras, como si las hubiese dicho yo.

No hubo más conversación, entre Rogelio y yo, dándome media vuelta para irme de allí lo más pronto posible a la casa del señor Clemente y cuando llegué a dicha casa se encontraba la señora Josefa pelando una cebolla y llorando a mar abierto.

Nada más que me vio llegar la señora Josefa me indicó con la mano de que me sentase en una silla que había allí, por no poder hablar ni una sola palabra a consecuencia del lagrimeo producido por la cebolla; pero cuando se la pasó dicho efecto, se arrimó a mí para preguntarme algo importante para ella.

JOSEFA -. Muy pronto ha venido usted, Felipe.

FELIPE -. Todo lo ha dicho él.

JOSEFA -. ¿Y está de acuerdo con sus palabras?.

FELIPE -. Por lo menos así lo creo yo.

Aquella señora se quedó más conforme con mi respuesta y no quiso saber más del asunto, no preguntando por las palabras que dijo el señorito Rogelio, por si acaso la dañase su susceptibilidad. Yo me fui por aquella carretera, de tierra, hacia el pueblo y tardé un buen tiempo en llegar a la villa de mi procedencia; pues subido encima de la loma contemplaba los campos: Unos verdes y otros retostados por el fuego. Era un contraste de variedad lo que tenía enfrente de mí. Mi vista no daba crédito a lo que veía, en aquel momento; pues si miraba para los árboles frutales de Julio, los veía con menos salud que nunca, pero con ese verdor característico de que se podían enderezar con alguna sustancia fitosanitaria; pero si miraba para los árboles frutales que le habían quedado a Rogelio, eso era harina de otro costal:

Aquello no lo enderezaba ninguna sustancia, por más que se echase . Sus hojas amarillas y sus frutos arrugados, a punto de marchitarse.

Un día que entré en el banco y como había un biombo entre los interlocutores que estaban sentados en una mesa y el público que se dirigía a ventanilla, oí la voz de Rogelio, seguro que era él, suplicando para más tarde pedir un préstamo con la idea de hacer frente a otro préstamo que tenía, de antemano, ya pedido. También oí al señor que le asistía cómo se lo denegaba por falta de liquidez en su cuenta corriente y por no poderle asistí en una hipoteca de la finca; ya que esta se encontraba en mal estado y no se veía posibilidades de coger alguna cosecha en orden.

Cuando terminé de hacer mis operaciones en ventanilla, de aquel banco, esperé un rato para que saliera del mismo mi amigo Rogelio y ver la cara con la que salía, después de haberle negado todos sus propuestas de aquel día.

Salió, claro que salió Rogelio con la cara desencajada y el semblante tenso por el disgusto que había recibido a la negativa de su empeño por recibir otro préstamo, además del que ya tenía.

FELIPE -. ¿Qué bien, que te encuentro?.

ROGELIO -. No; me estabas esperando.

FELIPE -. ¿Qué quieres?.

ROGELIO -. Casi nada.

Ni contestó más, ni contestó menos mi amigo Rogelio; solamente se limitó a mover sus pasos hacia cualquier parte, que yo no sabía. Pero yo me iba detrás de él como intuyendo algo nuevo en su persona; cosa que no tardé en saber por boca de éste.

ROGELIO -. Sí, te has dado cuenta; ya lo sé.

FELIPE -. Muy ciego tenía que estar para no darme cuenta: sobretodo, si lo he oído.

Se limitó a seguir su trayecto y sin decirme una sola palabra, hasta que en un momento determinado, exhalando fuerte, irrumpió en llanto y yo para que no le viese nadie me le llevé por una calle secundaria, donde no había muchas gentes.

FELIPE -. ¿No puedes más?.

ROGELIO -. Hago frente a muchas deudas.

Yo quería decirselo; pero no podía, tenía que esperar a mejor tiempo, a mejor hora para comunicarle la salida más decente que tenía y esa salida era única, no había otra. Pero tampoco había otro postor para sacar a Rogelio del pozo donde estaba hundido.

Como iba abstraído Rogelio se tropezó en la acera y sino le cojo se cae todo lo largo que era y eso me dio hincapié para hablarle de la finca.

FELIPE -. ¿Lo ves?.

ROGELIO -. ¿Qué tengo que ver?.

FELIPE -. Siempre se necesita a alguien para que te ayude.

ROGELIO -. Y tú, siempre vas directo a la finca; ¡vamos!, que siempre me hablas de la finca.

FELIPE -. Del problema que te atañe. De ese desgaste físico y mental que tienes con dicha finca.

ROGELIO -. ¿Y qué quieres que haga?.

FELIPE -. Arrendarla.

ROGELIO -. ¿Al señor Clemente?.

FELIPE -. Al mismo.

Se me quedó mirando Rogelio, como pensando, y al cabo de un rato se limpió los ojos con las manos, para responderme a mi súplica.

ROGELIO -. Que venga a mi casa pasado mañana: Ya veremos lo que podemos hacer.

FELIPE -. Arrendársela y nada más.

ROGELIO -. ¿Ya veremos?.

Me faltó tiempo, cuando me fui de con Rogelio, para salir corriendo y decírselo al señor Clemente; pero éste no se encontraba en su casa y según su hija tampoco en la finca; ya que había ido a la Capital de la provincia por motivos médicos, pero que al parecer no era nada, ya que se trataba de una simple revisión anual de próstata.

La mosca la tenía detrás de la oreja; pues el señor Clemente se estaba quejando de alguna dolencia hacía ya varias semanas y ahora estaba de médicos y según su hija, más bien, de revisión prostática.

No tenía asiento espiritual con mi agobio por no poder hablar al señor Clemente del asunto que le incumbía a él, el arrendamiento de la finca de Rogelio.

Tardé, por lo menos, dos días en ver al señor Clemente y al parecer muy desmejorado, por alguna noticia que se le hubiese dado nefasta para él.

FELIPE -. ¡Por fin le encuentro!.

CLEMENTE -. ¿No le entiendo?.

FELIPE -. Sin falta, hoy mismo, vaya hablar con Rogelio.

CLEMENTE -. No tengo voluntad para nada.

FELIPE -. No me tiene, usted, que decir nada.

Y mirando a su hija la hice un gesto para que se aproximara a mí; ya que se encontraba a varios metros de distancia de donde estaba yo y desde allí no me podría oír bien.

Lo bueno era que había encontrado en casa del señor Clemente a toda su familia hasta el novia de la hija estaba allí, dándome hincapié para pensar en las palabras más contundente que iría a decir para que el señor Clemente doblegase su voluntad para el arrendamiento de la finca.

FELIPE -. Tráeme tus “pichulines”.

JOSEFA -. ¿Qué la ha pedido, usted, a la niña?

FELIPE -. El necéese de sus pinturas.

Aquella chica me hizo caso y trajo su caja de pinturas, viendo en ella de todo lo que hacía falta para poner al padre un poco decente y se le quitase la cara de enfermo que tenía.

JOSEFA -. Ya las tiene usted en las manos: ¿Y ahora, qué?.

FELIPE -. Se le ve al señor Clemente un poco pálido y hay que darle color a la cara; así como un poco de maquillaje.

CLEMENTE -. Déjelo. No vale para nada lo que estamos haciendo.

Pero como yo ya lo había pensado, señalando con el dedo al novio de la hija del señor Clemente, un hombre rudo y con ganas de trabajar, respondí enseguida.

FELIPE -. Vale para ese. Es la manera de que no se vaya a trabajar fuera del pueblo; y tal vez a muchos kilómetros, si quiere usted seguir teniendo su hija cerca.

Aquello que le dije le elevó la moral y como si le hubiesen inyectado una sustancia de juventud se levantó el señor Clemente, sentándose en una silla para dejarse maquillar y alegrar la cara, en las medidas que se podía.

JOSEFA -. ¿Y esto, para qué sirve?.

FELIPE -. Si le ve Rogelio tan desmejorado, tal vez no le arriende la finca: Él quiere ver resultados económicos.

Era lógico como cada cual quiere ver resultados económicos de sus propiedades y con la cara lavada y maquillada, el señor Clemente parecía otro; otra persona a la que nunca se la había dado una noticia nefasta sobre su integridad física. No se lo había preguntado, pero no hacía falta haberle preguntado nada al señor Clemente una vez que vino de la revisión anual de próstata: Todo se sobreentendía.

Cuando estábamos en la puerta de la casa de Rogelio, parecía que temblaba el señor Clemente un poco, por lo tanto le tranquilicé a éste sujetándole de un brazo y con la mano contraria llamé al timbre de la puerta.

Abrió su mujer, Andrea, haciéndonos pasar al salón de inmediato, para en un tiempo prudencial presentarse en el Rogelio sujetando una carpeta con impresos en ella.

Después de dimes y dietes, nos propusimos en firmar dicho contrato, en que el señor Clemente arrendaba la finca a Rogelio; pero como dicho señor no entendía de papeles, preguntó por dichos impresos.

CLEMENTE -. ¿Esto qué es?.

FELIPE -. Se dispone usted a firmar el contrato de arrendamiento de la finca de Rogelio.

CLEMENTE -. ¿Y tengo que pagar?.

FELIPE -. Es lógico que usted le pague lo estipulado al propietario de la finca.

CLEMENTE -. ¿Cuanto?.

FELIPE -. Lo estipulado por la Ley. Es lógico, que el propietario perciba lo estipulado por la Ley; para eso es suya la finca.

CLEMENTE -. Yo, nunca he pagado nada.

FELIPE -. Pues ahora sí tendrá usted que pagar a Rogelio un estipendio; ya sea en productos de la finca, en compensación por emplear sus tierras, o en metálico; en este caso será en metálico, según dicta la Ley.

CLEMENTE -. Ya le digo; que no creía que iría a pagarle algo, y sobretodo dinero, al señorito Rogelio.

FELIPE -. Pues ya ve usted, que sí. Póngase una mano en el corazón . . . ? . . . ¿Qué hace?.

CLEMENTE -. Ponérmela.

FELIPE -. Es en sentido figurado.

CLEMENTE -. ¿En qué?.

FELIPE -. ¡Bueno!. Comprenda que si usted abstiene doce mil euros por la cosecha de arroz y unos ocho mil por la de pimientos y tomates, así como cinco mil por la fruta recolectada; tendrá que sufragar algo de dinero a Rogelio por tener la finca arrendada.

CLEMENTE -. Casi caigo de la burra.

FELIPE -. No; casi no.

CLEMENTE-. Lo comprendo.

FELIPE -. Eso está mejor.

Sin mediar más palabras firmó el contrato el señor Clemente; pero casi no convencido del todo, de que él tenía que pagar, o soltar; según él, un dinero a Rogelio.

¡Por Dios, por Dios!; era lo más lógico; que el señor Clemente pagase por el arrendamiento de las tierras a Rogelio. Pues eso no cogía dentro de la cabeza de aquel hombre; y no crean ustedes, que en dicho pueblo, todas las personas pensaban lo mismo: Todo para ellos.

Pero como el señor Clemente había empezado sólo las faenas de aquellas tierras, no veía acomodo para su Espíritu y su Alma, ya decadente dentro de los años que tenía éste.

Yo veía que no se hacía con la finca el señor Clemente él solo, por lo tanto le iba a echar una mano todas las tardes, desatascando regueras, para que se regase el maíz, como fumigando los tomates. Luego iba a casa sin poder respirar por tener atascada las narices de la sustancia que había tratado; ya que la fumigación la hacíamos a manos, con unas mochilas que tenía el señor Clemente, en vez de meter el tractor para no deshacer los surcos.

Una tarde que cogí allí al novio de su hija le abordé con la conversación de rutina; el por qué de no querer saber nada de la finca, y este me dijo que él iba para otros derroteros; que no quería seguir el oficio de agricultor, que si podía ser, sería de otro oficio.

Yo le atraje hacia los pimientos, que eran los más bondadosos en cuanto a salud, se los veía con una fuerza singular y le hice regar parte de los mismos y como estos no se habían regado desde el otro día por la tarde, éste chico no se manchó los zapatos, ni se hizo daño en las manos por no haber tocado las sustancias tiradas en ellos para su conservación. Yo veía que aquello le estaba gustando; no sabía yo hasta qué punto le gustaría, una vez que tuviese que usar unas botas de goma para los pies y unos guantes para las manos, que de vez en cuando más veces los tendría quitado, pues si no era difícil trabajar allí con tales artimañas.

Lo que más me gustó fue cuando le volví a ver, aquel chico, al día siguiente por la tarde metido en faena y quitando, poco a poco, el pulgón del maíz. No había mucho maíz tocado; pero pasaba lo de siempre, que algunas cañas tenían la mazorca tocada y era mejor quitarla con las manos, ya que eran pocas cañas las que se encontraban enfermas, no teniendo resultado alguno el fumigar el maíz,, por ser unas cuantas cañas las que habían enfermado a consecuencia del agua.

CLEMENTE -. Esto parece que va bien.

FELIPE -. ¡Y también!. No se está gastando usted nada de dinero; pues hasta los tomates y pimientos los está curando el novio de su hija, a base de quitarlos el polvo con jaramagos cogidos del campo, o de las regueras de los canales.

CLEMENTE -. Totalmente ecológico.

FELIPE -. ¡Claro!; a base de sopapos.

Se veía que aquel chico no tenía ni idea de agricultura, pero estaba implantando técnicas nuevas en el tratamiento del pulgón, como de otras plagas que aquejaban a dichas tierras.: No había mosquito que se asentasen en ellas. Y entre la parte de la finca que tenía el señor Clemente de Julio y la de Rogelio, no les quiero contar lo que le produjo, en dinero, la cosecha de arroz; así como las de árboles frutales, siendo menor la de tomates, por haber llegado tarde los camiones para comprar dicha producción, como la de pimiento anteriormente.

Los únicos gastos fueron con el ganado que tenía en su cabaña el señor Clemente; pues se puso mala una baca teniendo que llamar al señor veterinario, haciendo frente al mal que aquejaba aquella vaca.

FELIPE -. ¿Y esto?.

CLEMENTE -. Las garrafas con los productos fitosanitarios que no se han empelado.

FELIPE -. Consulte con el perito; para ver si estas bombonas puede usted tenerlas aquí.

Puso mala cara el señor Clemente al decirle yo eso, de que tal vez no las podían tener allí, entendiéndolo que tal vez las tenía que dar. No era hombre de dar nada, ni que le sacasen un céntimo de su bolsillo.

¡UY!; madre mía. Aquella tarde tuve que rodear la finca para marcharme a mi casa, en el pueblo, y al pasar por la casa de Rogelio vi a brazos partidos a su mujer, Andrea, con Julio. Yo miré para todos los lados, no fuese a ser que se encontrase allí Rogelio, pero no; aquel día estaba solitario todo el contorno de la casa y sus alrededores, por eso estaban allí aquellos dos seres, en tan firmes circunstancias. Ella con la blusa quitada y sin sostén y él con el pantalón caigo y arrimando a dicha señora a la pared. ¿No sé que pretendía hacer así mi amigo?.

No quise meter las narices donde no me llamaban y me fui de allí lo más rápido que pude, encontrándome, enseguida, en una especie de agua embalsada y en una especie de cañaveral viendo allí a la mujer de Julio, yéndome recto a donde se encontraba ésta.

Un toque por aquí, un toque por allí; que si yo te deseo o te quiero con todas mis fuerzas, todo era un delirio de amor.

ANTONIA -. ¿Eso que me dices, es verdad?.

FELIPE -. Sí, Antonia; es verdad: Te deseo.

ANTONIA-. Y yo a ti.

En un tiempo prudencial, salí de allí como si no hubiese hecho nada y al doblar un recodo, en el camino, pensé a la velocidad del rayo: ¿Dónde estaría la señora Josefa?: Eso era la verdadera incógnita.

Volví sobre mis pasos y vi a la señora Josefa en el plantío de los perales, haciendo como que estaba cogiendo peras de los árboles; pero en un sitio privilegiado, en donde se veía todo; tanto lo que sucedía en la casa, como en donde me había parado yo con Antonia. ¡Aquella señora lo había visto todo!.

Había un pequeño movimiento en el pueblo aquel día por la noche, no sabiendo yo a qué se debía todo eso; así que salí a la calle para preguntar por tal revuelo y un señor que pasaba por mi puerta me anunció la desaparición de la hija del señor Clemente. Yo me puse ropa de calle y me fui a la casa del señor Clemente, encontrando en ella a él con su señora y el novio de su hija, también estaba Julio que se encontraba muy serio.

FELIPE -. He venido nada más que me he enterado.

JOSEFA -. Si. Ya ve usted qué desolación existe en esta casa.

FELIPE -. ¿Desde cuando la han echado de menos a su hija?.

CLEMENTE -. No la hemos visto desde esta mañana.

FELIPE -. Es poco tiempo y con todo y eso se han enterado la mayoría de las personas del pueblo. ¿Alguien más se ha enterado de que falta su hija desde esta mañana?.

CLEMENTE -. Si se refiere a la autoridad, le diré que no.

Cogí el botijo que se encontraba cerca de mí y eché un buen trago de agua; pues a la ausencia de buen vino, mejor será el agua. Para luego pensar en la manera de buscar a la hija del señor Clemente, aunque no sabíamos dónde.

El padre de la chica tuvo un pensamiento feliz, y era; que buscásemos en cuadrilla a su hija, en vez de ir todos juntos, cosa que me agradó: Pues yo había pensado ir en grupo con todos los voluntarios del pueblo, pero al parecer eso sería peor; se peinaría más terreno si nos dividíamos.

Pero miren ustedes por donde, que como la Benemérita no duerme, en un control de carretera nos paró a la cuadrilla donde iba yo preguntándonos las causas de dicha marcha, a esas horas de la tarde- noche.

Todos me comenzaron a mirar y yo les tuve que anunciar la verdadera causa de dicha marcha; pues un grupo de doce personas no están en la carretera en aquella hora si no es por una causa noble.

Al ser enterada la Benemérita de la desaparición de la hija del señor Clemente, llamó el Cabo al Sargento y éste nos llevó al cuartelillo tomándonos declaración; pero como iba el novio de la chica en la cuadrilla, quien declaró fue él, poniendo la correspondiente denuncia a petición de nuestro Sargento. ¡Ya estaba todo hecho!; y para colmo de los males, también había desaparecido Julio en aquella noche; pues por la mañana temprano no se encontraba en el lugar que habíamos asignado para nuestro encuentro, todas las cuadrillas.

¿Habría dado, Julio, con el paradero de la chica?. No se sabía bien qué le había pasado a éste, pues en un periquete estábamos todos buscando, también, a Julio.

CLEMENTE -. ¿Eso es, que el señorito Julio ha encontrado a mi hija esta noche?.

FELIPE -. Tiene que tener usted fundamento para decir eso.

Y como se encontraba el Sargento detrás de nosotros, oyó lo que habíamos hablado el señor Clemente yo, acercándose de improviso a nosotros dos.

Interrogó al señor Clemente, el por qué de aquella afirmación y éste con miedo, con bastante miedo, hizo otra no menos afirmación sorpresiva.

CLEMENTE -. Le cogí el otro día al señorito Rogelio diciendo a mi niña, que todo dependía de ella; pues si no, ya vería él lo que iba hacer con ella.

No supo decir el señor Clemente a lo que se refería Rogelio con aquellas palabras que oyó él con respecto a su hija, por no haber oído nada más. Pero pronto se puso en marcha un dispositivo, para encontrar primero a Rogelio y más tarde a Julio y a la hija del señor Clemente.

JOSEFA -. ¡AY!; Mi Dios.

FELIPE -. Tranquila, señora: Tranquilícese usted un poco, si es que puede.

JOSEFA -. No puedo tener paz en mi Espíritu.

Mientras estaba diciendo aquellas palabras a la mujer de Clemente, vi llegar a mi novia, Carmela, corriendo, calle abajo, con todas sus fuerzas y todas sus ganas para llegar cuanto antes a la casa del señor Clemente y una vez que lo hubo conseguido, dio un abrazo a la señora Josefa, que por poco lloramos todos los que estábamos allí.

FELIPE -. Me alegra que hayas venido; así te quedarás con la señora Josefa en su casa.

CARMELA -. ¡AH!; no. Yo voy, también, a buscar a la chica.

FELIPE -. Pues si das con Julio, dínoslo.

CARMELA -. ¿También?.

FELIPE -. También.

Se santiguó exclamando eso de: ¡Jesús y María!, para dirigirse donde estaba la cuadrilla y formar parte integrante de esta.

No hubo manera de encontrar a ninguno de ellos, por más que buscamos en la finca, en el pueblo y por aquellos contornos periféricos de alrededor de aquel pueblo.

Se formalizaron bien las denuncias de desaparición en el cuartelillo e inclusive vino otra unidad más de la Benemérita para ayudar a los guardias asignados a dicho pueblo.

Pasaba el tiempo y se acrecentaban más nuestras sospecha de no poder encontrar con vida aquellas dos Almas incautas: ¿Dónde las tendrían retenidas y quién?. Pues antes de hablar con Rogelio no podíamos hacer juicios sobre la desaparición de la hija de Clemente y de Julio.

Me fui a la finca al tercer día, por la tarde, y comencé a regar los trozos de parcelas pertinentes; los que yo cría se pudiesen regar, pues estaban deseosas de aguas aquellas tierras. Y de inmediato se vio reverdecer a dicha cosecha.

No sabía qué hacer más en la finca, ni podía preguntar a nadie por mi faena; hasta que por fin vi acercarse a la señora Josefa, que trayendo una panera encima se aproximaba a la alberca para lavar toda esa ropa.

JOSEFA -. Se lava mejor a mano.

FELIPE -. Para algo existen las lavadoras.

JOSEFA -. Y el detergente y el abrillantador y otros productos de igual consideración.

Ayudé a la señora Josefa para sacar toda la ropa de la panera y poniéndosela cerca, ella comenzó a restregar en una especie de cemento hecho para tal fin y cuando terminaba de lavar la ropa lo suficientemente bien, la tendía en unas matas que crecían cerca de donde se encontraba ella, a consecuencia de tanta humedad; entre juncos y bayuncos.

Me di unas vueltas por allí mismo, para que me viese la señora Josefa y no tardó en replicarme algo que yo no sabía; algo que se tenía que hacer de inmediato.

JOSEFA -. ¿Ha cerrado, usted, las compuertas del canal?.

FELIPE -. No. ¿Es que se deben cerrar?.

JOSEFA -. Como he visto que ha regado, comprendía que había cerrado las compuertas que ha abierto para hacerlo.

FELIPE -. He abierto, solamente dos.

JOSEFA -. Son las que tenemos; no tenemos otras. Sino cierra usted dichas espitas, no irá a otra parcela el agua con la fuerza necesaria para que corra por la tierra a su modo y manera: Pronto estará aquí el vecino para hacerlo.

Lo quise hacer, pero me era difícil dicha ejecución; pues aquella chapa no encajaba bien en la compuerta y mis fuerzas me fallaban en mis pretensiones, hasta que vi llegar, por el camino del pequeño canal al vecino del señor Clemente, que sin mediar palabra alguna sacó la cuerda, sogá, que tenía el señor Clemente de debajo de la chapa de la compuerta cayendo esta sin ningún obstáculo. Me dijo aquel señor, que aquella cuerda, sogá, era para levantar la trampilla de la compuerta de aquel pequeño canal y así pudiese correr el agua hacia la parte de la finca del señor Clemente, haciéndome la demostración pertinente. No me había dado cuenta de que había puesto debajo de la compuerta la cuerda y de esta manera no podía bajar la compuerta a su sitio por más que yo empujaba. Para todo se requiere experiencia.

Casi balbuceando entre dientes, por no poder hacer las cosas bien, me fui de aquel sitio para ver en qué condiciones se encontraban las gentes con la tarea de la búsqueda de nuestros amigos. ¡Las gentes!; las gentes estaban, también, que no podían más a causa del mucho recelo por no saber si iban a encontrar vivos a Felipe y a la chica.

Se rastreaban por canales, acequias, pozos y un sinfín de sitios con aguas envasadas para las faenas del campo, sin ninguna clase de respuesta afirmativa.

Pasaban los días y con ellos las pocas noticias que nos llegaban de nuestros amigos; es más bien, no llegaban ninguna noticia, ya que no había noticia que dar y nuestras sospechas se acrecentaban para encontrar con vida a Julio y a la hija del señor Clemente: Pero esto no se lo podíamos decir a su padre, pues tenía ya una edad un poco avanzada.

Un buen día nos llegó noticias de que habían visto a Rogelio en un pueblo de otra provincia cercana y como le tenían tomándole declaración nos fuimos a dicho pueblo para saber, de propia boca de Rogelio, lo que había hecho en el transcurso de dicho tiempo que no le veíamos.

Nuestro interés por ver a nuestro amigo se acrecentaba cada vez más mientras íbamos en carreteras; pues a penas hablaba nadie de nada y mucho menos de la triste noticia de la desaparición de Julio y la chica.

Nada más que nos vio Rogelio hizo un gesto con la cara de que aquello no le gustaba nada de nada; pues él lo que menos quería, era habernos visto allí.

FELIPE -. ¡Hola!, Rogelio.

No contestó nada, se limitó hacer una inclinación con la cabeza como asentando ese hola que yo le había dicho.

CLEMENTE -. No contestes. Tú no contestes a nada; ni a un saludo: ¿Ya veremos haber cómo vamos a salir?.

FELIPE -. Tranquilícese, señor Clemente.

CLEMENTE -. ¿Cómo me voy a tranquilizar; si no sé dónde se encuentra mi hija?.

El señor Clemente en ese momento miró a Rogelio como esperando una respuesta y como dicho señor no se la daba, se adelantó hacia donde se encontraba él, Rogelio, para hacerle la pregunta deseada.

CLEMENTE -. ¿Dónde está mi hija?.

Todos miramos a Rogelio y éste sin inmutarse se quedó con tantos nervios de aplomo como le habíamos encontrado; pero en un momento determinado comenzó abrir los labios para emitir alguna palabra por ellos y así fue.

ROGELIO -. No lo sé.

Los guardias nos dijeron que se aferraba a no saber dónde se encontraban nuestros amigos, Julio y la hija del señor Clemente. Que siempre que se le preguntaba por la misma historia, lo negaba todo y así no había modo de imputarle en nada, ni de saber dónde se encontraban los dos amigos desaparecidos.

Yo tuve una idea un tanto buena para nuestra suerte; pues aquella noche nos llevaríamos, amistosamente, a Rogelio para cenar en un restaurante de la Capital, ya que no se le podía retener por haber estado deambulando por algunos pueblos y así poderle sonsacar algo de lo que pudiese saber.

Pero no; no dio su brazo a torcer aquella noche por más que le diésemos a beber lo mejor que había en dicho restaurante: Siempre con una negativa en sus respuesta a lo que nosotros le preguntábamos, en cuanto a si sabía algo de la desaparición de Rogelio y la chica. No, no y no; eso era lo que nos contestaba Rogelio sin inmutarse: Anda que si después tuviese algo que ver en dicha desaparición; éste hombre no tendría corazón alguno.

Las negativas eran tajantes por eso creí en su palabra al igual que creyeron los guardias y le estaba creyendo, por fin, el señor Clemente; por lo tanto comenzó a tener fe en él y a volverle a llamar señorío.

Visto lo visto; que allí no teníamos nada que sonsacarle a Rogelio, pues al parecer éste no sabía nada del asunto, nos fuimos todos tan amigos al pueblo para seguir la búsqueda de nuestros amigos. Y hasta hubo quien apuntaba, de que si Julio y la chica no estuviesen en el pueblo; cosa que me dio a mí que pensar, trasmitiéndoselo a la Benemérita, no creyéndose éstos nada de ningún bulo que corriese por el pueblo; pues el popurrí era muy suspicaz y nada más.

La vida seguía igual que siempre; mejor dicho, con un poco de apuro por nuestras partes. Hasta que un día vi llegar, cuando estaba yo en la casa grande, a Antonia, toda ataviada; como si fuese alguna fiesta. Me quedé apostado entre la puerta de la entrada, ya que me encontraba en dicho lugar, y el poco espacio que había de esta a la esquina que formaba la puerta con la pared.

¡UF!; qué olor. Llegaba toda perfumada, a una finca de parcelas y sin ganas de trabajar nada, solamente se limitó a poner una pierna en el canto de una silla poniéndose bien la media. Al tiempo que me pude dar cuenta, que aquellas puertas holgaban mucho y se podía ver, a través de una rendija de la misma, lo que había entre la pared y ella: O Sea, mi persona.

Salí de allí para darla el recibimiento a Antonia y ésta, antes que yo hablase, empezó hablarme como si fuese ama y señora de mi persona.

ANTONIA -. Ven aquí; no te escondas de mí nunca.

FELIPE -. Yo no me he escondido.

ANTONIA-. ¿Entonces: Qué hacías detrás de la puerta?.

FELIPE -. La abrí con fuerzas y no me di cuenta que me estaba quedando detrás de la puerta.

ANTONIA -. Estaba ya abierta.

Era verdad; que la puerta se encontraba abierta, antes que entrase Antonia a la casa. Sin saber qué responderla, pero pronto lo hizo ella en un son amistoso.

ANTONIA -. Ven y siéntate aquí.

Me indicaba donde se había sentado ella; o sea en un sofá que cubría medio salón, pero tan cerca de ella que era difícil no rozarla.

Se echó una pierna sobre la otra, dejando ver unos muslos carnosos y agradables para luego ponerme las manos encima de mis muslos y dejarse caer el antebrazo en mis muslos. Estaba siendo una escena para encuadrarla; tal vez aquella señora tendría miedo de quedarse sola, en la vida, y estaba buscando pareja, dando ya como sentado de que nunca íbamos a encontrar a su marido, Julio.

Como yo no sabía ni lo que decir, la calmaba con buenas palabras; pero ni por esas, que no se quitaba de aquella postura que tenía encima de mí.

FELIPE -. Cálmate; pues pronto encontraremos a Julio y ya verás como todo vuelve a ser igual que antes.

ANTONIA -. No, Felipe; todo no volverá a ser igual que antes, pues no hay ninguna personas que resista sin comer ni beber tanto tiempo.

Tenia razón Antonia en todo lo que estaba diciendo; pues el organismo humano era resistente a algunas contrariedades de la vida, pero no tanto.

Recostó su cabeza en mi hombre y yo no sabía lo que hacer; pues si me quitaba de allí era tanto como repudiarla y si no la admitía en dicha postura no me volvería a mirar a la cara Antonia.

Era difícil saber qué postura tomar en aquellas circunstancias de la vida, en donde me veía totalmente comprometido con mi amiga Antonia que con ninguna otra mujer, exceptuando a mi novia Carmela.

La eché el brazo por encima de los hombros y como uno de ellos la estaba asiendo por la cintura, me di cuenta que la estaba tocando, no solamente los bustos, sino también los muslos y levantándola un poco, a través de la falda la puntilla de la combinación la calmaba con palabras fraternales, para que tuviese dicha mujer, una pizca de fe y creyera en lo más divino; pues ya vería ella como se encontraría a su marido y a la hija del señor Clemente.

FELIPE -. No digo yo que sea hoy, pero ya verás como encontraremos a tu marido y volverás a vivir la vida, de nuevo, otra vez con él.

ANTONIA -. Te vuelvo a repetir, que son ya muchos días como para que Julio se encuentre sano y salvo.

FELIPE-. Tú no sabes dónde le tienen.

ANTONIA -. Ni yo ni nadie, como se puede ver.

 Tenía razón Antonia; pues nadie sabía dónde podría estar Julio, pues si no ya le habríamos encontrado y para el colmo de males, su mujer me estaba haciendo la corte al ver que se quedaba sola, sin hombre alguno.

FELIPE -. ¿Si quieres vamos a ver si saben algo de tu marido?.

ANTONIA -. No se te ocurra moverte de aquí.

 No sabía cómo quietármela de encima aquella mujer, y para ello ideé algo que pensé de inmediato al ver la posibilidad de que Antonia se fuese a sentar en otro sitio.

 Como había un pivote allí cerca de mí di un puntapié llevándomele más lejos, pero lo vi un poco mal; ya que aquel pivote terminaba en una bola no muy gruesa, pero con todo y eso me atreví a invitar a Antonia hacer lo que yo estaba pensando.

FELIPE -. Antonia: ¿Por qué no te sientas encima de ese objeto, tal vez estarás más a gusto?.

ANTONIA -. Y se me clava. Las mujeres no podemos hacer eso.

 Al decir aquello Antonia la comencé acariciar, todavía más, la puntilla de las bragas y exaltado por dicha respuesta repuse sin saber.

FELIPE -. Guarda eso bien, para cuando tengamos una buena ocasión.

ANTONIA -. Mejor que ahora, no veo yo mejor ocasión.

 Se me sonrojó toda la cara, por no haberme podido contener cuando dijo lo de que una mujer no puede hacer eso, pues tal vez se haría daño en sus partes. No sabía ni lo que decir y esperé a que dejase de sonar aquella palabras por todo el recinto de la casa y cuando creí que se había calmado aquella obscenidad, me puse hablarla de nuestra amistad.

FELIPE -. ¿Veo que tenemos bastantes confianzas?.

ANTONIA -. Las que tú me has dado; pues si te hubieses quedado quieto conmigo, no hubiese pasado esto.

FELIPE -. Esto, a lo que te refieres, son unos lazos muy estrechos de amistad,

ANTONIA -. ¡Y tan estrechos!.

 Como no me podía estar quieto, quise usar de ella y dicha señora se echó para atrás, sosteniéndome con una mano para retener mis impulsos.

ANTONIA -. ¡EH!; quieto, fiera.

Y saliéndose de la casa inició el camino del pueblo sin haber hecho labor alguna; tanto en la casa, como en la finca: No sé qué se creería ella; pues allí echaba una mano toda persona que se aproximase a la finca. Pensé que eran a causa de las confianzas que se la estaba dando a dicha señora, por lo cual no hacía nada de labor en la finca.

Seguía corriendo el tiempo y a nuestros amigos no los encontrábamos, no sabía nadie dónde podrían estar; si a caso estuviesen todavía vivos. Y como el ingenio de la persona se agudiza en casos de apremio, el mío se agudizó de inmediato; ya que al mirar para la finca colindante de Rogelio se me ocurrió ir a visitar a un señor; que debido a su edad tendría que saber los vericuetos de aquellos contornos y de todas las fincas.

El señor Ambrosio, un hombre bueno y leal donde los haya, una persona encantadora. Me recibió con la sonrisa de siempre; pues le fluía a los labios y a la cara cuando se encontraba hablando con alguien.

Estuve un par de horas hablando con dicho señor y cuando me pareció me dispuse a despedirme de él y en ese preciso momento, cuando yo inicié el camino me abordó con una conversación que yo no sabía.

AMBROSIO -. Si se va usted para ese lado, tiene que saber que encontrará unas ruinas de una ermita; allí al final del camino en donde existen ocalitos y álamos blancos.

Enseguida puse a cavilar mi mente y mi cabeza para saber de qué clase de ermita se trataba.

FELIPE -. Han dicho en ella, alguna vez, misa.

AMBROSIO -. Llegaban de romería las gentes del pueblo.

FELIPE -. ¿Qué ha pasado con la ermita?.

AMBROSIO -. Se vino abajo.

FELIPE -. ¿Tendrán que levantarla?.

AMBROSIO -. Ya hay una cláusula de contrato para que el señorío Rogelio gestione su edificación, con parte de fondos de los organismos estatales.

Aquello no me decía nada; pero yo picado por el interés de saber cómo se había quedado la ermita, me fui hacia donde se encontraban las ruinas de esta y mientras me iba aproximando lo único que veía era desolación, aparte de muchas malas hierbas que habían crecido en dicho lugar, como los árboles medio secos por no podarlos y un camino inhóspito.

Cuando estaba en la base de lo que fue la ermita observé que todavía se conservaba una pared, en forma de fosa, en donde salía unos respiraderos para no sé el qué. Y cuando me aproximé a ellos creí oír unos quejidos, que salían de un pecho ya sin fuerzas.

Aquella derrumbada construcción debía de haber sido el sótano de la ermita, que se encontraba como subterráneo y al observar mejor, me pude dar cuenta que la tierra del basamento se encontraba movida.

Me eché sobre la pequeña base de pared que quedaba sobre dichos respiraderos, pero con la suficiente capacidad de acción para no caerme en el foso que formaba dicha pared; así como dos metros de profundidad.

Abría podido ser el aire, el que me hizo oír como quejidos; pues allí no se oía nada y cuando me quise levantar de dicho sitio, comencé a oír los mismos quejidos de antes, pero cada vez con menos fuerzas.

Como estaba tumbado en la poca pared que levantaba el foso, me erguí para salir de allí más que corriendo y alertar a la autoridad competente, de que en ese sitio se oía a alguien quejarse.

Cuando pasé por la casa de Rogelio se encontraba éste en su puerta y no se me ocurrió otra cosa más que señalarle a la finca para decirle algo.

FELIPE -. Allí, en las ruinas de la ermita.

Yo vi que Rogelio se montó en su coche y arrancó el mismo marchando a toda velocidad, tal vez al sitio donde se encontraba la ermita. Rogelio no debía de tocar nada; pues era la autoridad competente quien debía remover aquella tierra para encontrar dónde estaba la puerta de entrada aquel sótano.

Cuando llegamos al sitio de la ermita no se encontraba allí Rogelio; no sabía yo dónde se dirigió tan deprisa hacia pocos minutos, pero las circunstancias apremiaban y la autoridad competente comenzó a retirar la tierra, que estaba removida, para en pocos momentos hacerse presente, en aquel sitio, una trampilla en forma de puerta en el suelo de la ermita.

Cosa curiosa, que en vez de estar oxidada, aquella puerta se abrió a la perfección dejando divisar unas escaleras que bajaban al sótano y apercibiéndose mejor los quejidos dados por alguna persona. ¿Ya veríamos haber que encontrábamos allí!.

Y lo que encontramos, a la luz de una linterna, fue a dos personas atadas a un capitel que parecían dos esqueletos de lo delgadas que estaban; hasta el punto de no conocer a mi amigo Julio. ¡Que horror!, aquel espectáculo que se nos presentaba delante la vista. Sí, era Julio y la hija del señor Clemente que se encontraban amarradas a una estatua de piedra cementada allí mismo.

Cuando salimos de aquel recinto ya estaba allí la ambulancia, pues la había llamado el cabo Gutiérrez de la Guardia Civil antes de entrar en el sótano y nada más que oyó el primer quejido dado por los retenidos en dicho sótano.

Vimos correr al señor Clemente a más y mejor, con todas sus fuerzas, hacia donde nos encontrábamos nosotros; mejor dicho, su hija para poderla dar un beso y saber que estaba bien, por lo menos viva.

CLEMENTE -. ¡Acanalla!: ¿Dónde está ese bandido?.

Me fui para él y poderle calmar los nervios y sobretodo no dijese algo que le fuese a pesar el día de mañana; pues no se podía echar la culpa a nadie por no saber quién había sido el culpable de dicho secuestro. Y menos mal que el señor

Clemente no se atrevió a dar nombre alguno de los posibles secuestradores de su hija, esos que todos tenemos en mente: Aquellos que los pueblos echan una ojeada y no se confunden.

¿Pero dónde podría estar Rogelio?, si se había dirigido hacia la ermita, a mi simple parecer; a no ser que éste se hubiese echado otras cuentas y estuviese averiguando algo o haciendo alguna gestión.

Yo quería ver de inmediato a Rogelio que era el amo de la finca y no a otro; pues él era el que podía resolver el enigma de dicha discordia entre todos los habitantes del pueblo; puesto que éstos, enseguida exclamaron a voces se reconstruyera la ermita y poder seguir haciendo las romerías a dicho lugar: Pero por otra parte sabría quién tendría la llave del sótano, ya que era él el que la debía de tener y no otro.

CLEMENTE-. ¿A quién busca usted?.

FELIPE -. A Rogelio, que es quien tiene que tener la llave.

CLEMENTE -. No; tal vez es otro el que tiene la llave, ya que la ermita está en ruina y hay algo, sobre una cláusula para su reconstrucción. La tiene que tener alguna autoridad guardada.

Peor que peor; ya que si la llave la tuviese alguna autoridad, para facilitar la seguridad de aquel lugar a los paseantes de aquel sitio, sería doblemente peor por ser la misma autoridad la que ha incumplido en fallo.

Y lo malo era que la llave la seguía teniendo la autoridad en su poder: ¿Quién habría abierto aquella trampilla?. La pregunta era ardua; pues si acaso no se hubiese entregado la única llave a la autoridad y hubiese otra copia, incurriría en doble penalización la persona que la tuviese.

Se intentó contactar con Rogelio, pero éste no se encontraba en el pueblo ni nadie sabía dónde pudiese estar; dando hincapié a los habitantes de dicho pueblo para habladurías. Unos que si acaso ha huido, otros que si le ha entrado miedo y no se sabe dónde puede estar, y así un sinfín de conversaciones entre las personas del pueblo.

Un buen día apareció Rogelio, no a mucho tiempo, en el pueblo; quedándose los vecinos como quien ve visiones; a consecuencia de lo mucho que se había hablado sobre éste y sus hechos.

Por supuesto, Rogelio, fue llamado a declarar ante la autoridad competente y éste haciendo honor a un acople de nervios, declaró sin inmutarse nada, sobre su marcha a otra ciudad. Alegó que tenía planificado ir a la Capital para pasar allí unos días y no lo iba a dejar por nada del Mundo.

Me parecía mentira que todo se hubiese quedado así y que no le averiguasen la vida a Rogelio; pues salió del pueblo en las peores circunstancias que se estaban dando, cuando dos vecinos del pueblo se encontraban en apuros.

Yo vi el Cielo abierto una tarde cuando observé a Rogelio en la finca; se encontraba con el señor Clemente en situación privilegiada, donde le vieran todos los vecinos hablar con dicho señor.

ROGELIO -. ¡Hola!, Felipe. ¿Cómo estás?.

FELIPE -. No también como tú; pero me voy conservando.

Miré al señor Clemente para ver en él las facciones de su cara y créanme que no las tenía del todo descompuesta; pero con todo y eso no me quedé conforme, pues no sabía yo qué haría allí Rogelio y para qué había ido a la finca. Me quedaría un poco más para sonsacar a ambos y saber qué estaba pasando allí.

Pero como vi al señor Clemente seguir su faena, conseguí llevarme a Rogelio a un lugar retirado, para que aquel señor no nos oyera en nuestra conversación; ya que yo no estaba conforme con las explicaciones que había dado mi amigo Rogelio.

ROGELIO -. ¿Parece que me separas del señor Clemente, como queriendo que éste no escuche nuestra conversación?.

FELIPE -. Eres muy suspicaz y nadie que no tenga interés se da cuenta de dicha forma.

ROGELIO -. Es una forma pueril de accionar en tus hechos.

FELIPE -. ¿Tú qué sabes?.

ROGELIO -. Demasiado.

¡UF!; con aquello que me había dicho Rogelio me lo había dicho todo; lo bastante para no volver a confiar en él nunca más, pues como yo le dije; que una persona no comprometida en los hechos, no se daría cuenta de que se le había separado del señor Clemente para que éste no oyera la conversación entre los dos.

¿Sería Rogelio culpable de los hechos; o tendría algo que ver en los mismos?; nadie lo sabía, pero yo tenía ganas de escudriñar en los mismo sin que éste se diese cuenta.

De allí salimos los dos, Rogelio y yo, desconfiando el uno del otro y sin ganas de volvernos hablar nunca más; por si acaso nos dijéramos algo que luego nos fuésemos arrepentir de lo dicho.

Y como mi desconfianzas eran enormes, me dirigí al hospital para poder hablar con mi amigo Julio y ver cómo se encontraba.

FELIPE -. ¿Cómo te encuentras?.

JULIO -. Mucho mejor, me estoy mejorando por día.

FELIPE -. ¿Pero qué pasó?.

JULIO -. No lo sé. De momento me encontré atado a una columna.

FELIPE -. ¡Ya!.

Era un caso raro lo que se había dado con Julio; pues sin haberle golpeado y sin haber habido roce con ninguna persona, se encontró en dicha situación de retenido en una columna de la edad media. Cosa más extraña, que ya no se la hubiesen llevado a cualquier museo u otro sitio de máxima protección, al ser una columna gótica.

La vida siguió y Julio llegó otra vez al pueblo, curado de su dolencia, y perfecto para hacer sus tareas en el campo. Pero no sabía yo que entre la mujer de Julio y éste existiese una diferencia abrumadora de entendimiento en aquel tiempo, ya que Antonia había ido una sola vez a ver a Julio al hospital.

No sabía yo qué estaría pasando entre ellos, pero eso lo tendría yo que averiguar de inmediato; de modo que aquel mismo día me dirigí a la finca con ganas de saber la pura realidad, el matrimonio de Julio con Antonia.

Esperé allí un tiempo y no pude ver a Antonia, yéndome desolado a mi casa por no haber podido enterarme de lo que estaba pasando entre mis dos amigos y al día siguiente volví hacer la misma operación; pues a hora temprana de la tarde, me fui a la finca para poder hablar un poco con Antonia; pero ni Antonia ni nadie pude ver en aquella tarde, en la finca. Y una vez más, me marché desolado de aquel lugar sin ganas de nada y sin saber a lo que acogerme, por falta de opinión al no saber los motivos que se estaban dando en aquel matrimonio para tales desavenencias.

Pero antes de llegar al pueblo vi al señor Ambrosio, que muy amablemente me saludó con una buena misiva, en cuanto a Antonia.

AMBROSIO -. ¿Ya se viene usted de la finca?.

FELIPE-. Sí, no hay nadie en ella.

AMBROSIO -. Se equivoca.

FELIPE -. ¿Cómo dice?.

AMBROSIO -. Que se equivoca usted, pues queda la señora del señoriíto Julio en ella.

FELIPE -. ¿Pero si vengo yo de allí y no la he visto?.

AMBROSIO -. Lleva unos días yendo al lugar de la ermita, un sitio retirado y poco visible a la vista de las gentes.

Me despedí de él con una sola inclinación de cabeza y enseguida llegué a mi casa poniéndome a pensar en las posibilidades de que aquella mujer me quisiera ver a solas. Eso lo sabría yo al día siguiente si me dirigiese a la ermita y así lo hice sin pérdida alguna.

El camino de la ermita se encontraba totalmente solitario y al parecer allí no había persona alguna; ya que el ruido que iba haciendo yo era suficiente como para que una persona se diese cuenta de que otra se la acercaba a donde estaba ella.

Yo no oía el chasquear de las hojas al ser pisadas, mas que las que yo pisaba y cuando ya me había acercado lo suficiente a la ermita como para estar viendo lo que allí había, no vi a Antonia en dicho lugar.

Con el Alma desesperada y el corazón, totalmente, en el suelo decidí volver sobre mis pasos y cuando ya estaba dispuesto hacerlo, oí cómo se pisaba, por parte de alguien, la hojarasca que había caído en la tierra.

Me paré en seco, como se suele decir, y observando a mi alrededor no veía a nadie, hasta que pude percibir que una rama de un álamo se movía sin hacer viento alguno: Cosa curiosa; pues allí que me fui. Y antes de llegar al álamo salió la figura de Antonia detrás de él. Me fui para ella y sujetándola con los brazos toda su cintura, me puse tan cerca de su cuerpo como pude.

FELIPE -. ¿Qué haces aquí?.

ANTONIA -. Reflexionar.

FELIPE -. ¿Sobre qué?.

ANTONIA -. Sobre lo nuestro.

FELIPE -. ¡AH!; ¿pero por fin hay lo nuestro?.

ANTONIA -. ¿Si no, de donde tienes tú a una mujer casada de esta manera y que te deje ella?.

Me separé de Antonia para pensar en lo que me estaba diciendo y por más vueltas que daba a la cabeza, nunca consideraba nuestras relaciones lo mismo que ella las estaba considerando.

Quise volver donde se encontraba Antonia, pero una fuerza singular me ataba donde yo estaba para que no me acercase a ella; ya que si lo hacía sería absorbido por su voluntad de formar pareja.

FELIPE -. ¿Tú lo que quieres es que vivamos juntos?.

ANTONIA -. Regularizar nuestras relaciones.

FELIPE -. Y hacer polvo la vida de dos seres.

ANTONIA -. Tú estás haciendo polvo la mía al no regularizar nuestras relaciones.

No sabía qué contestarla, ni qué camino tomar; si el de retornar a mi casa o irme con dicha señora, formando un nuevo hogar.

Tuve una idea en ese preciso momento; pues si aceptaba Antonia era señal inequívoca de que me quería, y así se lo propuse.

FELIPE -. Ahí, y ahora mismo.

En vez de contestar, Antonia se echó para atrás como asustada viendo yo el poco interés que tenía para relacionarse conmigo. Estaba claro todo sus afecto, ese cariño posible que al parecer me tenía dicha señora.

Pero cosa rara, que dando un paso hacia atrás hizo como si estuviese pensando algo, para exclamar de momento.

ANTONIA -. No: Aquí y ahora mismo.

¡AH!; pillina. Quería que nos viesen todas las personas posibles para tener pié en la separación de su marido y yo sin enterarme por qué quería separarse de Julio; no comprendía nada de lo que ella pretendía. Me empezó a dar un poco de miedo aquella mujer, tan esquiva y tan chasqui ana.

Yo hice como que me tiraba para adelante en su propuesta y ella, otra vez, se hacía para atrás; no quería saber nada de mí. No es que fuese mala aquella mujer; no, se veía que era mujer de un solo hombre, pero su voluntad era el no seguir con Julio: Hombre ecuánime y bondadoso donde los haya.

Y para no hacerme yo de menos, salí corriendo a donde se encontraba Antonia asiéndola de la cintura y como intentando esforzarla para hacerla el amor y ésta asustada se desligó de mí para salir de allí a paso agigantados.

Me quedó un pesar en mi Alma que no podía con el al ver aquella señora así, tan nerviosa y con tantos deseos de dejar a Julio; no sabía yo el por qué de tanto interés en Antonia, pero lo tendría que averiguar y pronto.

Cuando llegué al pueblo era la comidilla de la sociedad, estaba de boca en boca mis relaciones con Antonia y yo no me lo podía creer. La única persona que me podía dar pero y señas de lo que estaba sucediendo era la señora Josefa; pues siempre ha mostrado unas relaciones cordiales con mi persona y muy amables, por su parte.

Antes que llegase a los oídos de Carmela, mi novia, dichas habladurías, me fui para hablar con la señora Josefa a la finca, encontrándola allí entre las cacerolas.

JOSEFA -. Bien venido.

FELIPE -. Bien hallado.

JOSEFA -. Le estaba esperando.

FELIPE -. Me lo había supuesto; pues es usted mi único sustento de información en la vida.

JOSEFA -. ¿Y eso?.

FELIPE -. Quiero una información verídica y usted la tiene.

JOSEFA -. Hijo, lo que te puedo decir es; que todo ha salido de ésa señora, ya que nadie ha visto nada y no sabe dónde ha pasado, o ha dejado de pasar lo que Antonia cuenta.

Movido por lo que me había dicho la señora Josefa, yo respondí tan pronto como pude a la cuestión planteada.

FELIPE -. ¡AH!: ¡Es que no ha pasado nada!.

Aquella señora no respondió, solamente se limitó a callar y a oír lo que yo la estaba diciendo. Y como la espera de que aquella señora fuese a responder a mi exclamación de sorpresa, volví a remachar la cuestión.

FELIPE -. La digo: Que no ha pasado nada, entre dicha señora y mi persona.

La señora Josefa se limitó a mover la comida que tenía puesta en la lumbre para más tarde erguirse toda lo recta que era y abriendo los labios emitir una palabras; pocas.

JOSEFA -. Hijo, cuando una mujer se atreve hablar, es por algo.

FELIPE -. Pues en esta ocasión no tiene contundencia lo que dice dicha señora.

JOSEFA -. No tendrá contundencia; pero es firme en lo que ella está diciendo, que ya es bastante. Ya le he dicho, que no lo vio nadie, y le alerto de ello; para que usted sepa hacer o deshacer dicho entuerto.

FELIPE -. Se lo agradezco.

Y marchándome de allí me fui a donde podía estar su marido, en la finca; sin saber yo dónde se podría encontrar dicho señor: Si en la finca de Julio o en la parte de la finca de Rogelio. Me le encontré en la de Julio; pues estaba atareado con la alfalfa, la quería regar y tenía el canal averiado, no corría su trampa.

FELIPE -. ¿Qué hace usted?.

CLEMENTE -. Ya ve usted; intentando regar la alfalfa y la compuerta no responde.

Yo di un vistazo aquel trozo de terreno y me pude dar cuenta de que era la misma compuerta que un día no podía cerrar yo.

FELIPE -. Señor Clemente: ¿Ha visto usted si ha cogido la cuerda- soga que tiene dicha trampilla para abrirla?, está cogida por la base de la compuerta.

Al señor Clemente no le hizo falta ver si aquella cuerda estaba cogida por la compuerta del canal; ya que había sido él quien puso allí dicha cuerda. Y abriendo la trampilla quitó la cuerda de debajo de esta y así pudo hacer su labor mucho mejor.

CLEMENTE -. Me imagino a lo que viene usted, Felipe.

FELIPE -. Va usted recto en la conversación; por lo tanto no voy a rodear en la mía. ¿Qué le pasa a Julio con su mujer?.

CLEMENTE-. No; primero: ¿Qué le pasa a usted con la mujer de Julio?.

FELIPE -. A mí no me pasa nada con la señora Antonia.

Y frunciendo el ceño el señor Clemente hizo como que no se creía nada de lo dicho; por lo tanto proseguí mi conversación con dicho señor.

FELIPE -. A usted se lo puedo decir: un achuchón por aquí, un abrazo por allí . . .

CLEMENTE -. Y mientras tanto se ha hecho un juicio falso dicha señora, Antonia, de lo que usted quiere con ella . . . Eso está muy mal.

FELIPE-. Nunca ha sido mi intención de que dicha señora se hiciese un juicio falso.

JOSEFA -. Pero las mujeres somos así; máxime, si Julio se encuentra enfermo.

Había oído todo la señora Josefa; pues me había seguido sin yo percatarme de ello y apostada entre unas matas de maíz oyó todo lo que hablamos el señor Clemente y yo, en dicha conversación entre los dos.

FELIPE -. La digo, a usted, señora que nunca tuve intención de hacerla daño alguno a la señora Antonia, ni a ninguna otra señora . . . ¡Y ahora que caigo!: ¿Usted cómo sabe que Julio se encuentra enfermo, si me ha dicho él miso que estaba perfectamente?.

JOSEFA -. Daño ha echo usted a esa señora y a su novia teniendo que ver algo con la señora Antonia: La ha hecho usted de menos a su novia. Y por otra parte, he visto quejarse al señorito Julio, de vez en cuando, mientras faenaba en su finca.

Eso cambiaba el panorama sobre las relaciones que sostenían Julio y su mujer, Antonia; pues ésta era una mujer de poco aguante y de mucho carácter.

Cuando llegué a casa, aquella tarde, no quise cenar nada y a penas dormí pensando en una y mil cosas a la vez. No sabía qué camino tomar para deshacer aquel estruendo de compatibilidades, entre Julio y su señora.

Yo veía a Carmela muy seria y me suponía por lo que sería; por lo tanto me dispuse hablar con ella sobre el asunto, pues es mejor abordar el problema en vez de huir de él.

No sabía cómo hacerlo, si abordar el problema de frente debido al mucho acaloramiento que tenía Carmela en la Sangre metido. Pero cuando estábamos poniendo la mesa, ella y yo, vi la mejor ocasión para empezar dicha conversación.

FELIPE -. ¿Te veo seria?.

CARMELA -. No; para nada.

FELIPE -. Sí; tienes las facciones de la cara como encogida y eso es síntoma de algún agobio que estás teniendo.

CARMELA -. ¿Te puedo ser franca?.

FELIPE -. Es lo que quiero.

Pues todavía se marchó a la cocina para coger los cubiertos y poder pensar mejor y eso era síntoma de un buen disgusto por parte de su persona; para de momento disponerse a decirme algo.

Me miró a la cara fijamente y con son de gravedad comenzó hablándome de algo que yo sabía.

CARMELA -. ¿Qué tienes, tú, con esa?.

FELIPE -. Se llama: Señora Antonia.

CARMELA -. Se llame como se llame. ¿Mira tú cómo sabes de quien tratamos?.

FELIPE -. No hay otra; estamos en la comidilla de todas las personas del pueblo.

CARMELA -. Te vuelvo a repetir la pregunta: ¿Qué tienes tú con la señora Antonia?.

FELIPE -. Solamente una buena amistad.

CARMELA -. ¿Entonces, como habla el pueblo?; pues si el río suena, agua lleva.

FELIPE-. Te repito, que no tengo nada con dicha señora. El pueblo sabrá por qué de ese bulo.

CARMELA -. Porque os han visto. No me duele otra cosa más que me mientas. ¡Si os han visto!.

FELIPE -. En condiciones excepcionales.

CARMELA -. ¿Cómo es eso?.

FELIPE -. Sufrió un mareo y yo me lancé a sujetarla para que no se cayera al suelo; nada más es eso.

CARMELA -. ¿A brazo partido?.

FELIPE -. Con todas mis fuerzas; pues es la señora de mi amigo Julio y también tu amiga.

CARMELA -. Pues el pueblo dice otra cosa.

Allí no se volvió hablar más de nada; pues la mujer, cuando quiere al hombre, hace caso a su marido y le cree en todo lo que la diga, siempre que esté enamorada de él y le quiera por derecho.

Me reconcomía algo por dentro, no pudiendo vivir con ello metido en el cuerpo; pues no sabía yo si el mal que aquejaba a mi amigo Julio sería por las habladurías de las gentes o si acaso tuviese algo malo en su cuerpo.

No me encontraba bien, como les digo, y me fui a buscar a mi amigo Julio, sin saber yo dónde podría estar éste; ya que recorrí todos los contornos de su finca no hallándose en ningún lugar de la misma.

Pero cuando ya iba a desistir de buscar a mi amigo Julio, y cuando me disponía a marchar al pueblo, pasé por los alrededores de la ermita viendo la trampilla abierta. Y caso curioso, pues debía ser alguien autorizado para abrirla; pero qué va. Cuando me acerqué a la misma vi que estaba el candado esforzado; pues lo habían saltado, tenía todas las piezas hechas polvo y la cerradura de la trampilla se encontraba saltada por la fuerza. No sabía yo quién se encontraría allí dentro; por lo tanto me oculté entre los álamos que había allí mismo y esperé un poco a que diese señales de vida la persona que estuviese visitando su sótano. No tardó en salir la persona que se encontraba allí dentro, primero la cabeza inconfundible de mi amigo Julio, para después verle portal entre las manos unos papeles como si fuesen unos documentos. Él sabía lo que estaba haciendo, no queriéndole molestar le dejé marchar hacia su finca sin otro apelativo que no fuese de súper fugo, por no haber dicho nada de dichos documentos a la autoridad competente.

Cuando me pareció me dirigí a la finca de Julio encontrándole en las tareas de riego. Éste, nada más que me vio, esgrimía una azada como si fuese un sable, de aquí para allá, como si tuviese nervios, muchos nervios; no sabiendo yo si me iba a dar con la azada o me iba a dirigir la palabra, como era pertinente en aquella ocasión.

JULIO -. ¿No sé lo que hacer, chico?.

FELIPE -. Si me das primero con la azada, no sabrás nunca la verdadera historia de lo que corre, de boca en boca, entre las personas del pueblo.

JULIO -. Pero así me quedaría más tranquilo.

FELIPE -. Entonces: dame . . . Pues si tú crees que me lo merezco, me das con la azada.

Hizo afán de algo, no sabiendo yo qué había pensado en ese preciso momento; pues se fue hacia un lado, a lo primero, para luego venirse hacia mí como si esperase algo de mí.

JULIO -. ¡Háblame!.

FELIPE -. Habladurías.

JULIO -. Vieron.

FELIPE -. ¿Qué vieron?. . . Que sujeté a tu mujer porque la había dado un mareo y como el peso de una persona mareada pesa mucho, la tuve que asir de la cintura . . . ¡Pamplinas!.

JULIO -. Eso es lo que está corriendo, ahora mismo, en el pueblo: Que se había mareado Antonia y tú corriste a sujetarla.

FELIPE -. Pues claro.

Corría aquello que yo dije a mi novia, Carmela, por el pueblo; eso de que la tuve que sujetar por un vahído de la señora Antonia. La versión que yo había dado a mi novia, había sido válida para que todo el mundo se lo creyera; pues la misma Antonia no había dicho nada al respecto de lo que sucedió aquella tarde, cerca de la ermita. Y menos mal que rehuyó; porque si no, sí que hubiesen visto nuestra unión, perfectamente.

Agua de borraja, eso fue lo que pasó; pues se acallaron todas las voces y no se volvió a oír nada más sobre la señora Antonia y mi persona, quedándose más calmada Carmela conmigo. Y para que aquello surtiese efecto, yo la tomé con mi novia Carmela por no haber confiado en mí.

CARMELA -. ¿Tú me quieres decir algo?.

FELIPE -. Exploto si no te lo digo.

CARMELA -. ¿Qué es?.

FELIPE -. Que confíes más en mí.

CARMELA -. ¿Se decía . . . ?.

FELIPE -. ¿Si por que diga alguien una cosa, tú vas hacer caso?; ¡apaga y vamos nos!.

CARMELA -. No seas tan suspicaz.

FELIPE -. ¿Ahora con esas?.

CARMELA -. Dejémoslo.

FELIPE -. Mejor.

Había quedado sentado, que no claro, lo mucho que yo quería a mi novia Carmela, no pudiéndola hacer de menos delante de otra mujer; y todavía tenía que hacer que se viese clara la realidad, aunque fuese ficticia, del mucho interés que tenía yo por Carmela y el cariño hacia ésta, no sabiendo yo cómo lo iba hacer. Pero era mejor que lo dejase, no fuese a ser que lo complicase, todavía, un poco más.

Para mi persona no podía estar peor que nunca todo lo que yo estaba haciendo para que me creyera Carmela y sobretodo, no había mentido jamás y en aquella ocasión lo estaba haciendo como un mentiroso impulsivo.

Vergüenza, me estaba dando vergüenza de sí mismo al verme tan rastroso y tan débil de carácter por hacer comprender a mi novia, Carmela, y a todas las personas del pueblo otra cosa que no había sucedido. Aquellas personas tenían razón en lo que vieron y nada más.

Pero yo me apresuré de que aquello no se volviese a mentar para nada, en boca de aquellas gentes, que por otra parte eran gentes buenas y bondadosas. Y para ello llevaba y traía a mi novia, Carmela, de aquí para allá, unas veces al cine, otras a la Capital del pueblo, haciéndola llegar al mismo pueblo con algún que otro vestido. Hasta el día que se me cruzó Antonia en mi camino, yendo para la finca de Julio, en un recodo del mismo; pues según ella me estaba esperando: No sabía yo para qué.

ANTONIA -. Te estoy esperando.

FELIPE -. ¿Para qué?.

ANTONIA -. Hasta ahora me he callado; pero de ti depende que hable o no hable.

FELIPE -. ¿Sobre qué?.

ANTONIA -. Que diga la verdad a las gentes o me calle.

FELIPE -. ¿De qué manera?.

ANTONIA -. No hullas de mí, y sigue igual que antes.

FELIPE -. Es muy peligroso.

ANTONIA -. Más peligroso será para ti si yo digo la verdad de lo que está pasando.

FELIPE -. Te entiendo.

Y yéndome hacia ella, la así de la cintura, no dejándola moverse para nada y acercando mi cara a la suya para saber de su respiración: Una respiración intensa y entrecortada, a la vez.

ANTONIA -. Eso está mejor.

Ahí quedó todo; pues ella lo que deseaba, era que yo la siguiese haciendo la corte como antes y con más interés que nunca. Y para ello la cogí de sus partes sin ninguna clase de escrúpulos y ella con menos escrúpulos se dejó coger, sacando la lengua de vez en cuando y haciendo unos gestos con la cara de que se encontraba agradablemente.

Parecía que yo no iba a resistir más y me separé de aquella señora lo antes posible; no fuese a ser, que esta vez sí lograse mis intenciones, doblegando a la voluntad de aquella señor.

Al separarme de Antonia pude ver cómo se encontraba: La bata arrugada, las piernas casi caídas, sujetándose sobre la pared y la cara desencajada, hacía gestos de vez en cuando de querer seguir en su forcejeo y otras veces hacía gestos de estar pensado en lo mismo. ¡Vamos!; que me estaba atrayendo hacia ella con todas sus fuerzas y con todas sus ganas de su pequeño corazón.

No dije más y me di media vuelta para salir de aquella casa sin mirar para atrás, no fuese a ser que me viese alguien y después me señalase, como ya había pasado.

Carmela me notó en el estado febril con el que llegaba a ella y sin decirme nada, al siguiente día me acompañó hasta la finca; pues quería dar ella un paseo.

Ni quería ni nada; solamente era para acompañarme, no fuese a ser que las habladurías fuesen verdad y me perdiese con aquella señora, Antonia.

CARMELA -. No había recapitado yo en estos setos, en aquellos abetos, en los ocalitos que hay más para allá, en los álamos y en las regueras que existen, además de las del canal, donde se riegan los árboles frutales.

FELIPE -. ¿A qué mirabas, entonces?.

CARMELA -. En los productos sembrados y en los árboles frutales; no miraba a tanta maravilla como hay alrededor de todo esto.

Por supuesto me llevé a Carmela por el lado contrario donde estaban las ruinas de la ermita, no fuese a ser que se encontrase allí alguien, sobretodo Antonia; pues era muy allegada a estar en dicho lugar.

Las maravillas las vio en todo su esplendor cuando la mostré el canal y algunos árboles de sombra que crecían al son de dicha agua. Se sentó a la orilla, por donde desemboca el canal el agua que le sobra y allí estuvo un buen rato, meditando ella sola; Pues yo me retiré de ella un buen trecho, ya que anduve dando vueltas y vueltas por aquellos contornos, que era mi parecer y no el estarme quieto en un lugar.

Cuando se cansó de estar en situación estática y contemplativa, se levantó de donde se encontraba sentada y mirándome a la cara, me anunció su experiencia en aquella tarde.

CARMELA -. He pasado una tarde inolvidable.

FELIPE -. ¿Pues ya sabes, vente conmigo todas las tardes?.

CARMELA -. Tengo que hacer en casa; pero la tarde que no tenga que hacer, te acompañaré para dar un paseo por estos contornos, tan bonitos, bellos y agradables.

Aquella noche, hasta cenó mejor Carmela; al poderse dar cuenta de que en la finca no había otra cosa, más que productos sembrados, árboles frutales y cuando no árboles que daban la mejor sombra del Mundo.

Y buscando esa sobra me fui, yo, a la siguiente tarde al sitio donde se encontraban las ruinas de la ermita; pues aquellos álamos y aquellos ocalitos me daban una sombra de ensueño y me hacían pasar una hora inolvidable de grandeza y de paz para mi pobre Espíritu.

También iba con un poco de picardía, por si acaso podía ver a mi amiga Antonia, apostada a la sombra de un álamo blanco y poder tener algo con dicha señora; aunque fuese una conversación pequeñita, con eso ya me valía.

Estaba como nublado aquel día, y digo como nublado por no decir casi nublado; ya que de vez en cuando salía el Sol y otras veces se oculta detrás de alguna nube un poco peleona, entre la extensión de la tierra y ella.

¡Madre mía!; que boca negra, parecía aquel lugar, pues apenas se divisaba de un árbol al otro. Y es que en la estación de estío, cuando se nubla de esta manera da más señales de oscuridad que si fuese en pleno invierno: Y a todo ello contribuía la evaporización del agua de los canales y de las parcelas del regarse. Un vapor de agua, que con el calor bochornoso del verano hacia que se sudase a pleno ritmo toda persona humana que se acercase allí.

Llegué a donde se encontraban las ruinas de la ermita secándome el sudor con el pañuelo y como este estaba ya empapado de mis sustancias tóxicas, terminé secándome con las palmas de las manos.

Me recosté a un ocalito y eché una mirada hacia donde se encontraba la trampilla de la entrada al sótano de la ermita, no viéndola abierta; era más, pues la habían puesto cerradura nueva y candado nuevo, así como una valla a su alrededor, con una cinta prohibiendo el paso a toda persona ajena a la autoridad del Excelentísimo Ayuntamiento: ¡Bien hecho!.

Cuando estaba ya terminando de sudar comenzó a salir el sol con todo su esplendor; pero como lo hizo poco a poco, yo estaba percibiendo una rama de un árbol que se encontraba rajada, como caída, eso me parecía a mí a lo primero ; pero una vez que hubo salido el Sol con todo su esplendor, lo que pude ver fue diferente a todo lo que hasta ahora había visto.

No era una rama la que se encontraba colgado del árbol; si no que era el señor Ambrosio, que se encontraba colgado de dicho árbol. ¿Dios mío, Dios mío!: Fue lo primero que exclamé y salí corriendo todo lo que pude para llegar al pueblo cuanto antes y sobretodo al cuartelillo.

FELIPE -. ¡Dios mío, Dios mío!.

Era lo único que decía cuando llegué al cuartelillo, no entendiéndome para nada los señores guardias, ni el de la puerta ni el cabo Gutiérrez; sentándome en una silla que tenían en el despacho de éste para que me calmase.

Una vez enterada la guardia civil se personificó en el lugar de los hechos, levantando el cadáver judicialmente y para agravio de los vecinos se le notaba síntoma de haber tenido una pelea, al señor Ambrosio, antes del óbito.

¿Quién podría haber sido el que tuviese una reyerta con dicho señor?; pues eso era una incógnita, pero días posteriores descubrió la guardia civil que dicho señor se había atrapado en unas zarzas que existían allí mismo, en su desesperación de huida a ningún sitio, antes de colgarse de un árbol: Por lo tanto, la nube negra que pululaba encima de la cabeza de los vecinos se desvaneció, al comprobarse que fue un fallecimiento voluntario.

Yo corrí para ver al señor Clemente y poderle hablar de las tierras del difunto Ambrosio; para que las pudiese llevar él mismo y créanme que le encontré remiso para hacerlo.

FELIPE -. Vengo con una proposición.

CLEMNTE -. ¡De Ley?.

FELIPE -. No es para hacer guasa al asunto.

CLEMENTE -. ¿Entonces?.

FELIPE -. Entonces es mejor que usted me oiga.

CLEMENTE -. Le escucho.

Tomé aire fresco en los pulmones, como afianzando mi proposición a dicho señor, y cuando ya estaba seguro de mí mismo comencé la plática deseada.

FELIPE -. Es muy sencillo: ¿Por qué no se hace usted cargo de las tierras del difunto Ambrosio?.

CLEMENTE -. ¡AH!; no.

FELIPE -. ¿Y eso?.

CLEMENTE -. Esas tierras están malditas.

FELIPE -. ¡Pamplinas!.

CLEMENTE -. Le digo, que no.

FELIPE -. ¡Nada!; le espero dentro de una hora en mi casa para ir al sitio pertinente y poderse usted hacer cargo de esa finca.

CLEMENTE -. ¿Y la mano de obra?.

Tenía razón el señor Clemente: ¿De dónde sacaría él tanta mano de obra; pues en el pueblo no había tantos jornaleros como demandaban las fincas.

Yo me fui a casa, sin apenas haberle dicho adiós al señor Clemente y esperé su visita: Estaba convencido de que llegaría a mi casa dicho señor para verme, y así fue; que al cabo de dos horas se presentó dicho señor con cara un tanto asustada.

Como yo no quería que pensase mucho apenas hablamos, llevándomele a donde le podían dar legalmente, para su laboreo, aquellas tierras. Cuando llegó aquel sitio, por poco sale corriendo el señor Clemente; pues nunca había pisado aquel lugar. Yo le sujeté de un brazo para que no se moviera de donde estaba y entrándole como pude en dicha oficina, le senté en una silla en espera de que nos recibiese el oficial de turno.

Cuando salió de aquel edificio el señor Clemente, no salía muy convencido y para que no pensase más me le llevé de allí lo antes posible. Y me le llevé a la finca del difunto Ambrosio, para que tomase el pulso a toda ella.

No a mucho tiempo de estar allí, en la finca del difunto Ambrosio, vimos llegar corriendo a Rogelio con no menos pesadez en su Alma; pues según él no debíamos estar allí nosotros dos, ya que el único albacea de su tía Mercedes tenía un precontrato, de palabra, para que Rogelio ocupase la finca si a éste le pasaba algo.

FELIPE -. Ha obtenido, el arrendamiento, el señor Clemente legalmente.

ROGELIO -. No por mucho tiempo; pues me pertenece a mí dicho arrendamiento.

FELIPE -. Si tú has tenido que arrendar tu finca al señor Clemente: ¿Cómo pretendes ahora llevar tú solo todas estas hectáreas de terreno y sobretodo, casi la mayoría de ellas de regadío?.

No hubo manera de convencer a Rogelio para que desistiese del empeño que tenía con aquella finca y sobretodo con el contrato de palabra que hizo con el difunto Ambrosio, que fue a un abogado para que le gestionase dicho litigio, entre el señor Clemente y él. Se veía que quería el pleno dominio de aquellas tierras para hacerle al señor Clemente un subarriendo y así cobrar más dinero por las mismas.

Y como todo vívales se apreciaba de tener amistades corruptas, Rogelio las tenía y por lo menos cinco personas que atestiguaron el haber estado presente en el apretón de manos entre el difunto Ambrosio y Rogelio; así que se dividió la

finca en tres parcelas; ya que los testigos de cargos aseguraron haber oído al señor Ambrosio hablar de las parte donde se encontraba la charca, un terreno pedregoso y poco fértil para el cultivo de cualquier producto agrícola y de las tierras altas, otro terreno poco hospitalario. Pero lo que Rogelio quería, eran las tierras llanas, mejores para toda clase de cultivo y sobretodo para el buen regadío; pues esas las consiguió el señor Clemente como arrendamiento por parte judicial, hasta que se aclarase quién eran los herederos de dicho señor: Cosa poco probable, pues dicho señor había permanecido en el pueblo durante muchos años, no conociéndosele ningún pariente.

En vez de calmarse Rogelio, se encrespó todo él tomando parte activa de un ir y venir para hablar con el señor Clemente: De que si era a él a quien correspondía dicho arrendamiento y dominio absoluto de la finca, en su totalidad.

En una de estas idas y venidas, tuvo lugar un encuentro entre el señor Clemente y Rogelio, estando éstos a solas en la parte intermedia de las tierras altas y las llanas: ¿Dónde no, entonces?. En donde existían los álamos y los ocalitos; una vegetación exuberante, como para no ver a una persona cuando se metía en dicho terreno.

Cuando vi al señor Clemente, al siguiente día, tenía la nariz vendada y un hematoma en la frente y al preguntarle por las causas de aquel siniestro me contestó que se había caído en aquélla ciénaga, que formaba el agua retenida a causa de los muchos árboles de aquel lugar, sobretodo: Ocalitos y álamos.

Pero cuando yo me fijé mejor en su cara, vi en ella un atisbo de lucha; ya que aquellos desgarrones hechos en la cara del señor Clemente no podía ser otra cosa que a consecuencia de un fuerte impacto y después haber tirado de la contundencia que lo había provocado con mucha fuerza.

FELIPE -. ¿Qué le dijo el médico?.

CLEMENTE -. Me hizo la cura, solamente.

FELIPE -. ¿Pero algo le tuvo que decir, con respecto a dicho accidente?.

CLEMENTE -. Que hay mucho bestia suelta.

Con aquello me lo dijo todo el señor Clemente, no tuve que esforzarme mucho para comprender y saber la realidad de aquel accidente que sufrió el señor Clemente; pero las causas no las comprendía, o no las sabía muy bien, de modo que me quedé en espera de acontecimientos, que seguro no tardarían en llegar.

Y por supuesto no tardé en saber las causas que llevaron acometer su suicidio al señor Ambrosio; pues eran causas externas a él; pero que le imputaban en el rapto hecho a Julio y a la hija del señor Clemente, en cuanto se encontró la llave del sótano de la ermita en la casa de su finca. Pero como me dijo el Sargento de la Guardia Civil, el señor Ambrosio tenía un sobrino un poco chasqui ano en conocimiento y en sentido pertinente como para acometer dichos actos y así los hizo. Me siguió diciendo el Sargento de la Guardia Civil, que el señor Ambrosio era un hombre bueno, pero que al final de su vida había cometido un delito imperdonable para la sociedad y con ella para la Ley; pero que no le debíamos inculpar a él solamente su acto de deslíz.

Me fui a casa con el pesar de haber sabido las causas que llevaron al señor Ambrosio a su suicidio, el deber y el pundonor de dicho hombre no le dejaba vivir en paz consigo mismo.

Pero todavía había otro acto delictivo, el cual no me lo quiso revelar el Sargento de la Guardia Civil por ser secreto de sumario en el litigio que llevaba Rogelio con dichas fincas, entre él y su primo Julio.

Aquello estaba siendo igual que un polvorín, en donde se enciende una cerilla y explota todo sin remisión alguna. Lo que no pude comprender, era el por qué de dichos arrumacos, por parte de Rogelio, a la señora de Julio; si la cosa era para estar distante cada uno y no volverse a mirar a la cara, por más familia que se sea. Pero era que por parte de Julio había otros tantos arrumacos a la señora de Rogelio, Andrea, haciéndole caso ésta y tirando para adelante.

A mí me daba un poco de reparo irme a la finca todos los días; pero por otra parte no tenía nada que hacer por las tardes y no me iba a quedar quieto en casa, sentado en el sillón viendo la televisión. Por supuesto que aquella tarde marché a la finca y en su trayecto vi a brazo partido a Julio con Andrea en la casa de campo de éste. ¿Qué estaría haciendo allí Andrea?: Esa era la pregunta que me estaba haciendo, ya que Rogelio estaba a punto de llegar a la finca de un momento a otro, pero como se estaba viendo no perdía el tiempo en remilgos, como para desechar la idea de abandonar a Julio a su suerte; le estaba acogiendo entre su seno amablemente.

Yo, por mi parte, me puse al amparo del maíz que había allí mismo, sin ser visto por ambos amantes en su estado febril, dentro del calor que fluye en la sangre en dichos actos.

No se hablaban nada, solamente emitían unos sonidos con la garganta, que ya eran bastante para ellos; así se decían lo mucho que se querían y lo agradable que se encontraban el uno con el otro. Esperé; pero no conseguí ver nada más que unos buenos arrechuchos entre ambos amantes, ya que allí no pasó otra cosa, ni se vio otro signo que no fuese el beso y el abrazo con ese impulso que da la fiebre del que desea a su homologó.

No quería moverme de allí por si acaso me veían los dos amantes, locos en su pasión desenfrenada; pero a poco tiempo de estar allí vi salir corriendo a Julio, a través del caminillo que había en el canal, para perderse de vista cuanto antes y yo como pude me fui sorteando de aquel sitio, arropado por el maíz.

No se encontraba al sobrino del fallecido Ambrosio; parecía como si se le hubiese tragado la tierra; pues la Ley le buscaba con insistencia para saber quien le había contratado en tales hechos delictivos, como fueron el secuestro de Julio y la hija del señor Clemente. Pero como digo; no se sabía dónde podría estar el ejecutor de la obra sentenciosa, pues aclararía muchas dudas a la policía.

Se estaban rifando las papeletas y todas las llevaba mi amigo Rogelio; pues como todos sabíamos, era un hombre hostil y bastante engreído en sí mismo ; a parte que no dejaba pasar una a nadie: No se podía meter nadie con él, porque se transformaba en un fiera para su persona.

En estos pensamientos me veía yo en el camino de la finca una tarde, cuando vi llegar a la casa pequeña, a la parte que tenía primitivamente el señor Clemente, a Antonia, la mujer de Julio, y entrando en ella, sin cerrar la puerta; ya que no hacía falta cerrarse nada: ¿Quién iba a ver, en dichos andurriales, que estuviese allí dentro su grata persona?.

Me paré a pocos metros de la casa, en un terreno, en donde me dejaba divisar lo que pasaba dentro de ella y como estuve allí un buen rato, al cabo de dicho tiempo me cansé de esperar y me dispuse para abandonar aquel lugar; cuando vi acercarse, con pasos ligeros, a mi amigo Rogelio que entraba sin llamar en la puerta y abrazando pasionalmente a Antonia la daba besos y arrechuchos, sin ton ni son.

ROGELIO -. ¿No sé qué haría?.

ANTONIA -. Lo mismo digo.

ROGELIO -. Pierdo la cabeza.

ANTONIA -. Sin perder nada, que es mejor.

Otros, que hicieron otro tanto de lo mismo; o sea: Nada de nada y para el colmo de los males, éstos ni siquiera hacían por arrimarse a la pared para celebrar su encuentro, pues solamente se decían lo mucho que se atraían.

Como pude darme cuenta que allí no pasaba nada, decidí marcharme de aquel sitio antes que me vieran ellos y para eso me fui, como unos metros, agachándome, como en cuclillas, hasta lograr estar en las tierras bajas, en donde me cubría el maíz y los árboles frutales. Allí eché un trago del canal secundario, pues no eran días de sulfatar las tierras ni los frutos, confortándome estupendamente aquel agua, para después sentarme a la sombra de un melocotonero y dejar evadir, un poco mis pensamientos.

Yo notaba algo, como que me pegaban en los zapatos, de vez en cuando, achacando dicho acto a las ramas suelta de aquel árbol tan frondoso; pero como me seguían dando en el zapato abrí los ojos viendo delante de mí a Rogelio, cosa extraña por su parte, ya que éste rehuía mi presencia siempre que podía.

FELIPE -. ¿Qué tal, Rogelio?.

ROGELIO -. Ya ves que estoy muy bien.

FELIPE -. Ya lo veo. ¿Pero lo que no sé, es el motivo de esta visita?.

ROGELIO -. Te podía decir, que pasaba por aquí; pero está claro por qué me encuentro hablando contigo.

FELIPE -. No tan claro.

ROBGELIO -. ¿No te lo imaginas?.

FELIPE -. Si no me lo explicas, no me lo imagino.

ROGELIO -. Todo el que lía una vez algo, lo vuelve a liar.

Me le quedé mirando con cara de extrañeza y como si no me gustase nada, pero que nada, lo que me había dicho Rogelio, y en ese preciso momento me levanté del sitio donde me encontraba sentado, descansando a más y mejor, para hablarle claro a mi amigo: Yendo directo al asunto.

FELIPE-. ¿Entonces, no has sido tú?.

ROGELIO -. Ni mucho menos.

Y sin decir más Rogelio, dio media vuelta marchándose a paso ligero de aquel lugar, como si tuviese miedo a insultarme o litigar conmigo, por no poder resistir tal agobio dentro de su Alma. Estaba siendo un bochornazo para él dichas habladurías, quedándome yo como quien ve visiones.

¿Si él no fue quien mandó dicho secuestro; quién sería?; ese es el dilema que debíamos averiguar, en vez de señalar a alguien en su vida maltrecha como era la de mi amigo Rogelio: ¡Ahora sí, que en denantes, no!.

Entre medio de dicho litigio, el de la finca con respecto a Rogelio, nos hizo un requerimiento el Juzgado para tomarnos parecer sobre dicha finca; y por supuesto me llamaron a mí también. Me hicieron una clases de preguntas sobre dicho litigio y yo con sangre frío contesté a todas sin titubear ni una sola palabra. No sé qué saldría de allí; pero lo cierto era, que ya me habían llamado a mí también.

Cuando volví, al día siguiente, a la finca me estaba esperando el señor Clemente para hacerme unas preguntas; parecía como si siguiese el interrogatorio.

CLEMENE -. ¿Qué tiene que ver usted en dicho litigio?.

FELIPE -. Eso quisiera yo saber.

CLEMENTE -. No: ¿Quién lo quiero saber, soy yo?.

Se quedó en tablas, como se suele decir; pero el señor Clemente no se las tenía ningunas consigo, o sea: Que no se creyó nada de lo que yo le dije y dándose media vuelta se marchó sin decir adiós.

Yo me quedé un poco inquieto por ver que uno no puede hacer nada sin que lo sepan los demás; pues faltaba un documento, que al parecer se encontraba reseñado en el libro de salida como aceptado.

Me fui a casa y cuando llegué a ella no encontré allí a mi novia, Carmela, viendo el camino expedito para sacar de entre mis cosas un cofre antiguo y poder mirar un documento que guardaba en el. Era el beneplácito que daba la justicia a Rogelio para ocupar todas las tierras de su tía Mercedes. Pero aunque me encontraba solo, estaba temblando, viendo el alcance que tenía aquel hecho; de que yo lo hubiese sacado de la Notaria sin ser visto y lo hubiese guardado para que sin el no surtiera efecto aquel acto notarial.

Como oí ruido, cerca de la puerta de entrada; así como una conversación entre Carmela y otra señora, guardé enseguida el documento, dejándole donde le tenía yo guardado por primera vez.

Carmela me vio nervioso, pero se calló; hasta cierto punto, pues en un momento que me había calmado y me encontraba sentado en mi sillón, en espera de un refresco, me abordó con la conversación pertinente sobre la seriedad.

CARMELA -. Cuando entré en casa te cogí un poco serio: ¿A qué es debido eso?.

FELIPE -. ¿Serio, yo?: No digas.

CARMELA -. Sí; tú serio.

FELIPE -. Sería por el aburrimiento.

CARMELA -. Sería por eso.

Desde luego que Carmela no se creyó nada de lo que la dije; pues a parte que yo seguía serio y no aparentaba estar en forma, más alegre; y ella mirándome de vez en cuando a la cara, para saber si me encontraba conforme en casa o me pasaba algo raro.

Desde luego no podía estar conforme conmigo mismo; pues había otro escollo en mi vida que me estaba embargando el Alma: Pues era el saber cómo se estaba envenenando Julio sin tomar ninguna sustancia para ello. Y desde luego tendría que haber estado tomando una sustancia para envenenarle la sangre; pues si no, no se concibe que su mismo organismo le envenenase: Caso que estaba, también, en el sumario.

Aquella misma mañana se me notaba serio en el trabajo y no pudiendo más me fui a casa para poder descansar de tanta pesadez en mi Espíritu; pero cuando llegué, con mi paseo cotidiano a la finca, me estaba esperando el señor Clemente; ya que él había oído algo de un posible decaimiento moral por parte de mi persona. Las noticias corrían, más bien digo; volaban.

CLEMENTE -. Es peor que le vean a usted así.

FELIPE -. ¿De qué manera?.

CLEMENTE -. Tan serio.

JULIO -. Sí; porque usted no tienes nada que ver en el litigio de la finca; ni ha hecho nada malo.

No sé de dónde había salido Julio; pues yo no le había visto, ni sabía que se encontraba allí, por eso me dio un sobresalto el corazón.

FELIPE -. ¡Hola!, Julio.

JULIO -. No te asustes, soy yo.

FELIPE -. Es que has salido de inmediato, sin avisar.

JULIO -. Me encontraba en la cocina.

FELIPE -. ¡Ya!

No caí yo, a lo primero, en lo que me había dicho mi amigo Julio; pero pensando posteriormente en sus palabras comprendí el alcance de las mismas y el significado de aquellas palabras: No queriendo indagar mucho en dicha conversación.

Enmudecí de repente, dándome media vuelta para dirigirme a mi casa lo más rápidamente posible e iba con una sola idea; el destruir aquel documento que me comprometía con la justicia. Pero cuando llegué a mi casa se encontraba en ella mi novia Carmela, no pudiendo hacer nada para deshacerme de aquella prueba pericial, con respecto a la herencia de la tía de Julio y Rogelio; en la que aquel documento era causa principal para darle a Rogelio la mayoría de las tierras.

Y como Carmela era muy vívales, me cogió una idea en la cabeza algo chocante al bien quehacer; pues yo no hacía más que mirar para todas las partes como asustado, como si me bullera algo raro en la cabeza que no fuese una cosa noble, por lo tanto me preguntó Carmela por dicha causa. Y acercándose a mí con mucho sigilo, me preguntó por mis pensamientos más profundos en aquella hora de decaimiento en mi pobre Espíritu atormentado por algo.

CARMELA -. ¿En qué piensas?.

FELIPE -. ¿Yo? : En nada.

CARMELA -. Si no me lo quieres decir, lo comprendo; pero tú estás pensando en algo que no me quieres contar.

FELIPE -. Te diré, que me está agobiando un problema ajeno a mí.

CARMELA -. ¿Cuál es?.

FELIPE -.El litigio entre Julio y Rogelio.

CARMELA -. A ti no te incumbe. ¡Déjalo!; de verdad te lo digo.

No respondí: para ver si se cansaba y se iba de allí Carmela dejándome solo para poder acometer el acto de destruir las pruebas de dicho documento que permanecía en mi poder.

En realidad surtió efecto mi callada; pues Carmela, viéndose acobardada por el silencio que la marqué, salió de casa para hacer la compra del día, ya que todavía no la había hecho. Yo, por mi parte, corrí a donde se encontraba el documento, sacándolo rápido para poderle destruir; pero cuando lo iba hacer pensé que sería mejor hacerlo desaparecer poco a poco y separando el lado donde se encontraba la firma, me fui derecho a la pila de la cocina para quemarle en ella y así no dar sospecha de algún acto delictivo. Pensé quemar parte de dicho documento cada día; pues el olor a quemado daría signo de lo que yo estaba haciendo a los vecinos.

Cuando hube terminado de quemar el primer trozo, salí de casa como si tuviese los deberes hechos y la conciencia descargada; pero a poco de estar paseando por las calles de aquel pueblo me di cuenta de que eso no era así; pues por más que yo me empeñase en destruir dicho documento, la acción estaba hecha: Un acto delictivo donde los haya.

Y como no tenía mi conciencia limpia, me fui alejando del pueblo para más tarde volver a él y dirigirme a la Iglesia de aquella parroquia, tan llena de fe y esperanza para todas las Almas que se acercase a ella. No sabía si dicho Templo se encontraría abierto; pero como era hora de una novena a la Virgen, allí que me entré para poder dirimir mi culpa delante de lo más sagrado y lo único que hice fue arrodillarme en el confesionario, creyendo que no había nadie dentro de él; pero me equivoqué, pues estaba el Sacerdote esperando a los pecadores para poderles perdonar, bajo auricular, sus culpas mediante el arrepentimiento de sus actos.

No sabía lo que decirle aquel cura, cuando me recibió como hijo y con un agrado entrañable para mí; pues me quedé cortado y sin habla alguna, pero al poco tiempo repuse las causas que me habían llevado allí.

FELIPE -. Padre: ¿No sé qué le tengo que contar?.

DON PEDRO -. Hijo, tú no me cuentes nada; yo te iré preguntando y con un sí o un no me das la respuesta al mal que te aqueja en tus pecados.

Y así fui descargando mis culpas, una a una, delante de aquel confesionario y con aquel sacerdote, tan ducho en la materia; pues me las cazó al vuelo, aconsejándome que siempre había perdón para el ser arrepentido y sobretodo aquella persona que había hecho acto de contrición y propuesta de enmienda para no volver a caer, nunca más, en aquel pecado. Enseguida comprendí la situación; pues si un ser se arrepentía bajo auricular, se le perdonaban todas sus culpas.

Como yo había quemado el trozo donde costaba la firma ya era más fácil quemar los diferentes trozos, uno a uno, en días sucesivos y así lo hice; quemando trozos pequeños, uno a uno, en la pila de la cocina, cuando tenía ocasión para hacerlo, hasta que destruí todo el documento en pocos días. Me encontraba libre de culpa; sobretodo el haber sustraído dicho documento para que no surtiese ninguna clase de efecto notarial.

¡Libre como un pajarito!; ya libre, salí de casa aquel día para dar un paseo por no sé yo dónde, pero la realidad fue que el paseo, esta vez, lo di por el monte, cerca de aquel pueblo, en unas sierras que había cerca de la misma urbe, buscando cardillos y espárragos; y en vez de tales hortalizas encontré berros en un arroyo, unos sabrosos berros para una ensalada. Mi alegría fue impar, cuando logré cenar aquella noche con un vino “pitarrero”, traído de un pueblo cercano en otra provincia; pues así se comenzó llamando al poco vino hecho, por parte de los particulares, en unos pequeños conos, en el que al sacar el vino de dichos conos se llamaba “pinchar”, apretando para adentro el tapón puesto en su tiempo a dicho cono e introduciendo una caña fina para que no saliese también las heces y sí el vino: Y como las gotas que salían, caían poco a poco en un baño donde se recogía dicho vino con un cazo, para después llenar la garrafa con él y al cabo de tres meses verter dicha garrafa en otra, llamando a dicho proceso “trasegar” el vino, para que cogiese cuerpo fuerte y se hiciese bien. El nombre de “pitarrero” lo puso un señor de una provincia limítrofe a la

nuestra y por supuesto lo clavó; parecía que caía la gota, al final de la jornada como una legaña, como una “pitarra” de los ojos en tiempos de frío.

Yo ya no me acordaba de nada aquella noche, como les digo; hasta que me llegó Don Pedro hablándome de una cosa un tanto extraña para mí. Eso a lo primero, ya que yo no sabía de lo que el Sacerdote aquel me quería decir en su conversación aquella noche, por tener el estímulo un tanto elevado a consecuencia del etílico. Pero cuando me calmé poniendo todo mi interés para poder comprender a mi cura párroco, supe de qué se trataba aquello que me estaba diciendo don Pedro.

DON PEDRO -. ¿No sé si me estás comprendiendo,

FELIPE -. Sí, padre; le comprendo perfectamente.

¿Qué va!; yo no comprendía a mi cura, por tener mi pensamiento puesto en otra cosa, en otro sitio, pero que a base de insistir dicho sacerdote en quererme transmitir sus dudas, al respecto, me centró en su conversación para que yo le entendiese bien.

DON PEDRO -. Entonces; ¿explícame si viste algo aquel día que nos encontrábamos en notaria?.

Era verdad; pues no me acordaba de que el señor cura se encontraba en notaria aquel día que yo sustraje el documento principal, causa de la herencia de Rogelio en el testamento de su tía Mercedes.

FELIPE -. Pues . . . Yo . . .

Y como me vio el sacerdote, que yo no recordaba mucho; es más, que no me acordaba de que él estuviese en dicha notaria, se echó para atrás con signo inequívocos de que había fallado en su pregunta hacia mi persona; pues ya que yo no me acordaba haberle visto allí, ahora sabría a ciencia cierta que él se encontraba presente en dicho lugar: De modo, que él podía haber sido, también, el que hubiese hecho desaparecer dicho documento y venía con sentido implicatorio de dicho acto, al no saberse nada de quién lo había hecho.

No me podía notar nada en mi vacilación hacia su respuesta; así que sin pestañear y de repente le contesté algo, que le hizo titubear.

FELIPE -. Se encontraba usted delante de mí y si usted no vio nada; poco pude ver yo.

Aquello que le dije yo al sacerdote fue contundente para que éste decidiese no volverme hacer ninguna pregunta más, saliendo por la tangente, como se suele decir, cada vez que aquel cura me dirigía la palabra y como si tuviese que hacer se despidió de mí rápidamente. Y cosa curiosa; que cuando me vi solo por vez primera no sentí temor alguno, ni conciencia alguna por el acto que hice de haber hecho desaparecer aquel documento, prueba de la causa principal para que Rogelio fuese el amo de casi todas las tierras de aquella finca, como ya les he dicho.

No obstante me quedaba parte de remordimiento dentro de mi Alma y me fui a la Capital para diligenciar unos asuntos en la Notaria; ya que me tardaba llegar su contestación a la formalización de un pago de mi herencia y cuando

entré en dicha Notaría , observé al pasante que me miraba mucho y sobretodo con cara de estar recordando algo, sin poder saber qué era. Yo no me corté y aceleré el paso dando señales de seguridad en mí mismo y al acercarme a la mesa donde se encontraba el pasante; todavía me miraba con un poco de recelos, pero por fin decidió preguntarme por las causas que me habían llevado allí.

Yo; ni corto ni perezoso le comencé a exponer dichas causas con una serenidad entrañable, fuera de mí; pero que por otra parte me estaban temblando las piernas y a punto de hacerme necesidades menores allí mismo si aquel hombre recordase algo del pasado: Pero mientras yo no demostrase señales inequívocas de aturdimiento o de susto, no daría pie para dejar campo libre aquel ser y pudiese dar con el quid de la cuestión; que no era otro que el haber cambiado un el documento de sitio.

Como tanta sangre fría demostré, no di tiempo ni margen alguno para que el pasante de la Notaria pudiese saber, a ciencia cierta, las causas de por qué quería recordar algo sobre mi persona. Al margen, que yo pensaba, que no me había visto nadie sustraer aquel documento; ya que la sala se encontraba sola en aquel preciso momento en el que yo decidí cambiar el documento de su sitio. Y como no hay dos sin tres, volvió el pasante a quedarme solo en la sala; ya que le llamó el señor Notario para que le ayudase este.

No soy intrépido, créanme; pero las fuerzas me hacían hacer actos fuera de lo normal, algo fuera de mí mismo, que yo no cometía nunca. Yéndome hacia el escritorio y más bien a los archivos del señor pasante, en donde tenía mi documento, para mirar dentro de los archivos y lo que pude ver en ellos fue una nota a pie de cabecera del registro donde tenía Rogelio su documentación de que faltaba dicho documento no registrado.

¡OH, la, la!; aquello era harina de otro costal, pues sino estaba registrado mal podrían saber el total de lo que dicho documento ponía en el, saliendo de dicho lugar más ancho que largo; al saber que su interpretación no sería la correcta sin dicho documento.

No me explicaba el por qué a dicho documento no le habían hecho fotocopia alguna, o por qué no tenía minuta alguna; ya que era el documento donde se detallaba el testamento ológrafo, donde costaba la firma de la tía de Rogelio, y sin existir dicha firma ni documento; no existía forma alguna legal para ejecutar los deseos de la difunta, señora Mercedes.

No quiero contarles a ustedes la insatisfacción que sentí dentro de mi ser por el mal hecho ejecutado en aquel día de acto; pero me sentí un algo en mi Alma y dentro de mi Espíritu al haber ejecutado aquella acción por mi parte, no sabiéndome expresar muy bien. Y en cuanto pensé realizarme a mí mismo, salí a la calle con un sentido previo de haber hecho lo mejor que yo creía para enderezar aquel entuerto; pese a que aquel acto estaba muy mal, ya que se transcribió la Ley. Y como a todo ser humano le pasa, a mí me pasaba otro tanto de lo mismo; el tener mi Espíritu agobiado por el

pesar de haber acometido dicho acto, que no aconsejo yo lo haga nadie; pues ni descargando mis culpas en auricular me sentía tranquilo.

Y como estaba nervioso no sabía ni lo que hacía, así que una tarde me fui para ver a Julio y poderle contar toda la realidad de todo aquello, que a mí me atormentaba; pero en vez de contarle todo, no lo supe hacer por falta de valor para ello.

JULIO -. Te veo muy agobiado: ¿ Qué te pasa?.

FELIPE -. A mí, nada.

JULIO -. Al que no le pasa nada es a mí; pero a ti se te ve un nerviosismo que raya el misterio.

FELIPE -. Quiero decirte . . .

JULIO -.¿Ves, como sí te pasa algo?.

FELIPE -. Siempre has sido mi mejor amigo.

JULIO -. Por lo menos, te he caído bien.

JULIO -. Algunas veces es mejor que no lo hagas.

Miré para los ojos de Julio, viendo en éste como un sentimiento de culpabilidad; tal vez ya conocía la realidad de lo que había pasado con aquel documento, no sabiendo yo cómo abordar el problema para seguirle contando toda la verdad, ya que él lo sabía de antemano.

Me di media vuelta y salí de allí, más que corriendo; salí como volando de aquel sitio, llevando un pesar dentro de mí que me agobiaba todo mi ser en aquella hora de desaliento; pues si ya lo sabía Julio, lo tendría que saber todo el mundo lo que había pasado con aquel dichoso documento.

¿El por qué de no tener efectos legales?; eso no sabía yo por qué sería: Tal vez sería porque yo me aferraba a que no sabía nada de dicho documento y que todo lo tratado de dicho tema era para mí cosa extraña, o por lo menos se me alejaba de mí toda clase de conocimientos para poder saber yo algo de dicho documento.

No tenía que cometer ninguna torpeza, ni hacer ningún acto que no fuese correcto; pues me lo echarían a ver todos, achacándome dicho acto delictivo. Por lo tanto aquella tarde decidí pasear por los alrededores de la finca, como había hecho tantas veces y así no levantar sospecha, por parte mía, al mostrar mi nerviosismo a flor de piel.

No sé qué sería; si era por que no encontraba a nadie en aquellos parajes, laborando el campo, o tal vez me lo producía la soledad de aquellos contornos tan inhóspito esta vez para mí. Lo cierto era que no podía estar por más tiempo en aquellas tierras y tan solitario: Así que me fui derecho a casa para repasar unas cuentas que me pudiese deducir, al año siguiente, en la declaración de la renta anual.

Hacía así como media hora que estaba en dichos menesteres cuando llamaron a la puerta y yendo abrir encontré en el umbral de la casa al sacerdote, don Pedro, que venía recabando dádivas para un fin benéfico . Le hice entrar, para que

viese que yo no era remiso a tales proyectos, por parte de la Parroquia; todo lo contrario, que aquello presentía yo nos engrandecía como personas y exaltaba al pueblo en sus valores personales.

Pronto me di cuenta que aquel cura iba por dos fines particulares; pues nada más se sentó en el sillón del salón comenzó hablándome sobre los problemas que tenían los primos, Julio y Rogelio, y yo, para no liar más dicho litigio, no quise entrar de lleno en dicha conversación, callándome todo y oyendo más que hablaba; pero hubo un tiempo en el que aquel sacerdote me hizo salir de mis casillas, al decirme que la herencia le correspondía, por su totalidad, a Rogelio y yo exaltado por aquella afirmación me levanté de la silla, como elevado por un resorte, diciéndole al cura aquel: Que yo creía sería por igual dicha herencia.

Aquello, que dije, me refortaleció todavía más mis conocimientos delante de las gentes de aquel testamento, hecho por la tía de mis dos amigos, Julio y Rogelio.; pues demostré no saber gran cosa de dicho documento notarial, mirándome el sacerdote con cara de sorpresa para abordarme más tarde y después de una pausa con la pregunta rutinaria.

DON PEDRO -. ¿ De verdad, que no has tenido nunca, en la manos, dicho testamento?.

FELIPE -. Sosteniéndolo nada más; ya que me dio el pasante un legajo de documentos para que se los sostuviese, pues iba a limpiar su mesa.

DON PEDRO -. ¿Y no lo leíste, hijo?.

FELIPE -. Ni por asombro. No me dio tiempo a nada; ya que me los volvió a pedir, el pasante, en pocos segundos.

D. PEDRO -. ¡Ya!.

Aquello me escamó a mí mucho, esa interjección dado por el Padre; con un aplomo de saber lo que estaba diciendo y no dudando nunca de sus palabras. Por lo tanto, a mí me estaba quedando un mal cuerpo que se me notaba a la legua y en aquel día de actos.

DON PEDRO -. Por eso se han encontrado tus huellas dactilares en algunos documentos de aquel día; y máxime, cuando te vio alguien merodear por la mesa del Notario: No solamente por la del señor pasante.

Creo que me salieron los colores a la cara, dando sensación de inquietud en aquel momento en el que me había dicho el sacerdote aquello: De que me habían visto allí y, no solamente mirando, cogiendo los documentos de las mesas, como si yo tuviese potestad para hacerlo.

Si hablaba, malo; pero si me callaba, peor. ¿Qué dilema tomar en aquel asunto?. No podía dar mi brazo a torcer para hacerle ver aquel sacerdote la verdad de lo que allí había pasado aquel día; de modo, que haciendo de tripas corazón me armé de valor y sacando fuerzas de flaquezas, donde no las había, contesté de inmediato aquel despropósito para mi persona.

FELIPE -. Ya le he dicho, que se me pidió sostuviese dicho legajo de documentos por el señor pasante: Por eso se encontraban allí mis huellas dactilares.

DON PEDRO -. ¡Ya!.

Cuando volví a oír aquella interjección miré de frente, a la cara, aquel cura y viéndole con un poco de zozobra, por su parte, repuse de pronto y sin esperar más aquella interjección que me estaba sacando de mis casillas.

FELIPE -.¿Otra vez?.

DON PEDRO -. ¿El qué, hijo?.

FELIPE -. Ese “ya”, dado como con remilgos.

Y para que aquello quedase todo ello en tablas yo le ofrecí unas perrunillas con un anís al sacerdote, sentándole de maravillas; pues a don Pedro le gustaban mucho los dulces y que le agasajaran en todas las casas que iba él.

Pero cosa curiosa; nada más se hubo marchado el cura de mi casa, se presentó en ella el médico, don Leandro; dándome mala espina, como se suele decir, ya que yo no le había llamado. Y sentándose en el sillón del salón hacía como si me quisiera preguntar algo, cosa que yo atajé de inmediato para saber el carácter de su visita.

FELIPE -. Siempre es usted bienvenido a mi casa: ¿Pero no sé el concepto, fundamental, de su visita?.

DON LEANDRO -. Me enseñaron arreglar el Alma de las personas; pero a veces tengo que arreglar el Espíritus de las mismas, junto con su voluntad y su conciencia.

¡Acabáramos!; aquello no lo comprendía yo muy bien, pues se habían vueltos las tornas, pues el Padre vino con poco tiempo que perder en dichas divagaciones; por lo tanto tenía que abordarle de inmediato aquel sanitario, y así lo hice.

FELIPE -. Ahora se han vuelto los turnos para ustedes dos: Uno cura el cuerpo y el otro cura los sentimientos, bajo la misma fe.

DON LEANDRO -. Sé que le ha visitado don Pedro; lo que no sé, con qué motivo.

FELIPE -. Quería curarme mi salud corporal.

DON LEANDRO -. Y yo le vengo queriendo curar su salud espiritual.

FELIPE -. ¿Cómo es eso?.

Se hizo un silencio momentáneo para más tarde volver alegar las causas que le traían a mi casa al médico, don Leandro, pero que ninguno de los dos queríamos romper aquel hielo que invadía nuestro ser al no contarnos nada sobre el caso que nos atañía; hasta que don Leandro rompió aquella capa de escarcha que caía sobre nuestras cabezas al no decirnos nada al respecto.

DON LEANDRO -. Veo que no me quiere usted decir nada sobre los documentos que obraron en su poder.

FELIPE -. No tengo tales documentos.

DON LEANDRO -. ¿Pero los tuvo?.

Aquella pregunta me cayó como un jarro de agua fría en la cabeza y haciendo una mueca característica, con la cara, me lo echó a ver el doctor y sin querer indagar más sobre la cuestión se levantó del sillón para despedirse con un movimiento de la mano y salir de mi casa, sin a penas despedirse de palabras.

Yo me quedé como quien ve visiones, por el mucho instinto que había usado el doctor para abordarme con dicha conversación y sacarme las cuatro verdades que tenía metido en mi Alma. No volvería a ser nunca lo mismo, por lo menos, no volvería afianzarme en la convicción de que nunca había tenido dichos documentos; por lo menos daba sospecha que sí había tenido algún documento en mi vida, en mis manos durante un tiempo determinado.

Me eché sobre el sofá para ver un rato la televisión y poder estar confortable en mi casa, pero a poco de estar viendo un programa en la televisión, que me gustaba a mí, volvió a sonar el timbre de la puerta; pero esta vez era ya más serio, pues se presentó allí la Benemérita blandiendo una orden judicial para hacer un registro en mi casa y como la pareja de la Guardia Civil me conocía dejaron todo tal y como estaba: No encontrando en mi casa dichos documentos y al paso de aquel registro yo me tenía que poner un poco nervioso para no dar qué pensar.

FELIPE -. ¡Vamos!, ¡vamos!, ¡vamos!.

DOMÍNGUE -. Tranquilícese.

FELIPE -. ¿Qué esperaban encontrar en mi casa?.

DOMÍNGUEZ-. Hasta que no se encuentre cosa tangible para encausarle, no puedo decirle nada.

FELIPE -. Ni sé de lo que se trata, ni sé lo que han querido encontrar.

Me miró Domínguez con cara de reproche y dándome los buenos días desapareció de mi casa, junto con el otro Guardia Civil. Yo no había logrado mi objetivo; que era el poner nervioso a Domínguez para que se le desatase la lengua.

Yo no podía cometer ninguna clase de torpeza y aquella misma tarde salí a dar un paseo y para disimular, muy bien, lo di por el mismo sitio de siempre; pero sin buscar a nadie, me convenía que me viesen solo. Y así lo hice: Pues estuve andando por los caminos agrícolas que yo suponía no se encontrase nadie y cuando me cansé decidí marchar a mi casa, por el mismo camino que traje antes, a la finca; pero en un recodo de aquel camino, no sé cómo, me encontré a Domínguez y en general, nada pasó.

No quería mirar para atrás para no dar sospecha de ponerme nervioso y sin acelerar el paso proseguí mi camino haciendo como que me interesaban las flores que me encontraba en el, pero de vez en cuando oía las pisadas del guardia, detrás de mí, como si éste me estuviese siguiendo los pasos. Y cuando llegué a las primeras casas tenía un dilema, o me dirigía por una calle o me dirigía por otra a mi casa y mirando para atrás para ver sin Domínguez me seguía; pero qué va, el guardia tomó el otro trayecto, o sea la otra calle para en un tiempo prudencial desaparecer su figura al doblar una esquina.

Tomé una bocanada de aire en los pulmones, como relajando mis músculos ateridos por las circunstancias de los acontecimientos: La espera del Guardia Civil a mi persona y el seguirme dicho guardia por el camino agrícola, sin quererme dar alcance. Y cuando pensé en que aquel guardia no me había querido dar alcance, con lo fácil que le hubiese sido, me entró una congoja dentro de mi Alma que por poco caigo desmayado al suelo al comprender que aquel guardia había estado jugando conmigo al gato y al ratón; pues lo más fácil era haberme dado alcance, ya que yo iba todo lo despacio que podía y parándome de vez en cuando para observar las flores que había en el camino.

Pensé que aquel Guardia Civil esperaba a que yo hablase, no queriendo provocarlo él para no romper el protocolo de que había sido yo el que hablase por mi misma voluntad.

Cuando me vi en casa mi mujer, Carmela, me entregó un requerimiento judicial para que me presentase en un día determinado y a cierta hora de la mañana en el Juzgado y allí que me fui; pues era para hacerme unas preguntas sencillas, solamente, y saber sobre mi trayectoria en el día de los hechos.

No salí de allí con el pleno convencimiento de que todo había terminado; pues yo creía que habría más requerimientos hechos a mi persona para saber más de los hechos. Y pese a que pasaba el tiempo, no volví a recibir otro requerimiento, cosa que me aplacaba el Alma.

Pero como mi novia, Carmela, se encontraba inquieta y con ganas de saber todo aquel entramado de idas y venidas al juzgado, me preguntó un día por las causas.

CARMELA -. Tú puedes hacer lo que quieras, a mí no me importa; pero tienes que saber que soy parte activa de tus mismos hechos y esos hechos me parecen un poco alarmantes, en cuanto estás yendo al juzgado y a mí no me cuentas nada de lo que está pasando.

FELIPE -. No es nada en particular.

CARMELA -. ¡Hombre!: ¿Si el ir al juzgado, no es nada en particular : no sé qué será para alarmarse?.

FELIPE -. Están llamando a todas las personas que se encontraban, en notaria, el día de autos.

CARMELA -. ¿Nada más?.

FELIPE -. Créeme, nada más.

Parece que se conformó un poco, Carmela, con dicha explicación; y digo un poco, porque no se las tenía todas consigo, ya que si el juzgado te llama para algo hay ese algo.

La vida cotidiana siguió en mi casa, desarrollándose normalmente, y como si nada hubiese pasado; ya que no me volvieron a llamar, como les he dicho, confiando mi pareja en lo que yo la había explicado y al parecer ya no se encontraba Carmela con tanto pesar en su cuerpo como otras veces estaba demostrando a simple vista. Lo malo sería que volvieran a requerirme para que les volviese a dar explicaciones; eso sería harina de otro costal, pues Carmela caería en una crisis infernal.

Ni me volvieron a llamar, ni me volvió a rondar la benemérita para nada, calmándome todo mi Espíritu por completo al saber que no estaba siendo encausado para nada en dicho expediente de aquel día fatal para mi persona.

Pero un día, en el que entré en una taberna, me encontré allí al cabo Domínguez vestido de paisano y como yo no era ni mucho menos esquivo me fui hacia Domínguez saludándole muy cordialmente y éste haciendo acto de su amabilidad me invitó a que tomase algo. Yo al principio tuve idea de rechazar su invitación, pero de momento pensé no molestar a Domínguez para nada y le acepté un café. Se me quedó mirando de frente el Sargento, y con cara de sorpresa, haciéndome una pregunta un tanto ambigua.

DOMÍNGUEZ -. ¿ Qué estoy tomando yo?.

FELIPE -. Veo, que un baso de vino.

Comprendí, enseguida, aquella pregunta y cambié a vino, de inmediato; de modo, que comencé tomándome un chato de vino, para más tarde tomarme vasos enteros de dicha botella y a esa botella la siguió otra y otra, y así hasta varias, no sabiendo yo cuántas botellas consumimos aquel día.

Ya me estaba familiarizando con el Sargento Domínguez, hasta el punto de envalentonarme y hacerle algunas preguntas, para saber más bien cuántas copas llevábamos tomadas.

FELIPE -. Me va a permitir hacerle una pregunta.

DOMÍNGUEZ – Puede hacerla.

FELIPE -. ¿Cuántas botellas de vino llevamos tomadas?.

DOMÍNGUEZ -. Una y media.

FELIPE -. Pues a mí me ha parecido que llevábamos por lo menos cuatro.

DOMÍNGUEZ -. Pues no señor, que llevamos una y media; ahí tiene usted la segunda botella, que a mí parecer todavía no está en la mitad.

FELIPE -. ¡Claro!; como no bebo, a mí me han parecido más.

Aquel guardia era simpático y a mí me estaba cayendo en gracia, por lo tanto se me estaba soltando la lengua delante de él y sin saber cómo le hice una pregunta crucial.

FELIPE -. ¿Han cerrado el expediente del día de autos?.

No contestó Domínguez; es más, que despidiéndose de mí se salió de aquel bar a toda prisa, desapareciendo su figura de mi vista en un santiamén. Yo, pese a mi aturdimiento etílico, me quedé pensativo, como si algo me dijese que aquella pregunta, que había formulado al guardia, fuese un poco mordaz; por saber todo el mundo, que la Guardia Civil no abandona ningún caso que esté expedientado. Así que me fui a mi casa todo pensativo y como sabiendo que había hecho mal en haberle hecho dicha pregunta a Domínguez. Aquella noche tuve un pesar en todo mi ser, por aquella

pregunta que hice al guardia, aquella misma tarde; pues se me desató la lengua y tiré de recuerdos, habiendo fallado en preguntar al guardia aquello, de que si el expediente de notaria se había dejado por completo.

¡AY!, que pillín aquel guardia; pues me quitó los sentidos con el etílico tomado de dichas botellas de vino, para que yo dijese algo sobre la cuestión que nos incumbía: Que era la pérdida de aquel documento, en donde la tía de Rogelio le dejaba la mayoría de las tierras de su finca.

No crean ustedes que yo sabía el por qué había cometido dicho acto, el hacer desaparecer aquel documento; ya que se habían encontrado mis huellas dactilares por todos los documentos restantes . Pues no, no sabía muy bien el por qué de dicho acto, ya que lo cometí por una cabezonería mía; al ver que Rogelio se estaba llevando la mayoría de aquellas tierras, mientras Julio obtenía una sola parte de las mismas y no era que apreciase más a Julio que a Rogelio, que no; solamente fue que me entró un algo, dentro de mí, que no sé decirles qué fue. Pero lo cometí y eso fue mi mal, es saberme inculgado, por mi parte, de aquel hecho fatídico en el día de los actos.

Yo me tendría que conservar en mis treces, diciendo que no tenía nada que ver con dicho documento, que ni siquiera lo había visto; pues en tan poco lapsos de tiempo no hay nadie que se lea un documento. Sí era verdad que yo lo había tenido en las manos, pero no me había dado tiempo a ojearle, ni tan siquiera. Eso fue lo que me estaba salvando, el conservarme en mis treces, diciendo en todos los medios que yo no sabía nada del asunto. Y eso fue lo que dije cuando fui llamado a notaria por su titular, ya que como me dijo éste, el sabía que existía documento notarial, pero a no haber sido registrado no había minuta del mismo y que un testamento “ab intestato”, no se sabe cual va a ser el empleo del patrimonio de la difunta Mercedes; por lo tanto se haría una “declaración de herederos ab intestato” . Era más bien para saber discerní cuales eran las verdaderas personas a la que la Ley llama a la condición de herederos, en virtud de no haber hecho testamento el causante fallecido. Y como los herederos, aparentemente, eran los dos sobrinos, sería necesario acudir al procedimiento judicial para obtener la declaración de heredero.

Me veía entre la espada y la pared; ya que se iría a la parte judicial, requiriéndome para que fuese testigo de cargo, sin saber si la finada quería dicha partición o no. No sabía qué camino tomar en mi vida y por otro lado sería así mejor, que no imputado en los mismos hechos delictivos.

El lío que había formado con destruir dicho documento, no era poco; ya que como me dijeron, tal vez sería más complicado dicho recurso al saberse de la existencia de dicho documento, hoy por hoy desaparecido. Y como les he dicho, si me preguntan por las causas que me llevaron a tal procedimiento no se las podría decir, por más que pensase y por más esfuerzos que hiciese para poner en conocimiento mutuo qué acto inmoral me llevó para destruir dicho documento. Es más; que me encontraba avergonzado y arrepentido de dicho acto, cosa que ya no tenía remedio alguno para hacer o dejar de hacer lo correctamente propio.

Yo creo que se me estaba echando a ver, por lo compungido que en aquellos días me encontraba, debido a mi mucha vergüenza no pudiendo mirar a nadie a la cara: Bajaba la cabeza cuando me cruzaba a alguien y seguí mi camino sin mirar a dicha persona.

No podía tener mi conciencia en paz y me fui a buscar consejos a la Capital, buscando a un letrado para tales menesteres; diciéndome dicho abogado que lo veía muy mal, pero que muy mal. Peor lo estaba bien yo, que ni en sueños podía quitarme de encima aquella pesadilla; pues estaba siendo para mí, una pesadilla completa: Creía, por mi buena voluntad, que aquel acto no había existido nunca. La conformidad del insulso; que a base de pensar se hace a la idea que es la pura realidad.

Y claro que fui llamado a requerimiento, primero en notaria; no viendo allí al pasante que estaba siempre, vi a otra persona ocupando su puesto; cosa que me favorecía, pues si se le hubiese conservado el puesto se irían para otra parte las sospechas, no cerrando el proceso tan prontamente.

En una y en la otra parte salí victorioso, al no dar mi brazo a torcer; diciendo que no había sido yo el que había hecho desaparecer dicho documento y que por otra parte, no sabía yo que existiese algún testamento hecho por la difunta doña Mercedes: Que no había leído nunca dicho testamento, no teniendo conocimiento del mismo.

Picado por la curiosidad me fui a la finca para encontrar en ella a Julio y poderle hacer algunas preguntas que me sirviesen como esa luz del faro que guía a los buques en su navegación nocturna; así mismo quería que me sirviese mi amigo Julio en aquel día tan triste para mí.

Siempre cavando, se encontraba removiendo la tierra de algún producto sembrado por él en aquella plantación, no sabiendo yo cual podía ser; pues me encontraba, todavía, muy lejos para poder ver qué clase de producto sería al que estaba removiendo el contorno de su tierra.

Alzó la cabeza cuando me vio llegar a su lado y con gran parsimonia me comenzó hablar dándome la bienvenida a su finca, e invitándome para si yo quería emularle en aquella hora de sudores y trabajo para él, que cogiese una azada para remover, yo también, la tierra de los alrededores de aquellas matas sembradas por él.

JULIO -. Te deseo que tengas una buena estancia aquí.

FELIPE -. Te lo agradezco.

No le dije nada más y me fui derecho para coger la otra azada y así darle muestras de amistad muy estrecha para que pudiese confiar en mí aquella misma tarde en las que yo le iba hacer una pregunta trascendental para mi persona.

FELIPE -. ¿Qué tierra remuevo?.

JULIO -. ¡Anda!; estate quieto.

FELIPE -. De verdad: ¿Dime qué tierra tengo que remover?.

JULIO -. Te he dicho que te estés quieto. Tú lo que has venido es para preguntarme algo: ¡Anda!, venga; echa por tu boca todo lo que quieras.

FELIPE -. Pues sí; no te equivocas. Estoy dándole vueltas toda la tarde a una pregunta sin respuesta.

JULIO -. Pues ahora obtendrás la respuesta: Tú hazla y conseguirás saber la realidad de la duda que embarga tu ser.

FELIPE -. ¿Por qué esa discriminación en el testamento de tu tía Mercedes?.

Frunció el ceño y como pensativo agachó la cabeza para recapacitar en sus palabras; pues aquello que él me diría me serviría de luz y de guía en mi camino, de aquí para adelante. Él sabía el mucho agobio que yo estaba teniendo dentro de mi Alma con aquel hecho de haber conseguido hacer desaparecer dicho documento: El testamento.

Y como me estaba dando pruebas de sinceridad, como aquella amistad estaba siendo verdadera, yo me atreví hacerle la pregunta que me ardía dentro de mi ser.

FELIPE -. ¿Por qué te discriminó, tanto, tu tía Mercedes en su testamento?.

JULIO -. No es así.

FELIPE -. ¿Entonces?.

JULIO -. Quiso poner las cosas en su sitio.

FELIPE -. ¿Cómo es eso?.

JULIO -. Un día me llegó mi tía Mercedes con un boleto de lotería, regalándomelo y por aquello de la fatalidad, quiso la suerte de que me tocase a mí el premio mayor, no enterándose mi primo Rogelio. Tal vez para compensar la balanza, tan desequilibrada que se produjo desde aquel mismo momento, entre Rogelio y yo, quiso deshacer entuertos y buscó la fórmula de formalizar testamento, dando a mi primo Rogelio lo que antes me había dado a mí.

Esta vez el que agachó la cabeza fui yo, no sabiendo lo que decirle, ni lo que hacer allí en aquella hora que me había enterado bien del desequilibrio testamentar de la difunta doña Mercedes. Y haciendo un gesto con la mano y el brazo me alejé de allí lo más rápidamente que pude.

¡Ahora sí que estaba bueno!; pues había cometido un hecho, sin preguntar, al que para nada hubiese tenido incidencia sobre la persona de Julio si se hubiese llevado a cabo su ejecución. Desequilibraba la balanza aquel documento sobre Rogelio y Julio al conceder al primero la parte proporcional que antes no le había dado, con aquel boleto de lotería.

Para más saña, cuando llegué a mi casa Carmela me recibió agradablemente; pero cuando me sirvió la cena yo veía que ésta me quería hacer algunas clases de preguntas, no sabiendo yo a qué podría referirse con dichas preguntas, por lo tanto yo no hacía más que moverme de un lado para otro, como en señal de que esperaba algo de ella y ese algo no llegaba a realizarse.

Carmela no dejaba mirarme y dando continuamente con el cubierto encima de la mesa, haciendo un ruido característico me estaba invitando para que yo hablase algo y no estuviese callado todo el tiempo de la cena. Yo, por mi parte, esperaba otro tanto de lo mismo por parte de ella y ninguno daba su brazo a torcer.

Hubo un momento que parecía fuésemos hablar alguno de los dos pero, qué va, ninguno decíamos nada al respecto; ya fuese de cómo se encontraba el tiempo o de lo que habíamos visto aquel día en nuestro pueblo, hasta que por fin abrió la boca Carmela como queriendo decir algo y claro que lo dijo.

CARMELA -. Me vas a permitir que te haga una pregunta.

Era lo que yo esperaba en aquel tiempo de no decir nada, ninguno de los dos, para en un momento determinado comenzar nuestra plática con algo que se nos ocurriese; pero esta vez era una pregunta ya pensada y bien pensada.

FELIPE -. ¿Tú dirás?.

CARMELA -. ¿Qué has tenido tú que ver en el asunto del testamento de doña Mercedes: Si se puede saber?.

No podía perder ninguna clase de tiempo y tendría que contestar lo más rápidamente posible para no levantar sospecha hacia mi persona en la persona de mi novia, Carmela: Así que lo hice lo más pronto posible, igual que la otra vez cuando me preguntó por lo mismo.

FELIPE -. Nada; no he tenido que ver, absolutamente, nada.

CARMELA -. ¿Entonces?.

FELIPE -. Entonces: ¿Qué?.

CARNELA -. No entiendo.

Y para que no quedase nada en el aire, apostillé la pregunta con otra pregunta, como para que Carmela presintiese, y no la quedase ninguna de duda, de que yo no tuve que ver nada en dicho asunto.

FELIPE -. ¿Qué de qué?.

CARMELA -. No entiendo como dicen que tú tienes parte activa en dichos hechos involucrados en tal acto delictivo.

FELIPE -. Tampoco lo entiendo yo.

CARMELA -. Si tú mismo no lo entiendes, es mejor que dejemos dicho tema.

De esa manera quedó sentado de que yo no tenía nada que ver en dicho acto jurídico; aunque me hubiesen requerido para el mismo. Así salí victoriosos, por lo menos en aquella ocasión, delante de mi novia y me retiré a la cama seguido de Carmela, para pasar un rato de lo mejor en mi vida; ya que mi novia me hizo toda clase de caricias aquella misma noche.

El lío que tenía formado, por parte de aquel documento, no era poco; ya que ni yo mismo sabía muy bien lo que tenía que contestar en cada momento a la persona que me preguntaba por los hechos acaecidos en aquel fatídico día: Unas veces decía una cosa y otras, otra cosa; según quien preguntase por el caso y según lo que yo la había dicho a esa

persona. Temía y temía, por supuesto, el contradecirme delante de cualquier persona al no acordarme de qué la había dicho yo a ella. Por lo tanto no hablaba nada del asunto con nadie, solamente me limitaba a poner cara seria, como si dicho tema no me gustase y así conseguí que algunas personas me dejaran hablar de dicho asunto.

Pero por más interés que puse, no pudo ser que me dejaran hablar otras personas de dicho tema; ya que en pocos días recibí un requerimiento judicial para una fecha determinada y por segunda vez allí que me fui: Diciéndome el funcionario que me recibió, que tenía todas las papeletas consigo. Y aquello me lo dijo aquel funcionario por ser amigo mío con mucho sigilo y en son de que yo no dijese nada a nadie.

Pues qué bien: Aquello me cayó como un jarro de agua fría encima de la cabeza, no pensando yo otra cosa que como no había móvil de los hechos no habría causa de los mismos. Pero como a fe cierta, que se había iniciado proceso en el testamento, por parte de la señora Mercedes que en paz descansa, y eso lo publicaron varias personas, entre ellas el pasante que ejercía como funcionario en aquel día de auto.

Salí de aquel organismo oficial con el Espíritu decaído y sin ganas de hacer nada; era así, que me fui derecho a mi casa y en un par de días no salí de ella para nada, dándome cuenta de mi fallo; ya que si permanecía en mis treces, no queriendo salir a ninguna parte, estaba dando el brazo a torcer: Diciendo con mis actos, que era el causante de los hechos y los hechos estaban pintando mal, ya que se consideraba falta grave el hacer desaparecer un documento notarial y nada más que se hubiese confeccionado, sin antes de hacer la minuta ni haberlo registrado en archivo.

Se había abierto un proceso judicial por tal desaparición de aquel documento, por tales hechos como dicen los entendidos en la materia y veríamos haber cómo escapaba yo de aquel proceso.

Salí, vaya que si salí: Salí a la calle presentando otra cara distinta a la que en aquellos días estaba poniendo, que por poco no parezco ni yo al darme cuenta del grado de culpabilidad que tenía en tales hechos; pero haciendo un esfuerzo considerable, salí risueño a la calle, como si nada pasase con mi persona y mi persona no se podía estar quieta por más esfuerzos que yo hiciese, en aquellos días. Con tan mala suerte que me encontré en el camino a la señora Josefa, la mujer del señor Clemente.

FELIPE -. Me alegra verla.

JOSEFA -. Igualmente le digo.

Y como no quería pecar en corrección , la pregunté por todos en su casa y la señora Josefa agachando la cabeza me contestó algo confusa.

FELIPE -. ¿Cómo se encuentra toda su familia?.

JOSEFA -. Mi niña, sigue con sus estudios y su novio trabajando en la finca.

Aquello que me dijo la señora Josefa me alegró; pero como no me había dicho nada sobre el señor Clemente, pregunté por él.

FELIPE -. ¿Y el señor Clemente: Se encuentra bien?.

Volvió a bajar la cabeza, la señora Josefa y aquello ya no me gustó tanto; pues era señal inconcusa de que allí estaba pasando algo malo. Yo la miraba a la cara, como en señal de querer saber algo más y la señora Josefa alzando la cara me comenzó a mirar fijamente a los ojos, viendo en mí el deseo fraternal de querer saber algo más sobre el señor Clemente y por supuesto vi en ella un atisbo de decírmelo; por lo tanto la hice una inclinación de cabeza, como para que prosiguiera su relato y así lo hizo.

JOSEFA -. ¿No sabe usted?.

FELIPE -. Si no me cuenta; desde luego que no lo sé.

JOSEFA -. Le ha cogido la inspección de trabajo a mi hombre trabajando en las tierras.

FELIPE -. ¿Y como está ya jubilado . . .?.

JOSEFA -. Lo ha comprendido usted.

No tardé despedirme de la señora Josefa yéndome derecho para su misma casa con idea de poder entablar conversación con su marido, el señor Clemente. Y allí que me encontré aquel hombre, sentado en un sillón y como si tuviese el Alma decaída por los eventos de la vida. Me pareció que estaba como meditabundo y sin darse cuenta de lo que le rodeaba: La realidad de la vida no la veía él claro; era así, que a penas se dio cuenta de mi presencia, teniéndole que llamar yo la atención.

FELIPE -. Señor Clemente : ¿Le veo muy pensativo?.

CLEMENTE -. No es para menos.

FELIPE -. ¿Pero tiene solución?: Porque todo tiene solución.

CLEMENTE -. Sí; menos la muerte.

FELIPE -. ¡Justamente!.¿Pero ahora dígame lo que le pasa?.

CLEMENTE -. Casi nada; pues ahora se ha empeñado la inspección de trabajo de que estoy trabajando en las tierras.

FELIPE -. ¿Y en cuales?.

Mi pregunta era un tanto capciosa; pues dejaba entrever la fuerza de la justicia, según estuviese el señor Clemente trabajando en unas tierras u en otras, por lo tanto levantando la vista el señor Clemente y con gestos de bondad se atrevió a decirme algo que yo no sabía.

CLEMENTE -. En las del señoriito Rogelio.

FELIPE -. ¿Y qué?.

CLEMENTE -. Les he dicho que estaba ayudando, por no estar ocioso en ese momento.

FELIPE -. ¡Pero . . . ?.

CLEMENTE -.No. Al final, no ha habido contrato alguno.

Ahí no las tenía yo muy claras las ideas; pues yo vi como firmó, el señor Clemente, dicho contrato con mi amigo Rogelio y por supuesto tendría que haber dicho documento: ¿Dónde estaría entonces dicho documento, si no existiese?.

FELIPE -. Pero yo le vi firmar el documento arrendaticio.

CLEMENTE -. Claro que sí.

FELIPE -. ¿No entiendo?.

CLEMENTE -. Es fácil: Dicho documento fue rasgado y se extendió otro nuevo para el novio de mi hija; así le tendría yo más atado al pueblo.

FELIPE -. No pudiendo salir a otro sitio para pedir trabajo.

CLEMENTE -. Así es.

FELIPE -. Y usted; por supuesto: ¿Le estaba ayudando a su futuro yerno?.

CLEMENTE -. Sin percibir nada por ello.

Sin mediar otra clase de palabra alguna salí de aquella casa para aposentarme en la mía, pensando en que el señor Clemente se salvaba por esa vez del acople de la justicia. Pero lo que yo no comprendía era la parte adicional que tenía de mi amigo Julio; cómo iba a salir del paso teniendo un contrato con el mismo Julio sobre su finca: Tal vez sería otro contrato que no existió nunca, por no haber sido registrado.

No estaba ni medio conforme; por no saber qué clase de contrato tenía el señor Clemente con Julio, o si a caso tuviese algún contrato, no fuese a ser que hubiese pasado otro tanto de lo mismo: Que se destruyera antes de haber sido presentado al Notario.

Y como no sabía dónde me estaba dirigiendo, me encontré de frente con la mujer de Julio, Antonia, que me hizo parar delante de ella con un aplomo insuperable; dando sensación de mando hacia mi persona. Pero menos mal que no quería nada de mi persona; era para alertarme de algo trascendental en los eventos de los hechos acaecidos en la investigación judicial.

ANTONIA -. ¿No te han dicho nada?.

FELIPE -. ¿Sobre el qué?.

No sabía nada de lo que me tenían que decir y mucho menos algo referente a las investigaciones de lo que pasó en notaría aquel día; por lo tanto agucé oído y me dispuse a escuchar a Antonia en su explicación. Cosa que ésta no hacía mucho caso por decírmelo y agachando la cabeza, en señal de hacer más esfuerzos en sus explicaciones para que fuesen bien oídas por mí, me agarró de la pechera y me atrajo hacia sí.

ANTONIA -. Parece que se ha descubierto otro posible heredero.

Me quedé que no podía decir nada; pues si eso fuese verdad, cambiaba toda la dirección de la investigación de dichos actos de aquel día en la notaría.

FELIPE -. ¡AH!; sí.

Aquello se lo dije como no dando mucha importancia al asunto, para ver si a Antonia se la desataba la lengua y claro que fue así.

ANTONIA -. Un primo de la señora Mercedes, que en paz descanse.

FELIPE -. ¿No sé?.

Seguí con mi indiferencia, sacando la verdad a Antonia; ya que ésta al verme con tan poco interés se envalentonaba cada vez más y más, hasta el punto de hablarme sobre el Sargento Domínguez.

ANTONIA -. ¿No te ha dicho nada el Sargento Domínguez?.

FELIPE -. ¿No sé que me tiene que decir?.

En aquel preciso momento hizo un inciso en sus palabra Antonia, para que su conversación fuese más contundente para mi persona y yo como si a mí me importase un bledo miraba hacia otra parte, queriendo ver algo que no lograba divisar por más que me empeñaba. Eso la dio más hincapié a sus frases de cuarterón; pues cada palabra que decía, parecía que caían al suelo rebotando en el mismo.

Antonia comenzó a mirar para donde yo me fijaba y como yo no veía nada fuera de lo normal, Antonia tampoco veía nada que tuviese interés en nuestra conversación tomando más hincapié en la misma.

ANTONIA -. ¿No te ha dicho nada el Sargento Domínguez?. O sea; que no sabes nada del caso.

Estaba claro, que se quería enterar de todo el caso y no era malo eso; que a mi simple parecer habían otras personas que querían saber más que nadie sobre lo sucedido y de cómo iban las averiguaciones de aquella trama, con la desaparición del documento. Detrás había alguna mano, invisible, moviendo los hilos para saber más que la justicia.

A mi simple parecer tenía que responder rápidamente a la pregunta que me había hecho Antonia, para no dar hincapié en la posible ocultación de hechos o de algo que yo supiese.

FELIPE -. Pues no; ya digo que no sé nada sobre el caso.

ANTONIA -. El caso que pones tú.

Antonia no se creyó nada de lo que yo la dije aquel día y dando media vuelta se alejó de mí sin decirme adiós y desapareciendo al volver la esquina para quedarme solo con mi pensamiento: Solo y pensativo en lo que me había querido decir aquella mujer, con tantas ganas de querer saber más que yo.

No sabía qué hacer y me fui a tomarme un café, en el lugar donde lo tomé aquel mismo día con el Sargento Domínguez, no encontrando allí a dicho Sargento de la Benemérita; pero con todo y eso hice tiempo para ver si llegaba a dicho bar el Sargento, ya que el cuartelillo se encontraba muy cerca de aquel establecimiento.

Me disponía a marchar de aquel sitio, cuando vi aproximarse al bar al Sargento de la Guardia Civil, esperando yo a que entrase allí aquel señor.

FELIPE -. Es usted inconfundible.

DOMÍNGUEZ -. Tengo que llevar el tricornio y el uniforme a todos los sitios donde vaya.

FELIPE -. Por eso se lo digo.

Dejé que pidiese un café el Sargento no queriéndole molestar para darle confianzas en mi persona y así poderle abordar en el tema de aquella cuestión que me interesaba: ¿Cómo se estaba llevando dicha investigación?.

Pero yo veía que el Sargento tenía más ganas de hablar que yo; por eso esperé a que se pusiera cómodo y poderle sonsacar algo sobre aquel tema tan escabroso. Y cuando le tuve cerca le enfilé de lleno con una pregunta común para todos.

DOMINGUEZ .- ¡Suéltelo!.

Creía que le tenía enfilado yo y el que me tenía enfilado era él, Domínguez; pues aquí somos muy allegados a quitar el apelativo a todo el mundo; así que me dio hincapié para abordarle con aquella pregunta.

FELIPE -. ¿Hay algo más que se sepa sobre la investigación de los hechos?.

DOMINGUEZ -. Si se refiere al procedimiento, de investigación, iniciado por los hechos provocados en el día de auto; le diré, que sí.

Me entró una alegría por todo mi cuerpo que no sabía describirla a todos ustedes; pues me corrió un gusanillo desde los pies a la cabeza, para después volver desde la cabeza a los pies pasando por el estómago. Sentí un cosquilleo en mi cuerpo y sobretodo en el estómago, que no me dejaba vivir con aquel agobio dentro de mí; así que atacué de nuevo haciéndole, a Domínguez, otra pregunta de clave para mí.

FELIPE -.¿Ha aparecido alguien nuevo en la investigación?.

DOMINGUEZ -. Hágamela mejor, dicha pregunta.

FELIPE -. ¿Pues no sé?.

DOMINGUEZ -. ¿Con proceso de cargo en la investigación?.

FELIPE -. Eso mismo es lo que le he querido decir yo.

DOMINGUEZ -. Pues si usted lo pregunta y, conste; que si usted lo pregunta, le diré que sí.

Hice un gesto de alegría que se me notó a la legua, viendo yo en el Sargento Domínguez como un acople de su Espíritu con respecto a mi persona; ya que éste hizo otro tanto con su cara, transmitiéndome toda su alegría a través de aquella sonrisa que echó en aquel preciso momento; al saber, que yo me alegraba por tal hecho, que no por estar complicando a una tercera persona en los eventos de aquel día fatídico.

FELIPE -. ¡Menos mal!,

DOMINGUEZ -. Aparentemente.

FELIPE -. ¿Y eso?.

DOMÍNGUEZ -. Hay abierta dos investigaciones: La una el haber surgido un pariente colateral y la otra, la desaparición del mismo testamento de la señora Mercedes.

FELIPE -. ¿Y los hechos?.

DOMÍNGUEZ -. Son varios, también: La muerte del señor Ambrosio y el haber hecho desaparecer documentos importantes en dicha investigación.

FELIPE -. ¿Son hechos parejos?.

DOMÍNGUEZ -. No indispensablemente. Pueden haber sido ejecutados por varias personas y, así lo creemos.

Como aquella explicación que me dio el Sargento Domínguez me cogió descuidado y como yo tenía la taza del café en las manos, la solté de inmediato encima del mostrador; pero viéndose claramente que se me había caído en dicho mostrador, demostrando el suficiente nerviosismo, como para que se diese cuenta el Sargento Domínguez de mis sentimientos.

FELIPE -. ¿No me dice nada más?.

DOMINGEZ -. Ya tengo suficiente, con lo que acabo de ver.

Había dado señales de debilidad con mi persona al explicarme el Sargento Domínguez el seguimiento que se estaba haciendo a tales hechos. Me lo explicó hasta con una premisa; el saberse ya quién o quienes obraron fuera de la Ley.

Nada más que salió el Sargento Domínguez del bar, salí yo también; pero con rumbo diferente al suyo: Esta vez me tenía que explicar más Rogelio que cualquier otra persona. Tal vez sabría más del asunto que cualquier otro ser en el mundo y allí que me fui; a buscarle. Pero el que me encontró primero fue él, en un recodo del camino: Sí, estaba apostado en un recodo del camino; parecía como si ya supiese, por añadidura, que yo le iría a buscar.

FELIPE -. ¡OH!, ¡qué susto me has dado!.

ROGELIO -. Entonces, que temes algo.

FELIPE -. Yo no temo, ni a nada, ni a nadie.

ROGELIO -. Dos negaciones, afirman.

No sé qué afirmarían dichas negaciones; pero lo cierto era que Rogelio se encontraba seguro de una cosa, y esa cosa la tendría que saber yo; fuese como fuese. No podía dejar pasar por alto aquello que Rogelio estuviese enterado; ya que sería transcendental para mí.

Cuando llegué a mi casa, me estaba esperando Carmela con cara de circunstancias y a al verla no pudo, por menos, que preguntarla por dicho decaimiento moral en aquella hora.

FELIPE -. ¿Qué te pasa?.

CARMELA -. ¿Tú sabrás?.

FELIPE -. ¿Cómo voy a saber, si no me lo explicas?.

Hubo un momento de silencio, por parte de los dos, ya que ambos esperábamos que hablase el otro y como no conseguía yo que hablase Carmela, la hacía gestos con la mano para que me contase las causas de cómo la había encontrado yo tan decaída aquella tarde – noche.

Y arrimándose Carmela a mí, me intimidaba para que contase yo algo sobre lo que me había pasado aquella tarde en el pueblo y no me confundí; que parándose frente a mi persona, abrió los brazos estirando las manos, para después ponerse en garro como en señal de tener un monumental sofocón en toda su Alma.

CARMELA -. ¿Tú, qué haces hablando tanto con ésa?.

FELIPE -. Ésa; ¿tendrá un nombre?.

CARMELA -. Se llama Antonia.

FELIPE -. ¿La mujer de Julio?.

CARMELA -. La misma.

Yo me sonreí un poco, para que Carmela no se figurase algo que no fuesen unas simples relaciones entre mi persona y la mujer de un amigo; así que la quedé desconcertada a Carmela no sabiendo lo que decirme.

Mi novia se echó para atrás como queriéndome creer; pero en un momento determinado volvió otra vez a las andadas, con cara de pocas amigas.

FELIPE .-. ¡Pues no te digo!.

CARMELA -. Lo que tienes es que decírmelo. ¿Qué te pasa con Antonia?.

FELIPE -. A mí, nada.

Pero como aquello lo dije sin poca convicción por mi parte, Carmela sospechó que entre Antonia y yo había más que una simple amistad, como para que no tuviesen algo de verdad los rumores que se contaba sobre nosotros dos.

CARMELA -. ¡AH!, no; no me lo creo.

FELIPE -. Créetelo, que es verdad. Entre Antonia y yo no hay otra cosa más que una buena amistad y nada más.

CARMELA -. No, te has puesto nervioso y me has vuelto a repetir que no existe otra cosa, entre Antonia y tú: ¡Ahora es cuando no me lo creo!.

FELIPE -. Pues créetelo.

CARMELA -. Pues mira tú por donde, que no.

Dando media vuelta desapareció su grata figura angelical y bella, a la vez, para dirigirse a la habitación pequeña, en donde teníamos una cama por si llegaban visitas y como yo sospeché algo, me fui tras de ella para ver lo que hacía y lo que hacía era tirar la colcha para atrás en señal de quererse quedar en dicha habitación.

FELIPE -. ¿Qué haces?.

CARMELA -. ¿Tú qué crees?.

FELIPE -. ¡AH!, no.

CARMELA -. ¡AH!, sí.

FELIPE -. Tú no puedes abandonar la cama conyugal así como así.

CARMELA -. Porque antes has abandonado tú tus deberes.

Y empujándome con una mano me sacó del cuarto echando la llave tras de sí, para que yo no pudiese hacer nada por retenerla en su intento de acostarse allí aquella noche.

Me quedé más sólo que la una, yéndome a la alcoba matrimonial, con un pesar en mi ser que no podía con el de la culpabilidad que me estaba echando, yo solito, encima.

Pese a que era hora temprana me eché sobre la cama, sin saber lo que hacía y cuando me di cuenta que no me había tapado bien, estiré la sábana para que me cubriese; ya que hacía calor no teniendo nada más en la cama, pues estábamos en pleno verano. Y créanme ustedes, que aquella noche no dormí nada; ya que dieron las doce, las tres y todas las horas de aquella completa oscuridad para mí, sin saber qué camino tomaría al día siguiente cuando amaneciese.

Pero cuando amaneció ya se encontraba Carmela de pie; pues comencé a oír los utensilios de la cocina: Estaban sonando cacerolas, sartenes, cucharones y otros tantos utensilios de la cocina a más y mejor. Así que yo también me levanté para quedarme sentado en una silla en la misma cocina; como esperando el desayuno, y el desayuno no llegaba por más impaciencia que demostrase tener.

CARMELA -. Si quieres desayunar, hazte tú mismo el desayuno.

FELIPE -. Muy bien.

No dije más y me puse a leer un libro que había comprado de un literato novel en la materia y como aquel libro me estaba gustando pasé un par de horas sin darme cuenta alguna leyendo dicho libro; pues yo no consigo leer tanto ningún día, pero esa vez sí que leí: Sería a consecuencia de los muchos nervios que tenía en mi persona y el mucho agobio metido en todo mi ser.

Cuando me pareció salí a la calle derecho a un bar para poder desayunar algo y en vez de pedir un alimento sólido, pedí un café con leche y nada más: No me apetecía nada más, créanme.

Cuando salí del bar no sabía dónde ir, ni lo que hacer; así que comencé andar sin saber qué rumbo tomar y en pocos minutos me encontraba a las afuera del pueblo, en un camino agrícola sin saber dónde me llevaría dicho camino, pero que sin desistir del mismo había andado ya así como un kilómetro y medio y como vi que había una frondosa vegetación un poco más para allá, seguí mi camino sin pararme a descansar.

Cuando llegué aquel jardín de exuberante vegetación, me parecía estar en otro pueblo, en otro sitio no conocido por mí y para recrearme en su belleza me senté en el borde de una acequia que había allí mismo y cuando me pareció

proseguí mi paseo sin saber dónde me llevaría dicho camino. Y tanto anduve aquel día, a consecuencia del manejo de nervios que tenía dentro de mí, que en un momento determinado no sabía dónde me encontraba; ni en qué parte estaba, ni en qué sitio me hallaba.

Vi un camino, un poco inferior al que yo llevaba; Pues estaba lleno de matas y de hierbas malas a consecuencia del poco tránsito que soportaba el mismo, pero me dirigí por dicho camino para ver a donde me llevaba: Ya que el que había dejado veía que no terminaba nunca y que era un camino largo a ninguna parte; tal vez el nuevo camino pese a ser poco transitado me llevaría a sitio conocido y por el tránsito.

Comprendí enseguida que había dejado el camino del canal principal y me dirigía por entre las parcelas de colonos a través de ellas por caminos secundarios y sin saber dónde ir, o más bien: Dónde me llevaría dicho camino.

Cuando estaba desfalleciendo mi persona en aquel camino, por falta de convicción de que iba a llegar a buen sitio y sobre todo conocido, me metí en una acequia, más bien en una charca que había en el mismo suelo sin saber cómo lo había hecho; pues no había visto aquella charca debido al mucho agobio que llevaba yo en mi persona.

Menos mal que existían una matas allí mismo, metidas en la charca, de no haber hecho ninguna clase de faena en ella desde hacía bastante tiempo, así como ramas que colgaban de los árboles más cercanos a dicha charca, sujetándome a ellas para conseguir salir de allí cuanto antes. Y cuando me estaba secando los zapatos, pegando patadas al mismo suelo, miré hacia todos los lados y, ¡AY! que ver; pues se me encendía el Alma al ver dónde me encontraba: Primero por unos ocalitos que había allí, sobretodo a uno, y a la llaneza del terreno; pues habían echado una casa abajo sin ninguna clase de cuidados. No, mejor dicho; se había derrumbado solo aquel edificio, que era donde se encontraba la capilla gótica.

Salió de entre la maleza, que no de entre los árboles Antonia con su paso majestuoso, como muy segura de sí misma y no temiendo a nadie; por encantarse asolas con migo mismo.

ANTONIA -. No te haces sin venir a este sitio.

FELIPE -. No creas: Que ha sido por casualidad.

ANTONIA -. Las casualidades se pintan calvas.

FELIPE -. ¿Qué quieres decir?.

ANTONIA -. Te dirigen tus mismos pasos a este sitio.

Al decirme eso Antonia se agachó y abriendo la trampilla me invitaba a penetrar en aquel recinto, hecho debajo el suelo, como apoyo a la capilla que existía en aquel lugar. Yo no la quise enfadar y comencé a bajar las gradas de aquel recinto con paso firme, a la vez; pero al llegar Antonia al medio de dicha habitación se paró para mirarme, más bien, a una parte de mi cuerpo que me callo por cortesía de ustedes.

Yo al ver aquella mirada que me estaba echando Antonia a todas mis partes, me excité de tal manera que arrojándome a su persona, como si hubiese sido una flecha, me agarré fuertemente a su cuerpo de contorsionado busto. Antonia no hacía por desasirse de mi persona y mi persona estaba loca por sus huesos; así que arrimándola al capitel de la columna de aquella capilla gótica la seduje a mi manera, o por mejor decir: Se dejó seducir ella.

Apenas sin ropa la daba continuamente cada empujón que temblaba el misterio y ella como si nada pasase; hasta que confundimos nuestro cuerpo en uno y, así, una vez tumbados nos amamos mutuamente hasta la saciedad.

No sé qué sería de nosotros, pero la verdad era; que nos deseábamos con toda nuestra Alma, aunque el cariño estuviese al margen de aquel deseo, Pero eso sí: El respeto era mutuo entre los dos.

Había ayudado a Julio y ahora no sé qué me pasaba con su mujer; que me atraía horrorosamente y sin remisión alguna para retener mis impulsos con ella. Yo no echaba la culpa a nadie; pues parte de culpabilidad la tenía yo, eso si no todas a la vez por acceder a las pretensiones de aquella mujer, que a la vez eran las más.

Con toda mi culpabilidad encima salí de allí más ligero que una paja, haciéndome el propósito de no sucumbir en aquel mar de atracción carnal a la vez que de ser dicho acto una bajeza impúdica hacia la moral y a la fe. No, no y no; no quería volver a caer en dicho acto como si fuese un animal de presa para dicha señora, pero que a la vez, dicha señora estaba siendo conmigo otro animal de presa.

Salí como a campo a través y sin saber donde iba; era así, que me metí entre ciénagas y canales, taboras, sembrados; pues estaba completamente perdido en aquellos plantíos, de tomates y pimientos algunas veces y otras de melocotoneros y perales, para salir por un despoblado de árboles hacia una especie de llanura en la que había sembrado un campo de alfalfa, viendo al fondo una casa y allí que me dirigí para que me diesen norte y guía de dónde me encontraba.

Comencé a ir hacia la casa a través de la alfalfa de aquel campo; pero cuando me estaba aproximando a la casa vi en ella a Julio acompañado de la mujer de Rogelio, que la tenía entretallada en la pared dándole unos abrazos de campeón, ya que Julio se encontraba muy efusivo en aquella hora con Andrea.

Pero cuando estaba delante de la casa, en la fachada principal, pude darme cuenta dónde me encontraba; pues era la casa de labranza de Julio, encontrándose en ella Andrea. No sé qué haría allí dicha mujer; pues la casa de su marido estaba más somera a la carretera general, hacia el pueblo.

Hablaba algo de comer o dejar comer, Julio, al que se le veía como desesperado por la pasión marcada en él a pleno ritmo de aquel amor desenfrenado, como el que estaba teniendo con Andrea.

Escondiéndome entre la arboleda y entre los canales secundarios conseguí llegar al camino agrícola principal, para en unos minutos estar dirigiéndome a mi casa en medio de tantas parcelas, como había en aquel terreno.

Cuando entré en mi casa, se acercó a mí Carmela y como un perro de presa me olía por todo mi contorno, haciendo un gesto característico con la cabeza de que aquello no lo aprobaba.

FELIPE -. ¿Qué pasa ahora?.

CARMELA -. Eso mismo te digo yo: ¿Qué te ha pasado?.

FELIPE -. A mí, nada.

CARMELA ., Entonces no entiendo como vienes oliendo a colonia. Un olor característico de esa mujer.

FELIPE -. ¿Qué mujer?.

CARMELA -. No te hagas el despistado: Bien sabes tú de qué mujer trato.

FELIPE -. Pues no, no lo sé.

CARMELA -. De Antonia. ¡O me confundo!.

FELIPE -. De todas a todas.

Yo no podía dudar ni un solo momento y por eso respondí sin titubear a la pregunta que me estaba haciendo mi novia Carmela; pero ésta no se creyó nada de lo que yo la estaba diciendo y poniéndose en cuadro, de vez en cuando daba pataditas en el suelo como en señal de reproche.

CARMELA -. Pero si hueles a ese olor característico de la colonia que se echa esa.

Y emitiendo un ¡UF!, como de sorpresa por lo que estaba diciendo, la hice un gesto con la mano de que me dejase en paz; pero ella, en vez de amilanarse se envalentonó para retenerme a su lado un poco más y así poder saber la verdad de lo que yo había hecho aquella tarde en mi paseo cotidiano.

FELIPE -. ¿Qué quieres?.

CARMELA -. Saber: Quiero saber; saber dónde has estado y lo que has hecho esta tarde.

FELIPE -. Muy bien; entonces siéntate un rato.

CARMELA -. Como tú digas.

FELIPE -. He estado cogiendo hierbas bravías y quemándolas cerca de una acequia, en la parte de la finca de Julio.

CARMELA -. ¿Y por eso, ese olor?.

FELIPE -. Existe mucha banda y poleo en aquel terreno y máxime si luego las quemo, no sé a qué voy a oler.

Y como llevaba una flor de nardo en el bolsillo de la chaqueta, la saqué y se la enseñé a Carmela para que viese que también había estado andando con nardos. Y fíjense ustedes por donde, que fue entonces cuando mirándome parecía que comprendía todo lo que yo la había dicho.

FELIPE -. ¿Y ahora, qué te pasa?.

CARMELA -. La colonia que usa Antonia es de nardos.

FELIPE -. ¿Y qué?.

CARMELA-. Nada. ¿Ya veremos?.

Creo que aquello no lo vio nunca; pues si lo llega a ver, no me deja en paz debido a su mucho temperamento, como tenía mi novia Carmela. No sé si se conformaría, Carmela, con mi explicación, pero lo cierto era que se estaba resignando a la creencia de que aquello había sido como yo se lo hube contado.

Pasaban los días y yo no me atrevía ir por la finca para no ser descubierto por Carmela; pero por otra parte había un instinto que me tiraba hacia aquel lugar, no pudiendo yo soportar aquella llamada interior, tan fuerte y tan secreta como era la llamada de la Sangre joven.

Aquel día no lo pude resistir e inicié mis pasos camino de la finca, sin otro pensamiento que no fuese el poderme hacer el encontradizo con Antonia. Pero cuando me estaba aproximando a la finca me entró un algo dentro de mi cuerpo que no podía estarme quieto por más que intentase calmarme; ya que hacía gestos sin yo querer, debido al sentido de prevención en el que estaba sumida mi Alma.

Cuando me estaba aproximando al lugar fatídico de los hechos mundanos, me estaba poniendo cada vez más nervioso y como si tuviese un sentido de culpabilidad en todo el Alma, intenté dar media vuelta sin conseguir alejarme de aquel sitio más de tres metros.

Deshice lo andado, como les he dicho, así como unos tres metros para de inmediato decidir proseguir mi camino hacia la capilla gótica sin saber a quién me iba a encontrar allí y allí encontré a Antonia, que se estaba bañando en la charca que había cerca de la capilla gótica, sin ninguna clase de vestiduras. Estaba preciosa, con aquella figura encantadora y con aquella cabellera angelical.

Me arrimé a la charca para que me viese y Antonia no hizo por esconderse en las matas de aquel cañaveral para taparse de mi vista; es más, que yo creo me llamaba con su mirada: Pues tuvo fija, por un rato, su mirada en mi persona y de vez en cuando bajaba la vista a mi entrepiernas, como animándome para que presentase mi hombría de una vez.

Yo me fui desnudando poco a poco y como si esperase algo de ella, pero ella no se movía y seguía mirándome como queriendo algo de mí: Y vaya que lo encontró. Me metí en la charca, como mi madre me trajo al Mundo y allí nos amamos desesperadamente y cuando nos cansamos de tanto amor nos marchamos hacia la casa; ya que se encontraba sola, pues Julio estaba regando el maíz.

La quise echar sobre la cama, pero Antonia rehuía de mi decisión; cosa que me puso un poco fuera de sí, para preguntarla por aquel impulso suyo.

FELIPE -. ¿Cuándo va ha ser en la cama?.

ANTONIA -. No, en la cama no.

FELIPE -. ¿Por qué?.

ANTONIA -. En la cama, solamente con mi marido.

Me había enterado que tenía marido; pues ella mismo me lo había dicho, sin ningún pelo en la boca: Ya que si ella no me lo dice, no me entero. Como comprenderán ustedes es una manera de hablar, más bien en sátira; ya que cualquiera diría que no tenía marido.

Me la llevé hacia una pared y allí nos volvimos amar con todas las fuerzas de nuestro cuerpo y con todo el sentido de nuestro fuego interior, que no de nuestro amor, para en un tiempo determinado y cuando comprendí que llegaría Julio a la casa salí corriendo por aquellos caminos hacia el pueblo; pero pronto pude comprender, que haría mal sino me lavase un poco en algún canal secundario, ya que iría oliendo a perfume de mujer por todo el cuerpo. Y después de lavarme bien en una acequia de regadío, proseguí mi camino un poco lento para poderme secar mejor del lavado que me había hecho en la acequia.

Cuando llegué a casa no encontré en ella a mi novia Carmela, pero sí una nota como que se iba de casa agobiado por los celos fundados en las habladurías de las gentes. No sabía yo dónde se había ido y saliendo de mi casa me fui a visitar a las personas más allegadas de Carmela.

Me daba vergüenza preguntar por Carmela por ser hora avanzada de la noche; pero tenía que encontrarla antes que fuese tarde para volver Carmela conmigo, ya que la mente humana piensa a gran velocidad y luego lo retiene en su cabeza lo que ha pensado, haciéndolo propio de ella su mismo pensamiento. No podía dar margen a ninguna clase de pensamiento en Carmela, dentro de los parámetros cerebrales de su complicado intelecto; por eso me lancé en busca de Carmela quitándome la vergüenza de encima.

En casa de su prima no estaba, así que no sabía yo dónde buscarla y decidí volver a mi casa, para al día siguiente reemprender su búsqueda por todo el pueblo; pues coche de línea no había salido de dicho pueblo, pues eran horas de no existir tales servicios.

Volví a mi casa y como no podía dormir, a consecuencia de la mucha presión que tenía, me puse a ver la televisión y así estuve, sin pensar en nada, ni siquiera veía lo que producía la televisión en aquellas horas hasta bien avanzada la noche, ya en la madrugada me eché sobre la cama quedándome un poco traspuesto, que no dormido.

Cuando me cansé de estar en dicha posición, ya que no hacía absolutamente nada, me levanté de la cama y lavándome un poco decidí salir a la calle para buscar el posible paradero de Carmela, pero cuando fui a abrir la puerta y después de haberlo hecho encontré delante de mí a la señora Josefa, que se disponía a llamar al timbre de la entrada para comunicarme algo que yo tenía que saber.

FELIPE -. ¿Qué hace aquí, señora?.

JOSEFA -. Le vengo a comunicar, que su novia, Carmela, se encuentra en mi casa desde ayer tarde.

La alegría se me veía en la cara por saber dónde se encontraba Carmela y sin esperar más me fui derecho a la casa de la señora Josefa, entrando en ella sin haber pedido permiso para hacerlo.

Allí se encontraba Carmela sentada en una silla en el salón de la casa y con cara de circunstancias por lo que la estaba pasando, según ella.

FELIPE -. ¿Qué te pasa?.

CARMELA -. ¿Te parece poco?.

FELIPE -. Veo que te cortas hablando; marchémonos a casa y me cuentas lo que te pasa.

CARMELA -. Esta familia está de vuelta con nuestro asunto: Saben toda la verdad.

FELIPE -. Pero será mejor, que lo hablamos en nuestra casa.

CARMELA -. Empiezo a no sentir la casa como mía.

FELIPE -. No digas eso.

Hubo una reconciliación por parte de mi novia Carmela y yo me quedé más tranquilo que estuve aquella misma noche; pues no sabía dónde me encontraba, ni lo que me rodeaba.

La vida siguió para mí y siguió igual que antes sin sobresaltos algunos, hasta que un día llegó Carmela con un recado de los vecinos, ya que había oído algo sobre mi persona y Antonia, calmándola yo; al decirle que aquello era agua pasada, que ya se había producido días antes, pero que ahora no había nada de nada.

Carmela se encontraba un tanto nerviosa por las críticas hechas por los vecinos, ya que no dejaban hablar sobre el tema; Que si hice o dejé hacer con la señora Antonia, hasta el punto que me daba vergüenza presentarme delante de Julio: Pero lo tenía que hacer. Tenía que preguntar a Julio si sabía algo del primo de la señora Mercedes, que en paz descansa y sobre un documento testimonial, adjunto al testamento que había formalizado su tía.

Cuando me vio llegar, Julio, cogió la azada con más fuerzas; ya que estaba dando larga a las regueras que tenía, entre surco y surco en el maizal : Le estaba regando. Éste me miraba con cara de cerdo degollado, como si fuese yo un matachín el que le estaba haciendo trizas por momentos, debido al mucho escándalo que habíamos dado su señora y yo en todo el pueblo y yo no sabía cómo parar todo eso; hasta que tuve un feliz pensamiento, diciéndole algo sobre la problemática de dicho pueblo.

FELIPE -. ¿Qué te pasa?.

JULIO -. ¿Se me nota: Verdad?.

FELIPE -. Algo te noto y no sé qué es.

Julio se echó para atrás al oír eso de que no sabía yo lo que era; como si chocase aquello que le había dicho yo con su estado de ánimo.

JULIO -. ¿Qué no sabes lo que me pasa?: Dices.

FELIPE -. Y lo afirmo.

JULIO -. ¿Con qué cara lo afirmas; si se puede saber?.

FELIPE -. Me descolocas más, todavía.

Cuando dije aquello, Julio no sabía ni lo que decir, ni lo que hacer; solamente se limitó a una simple expresión, como dando a entender que estaba todo sobreseído.

JULIO -. ¡Qué bien!; ¿Pues no que dice ahora, que no sabe nada de nada?.

FELIPE -. ¡Mira!, Julio: El pueblo es tranquilo y muy acogedor, las personas son buenas; pero no quita, que si se aburren tomen hilo de el mismo viento.

JULIO -. ¿Y tirando del carrete?.

FELIPE -. Se forme una madeja enorme.

JULIO -.¿Pero entonces tiene que haber algo de realidad, para formar esa madeja que dices?.

FELIPE -. ¡Pamplinas!.

Serían pamplinas, pero lo cierto era que se estaba dando en realidad; pero eso no se lo podía decir a Julio por más que él lo afirmase. Y como vi muy azarado a Julio no le quise preguntar nada por el documento que debía obrar en poder del primo de la señora Mercedes, que en paz descanse, siguiendo mi camino por aquel carril agrícola que me llevaba al pueblo. Pero cuando estaba pasando por la casa de labranza vi en ella a Antonia y cuando me vio ésta se quedó esperando algo, como que entrase yo en la casa; cosa que no hice, aligerando el paso con todas mis fuerzas.

Antonia, al ver eso, salió de la casa poniendo los brazos en garra como en señal de que aquello no la estaba gustando nada, pero que nada. Yo, por mi parte, seguí la senda que me marcaba mi porvenir; pero en un momento determinado giré el cuerpo para mirar hacia atrás y ver a Antonia que se estaba quedando sería y como con ganas de soltar un chillido monumental.

Seguí mi camino mirando para atrás, como si no tuviese valor de marcharme de aquel sitio, tan comprometedor con mi persona y, era así; en un momento determinado me paré para mirarla a los ojos y aquello fue mi perdición, que no me podía ir de allí por más esfuerzos que hiciese; ya que aquellos ojos me transmitían un veredicto de culpabilidad si acaso huyera de ella. Y poco a poco fui dando pasos cortos dirigiéndome a donde se encontraba Antonia, para una vez llegar a su lado aprisionarla sus partes nobles con mis manos y ésta al notar el roce de mi piel hacía gestos de estarla gustando.

Una vez más; una vez más nos amamos recostado a una pared, con todo el deseo del Mundo y con todo el desequilibrio de nuestra mente enfermiza, para salir de allí más que corriendo, volaba; no corría. Y en pocos minutos me encontraba entrando en el pueblo con unos sudores de espanto por el nerviosismo que llevaba en todo mi cuerpo metido, al provocar otra vez más dicho acto.

No hizo falta que llegase a casa para que me viera Carmela; que ésta se hizo la encontradiza conmigo, ya que yo no la había visto venir hacia mí, con una bolsa de comestibles para la cena de aquella noche.

CARMELA -. ¿Cómo sudas tanto?.

FELIPE -. Estamos en verano.

CARMELA -. Ya lo sé.

FELIPE -. Y el bochorno que existe en las parcelas al evaporarse el agua es enorme.

CARMELA -. ¿Por eso sudas?.

FELIPE -. ¡Claro!: ¿Por qué si no?.

Carmela hizo un gesto con la cabeza de que no se creía nada de lo que yo la estaba diciendo y prosiguió su camino seguida por mi persona, que quería hacerla comprender el mucho bochorno que hace en las parcelas en tiempo de estío.

Sería mejor dejarlo correr y no volver a tocar aquel asunto que tanto mal me repercutiría; si a caso, Carmela, viese indicios de culpabilidad en la zozobra de mis palabras, al no ser muy contundentes estas.

Ya en casa, Carmela, no me dirigía la palabra para nada y de vez en cuando asentaba con la cabeza como una afirmación, que Dios sabe, para ella lo que quería decir con eso; ya que por mucho que quisiera descifrar sus gestos y su estado anímico, no conseguía saber el carácter de aquellos movimientos que hacía con la cabeza, por eso me atreví a preguntarla por los mismos.

FELIPE -. ¿Qué te pasa?.

CARMELA -. A mí, nada.

FELIPE -. Sí; algo te pasa.

CARMELA -. ¿Me tiene que pasar?.

FELIPE -. ¿Tú me dirás?.

Carmela se quedó un rato como pensativa y sin querer responder palabra alguna, para no dañarme en mi susceptibilidad si acaso no fuese lo que ella estaba pensando; ya que la pura realidad no podía saberla, no la podía saber por no tener conocimiento expreso de ella.

No nos veía nadie, Antonia y a mí, cuando nos amábamos con esa fuerza que nos salía de lo más interior de nuestras Almas; y por otro lado, nadie podía decir con certeza, que nos había cogido en dicho trance. Y a parte que yo me aferraba a mis treces, como se suele decir, no dando señales de lo que había hecho o dejado de hacer en dichos días.

Mi novia Carmela se mostraba más esquiva cada día, por no tener la completa severidad de que aquello estaba pasando y, por supuesto, me lo quería sacar poco a poco con sus mañas; para que yo la dijese lo que había hecho o dejado de hacer con Antonia: Cosa que no lo conseguiría nunca, sobretodo de mi persona.

Las relaciones en casa habían cambiado sustancialmente, había una tirantez espantosa entre Carmela y mi persona a causa de ésta; al no sentirse segura en su misma casa, por tener sospecha de que yo la engañaba con Antonia. Pero eso no era lo malo; lo malo comenzó cuando todo el pueblo hablaba de nuestras relaciones, las de Antonia y las mías.

Se incrementó la desconfianza entre Carmela hacia mi persona, al no poder resistir aquellas habladurías de las gentes en la calle; pues mi novia me quería mucho y lo estaba pasando bastante mal, según veía yo.

Y como era tiempo de estío yo no iba a mi trabajo por tener el permiso del mismo dado oficialmente encontrándome aquella mañana temprano en las calles de aquel pueblo, agrícola y ganadero, y cuando estaba pasando por la panadería, vi en ella a Antonia, que estaba mercando su pan de cada día. No hice ni por pararme, pero ésta salió de improviso con intención de que me parase; ya que me quería decir alguna cosa importante para mi persona.

Lo malo no fue eso, que lo malo fue en estarnos viendo en el comercial de frente mi novia Carmela, desde una zapatería que había allí mismo; pues se estaba comprando unos zapatos y al ver en Antonia aquel acto, salió de la zapatería, Carmela, como espantada y con ganas de bronca. Y como yo me encontraba en la mitad de la calle salí corriendo hacia Carmela para sujetarla y conformarla con palabras de entendimientos.

FELIPE -. ¿Me quieres decir algo?.

CARMELA -. Ya sabemos que quiere.

FELIPE -. ¿Qué me quieres decir algo?.

CARMELA -. Quiero oírlo.

Y yéndose Carmela derecha hacia donde se encontraba Antonia, se puso al lado de ésta para ver lo que me quería decir dicha señora y como tardaba en hablarme, Carmela se puso nerviosa perdida, dándole a dicha señora un empujón que la hizo entrar en dicho establecimiento a pasos agigantados.

ANTONIA -. ¿Qué hace, señora?.

CARMELA -. ¿Ahora me llamas, señora?.

ANTONIA -. ¿No creo, que en estos momentos, fluya mucho nuestra amistad?.

CARMELA -. Dile a mi novio lo que quieras; pero delante de mí.

Antonia, demostrando un gran equilibrio mental hacía gala de una gran fortaleza en sí misma; como si la cosa no fuese con ella y para que la oyera todo el mundo y quedase constancia de sus palabras, en voz alta la dijo algunas palabras.

ANTONIA -. No sé a lo que te refieres; pero lo que quiero decir a tu novio, Felipe, es que haga por ver a mi marido, Julio.

CARMELA -. ¿No es contigo lo que tiene que ver?.

ANTONIA -. Para nada: Solamente, que le desea ver Julio; ya lo he dicho.

Dando como un respingo para atrás, Carmela, se marchó de aquel lugar sin despedirse ni tan siquiera de mí, dejándome con Antonia y parte de las personas que habían presenciado dicha escena; pero que poco a poco se fueron

marchando de aquel lugar, cada uno por su sitio. Y cuando me vi solo con Antonia la pregunté por dicha salida, como la que tuvo en aquel momento de agobio para ella.

FELIPE -. ¿Eso es verdad?.

ANTONIA -. ¿El qué?.

FELIPE -. Que me quiere ver Julio.

ANTONIA -. ¡Ni por asombro!. Por ahora no te presentes por allí, que Julio no te quiere ver; pero sí te quiere ver mi cuerpo en la capilla gótica.

Aquella obscenidad no podía dejarla pasar por más tiempo y como si me hubiesen clavado espinas en los dedos, contesté rápidamente aquello que me había dicho Antonia.

FELIPE -. No está bien que me hables así. Tienes a tu marido, al que le debes fidelidad y sobretodo delante de las gentes no deseo que me hables de esa manera: Si quieres algo de mí me lo dices a solas; no en plena calle.

Salí de aquel sitio más quemado que unas ascuas, al considerarme un objeto de placer por parte de aquella mujer; que no apreciaba a mi cuerpo para otra cosa, que no fuese el placer por el placer: Eso de quererme y tenerme respeto estaba sobrando en ella; por lo tanto yo no podía seguir como si fuese una pantomima, que se la trae y se la lleva por donde quisiera ella.

Mientras avanzaba por aquella calle me iba haciendo propósitos de no volver más con dicha señora; ya que aquella mujer tenía su marido, el cual era mi amigo de la infancia y no podía yo consentir que estuviese, Julio, de boca en boca en aquel pueblo; y mucho menos dar de lado a mi novia Carmela haciéndola de menos en la sociedad.

Aquello no estaba bien y debía cortar con todo eso que me rodeaba de atracción carnal hacia Antonia; pues como les digo, ninguno de los dos, Julio y Carmela, se lo merecían; pues mi novia nunca había pensado tener nada con otro hombre que no fuese yo: Eso por lo menos.

Y por no ir, no fui aquella misma tarde a la finca de Julio, pero sí me dirigí a la finca de Rogelio llegando entre siesta a la casa; ya que no podía dormir por el mucho agobio de aquella mañana y, ¡ay!, lo que vi en ella al pasar por una ventana de la fachada, ya que se encontraba abierta para dar paso al poco aire que existía en aquel dichoso día.

A brazo partido; a brazo partido vi a Julio y a la mujer de Rogelio, Andrea; pero todavía se sostenían de pie, aunque poco les duró aquel cuabita bizmo erguido, ya que se echaron sobre la cama sin apenas pensarlo. Yéndome yo de aquel lugar, lleno de vergüenza y pensando que eso me hubiese pasado a mí, si hubiese hecho caso a Antonia en sus deseos carnales más profundo.

¡Qué horror, qué vergüenza!; ver así a dos personas que nada tienen que ver entre ellas, ya que se encontraban casadas, eso sí, pero con diferentes cónyuges. Y cuando estaba llegando a mi casa me crucé con el sacerdote, Don Pedro, que al verme me hizo parar delante de él.

DON PEDRO -. Hijo; Te veo muy abatido: ¿Qué es eso?

FELIPE -. Con el Alma por los suelos, Do Pedro.

DON PEDRO .-. ¿Cómo es eso?.

Yo no me podía explicar muy bien, o por lo menos contar a Don Pedro lo que había visto; por lo tanto hacía gestos con la mano significando el más allá, pero en la distancia y en el tiempo, no en otro concepto. No dejaba mover las manos, como queriendo decir que llegaba de allí y, ¡ay! lo que vi. Y como aquel cura se las sabía todas, no obstante llevaba ya de sacerdote casi cuarenta años, me las cazó al vuelo y sin yo esperarlo me abordó con su conversación.

DON PEDRO -. Me complace verte más aplacado en tus deseos.

Yo le miré a la cara nada más que Don Pedro me dijo aquello; como queriéndole comprender sus intenciones o saber algo de lo que él me quería decir, por lo tanto esperé a que hablase aquel cura, para ver qué era lo que me decía en aquella ocasión. Pero como tardaba en hablarme Don Pedro, lo hice yo.

FELIPE -. No le entiendo, Don Pedro.

DON PEDRO -. Es muy fácil comprenderme en esta ocasión; y sobretodo cuando tu corazón va parejo a tu razón.

FELIPE -. ¿Cómo no me hable usted más claro, no le comprendo nada?, Don Pero.

DON PEDRO -. Si yo fuese otro amigo tuyu, te diría .¡Sí, hombre!; comprendeme. Pero como soy tu cura, te diré, hijo mío, que he comprendido en la zozobra en la que viene inmersa toda tu Alma.

FELIPE -. ¿Y eso?.

DON PEDRO -. Al saber, que tú ya comprendes el mal que estabas haciendo, embarra ganado con dicha mujer. Por otro lado, dicha mujer está casada; aunque tú no lo estés, que estés en pecado mortal por vivir junto con tu novia; mujer buena y noble, donde las haya, pero que no es óbice para la Iglesia ser solamente bueno: Hay que aparentarlo.

FELIPE -. Padre, con apariencias no basta.

DON PEDRO -. ¡Justamente!. Hay que serlo.

Aquel cura se fue de mi vera diciéndome que siguiese así y que quería hablar conmigo en mejor ocasión, esperando que se dejasen amar, Julio y Andrea. Aquello me cayó como jarro de agua fría en la cabeza; pues no esperaba yo que aquel cura estuviese enterado del asunto entre Julio y Andrea: Pero lo estaba; vaya que si lo estaba.

Cuando me quedé solo, camino de mi casa, comencé a pensar quitándome toda clase de pensamiento el Sargento Domínguez, que acercándose a mí me intimidaba para que hablase de algo, después de saludarme.

DOMINGUJEZ -. ¿Piensa?.

FELIPE -. En el calor que hace.

DOMÍNGUEZ -. No le deja su cuerpo de bullir, y con el calor que hace le salen las ideas por la cabeza.

FELIPE -. ¿Qué quiere decir usted?. Mi Sargento.

DOMÍNGUEZ -. Si piensa ahora; más pensará cuando le diga yo, que: Han admitido a trámite el requerimiento, por parte judicial, de la desaparición del documento testamentar.

Y sin otro preámbulo que no fuese un saludo con la mano, se marchó el Sargento de mi vera, para no sé yo a dónde; pero que al saber aquella noticia, me quedé, todavía, más serio que lo que estaba.

Decidí dar un paseo por las calles del pueblo, para que no me viese Carmela en el estado anímico que me encontraba sumido, con el agravante de que me vieran las personas de mi pueblo, en tal decaimiento moral; pero eso era lo de menos, lo de más sería que me viese mi novia Carmela.

Estuve dando vueltas y vueltas por las calles de aquel pueblo así como una hora y al cabo de las cuales decidí marcharme a mi casa, entrando en ella más animado que lo que había estado una hora antes; pero entré decidido a pedir perdón a Carmela por el posible mal que la hubiese provocado mis desviaciones sexuales con cualquier mujer.

Carmela se encontraba haciendo la cena, una cena de lo más ligera del mundo; pero con los mejores manjares que había en el mercado. Yo me aproximé a ella y dándole un beso de recibimiento se volvió hacia mí para decirme algo que me llenó de inquietud en mi subconsciente.

CARMELA -. ¿Qué me quieres decir?.

FELIPE -. Te lo diré cenando; que es cuando se puede hablar mejor.

Me fui al salón de la casa sentándome en mi sillón, esperando que Carmela me trajese la cena; pues la mesa la había puesto yo y estaba todo preparado para que hablase con el corazón en las manos, como se suele decir, a mi novia Carmela quitándole toda duda y sospecha de que yo la quería ser infiel. Y cuando estábamos en la mesa, en plena cena, Carmela no se dejaba mover, de aquí para allá, como si quisiera que comenzase yo mi plática sobre lo que la quería decir: Y así lo hice.

FELIPE -. ¿Esperas que te cuente lo que pienso, verdad?.

CARMELA -. Verdad.

FELIPE -. Te pido perdón . . .

CARMELA -. ¡Por ahí se empieza!.

Carmela no me dejó terminar la frase y haciendo un aspaviento, como de alegría, se levantó de la silla con cara bonachona y esperando a que yo prosiguiese se volvió a sentar a la mesa.

FELIPE -. ¡Ya sé, ya sé!; las habladurías han sido muchas y las gentes hacen leña del árbol caído.

CARMELA -. ¡Y tan caído!.

FELIPE -. Te pido perdón si en algo te he faltado y te he ofendido, esperando de tu noble corazón me concedas dicho perdón; de lo contrario te demostraré que tengo buena intención de que nunca más hablen de mí las gentes, porque no he hecho nada malo. Mi mal ha sido haber ido todos los días a dicha finca, por la amistad que nos une a los amigos.

CARMELA - . ¿Y nada más?.

FELIPE - . Nada más.

CARMELA - . ¿Pues haber si lo cumples?.

Había hecho una promesa a Carmela para no ir más a la finca, donde se encuentra Antonia y lo había hecho en firme, teniendo buena voluntad para hacerlo; así que me acosté aquella noche con un sentimiento de haber descargado la conciencia durmiendo toda la noche.

Lo malo fue al amanecer, cuando me levanté y desayuné, salí a la calle sin rumbo fijo, pero con un solo pensamiento: El no querer ir a la finca para no ver a Antonia y así lo hice.

Comencé a dar vueltas y vueltas por los alrededores del pueblo, sin querer adentrarme en el camino agrícola para no ir a la finca, al lugar de la capilla gótica; donde yo sabía se encontraba Antonia, poco más o menos que esperándome.

Me encontraba en medio de un gran pesar por el mucho agobio que tenía en mi Alma, al saber que me estaba esperando Antonia y yo no iba a su reclamo; cosa que no podía resistir, ya que hasta la misma sangre me bullía y parecía que quería comerme todo mi cuerpo, como si la sangre me mordiese mis venas y mis músculos pidiéndome relajarme con aquélla mujer que me estaba esperando en el mismo sitio que siempre.

Estaba en esta zozobra, cuando oí un murmullo entre las gentes del pueblo hablando de la capilla gótica y como no lo oía bien agudicé el oído para ver lo que querían decir de tal sitio, oyendo a las personas lo que hablaban de dicho lugar una vez que me aproximé a ellas. Decían que habían llegado unos señores de la Capital de España para ver la capilla gótica y que eran del Ministerio.

Cuando oí aquello se me encogió el corazón; ya que perdería toda clase de enlaces para ver a solas a la misma Antonia; pues si tocaban la capilla gótica no tendríamos lugar adecuado para vernos a solas los dos. Pero como a mí no me iba ni me dejaba ir, no me podía decir nada aquel sitio desde el otro día, en el que hice una promesa a mi novia Carmela para no ver más a solas a ésa mujer que tanto me atraía.

No pasaron muchas horas cuando se fueron los señores del Ministerio, quedándome yo más tranquilo al no saber nada de lo que se había tratado sobre la capilla gótica; pero como mi interés era mucho, no podía estarme quieto, así que me fui al Excelentísimo Ayuntamiento para ver qué sería de la capilla gótica y al verme los funcionarios preguntar por dicho lugar se daban todos de ojos como queriendo decirse, que yo tenía mucho interés por ese lugar donde yo me veía con mi amiga a solas.

Pasé vergüenza, pero lo hice y supe que habían quedado en venir una delegación del Ministerio para estudiar mejor dicho lugar y el terreno; que tal vez se construiría allí, encima de la capilla gótica, una ermita para la veneración de algún Santo.

Ya sabía yo que aquel lugar se trasformaría en culto de peregrinación, tal como yo lo temía; pero por ahora estaba siendo al revés, que era un ir y venir por unos efluvios de desordenados impulsos sexuales hacia dicha persona y aquella mujer, tal vez, la hubiese sentado como a mí de mal el que se fuese a rehabilitar la capilla gótica.

Y entre medio fui llamado una vez más en requerimiento, pero esta vez judicial en un proceso y, ¡ay que ver qué proceso!. Pues al parecer no cumplía formato alguno con la legislación interna del juzgado al no tener una causa firme que lo avalase. Pero con todo y eso, el pasante cesante se aferraba a que había documento notarial de el testamento de la señora Mercedes, que en paz descanse, y eso lo decía echando toda el Alma.

El pasante juraba y perjuraba de que se había formalizado dicho documento, dando fe el notario de ello; pero como el documento no aparecía me echaban a mí las culpas, ya que era yo el último que lo había tenido en mi poder y yo me aferraba a que me lo pidió el pasante para que sostuviera el legajo de documentos para poner en orden su mesa de escritorio.

Pues todavía tuve que hacer un desembolso económico por provocar tales hechos y aquel pasante se quedó sin empleo por haber perdido el dichoso documento. En aquel entonces, la justicia era implacable y castigaba a unos y a los otros; según el grado de culpabilidad que tuviesen. Y como yo había demostrado que se me había pedido el favor para que aguantase con todo aquel legajo de documentos, ya que se me había pedido por favor; me tocó de lleno el sostener y guardar por segundos dichos legajos de documentos. Y como en su día se pensó en una fórmula Salomónica; el declarar el testamento como “ab intestato”, cosa que a mi simple parecer eso no podía ser, por lo tanto solamente tuve que hacer desembolso a cierta cantidad de dinero, que si no: Ya veríamos haber, qué hubiese pasado con mi persona.

Al volver a mi casa me estaba esperando mi novia Carmela con todo el apuro del Mundo; por no saber qué estaba pasando entre el enfrentamiento que estaba teniendo con el antiguo pasante de la Notaria. Aunque ese bis a bis, que tuvimos el pasante y yo me quedó un poco tocado al ver deshecho a un hombre y relegado al paro; teniendo que buscar nuevo trabajo, donde lo encontrara. Pues todo ello me lo notó Carmela, chica inteligente donde las hayas; no quedándose ni medio conforme.

CARMELA -. ¿A ti te ha pasado algo?.

FELIPE -. ¿Qué me va ha pasar?.

CARMELA -. Sí. ¿A ti te ha pasado algo malo?.

No contesté; por lo menos no podía contestar de repente, ya que había sido mucho el pesar que me causó al ver sin trabajo aquel hombre y con tres criaturas a la vez: Pues a poco canto la verdad cuando le vi echar lágrimas por sus ojos, al saberse cesado totalmente en su trabajo. Pero sopesé el grado de culpabilidad de uno a otro: Si yo hubiese dicho la verdad, la culpa sería doble para mí que el buscar aquel hombre nuevo trabajo; así, que me callé.

FELIPE -. No me ha pasado otra cosa, que el ver a ese hombre hundido.

CARMELA -. Tú déjale; si a caso tiene el la culpa. ¿Por qué tiene el la culpa, verdad?.

FELIPE -. Así es.

Eso no lo dudé, el contestar a Carmela, que aquel hombre tenía toda la culpa y solamente el había sido el culpable de que dicho documento desapareciese y hasta yo mismo me lo estaba creyendo; pues si no, que no me lo hubiese dejado en mis manso, que soy persona y actúo como tal, con los mismos impulsos que una persona.

Y como aquello se lo dije yo sin titubear, Carmela me creyó a pie puntilla; pues mi novia me quería mucho y no podía yo consentir que la justicia que se me echase encima.

Mientras me estaba consolando personalmente se produjo otro hecho que me causó estupor, al correr por el pueblo de que Antonia se encontraba en estado de buena esperanza: ¿Quién habría sido?. Esa era mi mayor duda, por ahora, ya que solamente nos amamos de pie, por así decir; y aunque había habido una vez, de las últimas, en que nos amamos en la capilla gótica con todo el deseo del Mundo.

Me parecía mentira, que por una sola vez, Antonia, se hubiese quedado embarazada; por lo tanto yo no podía estar, ni una hora más, sin saber de quien era el bebé y con mucho sigilo me fui a las afueras del pueblo, apostándome detrás de una peña para esperar a que pasase Antonia, y cosa rara; que aquel día tardó en pasar por aquel lugar la mujer que yo esperaba.

Nada más que la vi salí a su encuentro: Nunca lo hubiese hecho; pues cuando me vio Antonia, comenzó a dar patadas al suelo y haciendo unos grandísimos aspavientos me recriminaba la poca decencia que tenía al no haber vuelto a verla al lugar de la capilla gótica.

ANTONIA -. ¿Dónde te has metido?.

FELIPE -. Yo, en ninguna parte.

ANTONIA -. ¿Espero que tengas una causa contundente para no haber vuelto al sitio de nuestro encuentro?.

FELIPE -. La causa es, Carmela.

Al oír aquello, Antonia, se echó para atrás como queriéndome decir algo al respecto; cosa que yo ya sospechaba, por lo tanto me atreví a preguntarla por su estado.

FELIPE -. ¿Cómo te encuentras?.

ANTONIA -. ¡AH!; yo, muy bien.

FELIPE -. ¿Sí?.

ANTONIA -. ¿Bien sabes tú cómo me encuentro?.

FELIPE -. He oído . . .

ANTONIA -. Pues has oído bien.

Me lo estaba diciendo en la cara, de que se encontraba embarazada y yo no me lo podía creer por más imaginación que echase al asunto.

No sabía lo que hacer, ni lo que decir; por eso y como en un acto reflejo se me ocurrió preguntarla por la procedencia de aquel ser noble.

FELIPE -. ¿De quién es?.

Antonia, al oír eso se enfureció todavía más y haciendo gala de una completa soberbia, por su parte, enseguida contestó sin titubear aquella pregunta que la había hecho yo.

ANTONIA -. ¿De quien va a ser?. ¡De mi marido!.

Aquello lo dijo así como sin pensarlo, con un rencor metido en toda su Alma que resumía por todos sus poros por el enfado que tenía aquella mujer, por no haberme vuelto a ver desde la última vez en que nos amamos locamente.

A penas nos despedimos y cuando estaba yendo a un bar para tomarme un café, encontré al Sargento Domínguez que me estaba esperando en aquella calle, por donde tenía yo que pasar.

FELIPE -. ¿Parece como si me estuviese usted esperando?.

DOMÍNGUEZ -. ¡Mi Sargento!.

FELIPE -. ¿Cómo dice?.

DOMÍNGUEZ -. Que al referirse a mí, se dice siempre: Mi Sargento.

FELIPE -. Compréndanos. Aquí llamamos a todas las gentes por igual. Para nosotros no existe escalafones entre la clase llana del pueblo.

DOMÍNGUEZ -. Ya lo sé: Pero usted y gentes como usted, me tienen que comenzar a denominarme por mi graduación: Sargento de la Guardia Civil; así arrastrarán ustedes al resto del pueblo y les enseñarán formas mejores de comportamiento.

Pero yo sabía, que mi Sargento no me había estado esperando para no trasmitirme nada en concreto; a lo mejor que se le había olvidado decírmelo y yo se lo tenía que recordar.

FELIPE -. ¿Pero usted, mi Sargento, no está aquí para decirme, solamente, eso; verdad?.

DOMÍNGUEZ -. Eso está mejor.

FELIPE -. ¿El qué?.

DOMÍNGUEZ -. El tratamiento que me ha tenido. Pero no; tiene usted razón: Yo no estoy aquí para darle los buenos días, solamente.

FELIPE -. ¿Entonces?.

Aquel guardia, mejor dicho; el Sargento, se quitó el tricornio y secándose el sudor de la frente con un pañuelo, hacía ademanes de querer poner en orden sus ideas y al no tener sus conocimientos claros, de algo que yo tenía que hacer o había hecho no quería comenzar hablándome de asunto que me fuese a molestar.

DOMÍNGUEZ -. ¿Cómo le ha ido en el proceso, el otro día?.

FELIPE -. En el proceso judicial, me está yendo bastante mal; pues todo apunta a que soy el culpable de casi todo, por no decir de todo.

DOMÍNGUEZ -. Ha hablado de un proceso judicial: No, es un proceso informativo; ya que no se tiene materia de delito en las manos, el documento pertinente que abriría dicho proceso judicial.

Aquello que me dijo el Sargento, me sugirió una duda en mi intelecto: Si acaso estaría yo fallando en todo, o hubiese fallado en algo; pues al no saber que dicho proceso era solamente de información, me había puesto nervioso en aquella sala dónde se me había estado preguntando, días antes, por las causas de la desaparición del testamento notarial de doña Mercedes, que en paz descance. Por lo tanto le hice al Sargento la pregunta pertinente y totalmente recta.

FELIPE -. ¿En qué he fallado?.

DOMÍNGUEZ -. En nada, o en poca cosa. Tiene usted que saber, que cuando un miembro de la Benemérita pregunta al encausado, será por algo: Más bien porque se tiene la certeza de que dicho encausado no es toda la parte activa de los hechos.

Haciéndome, el Sargento, un saludo con la mano se marchó de mi lado sin decirme nada más y al parecer aquel guardia, mi Sargento, me quería transmitir algo más que no fuese solamente sobre mi persona. ¿Qué me quería transmitir aquel Sargento; que yo no comprendía?.

Aquello se estaba complicando cada vea más y yo entendía menos de todo a la vez, por llenarme la cabeza de tantas fórmulas jurídicas como había oído en aquellos días y en tantos procesos como los que tenía que presenciar.

Pero lo que me quiso decir el Sargento, que al final no me dijo, me quedó perplejo y con mi pensamiento puesto en miles de cosas que yo no comprendía o no entendía bien; por la manera de llevarse acabo. Se veía claro, que yo de leyes no sabía nada de nada.

Aunque tuve un pensamiento que me duró todo el día en la mente: ¿Qué parte llevaría el primo de la señora Mercedes, en dicha trama?. Eso no llegaba yo a comprenderlo; pues mi intelecto no llegaba a tanto, a parte de que nunca se había sabido que la señora Mercedes, que en paz descance, tuviese en dicho pueblo un primo: Si nunca la habíamos hablando con el, o visitándole en su casa. Entrándome deseos por saber de quién se trataba, pues era muy fácil: Preguntando por las listas del censo en el Excelentísimo Ayuntamiento, pues coincidiría algún apellido, o por las listas del referéndum general, que iba a ser en fechas próximas. Esperaría a que pusieran dichas listas en el tablón de

anuncios del Excelentísimo Ayuntamiento para no dar sospecha alguna, y mientras tanto la vida proseguía normalmente, como siempre.

Y como veo que de procesos judiciales no sé nada, no les voy a cansar contándoles cómo iba tal proceso; ya que tal vez no sería ni proceso alguno, yéndome a mi casa para ver qué estaba haciendo Carmela y si acaso pudiese echarla una mano en las tareas de casa.

Carmela se encontraba haciendo limpieza en el cuarto de baño, que estaba más separado de todas las habitaciones; pues no hay que olvidar, que era una casa de pueblo, en donde se tiene más retirado el cuarto de baño, en donde exista alguna que otra ventana para que se ventile. Me presenté donde se encontraba mi novia Carmela, dándole un beso en la frente, como en señal de complacerla.

FELIPE -. ¿Te ayudo en algo?.

CARMELA -. Es mejor que no; tú estate quieto sentado.

Aquello que me dijo Carmela me animó a sentarme en el salón, de la casa, poniendo el tocadiscos todo lo fuerte que pude, para oír mejor la música, acoplándome en mi sillón sin querer hacer nada más que oír la música que salía de aquel artefacto.

Me encontraba a las mil maravillas, cuando sonó el timbre de la puerta y yendo abrir me encontré en medio de la puerta a Antonia, que nada más que me vio se puso en jarra como queriéndome transmitir algo que yo no sabía. Y lo que no sabía, me enteré de inmediato; pues pegándome un empujón, me entró en casa a paso ligero, entrando ella también en mi hogar.

ANTONIA -. ¡Oye!, tú: ¿Qué haces que no acudes a mi reclamo, en el mismo sitio de siempre?.

FELIPE -. ¿La capilla gótica?.

ANTONIA -. El mismo sitio.

FELIPE -. Yo no puedo seguir siendo infiel a mi novia Carmela: No se lo merece.

ANTONIA -. ¿Y tú crees, que yo me puedo conformar con lo que estás diciendo?. No hubieses empezado y no te verías en dichas circunstancias.

FELIPE -. Pero ahora he comprendido otra cosa; no deseo volver a las andadas con tu persona. Me debo a Carmela.

ANTONIA -. Te digo, una vez más, que ahora te debes, también, a mí.

Sujetándome de un brazo me llevó a la alcoba y aunque yo la decía que se encontraba allí Carmela no hacía nada para retener dichos impulsos, que al parecer eran enormes sus deseos de estar conmigo. Y tumbándome sobre la cama me hizo de todo, levantándose rápidamente y poniéndose bien las ropas salió de mi casa rápidamente; no habiéndose enterado mi novia Carmela para nada, ya que yo oreé bien las sábanas e hice, de nuevo la cama, tumbándome sobre ella

vestido, para que no hubiese dudas que había sido yo el que estaba potreando dicha cama. Y cuando llegó a mi lado Carmela, se quedó asombrada.

CARMELA -. ¿No me digas?: En vez de ayudarme me das más trabajo.

FELIPE -. Descanso más así, al oír la música.

CARMELA -. ¡Anda!; levántate y vete a dar un paseo.

No sabía dónde ir, ni qué camino coger; pues enseguida me verían salir del pueblo y sabrían dónde dirigía yo mis pasos; así que a campo a través me fui al terreno elevado, más elevado, donde había estado yo en otras ocasiones observando desde su promontorio las fincas de regadío de los colonos. Desde aquella meseta, llenas de peñas y piedras, contemplaba toda la finca de Julio y de Rogelio, viendo, por supuesto, a Antonia en ella. Se estaba lavando los muslos y otras partes más; pues no digo yo que no se tuviese que lavar, pero se ponía a la vista de todo el que pasase por allí y la pudiese ver: Aunque al decir verdad, por allí no pasaba casi nadie o nadie como ustedes saben; se encontraba aseándose en la charca, al pie de la capilla gótica.

¡Cosa extraña!, en aquel tiempo; pues había, allí cerca de mí, un cardillo sin espigar, todavía, y sacándolo de la tierra lo pelé y me lo comí, ya que tenía un poco de hambre, por haber subido a dicho promontorio a través de tantas peñas y cantos rodados. Lo hice también, que pelé el tronco con sumo cuidado, ya que era lo que más me gustaba de los cardillos y me puse a saborear aquel manjar para mí, de tal manera que se me fue el tiempo sin saber. Se estaba haciendo tarde, bajándome de dicho promontorio e iniciando el camino de vuelta hacia mi casa, para recibir la comida que tuviese hecha Carmela, pero cuando llegué a mi casa allí no se encontraba mi novia Carmela; en cambio sí vi la cama sin hacer y sin sábanas, las sábanas estaban tendidas para que se secasen y como no sabía yo dónde se encontraba Carmela me fui derecho a la cocina y allí no se había cocinado comida alguna aquel día.

Cansado de buscarla por toda la casa me fui a la alcoba, en vez de sentarme en el salón en espera de que llegase Carmela de donde estuviese, y en la habitación matrimonial no había otra cosa fuera de orden que no fuese la inexistencia de las sábanas, tumbándome encima de la cama; pues el colchón tenía una funda para preservarle de la humedad y del polvo.

No sé cuanto tiempo permanecí encima de la cama, pensando en una y mil cosas a la vez; pero cuando me cansé me fui hacia el armario, para ponerme de casa y vi con asombro de que faltaban los vestidos de Carmela, ya que al abrir mi lado y sin darme cuenta, abrí el lado de Carmela en el armario.

¡Ay madre mía!; que aquello estaba siendo cosa rara, así que me fui a los cajones, donde Carmela guardaba las ropas más íntimas y los vi vacíos. Corrí a la cómoda de noche y lo mismo: Los cajones donde Carmela guardaba las prendas más delicadas no se encontraban allí y, cosa extraña, me fui al cuarto donde guardábamos las maletas, no encontrando ninguna en dicho cuarto. ¡Estaba claro!, Carmela se había ido a no sé yo dónde.

Y en vez de desnudarme salí a la calle como desenchajado, con el ánimo por los suelos y como tenía vergüenza preguntar a nadie, comencé a dar vueltas y vueltas por las calles de aquel pueblo, sin saber dónde ir, ni qué casa acogerme, para que me dieran rumbo fijo y paradero de mi Carmela.

Cansado a más y mejor, llegué otra vez a mi casa para poder descansar mejor en ella; Pero como se estaba echando la hora de la merienda y yo no tenía pan, solamente algo de cecina y un poco queso, salí a la panadería, antes que cerrasen para comprar la única barra de pan que quedaba en ella.

Yo veía que la panadera se movía mucho, estaba muy inquieta; como si me quisiera decir algo y no supiese la manera de decírmela por no dañarme, si acaso no era lo que ella pensaba. Y como yo no estaba por salirme de aquel establecimiento sin saber lo que me quería decir la panadera repliqué.

FELIPE -. ¿Me parece que usted me quiere decir algo?.

PANADERA . ¿Por qué se ha dado cuenta?.

FELIPE -. Dígamelo.

PANADERA-. ¡Pues sí!; se lo voy a decir: He visto, esta mañana montar en el coche de línea, cargada de maletas, a su novia Carmela.

¡Ya está!: pues Carmela se había ido rumbo a lo desconocido para mí y tal vez para ella; pues mi novia no tenía parientes conocidos, que yo supiese, fuera de nuestra casa. Y por otra parte, si iba con esas molestas es que llevaba rumbo fijo; ¿pues si no, dónde iba a quedar toda su ropa?.

Después de haber comido algo frío, me fui a casa del señor Clemente encontrando en su casa solamente a su señora Josefa; pues él estaba ayudando a su yerno en las tareas agrícolas.

JOSEFA -. No se encuentra aquí mi marido, Clemente, está ayudando al novio de mi hija en la finca; tenían que hacer algo en particular, que no lo podía hacer dicho joven el solo.

FELIPE -. Por poco vengo esta mañana a su casa.

JOSEFA -. Usted puede venir, a mi casa, cuando quiera.

FELIPE -. Era para preguntar por Carmela.

Al decirle yo aquello a la señora Josefa se echó un poco para atrás, como teniendo dudas de que a mi novia la pasara alguna cosa y con sumo interés de ayudarme en lo que fuese; pues así me lo dijo.

JOSEFA-. ¿La pasa algo, a su novia?.

FELIPE -. Ha cogido el autobús esta mañana con rumbo desconocido.

JOSEFA -. ¡Ay, ay!.

Al decirle yo aquello a la señora Josefa, ésta movía la cabeza de un lado a otro, como en señal de disconformidad con lo que yo la había dicho, e indicándome con el dedo para que me sentase me senté al pie de la mesa para hacerme una pregunta, que era para mí primordial.

FELIPE -. ¿Ha comido algo?.

Al decirme aquello salté de alegría sin saber lo que hacía; pues tenía un hambre horrorosa y de inmediato contesté a la pregunta que me estaba haciendo aquella señora.

FELIPE -. No mucho.

Yo creo que no sacó el plato de comida en aquel preciso momento; era más bien que ya lo tenía sacado encima de la mesa aquella, en la que yo estaba a su lado. Miren ustedes si sacó aquella señora, Josefa, con suma rapidez el plato de comida, un buen estofado; pues con mayor rapidez di cuenta yo con el.

Al verme la señora Josefa con aquellas necesidades tomó un papel y lápiz comenzando a escribir en el algo que yo no sabía, por lo tanto la tenía que preguntar a dicha señora el interés que tenía por escribir algo en aquel papel.

FELIPE -. Así no se la olvidará.

JOSEFA -. ¿El qué?.

FELIPE -. Lo que usted está escribiendo en ese papel: No se la olvidarán sus ideas.

La pregunta se la hice dando un rodeo, como con una forma mayestática, para sacarla algo que yo quería saber y con suma diplomacia, se lo saqué.

JOSEFA -. Es una lista de comidas, que le estoy haciéndole a usted, para cada día de la semana; así saldrá hacia delante en esta vida.

FELIPE -. ¿Entonces que espera usted, Josefa, a que se prolongue mi sufrimiento?.

Al decirle yo aquello a la señora Josefa, ésta me miró como dando su benemérito a lo que yo la estaba diciendo y sin contemplaciones algunas me lo afirmó de palabra.

JOSEFA -. Es el reproche de una mujer.

Estaba claro: Aquella situación no me duraría unos días, tal vez tendría que esperar un tiempo a que todo se calmase y eso si Antonia me dejaba; pues me atosigaba cada vez más, como si nadie se estuviese enterando de sus propósitos hacia mi persona.

Cogí la lista que me daba la señora Josefa y salí de aquella casa dándole las gracias por haberme sido de sumo apoyo en mi incipiente desorden en las comidas; pues no sabía ni freír un huevo, contra más iba yo a saber hacer la compra en el supermercado.

Pero cuando me dirigía hacer la compra del día, pensé que sería mejor un mercado individual, un “venduje” como lo llama el vulgo a los establecimientos personales de productos alimenticios. Y allí que me dirigí para mercar frutas, pan, alguna bolsa de garbanzos y algo con que pudiese picar a destiempo.

Pensé que la señora de aquel establecimiento de alimentación me aconsejaría mejor que un supermercado, pues también tienen a su personal ducho para informal; pero lo mejor para mí sería el bis a bis.

Nada más que me vio entrar aquella señora en su establecimiento se la puso la cara sonrojada, como una amapola; pero de pronto la cambió para demostrar interés en mi compra.

DEPENDIENTA -. ¿Qué va a ser?.

FELIPE -. Tenga usted.

La dejé la lista que llevaba para hacer mi compra aquel día y comenzó a buscar lo que yo ponía en ella, pero al cabo de un tiempo se volvió aquella señora hacia mi persona preguntando por alguien que yo suponía lo haría.

DEPENDIENTA -. ¿Y su novia, Carmela?.

No sabía qué decirle; pero cuando miré a través de la ventana del escaparate me di cuenta que no valía hacer ningún rodeo a la pregunta que me estaba haciendo aquella señora, que a la vez se había venido hacia el mostrador para oírme mejor.

FELIPE -. Se encuentra de viaje.

Y mirando aquella señora, a través del escaparate me señalaba con el dedo a un lugar en concreto, que yo sabía muy bien cual era.

DEPENDIENTA -. La vi montar, a su novia Carmela, en el autobús ayer por la mañana y al parecer, por las maletas que llevaba permanecerá en el lugar de su destino bastante tiempo. Usted puede consultar con la señora Antonia de lo que le está haciendo falta para el arreglo de su comida en los sucesivos días.

Cuando me dijo aquello la señora del establecimiento de alimentación, la miré con cara destemplada viéndola en el mostrador en medio de coles a una parte y de ajos, cebolla, lechugas a la otra, pensando que aquella señora no podía, por menos, que hacerme una pregunta que dañase a mi susceptibilidad personal: ¡Claro!; era una verdulera, con perdón de las demás señoras: ¿Qué pregunta me iba hacer?.

Salí de aquel establecimiento más quemado que una ascua, por haber empleado aquella dependienta tanto interés en su conversación y sobretodo en su pregunta hacia mi persona, que yo no podía dejar de pensar en ello; en si era verdad que Carmela se había ido con la sola idea de no volver nunca más a mi lado: Aquella idea me parecía a mí mentira se llevase a cabo, que no volviese nunca más mi novia Carmela a casa, sabiendo lo mucho que la quería.

Mientras iba pasando el tiempo veía yo que la sola idea de Carmela era el no volver nunca más a casa, pese a que estábamos sufriendo lo indecible por no vernos y eso lo digo yo que estoy seguro de su amor, como del mío hacia ella.

Me piqué a comer cardillos con arroz y bacalao, que estaban buenísimos; yéndome todas las mañanas al campo para recolectar dichos cardillos y así poder observar, desde lejos, los movimientos en la finca, en el lado de Julio, no aportando yo por allí, aunque tuviese todos los deseos del Mundo.

Unos de esos días que me fui a recolectar los cardillos bajé al arroyo que da a la charca en su parte superior; por lo tanto un poco retirado de la capilla gótica y allí pude observar como se veía Julio con Andrea, pues estaban abrazados y recostados al tronco de un árbol, sin que nadie los viesen, según ellos. Teniéndome que callar el resto por respeto a todos ustedes y en ese mismo momento me fui a la orilla del arroyo encontrando en el unos berros buenísimos, que me servirían de ensalada al día siguiente: Ya sabía yo dónde se encontraban berros en aquel sitio; pues tenía la supervivencia de la comida garantizada por unos cuantos meses, entre cardillos y berros. Y cosa curiosa, que me estaba molestando un poco un riñón por la mala alimentación, así como también un poco de anemia y todo se me quitó.

De vez en cuando me bañaba en las aguas de aquel arroyo, que parecía no venir de ninguna parcela, ya que nacía a unos veinticinco kilómetros de allí, transcurriendo su cauce por tierras limpias de contaminación y siendo sus aguas finas, como para beberlas. En cambio había otro arroyo que tenía sus aguas bastas, pero que al bañarse en ellas daba una fuerza al cuerpo, sobretudo a la aponeurosis en su piel, muy considerable.

Pese a usar todas aquellas cosas tan bondadosas con las personas, no me encontraba conforme; pues no veía cerca de mí a mi novia Carmela y sobretudo por no saber dónde se encontraba ésta; hasta que por fin salieron las listas de las convocatorias electorales. Y allí que me fui para poder leer aquellas listas, viendo en ella a mi novia Carmela, que estaba todavía empadronada en dicho pueblo; cosa que me agradó. Ya sabía yo las intenciones de Carmela, el no empadronarse en otro pueblo; porque tal vez tenía la idea de volver conmigo a casa: ¿Quién sabe?. De momento sabía que seguía en las listas del censo electoral y como Carmela era fiel cumplidora con su deber como ciudadana y súbdita, tenía que votar en dichas elecciones generales; de modo que esperaba su carta, que debía venir con remite forzosamente y de esta manera sabría dónde se encontraba mi novia Carmela. Lo malo era cómo me enteraría yo de dónde venía dicha carta; pues no sabía yo de qué manera me iba a enterar de la misma. Pero miren ustedes por donde, Carmela se confundió al dar la dirección personal de correos en la petición de su voto, viniendo dicha petición a mi casa y como no estaba ella no la podía firmar yo; pero eso sí, que le pedí al agente repartidor de Correos el poder observar dicha petición, sin menoscabo de no abrirla y así pude enterarme del remite de dicha carta, que era: Un pueblo de dicha provincia, por lo tanto no se había ido lo lejos que yo creía. Sabía el pueblo, la calle y el número y me preparé para marchar a su lado lo antes posible y pedirla que volviese conmigo, si a bien lo tenía.

Cuando llegué a dicho pueblo no quise preguntar por ella y me limité a vigilar la pensión donde se alojaba Carmela, pues se estaba alojando en una pensión; de modo que tenía que estar trabajando en algo y al parecer aquel pueblo no

tenía muchos medios para tener personal empleado, quedándome un poco descolocado por no saber en dónde trabajaría mi novia.

Me arriesgaría e iría a dar unas vueltas por las calles de aquel pueblo, para ver si podía saber en qué trabajaba Carmela y cuando me estaba cansando la vi que salía de una panadería y se dirigía a una casa solariega. Lo primero que me asaltó a la mente era, que mi novia Carmela estaba trabajando como personal doméstico en dicha casa; pues no se comprende que estuviese allí, sin apenas conocer a los dueños de aquel hogar.

Volví a esperar para ver si volvía a salir de dicha casa, mi novia Carmela, y así como a media hora la volví a ver salir de aquella casa con una bolsa en las manos, yéndome para ella y cuando me vio se paró haciendo gestos y moviendo la cabeza de un lado a otro.

CARMELA -. ¿Creía que no ibas a venir a verme?.

Fue la bienvenida que me dio Carmela al verme allí: No sabía yo si esa bienvenida era por cariño o por estar agobiada por tanto trabajo en aquella casa; eso lo tendría que comprobar yo al correr el tiempo, pero tal vez sería el cariño lo que la hizo recibirme de esa manera.

FELIPE -. ¡Aquí me tienes!.

CARMELA -. Ya lo veo.

Y lanzándose hacia mí, me dio un beso de cariño y de amor que nunca olvidaré yo por más años que viva; ahora que yo la di otro par de besos no menos expresivos para ella y agarrado de las manos nos fuimos derechos al destino que llevaba Carmela aquel día, que era el mercar productos de limpieza.

No lo dudé; no lo podía dudar, pues antes de llegar Carmela a casa la hablé con todo el sentimiento del Mundo y con todo el cariño que tenía metido en mi ser.

FELIPE -. Sé que lo he hecho mal; pero estoy dispuesto a cambiar por ti y por mí mismo: ¡Qué caray!. Lo único que te pido, formalmente, es que vuelvas a casa que es donde debes estar; puesto que yo te quiero y te quiero mucho.

CARMELA -. Si me lo pides así, volveré.

FELIPE -. ¿Cómo te lo he pedido?.

CARMELA -. Con cariño, humildad y sinceridad.

Como Carmela comenzó a quitarse el mandil yo la retuve en su gesto para que no lo hiciera y ésta me miró como descolocada, sin saber lo que decir por haber tenido el propósito de volver conmigo y ahora yo la estaba reteniendo en aquel lugar; no sabiendo ni lo que pensar.

FELIPE -. Da quince días a los señores de esa casa para que no crean que obramos mal intencionadamente.

CARMELA -. ¡ Ay Dios mío!.

FELIPE -. ¿Qué te pasa?.

CARMELA -. Ahora que has venido a buscarme: ¿Qué me dices?.

FELIPE -. Es mejor así; pues las personas tienen que ser consecuentes con sus actos y no abandonar a otras personas.

Todo quedó así, de que Carmela daría quince días a los señores de aquella casa para que pudiesen buscar otra persona al servicio domestico y no quedarlos abandonados en las tareas de la casa.

Coincidimos, Carmela y yo, de que me fuese al pueblo para no dar qué pensar aquellos señores y a las gentes lugareñas, ya que apenas se habían enterado persona alguna y así sería mejor.

Cuando llegué a casa, llegué ufano del todo por ver que Carmela se vendría conmigo al hogar y me traería su cariño a mi morada, que estaba falto de amor y de sus carantoñas; pues de vez en cuando hacía unas fiestas a mi persona que me elevaba el Espiritu y toda la moral, sintiéndome el hombre más agraciado de la tierra.

Tan fuera de sí me encontraba, que no me di cuenta de cerrar la puerta como se debía y por consiguiente dejaba entrar en mi casa a toda persona que quisiera, sin llamar. Y por consiguiente sí entró en mi casa Antonia, toda ella escamada de que allí estaba pasando algo y no beneficioso para ella.

Venía con los ojos abiertos de tal manera que parecían dos ventanales abiertos de par en par, con deseos de que yo la explicase lo que estaba pasando allí y como no tenía ganas algunas de explicarla nada me limité a indicarla el camino de vuelta hacia su casa.

FELIPE -. Haz el favor de marcharte de inmediato a tu casa.

ANTONIA -. ¿Qué pasa aquí?.

FELIPE -. Aquí no pasa nada que te incumba a ti.

Al decirlo yo eso a Antonia, ésta se puso con los brazos en jarra como en señal de disconformidad a como me estaba expresando delante de ella: No la estaba gustando nada mi comportamiento hacia su persona en aquella hora de decaimiento para mi emoción personal. Y dando un paso hacia delante confirmó lo que yo sospechaba.

ANTONIA -. ¿Para eso te he dado éste Sagrario que llevo dentro?.

FELIPE -. ¿No sé qué me dices?.

Y echándose mano a la tripa y con voz apagada, que apenas la oía, me comentaba algo que yo no entendía; porque casi no la oía.

ANTONIA -. Porque esta flor, esta; escúchame bien, esta flor te la he dado yo para ti.

Y echándose mano a la tripa la daba movimientos, con la mano, de arriba a bajo; como en señal de quererme decir que ella me había dado todo lo mejor que tenía en sí.

No se quedó conforme con todo eso, que echándome mano a mis partes me llevó como si fuese un pelele a la alcoba para echarme encima la cama y retozar conmigo a solas todo el tiempo que quiso y cuando se cansó de hacerme o dejarme de hacer, se levantó saliendo de mi casa más fresca que una lechuga.

Yo me quedé absorto; como no sabiendo lo que hacer, ni lo que decir en aquella hora de despropósito para mi persona, pues: ¿Cómo iba hacer para ser fiel a mi novia Carmela?; si ésa señora no me dejaba para nada de serla fiel a Carmela.

No; desde luego que no podía consentir nunca más que Antonia siguiese atosigándome de esa manera como lo hacía y para ello a la siguiente mañana me fui derecho para la capilla gótica con una sola idea, que era: El hablar claramente con Antonia sobre el tema que nos estaba incumbiendo a los dos.

No lo pensé dos veces y cuando creí que era hora propicia para marchar a dicho sitio me preparé más bien de campo y marché al lugar de la charca, dando el rodeo que un día di para llegar a la misma. Quise entrar por el lado opuesto de donde siempre entraba yo a dicho lugar y me confundí de camino, llegando a las inmediaciones del siguiente pueblo. Quise que no me viera nadie y me confundí; pues me vieron más personas por dicho camino que si hubiese elegido el camino de siempre.

Unos se encontraban regando su parcelas, otros haciendo otras faenas en sus tierras; pero todos alzaban la cabeza para mirarme y así sabían quien iba por el camino agrícola que lleva a sus parcelas. Con el despropósito, que tuve la mala suerte que volver sobre mis pasos para coger el verdadero camino que me llevaba a la capilla gótica, cerca de la charca en donde se encontraba una exuberante vegetación y arbustos para esconderme de la vista de las gentes.

Cuando llegué aquel sitio allí no había nadie; pues se encontraba solitario y sombrío, ya que la misma flora y árboles le quitaba el sol que pudiese llegar a la tierra, dándome sensación de vacía toda mi Alma con un agobio que me reconcomía mis entrañas. ¿Qué hacía yo allí, si se puede saber?; ya que yo me debía a mi novia Carmela y ahora tenía que demostrar rectitud ante ésta y no volver a las andadas.

Me dio una vergüenza imponente al verme solo y abandonado por Antonia; cosa que como ustedes saben yo no iba a buscarla por el sólo amor carnal: ¡No, para nada!. Era más bien un sentimiento de culpabilidad lo que me llevaba allí y me infundía un sentimiento de amor hacia mi novia, lo que yo estaba haciendo en aquel día: Ir a buscar a Antonia para transmitirla mi deseo de que lo nuestro había terminado del todo.

Paso a paso me fui alejando de aquel sitio; pero esta vez por el mismo camino agrícola que me había llevado toda la vida a dicho lugar, sin comprender que sería objeto de sospecha delante de Julio y Rogelio: ¿Por qué camino había llegado a dicho lugar?. Ya no había forma de volver atrás; pues me encontraba a la altura de la casa de Julio, no viéndole yo laborar la finca, ya que no sabía dónde se podría encontrar éste y proseguí mi camino para en un tiempo prudencial llegar a la altura de la casa de Rogelio, viendo allí al señor Clemente con su yerno, que se encontraban abonando las tierras.

Vi en aquella ocasión la posibilidad de saber dónde se encontraba mi amigo Julio y me paré con los dos señores, el señor Clemente y su yerno, para entablar una conversación, a lo primero un poco boga para más tarde abordar el tema que me interesaba, así no se darían cuenta de lo que yo quería saber.

FELIPE -. Buenos días.

CLEMENTE -. Buenos días tenga usted.

FELIPE -. He pasado por aquí y me parece feo no venir a saludarles a ustedes dos.

CLEMENTE -. Ha hecho usted bien.

FELIPE -. ¿Veo, que se encuentran ustedes solos en la finca?.

CLEMENTE -.No sabemos dónde se encontrarán ninguno de los dos señoríitos.

Me dijo bastante el señor Clemente y poco más tiempo sostuvimos la conversación; pues yo me despedí de ellos saliendo a paso ligero hacia mi casa, viéndome los dos señores que me pasaba algo por los muchos nervios que llevaba sin poderlos disimular. Pero cuando iba llegando al pueblo se cruzó conmigo la señora Josefa, parándose un poco para darme los buenos días.

JOSEFA -. Buenos días tenga usted.

FELIPE -. Buenos días. Ya he visto a su marido con su yerno laborar la finca.

JOSEFA -. ¿Dónde se encuentran?.

FELIPE -. En la parte de Rogelio, están abonado un terreno.

JOSEFA -. ¡Sí, claro!; porque Julio ha llevado a su mujer al médico.

Me dijo todo aquella señora en unas pocas palabras y yéndome a mi casa, entré en ella como gato rabioso al que se le ha escapado la presa. Pero no desfallecía y seguía con mi idea de ver a Antonia para poderla transmitir mis deseos, de que dejásemos vernos a solas en las inmediaciones de la capilla gótica y en esta misma.

Pasé aquella tarde sin pena ni gloria leyendo un libro, para más tarde ver la televisión hasta horas prudentes y créanme, que se me pasó la noche más ligera que otras veces. Y cuando amaneció, me levanté yéndome a tomar un café al bar de la plaza; pero como veía yo que el barman quería hacerme alguna pregunta, me fui de allí lo más pronto posible.

Cuando salí de aquel establecimiento llené los pulmones de aire y con un estiramiento de cuerpo, sin que se percatase nadie, inicié el camino de la finca, poco a poco, paso a paso; como no queriendo llegar pronto a mi lugar de destino; no fuese a ser que Antonia no se encontrase allí todavía. ¡Y claro que se encontraba!; pese a que llegué demasiado pronto al lugar de la capilla gótica, más bien al sitio de la charca, ya se encontraba allí Antonia.

FELIPE -. ¡Hola!.

ANTONIA -. ¡UY!; qué vagamente me saludas tú hoy.

Di unos pasos hacia delante, como queriendo apostillar lo que yo la tenía que decir a Antonia y poniéndome a su misma altura, la comencé hablar con toda sinceridad del Mundo.

FELIPE -. Es que no te esperaba encontrar en este sitio tan temprano.

ANTONIA -. Todos los días te espero a la salida del Sol, en este sitio y parece ser que de balde.

FELIPE -. ¿Y eso?.

ANTONIA -. ¡Pues eso!; que no te das cuenta. Te espero todos los días y tú en ese momento te encuentras en la cama metido.

FELIPE -. ¿Y dónde quieres que esté?.

ANTONIA -. ¿Tú sabrás?.

FELIPE -. ¡En la cama!.

ANTONIA -. ¡Claro!; y yo, mientras, aquí cargada.

No sabía yo cómo se encontraba cargada; tal vez cargada toda su conciencia de culpabilidad por las faenas hechas a su marido Julio; pues yo no veía que fuese otra cosa lo cargada que se encontraba Antonia, como no fuese el remordimiento que tenía metido en todo su cuerpo por airear tanto el capote invisible hacia su marido; pues le estaba dando cada capotazo que temblaba el Alma.

Fíjense ustedes por donde, que aquella vez me entró pena por mi amigo Julio y pensando yo decirle la verdad a Antonia para que me escuchara y me hiciese caso: No como otras veces, que me había hecho caso omiso a mis decisiones.

Hubo un tiempo de silencio entre Antonia y yo, para más tarde decidirme hablarla a ésta como se tiene que hacer, por derecho y con nobleza.

FELIPE -. Quiero que me escuches.

ANTONIA -. Te escucho.

FELIPE -. Pero no como otras veces.

ANTONIA -. ¿Cómo, hijo?.

FELIPE -. Haciendo caso omiso a mis explicaciones. Y antes de decirte nada; si tú tienes que decirme algo a mí, te ruego me lo digas ahora.

ANTONIA -. ¡No tengo que decirte, absolutamente, nada!.

Parecía como si lo estuviera intuyendo, Antonia, las palabras que yo la quería decir, en nuestra despedida y como con gran nervio y aspaviento me alertó de que ella era la que no me tenía que decir nada.

Yo bajé la cabeza, como avergonzado; pues antes de que llegase esta contrariedad de cariño, entre Antonia y yo, tenía que haber pensado, un poco, en la posibilidad de que aquella amistad se tendría que terminar, quedando uno de los dos dañado en su más profundo pesar por saberse herido en todo su ser, por tal falta de cariño.

Pero el caso no era que yo pensase o dejase de pensar; se lo tenía que comunicar a ella y cuanto antes mejor de que aquello había terminado entre ella y yo.

FELIPE -. Antonia.

ANTONIA -. ¿Dime?.

FELIPE -. Siento serte tan brusco.

ANTONIA -. ¿Cómo?.

FELIPE -. No sé dar rodeos en mis palabras.

Antonia se vino hacia mi, cogiendo me de la solapa de la chaqueta, como dándome ánimos para que hablase claro con ella y no diese ninguna clase de rodeos, como yo la dije. Aquello me animó hablarla con toda clase de confianzas; pues sabía que Antonia, esta vez, me escucharía: No esperaba yo que lo comprendiese, pero por lo menos esperaba un grado de comprensión hacia mi persona, que se encontraba abatida por los avatares de la vida que estaba llevando con Antonia y Antonia como si la cosa no fuese con ella.

ANTONIA -. Hijo: No hace falta que des rodeos en tus palabras.

FELIPE -. Gracias por los ánimos que me das. Está bien: Quiero decirte, que lo nuestro se ha acabado, este cariño permanecerá en el tiempo; pero lo nuestro no puede seguir. No espero que lo compradas; pues ni yo lo comprendo, pero no me lo hagas, todavía, más cuesta arriba y piensa un poco en lo que te estoy diciendo.

Y dándose media vuelta inició el camino de la casa de campos, no sin antes darme cuenta de que Antonia se alejaba llorando de mí, echado sendas lágrimas por los ojos. Yo me quedé, también, con los ánimos decaídos; como si me hubiesen tirado un jarro de agua fría por la cabeza.

Sin saber ni lo que hacer me fui donde se encontraba la trampilla para entrar en la capilla gótica, viéndola cerrado con candado; por eso Antonia me visitaba en casa, por no tener sitio donde podemos ver a solas. Y como me encontraba agobiado del todo me fui a sentar cerca de la charca, a la sombra de unos ocalitos para poder descansar un poco del ajetreo del aquel día; y eso que era por la mañana temprano.

Cuando me pareció inicié el camino del pueblo, pasando por la casa de campo de Julio y viendo allí a Antonia que se encontraba en la cocina arreglando la comida y cuando me vio ésta pasar por allí me dio con la mano como diciéndome adiós. Yo no me inmuté, haciendo un gesto característico con la mano de que me estaba alejando de aquel lugar sin ninguna clase de contratiempo.

Al llegar a mi casa me alegré al pensar que pronto iba a estar conmigo mi novia Carmela, ya que dentro de pocos días la tendría en mi hogar, volviendo a ser mi compañera y pensé en algo más sobre Carmela y mi persona; tal vez una unión más formal. Eso lo tendría que consultar con Carmela; pues era parte interesada en dicha unión, ya que no estaba yo solo en dicho evento.

Había hecho la merienda la noche anterior, de modo que no hice más que calentarla para ponerme a la mesa degustando los manjares que había preparado con sumo cuidado; pero aunque lo hice con todo el sentido del Mundo, todavía le faltaba algo aquella comida: Se me había olvidado echar sal a los garbanzos y cuando miré hacia un lado vi allí el tocino y el chorizo que había comprado para el puchero el día anterior y por supuesto los garbanzos estaban duros, teniéndolos que cocer un poco más; pero como no los eché un poco de agua comenzaron a oler, con ese olor característico de que algo se tostaba: Se me habían pegado los garbanzos y eso por meter me a mayores.

Cuando estaba en ese desaguizado, oí la puerta que se abrió para dejar que alguien penetrase en casa sin llamar: Pensé si fuese Carmela; pues otra persona no creía que se atreviese a entrar en mi casa de tal forma.

Me levanté de repente de la silla, pues estaba en la cocina, saliendo al encuentro de dicha persona y cuando estaba en el salón me pude dar cuenta que se trataba de Antonia, que con una maestría singular se encontraba quitando el polvo a los muebles con un trapo que había cogido del cuarto de la limpieza: Ella sabía bien donde se encontraban todas las cosas de la casa.

Yo salí corriendo para quitarla el trapo de las manos y poner un poco de orden aquel contratiempo; pues tal vez Antonia era dura de mollera y tendría que comprender, mejor, su situación con respecto a mi persona. Pero ésta, en vez de achicarse, se creció un poco en sus deseos de limpiarme toda la casa, sin saber yo a qué se debían tales impulsos.

FELIPE -. Antonia, deja eso.

ANTONIA -. Tienes la casa con mucho polvo: Te la voy a limpiar.

FELIPE -. ¿No comprendes que todo depende de que tú y yo no nos volvamos a ver para que se venga conmigo mi novia Carmela?.

ANTONIA -. ¡Ah!; ¿Es eso?.

Y tirando el trapo hacia un lado salió de la casa, Antonia, sin decir palabra alguna, ni ahí te quedas; viendo yo que aquello no había terminado, entre Antonia y yo, pues su voluntad era el seguir junto a mí, sin explicarme yo el por qué de aquella decisión.

Antonia tenía que ver claro nuestra situación y no ponerme más impedimentos para que Carmela decidiese volver a mi lado: Cosa que era lo más normal de la vida, pues nos queríamos mucho.

Para mí aquella situación estaba siendo de lo más comprometida en mi vida y tenía que hacer por que Antonia comprendiese mi posición para no liarla más, por más tiempo. ¿Qué hacer para resolver dicha situación?: Eso me era difícil saberlo.

Yo por mi parte me fui derecho a la puerta para cerrarla bien; no fuese a ser que volviese de nuevo Antonia con otras pretensiones y me complicase más la situación en la que estaba yo viviendo, para más tarde sentarme a leer un libro con sumo agrado y al cabo de media hora me fui a sentar en el sillón del salón preparándome para ver un tiempo la televisión; ya que echaban un programa que me gustaba a mí, pues todo lo referente a la flora y fauna me encantaba.

Aquella tarde no quise salir de casa; pues ya lo tenía todo hablado con Antonia y por otra parte había visto a las personas que me incumbía ver aquel día, así que lo pasé en mi casa poniendo bien la ropa en la cómoda de mi habitación y haciendo un poco de limpieza en el salón de casa y cuando comprendí que estaba cansado me senté en el sillón sin ganas de hacer ninguna cosa más, por ese día.

Cuando miré al reloj me di cuenta que eran horas avanzada de la noche y no había probado bocado alguno; así que me fui a la cocina y piqué algo de la nevera, volviéndome al salón para seguir viendo la televisión y cuando me pareció que eran ya horas de acostarse, me fui a la cama como cansado por el ajetreo de aquel día.

No serían las seis de la mañana, cuando oí llamar a la puerta yéndome abrir para ver en el quicio de la misma a Antonia, que me traía una tarta hecha por ella.

FELIPE -. ¿Qué haces aquí?.

Dándome un empujón me colocó en medio del pasillo, entrando ella en mi casa como si fuese la suya para dejar aquella tarta encima de la mesa y yéndose a la cocina se presentó con cubierto y un plato para que degustase aquella tarta tan exquisita.

ANTONIA -. ¡Quítate de ahí!.

FELIPE -. Menos loba.

Aquello que la dije yo a Antonia no la gustó y mirándome a la cara, fijamente, me echó una mirada como reprochándome lo que la había dicho y sin pena ni gloria se entró en la alcoba para mirarse al espejo del armario y llamándome me hacía mirarla para que viese lo bonita que estaba, según ella; pues por otra cosa no me iba a llamar a mí Antonia, ya que poniéndose delante del espejo se tocaba todo el tórax, haciendo unos gestos con la cara como de estar muy a gusto consigo misma.

ANTONIA -. ¿No me ves?.

FELIPE -. ¿Qué: Te encuentras bien?.

ANTONIA -. No va mal la cosa.

Y tumbándose encima la cama me enseñaba todas sus formas, un poco más voluminosas; ya que al parecer había engordado un poco y eso se dejaba ver en la contextura de su cuerpo.

La cogí de un brazo levantándola de la cama y ésta puso una cara de poca amistad, ya que ella esperaba otra cosa de mí y eso tardaba en llegar por mi poca voluntad.

FELIPE -. ¡Tú no entiendes nada, de nada!

ANTONIA -. Y tú no ves más para allá de tus narices.

Sí, si veía; sabía que se había prendado de mí pero yo no podía hacer frente a su interés por mi persona, ya que otra cosa no creía yo que fuese. Cariño, cariño no creía yo que fuese, aunque me tenía que tener un poco de afecto; ya que el roce había sido mucho y las circunstancias de amarnos se habían visto claras en el tiempo que estuvimos amándonos en secreto.

Pero yo no podía consentir que estuviese mi nombre de boca en boca por todo el pueblo a consecuencia de unos malos hechos por mi parte al aceptar aquella señora como mi amante. Mis enseñanzas religiosas y el sesudo intelecto me decían otra cosa y me arrastraban hacia el bien, para no hacer ninguna cosa que no estuviese bien en medio de la sociedad.

Por lo tanto la dirigí hacia la calle; ya que eran horas muy tempranas para que una mujer de su estatus social estuviese a solas, en una casa, con un hombre que no era el suyo por estar éste trabajando. Y cuando me quedé a solas en mi casa me parecía que me latía con más intensidad el corazón; ya que había dejado escapar a una señora que se me estaba brindando, pero no era eso solo: Que por otra parte, me estaba dando reparos por si se había enterado alguien y pudiese decírselo a mi novia Carmela. ¡Vamos!: Que me estaba dando arritmia por la intensidad de mis fuerzas con las que estaba pensando en la posibilidad de que se estropease las buenas intenciones que tenía mi novia para volver a mi lado, a causa de aquella intromisión dentro de mi casa con la que interrumpió Antonia aquella mañana.

Esperé a que fuesen horas prudentiales, dando a entender que me había levantado hacia poco, para salir de mi casa no dando sospecha alguna, siendo la comidilla de todo el pueblo. Y cuando me pareció, como digo, me lancé a la calle con la sola idea de ir a desayunar al bar de la plaza y así lo hice. Pero cuando estaba en dicho trayecto me paró un señor anunciándome lo mal que lo estaba haciendo con Antonia; pues se lo había dicho su vecino, que se había levantado temprano para irse a la capital en el autobús, pues dicho autobús pasaba por el pueblo que estaba Carmela.

Aquello me desacerbó bastante los nervios; pues pensé de inmediato que si acaso viese dicho señor a mi novia se lo diría, con toda clase de señas y pero. No podía consentir que nos desuniese los impulsos de Antonia por querer estar conmigo; así que me preparé un poco y me fui al pueblo donde trabajaba Carmela.

No les cuento nada cuando llegué al lado de Carmela, lo nerviosa que se encontraba ésta por haber recibido la noticia de que habían visto salir de mi casa a Antonia a primeras horas de la mañana.

FELIPE -. Te digo, que fueron impulsos de Antonia por ver si me encontraba bien.

CARMELA -. ¿Y a esas horas, tiene ésa esos impulsos?.

FELIPE -. La despaché lo antes posible.

CARMELA -. ¿Sobre cuanto antes posible; así como dos horas?.

FELIPE -. En cinco minutos.

CARMELA -. ¡Jesús!; qué rapidez.

La culpa la tuve yo de que mi novia sospechase el despabilo que tuve con Antonia; pues al decirla que la despaché, pensó otra cosa: La tuve que decir, que la eché de casa en cinco minutos pensando en ella.

Yo veía que Carmela no estaba ni medio conforme conmigo y a penas me escuchaba, contra más hablarme. Pero yo no cesaba en decirla que allí no había pasado nada de nada y que confiase en mí, que la estaba diciendo la verdad.

FELIPE -. Créeme, que te digo la verdad. Te quiero solo a ti y a nadie más.

CARMELA -. La misma canción de siempre.

Aunque se lo estaba diciendo de corazón y con todo el sentimiento del Mundo, Carmela no me estaba creyendo nada de lo que yo la decía y eso que alcé la voz apurado para hacer más hincapié en mis palabras y de esta manera conseguí que Carmela me escuchase un poco, en las explicaciones que yo la daba.

FELIPE -. Hija, te estoy diciendo la verdad; no me interesa nadie más que tú. ¿Y si es por ésa persona, al demostrar tanto impulso hacia la mía?: No te preocupes que yo no creo vuelva a molestarme nunca más; pues la he hablado claro, por lo menos dos veces, yéndose de casa desesperada.

CARMELA -. ¿Lo afirmas?.

FELIPE -. Te lo afirmo.

CARMELA -. No: ¿Si es que afirmas, al decir que se fue desesperada de casa dicha señora, que te quiere y la atraes?.

FELIPE -. Yo no te lo estoy ocultando; siempre te lo he dicho.

Aquello que la dije, en ese preciso momento a mi novia Carmela la gustó; pues sabía que la estaba siendo sincero y no la ocultaba la realidad de los hechos. Pero como en un impulso repentino se echó para atrás afirmándome algo que yo ya esperaba.

CARMELA -. Dame tiempo y ya veremos si se me pasan estos nervios.

¿Qué la diese tiempo?, me decía; así que salí de allí más que corriendo sin saber a dónde ir y por consiguiente lo primero que pensé fue en dirigirme a la estación de autobús para marchar al pueblo lo antes posible.

No había hecho mas que llegar al pueblo, cuando me estaba esperando el sacerdote en mi puerta y con una indicación de mano me hizo abrir la casa; ya que el me quería decir algo.

DON PEDRO -. Entra y cierra detrás de sí.

Aquello no me gustaba nada, ya que el cura aquel ayudaba a sus feligreses en todo lo que podía; pero se veía que esta vez no podía hacer nada por ayudarme a mí, ya que la cosa estaba siendo espinosa y muy ardua.

Me senté frente a Don Pedro, ya que él se había sentado sin ninguna clase de protocolo en el sillón del salón; así que yo cogí una silla y me senté cerca de él, frente a frente para oírle mejor lo que me pudiese decir.

FELIPE -. Usted dirá.

Después de atusarse bien el mentón y de pensar lo que me iba a decir, abrió los labios tímidamente, como si tuviese recelos en lo que me fuese a decir.

DON PEDRO -. Yo no digo nada, hijo; son lo hechos los que hablan por sí mismos.

FELIPE -. ¿Qué hechos, padre?.

DON PEDRO -. No te hagas el despistados, que dichos hechos están pegando voces descomunales.

FELIPE -. ¿Y . . . ?.

DON PEDRO -. Destrucción de documentos.

Al decir aquello el cura, yo me levanté como ayudado por un resorte con cara de sobresalto y algo desvelado por aquellas palabras que me había dicho Don Pedro.

FELIPE -. ¿Qué documentos, padre?.

DON PEDRO -. Si sigues así, va a ser difícil ayudarte. No me niegues, por lo menos a mí en la realidad: Haz el favor.

FELIPE -. ¿Y si no se la niego?.

DON PEDRO -. Eso está mejor.

Y sacando un legajos de documentos del bolsillo de la sotana, me los alargó para que los echara un vistazo, cosa que se me ocurrió hacer y la sorpresa fue mayúscula; pues dichos documentos eran los mismos que yo había hecho desaparecer, habiéndolos rasgado en su totalidad.

FELIPE -. ¿Y esto?.

DON PEDRO -. Esos son los documentos que tú hiciste desaparecer y como comprendo que ya no los tienes en tu poder te he traído la copia que hicimos de ellos.

FELIPE -. ¿Usted?.

DON PEDRO -. Sí, hijo: Yo.

Y después de repasarlos un tiempo vi que era la misma letra que tenían reseñados los documentos primitivos, que al parecer era la letra de dicho cura.

FELIPE -. ¿Y, usted, pretende . . . ?.

DON PEDRO -. Está claro: Que los restituyas a su negociado pertinente.

FELIPE -. ¿Y cómo?.

DON PEDRO -. ¿No me dejaron redactarlos a mí?; pues igual tú puedes hacer como si se hubiesen traspapelados dichos documentos en el despacho o en las dependencias aledañas.

Los cogí con fuerzas dichos documentos y me los guardé en el bolsillo interior de la chaqueta, para no volver hablar nada con aquel cura, ni él conmigo; pues Don Pedro se levantó del sillón y haciendo él un gesto de despedida se marchó de mi casa como había venido, sin decir muchas palabras en el umbral de mi casa; no fuese a ser que le oyese alguien.

Yo me quedé solo y abstraído de aquel gesto que había tenido conmigo Don Pedro, cosa que le honraba; pero no sabía cómo iba a poner yo aquellos documentos, de tal manera que se sobreentendiese que se habían traspapelados y así restituía en su puesto al señor pasante de dicha Notaria. Cosa que también era permisible, por parte de aquel sacerdote, el devolver la credibilidad en la persona del pasante de la Notaria.

Cuando me quedé solo en casa descansé de tanto dime y diete como me había echado el sacerdote, sentándome en el sillón del salón leyendo un libro, al que estaba totalmente enganchado a él. Pero no a mucho tiempo de estar yo en dicho menester sonó el timbre de la puerta y cuando abrí recibí una sorpresa enorme: Estaba delante de mí el doctor, Don Leandro.

DON LEANDRO -. ¿Puedo pasar?.

FELIPE -. Cómo no, doctor; pase usted.

Y haciendo uso de su potestad de médico se sentó en el sillón del salón, haciéndome sentar delante de él en una silla comenzando la plática a la que vino, sin cortarse para nada.

Sin esperarlo, se levantó el doctor y me hizo arrimarme a la mesa del comedor para tomarme la tensión, pero antes me había observado el pecho con el fonendoscopio, haciendo un gesto característico con la cabeza de que se encontraba todo bien. Y en cuanto a la tensión no sabía yo como la tenía; hasta que no hablase el doctor.

DON LEANDRO -. Las pulsaciones las tienes un poco acelerada y en cuanto a la tensión un poco descontrolada, en cuanto a la temperatura estás bien; pero eso sí, que quiero saber: ¿Cómo te encuentras de ánimos?.

FELIPE -. ¿Usted dirá?.

DON LEANDRO -. ¿Con depresión?.

FELIPE -. No sé qué me está pasando; tengo el ánimo por los suelos.

DON LEANDRO -. Pero tranquilízate, que veo te va a dar algo.

FELIPE -. No puedo.

DON LEANDRO -. No creo que respondas a la terapéutica convencional.

FELIPE -. ¿Si usted supiese?.

DON LEANDRO -. Claro que sé. Si dichos documentos los redactamos entre Don Pedro y yo.

Aquello que me dijo el doctor me descolocó un poco, por no decir que mucho y haciendo una mueca con la cara de extrañeza, me limité a escuchar; no sin antes haber emitido una vaguedad.

FELIPE -. ¿Usted también?.

DON LEANDRO -. Yo también y he hecho bien en venir a auscultarte, y como veo que no vas a responder a una terapia convencional tómate estas pastillas cuando el agobio y la presión emocional te apriete fuerte y solamente en dicho momento; y como mucho antes, tómate mucha leche, ya que se me ha olvidado un fortalecimiento para el estómago.

FELIPE -. ¿Tan fuertes son dichas pastillas, doctor?.

DON LEANDRO -. Tú haz lo que te digo; ya verás como te va mejor.

FELIPE -. ¿Qué son estas pastillas?.

DON PEDRO -. Para el agobio, el estrés, la ansiedad descontrolada. Es un barbitúrico .

Y solamente cuando vio el doctor que me había tomado dicha pastilla se fue de mi casa deseándome pronta recuperación por los sobresaltos de los acontecimientos que se me estaban produciendo en mi persona a consecuencia de dichos documentos hereditarios.

Aquel día lo pasé en casa todo el y apenas me moví de mi sillón en el salón de mi casa, viendo la televisión, todos los programas que ponían en ella y como adormecido y cuando amaneció estaba con la cabeza que me zumbaba toda ella.

Tuve que salir a la calle para dar un paseo y poder respirar el aire fresco para poderme despejar un poco la cabeza, ya que como les he dicho la tenía como acorchada y me sentía un poco mareado.

Tuvo que pasar dos días para que se me quitase dicho mareo de la cabeza y me pudiese mover con plenas facultades de un lado a otro; por lo tanto, como ya me sentía mejor salí a la calle con rumbo a las fincas, ese mismo día, y ese mismo día había amanecido con un esplendor de gloria que daba gusto disfrutar del campo.

Estuve en la colina, desde donde se ve la mayoría de la finca, mirando para el lugar donde se encuentra la capilla gótica y al no ver nada ni a nadie allí decidí marcharme a mi casa para poder descansar en ella del agobio de dicho paseo; ya que por lo menos había dado unas cuantas vueltas a la misma colina, antes de decidir subir a su cima, siendo unos cuantos kilómetros los que había andado aquel día por dichos lugares.

Había merendado bien y me puse a ver el telediario en la televisión, para cuando terminase este leer un libro a pleno ritmo y concordia de espíritu. No había leído dos páginas del libro cuando llamaron a la puerta, siendo el doctor portando su maletín.

FELIPE -. Sea usted bien venido.

DON LEANDRO -. Te doy las gracias por tal recibimiento. Pero lo que me trae aquí es otra cosa muy diferente al ajustarse a tanto protocolo.

FELIPE -. ¿Usted dirá?.

DON LEANDRO -. Lo que te digo, es que te tumbes en la cama.

Y después de tomarme la temperatura y auscultarme el pecho, haciéndome levantar de la cama me tomó la tensión y no solamente se conformó con todo eso, pues me miró el oído para saber si se encontraba bien y me hizo caminar en línea recta.

FELIPE -. Se que lo hace usted por mi bien.

DON LEANDRO -. Has notado sensación de alivio con el medicamento que te mandé.

FELIPE -. Fue como si se me quitase una losa de encima del pecho.

DON LEANDRO -. Claro; te estaba dando arritmias.

Al oírle yo eso al doctor fue como un repulsivo, dentro de mí, ya que me estaba dando asco de mí mismo por verme tan acobardado y con tantos problemas sociales encima, que no sabía como iba a salir de aquel atolladero.

FELIPE -. Por eso no me quiso mandar nada para la tensión: ¿Verdad, doctor?.

DON LEANDRO -. Había que atajar el agobio en el que se encontraba tu cuerpo, en aquel momento de poca esperanza para ti en la vida, con respecto a dichos documentos. La tensión anímica en la que te encontrabas expuesto era muy peligrosa.

Yo me decaí, totalmente, al oír aquello por boca del doctor, confirmándome en la situación tan crítica en la que estaba expuesto en dichos días, a consecuencia de estar señalado por todos los medios sociales como la persona que había hecho desaparecer dichos documentos. Pero al pensar en dichos documentos, no pude por menos que exclamar.

FELIPE -. Lo que no entiendo: ¿Es como redactaron ustedes dichos documentos, en vez del señor Notario o su pasante?.

DON LEANDRO -. No digo yo que el día de mañana no se pueda hacer todo esto; pero hoy por hoy se da la posibilidad de hacer dichos actos, que luego se elevan a actos administrativos; una vez que los hacen suyos los verdaderos funcionarios.

Pude darme cuenta que tenía en mis manos la reaserción del señor pasante y la mía; por lo tanto se me movió el interés para ir a la notaria y dejar allí dichos documentos, como si esos papeles fuesen los primitivos.

Al siguiente día cogí los documentos, guardándomelos en el bolsillo interno de la chaqueta y también cogí el testamento que hice en su tiempo, con idea de preguntar por su validez en dicha notaria y allí que me fui.

Cuando entré en la notaria, pude darme cuenta del desaguisado que estaba habiendo dentro de la misma; pues tuve que esperar solitario en el despacho del pasante, a que este hiciese acto de presencia y se sentase en su mesa, para yo poderle preguntar por la autoría de mi testamento.

Y como tardaba en llegar el señor pasante, me pude dar cuenta de todos los enseres que había en dicho despacho, viendo en cima de un armario unas sacas vacías y bien dobladas. Me levanté y comprobé que, en efecto, se encontraban vacías, dándome cuenta de la posibilidad que tenía en depositar en ellas dichos documentos, y así lo hice; pues en el fondo de una de esas sacas, en el cujón, deposité dichos documentos, volviéndolas a doblar como estaban antes. Y para que no sospechara nadie, me esperé hasta que llegó el señor pasante; pero en el pasillo, en vez de esperarle metido en su despacho, ya que no me había visto nadie y así no daba sospecha alguna.

Una vez que había logrado mis objetivos y sabiendo de la verdadero autoría de mi testamento, salí de allí sin dar señales de euforia alguna; no fuese a ser que se sospechase algo de lo que yo había hecho, yéndome directamente a mi casa sin pasar por ningún lugar más.

No quise salir aquella tarde para no dar sensación de alegría o de algo que después me tuviese que arrepentir, de inmediato, por falta de no haber tenido mis conocimientos en reglas. Así que me quedé en casa haciendo cosas de la mismas faenas de mi hogar, como limpiando y fregando para más tarde ver la televisión y leer un libro.

Al siguiente día no crean ustedes que salí pronto de casa, que no, y cuando me dispuse a dar un paseo por los alrededores del pueblo me crucé con el Sargento Domínguez, que también se disponía a dar un paseo por aquellos contornos para estirar las piernas, como él me dijo.

FELIPE -. Me alegra saludarle.

Fue lo primero que se me vino a la cabeza, el decirle que me alegraba verle en dicho día; pues así no daría sospecha de que yo me ocultaba de algo, ya que la semilla estaba echada y fructificaría en parte, nada más que encontrasen dichos documentos dentro de la saca: ¿Pero cuando?; no sé.

DOMÍNGUEZ -. Veo que usted está haciendo lo mismo que yo; o sea, dar un paseo.

FELIPE -. No se confunde usted.

Y acompañándome en mi paseo siguió conmigo hasta las inmediaciones del altozano; pues yo decidí subir a la colina y él decidió volverse al pueblo, no sin antes prevenirme de algo que me podía pasar a causa de la desaparición de dichos documentos. Yo me porté igual que siempre, como sino supiese nada de nada y con cara de sorpresa; pero el Sargento de la Guardia Civil daba señales de no creerse mucho de lo que yo decía.

DOMÍNGUEZ -. ¡ Bueno!; guárdese usted.

Así se despidió el Sargento Domínguez, con esa premonición sobre mi persona: Que me guardase, de no sé yo quien; pues si me tenía que guardar de alguien, era por algo que se había hecho mal y por supuesto dichos documentos no se encontraban. Tardaban en encontrar la causa imputada a mi persona.

Me senté encima de una peña, en la colina, pensando en lo fácil que hubiese sido no haber tocado dichos documentos y dejar que la Ley hiciese sus funciones con respecto a lo que decían dichos papeles; que por eso era la voluntad de la difunta y nada más.

Entre el mucho agobio que tenía y como no aparecían los documentos, pese a que yo los puse en el fondo de la saca, me tuve que tomar mi medicación sin esperar a calmarme; pues al parecer veía que no me calmaría por sí mismo ya que los nervios los tenía de un súbito exaltados al máximo, por el interés que tenía yo para que se encontrasen dichos documentos.

Me adormecí y me entró un no sé el qué para salir de mi casa; así que me quedé en ella toda la tarde sin poder hacer nada en la misma, solamente oí la radio y vi la televisión casi a últimas horas de la noche.

Cuando me desperté de mi letargo, ya eran las diez de la mañana; no obstante había dormido las horas que hacen falta para que una persona descanse, ya que me acosté bastante tarde viendo la televisión y dando vueltas y vueltas por mi casa sin saber lo que hacía.

Al agobio de los documentos se sumaron otras vicisitudes más de mi vida en particular, el pensar en mi novia Carmela que no daba señales de existencia para poderme llamar y saber algo de ella; así que tomé el autobús aquella misma mañana y me presenté donde trabajaba ella, esperándola en una esquina para cuando saliese a la compra poderla hablar de lo nuestro.

Carmela tardaba salir de aquella casa, de modo que ni corto ni perezoso fui a dicho hogar para preguntar por ella, diciéndome en aquella casa que había recibido un día libre y se encontraba comprándose ropa en la capital, pero que tenía que venir por la tarde en el autobús; ya que había decidido que no la acompañase nadie.

Esperé, claro que esperé toda la mañana y parte de la tarde para poder ver a Carmela y contactar con ella la manera de que volviese a casa, mi novia. Y como eran ya horas avanzadas de la tarde, pude darme cuenta de que quien iba a perder el autobús era yo; ya que me quedaban un par de horas para que saliese dicho autobús para mi pueblo.

No había tomado bocado alguno por la mañana, así que me entré en un bar pidiéndome un bocadillo y un refresco para que me ayudara a pasar la comida dicho líquido.

Vi en el barman de aquel bar la predisposición de quererme hablar, pero como no se atrevía en una aproximación de este a donde estaba yo, con mi bocadillo, le pregunté algo vago para sacarle alguna conversación.

FELIPE -. Bonito día.

BARMAN -. Sí es verdad.

FELIPE -. Y bonito pueblo.

BARMAN -. Ya lo conoce usted de otras veces.

Me le quedé mirando como queriéndole decir de dónde me conocía el y al momento pensé que yo había estado en dicho bar otras veces.

FELIPE -. Tiene usted razón.

BARMAN -. Se ha ido esta mañana en el coche de línea a la capital.

FELIPE -. ¿La ha visto usted?.

BARMAN -. Y le diré, aún más: Le ha salido un contrincante.

FELIPE -. ¡AH!, sí.

No hablé más con el barman y me salí fuera en espera a que viniese mi novia Carmela y cuando vino no llegó en el coche de línea, como me dijo el barman, pues la traía un joven en su furgoneta; cosa que no me gustó nada y cuando leí el letrero de anuncio que tenía dicha furgoneta pude ver que se trataba de una panadería: ¡Acabáramos!; se trataba del panadero del pueblo.

Cuando salió de dicha furgoneta Carmela, yo estaba fijamente mirándola con cara de sorpresa por haberla esperado en el autobús y en vez de dicho coche llegaba en la furgoneta del panadero del pueblo, y ésta, Carmela, nada más que me vio se vino hacia mí con los brazos abiertos en señal de darme un beso y un abrazo; cosa que me descolocó mucho, ya que en vez de reparar delante de aquel joven, fue todo lo contrario. Pues abalanzándose a mi cuello me besaba y me daba toda clases de abrazos, unos más fuertes que otros.

CARMELA -. ¡Qué alegría verte!.

FELIPE -. Igual te digo.

Y haciendo un gesto con la mano se despidió de aquel joven, que se quedó igualmente como colgado y sorprendido por tales impulsos de Carmela hecho hacia mi persona, alejándose de allí como quien ve visiones.

CARMELA -. ¡Qué bien que has venido!.

FELIPE -. No sabía de ti, ni me llamabas.

CARMELA -. Te iba a llamar.

FELIPE -. ¿Cómo es eso?.

CARMELA -. Siempre he confiado en ti.

FELIPE -. Muchas gracias.

No sabía por qué me decía eso mi novia Carmela; ya que yo sabía lo mucho que me quería y lo mucho que confiaba en mí, por lo menos el tiempo que habíamos estado juntos, por lo tanto yo tenía que saber el por qué de aquel impulso

que tuvo Carmela al decirme aquello. Pero como mi novia me veía un poco pensativo, se atrevió a decirme algo que yo no esperaba.

CARMELA -. Sí, hombre. Me he enterado esta mañana, en la capital, de que se han encontrado los documentos hereditarios en la notaria.

FELIPE -. ¿Qué dices?.

Y como yo no esperaba dicha noticia, como les he dicho, la sorpresa fue doble, al saber que en realidad se habían encontrado dichos documentos en la notaria.

CARMELA -. Me lo ha dicho Toñi, que trabaja como limpiadora en dicha notaria; que esta mañana al limpiar por encima de un armario y dentro de una saca, estaban los dichosos documentos como guardados.

Para no dar qué decir, hice un gesto como de que ya era hora que se encontrasen dichos documentos y al verme así mi novia me aliviaba mi pena con caricias hacia mi persona.

FELIPE -. Menos mal. ¿Ves como no había sido yo el culpable de la desaparición de dichos documentos?.

CARMELA -. Siempre he confiado en ti.

Aunque aquello me lo decía de verdad y con el corazón, siempre queda la duda de si eso fuese verídico o tuviese una parte de incertidumbre en esas palabras; pues mientras había quedado la duda de que yo había hecho desaparecer dichos documentos, mi novia Carmela no se venía conmigo al pueblo: Algo había ahí de recelos hacia mi persona por parte de Carmela; por lo tanto tenía que hacerla la pregunta pertinente a ese efusivo recibimiento como me estaba haciendo mi novia Carmela.

FELIPE -. Vente a casa.

CARMELA -. No lo puedo hacer como tú quieres; tendré que dar unos días a los señores para que encuentren el personal doméstico pertinente.

FELIPE -. Te honra eso; pero que sean pocos días, no me hago sin ti y además te quiero.

Carmela se quedó pensativa al decirlo yo eso y como con alegría metida en todo su cuerpo, algo positivo la había dicho que la tenía embelesada hacia mi persona; pero con todo y eso, no conseguía que mi novia Carmela se viniese conmigo al pueblo.

CARMELA -. ¿Pues mira tú, por donde, que eso que me has dicho me ha gustado.

FELIPE -. ¿Que te honra tu actitud?.

CARMELA -. Y lo otro.

FELIPE -. ¿Qué te quiero?.

CARMELA -. ¡Justamente!.

Sería justo el razonamiento, pero que Carmela se quedó en aquel pueblo y en la misma casa como personal doméstico, hasta que encontrasen aquellos señores otra chica para tales faenas, según ella. Pero según yo, la tarea que se había encomendado Carmela era otra, más allegada a las fibras del corazón según me dijo el barman del bar donde estuve yo desayunando aquella mañana.

Llegué a mi casa deshecho por las circunstancias amorosas de mi novia Carmela; ya que yo veía a ésta con el propósito de volver otra vez conmigo, pero por otra parte la tiraba las posibles lisonjas del panadero y a mí me daba algo al pensar que pudiese hacer frente, Carmela, al enamoramiento de aquel industrial.

Por eso cuando estuve en el salón de mi casa y vi la borla pude darme cuenta que sobre el amor no hay nada escrito; ya pudiese ser uno un profesional, que si la chica le atrae otro hombre, con el que se va es con ese hombre. Tan decaído me encontraba que me parecía mi persona una pavesa.

No cené aquella noche, ni desayuné nada por la mañana; solamente me limité a salir de mi casa con el solo propósito de dar un paseo por el campo, sin saber dónde. Y ese pensamiento, al principio puro, me llevó al lugar de la capilla gótica, igual que un autómatas, descansando un poco al llegar a dicho sitio por el cambio de chic que tenía en mi cabeza al pensar en positivo, al comprender que volvería a mí mi novia Carmela; pero sin abandonarla a su suerte, en la mano de aquel panadero. No sabía lo que hacer, ni qué medidas tomar con respecto a nosotros dos, a Carmela y a mí; pero lo que sí sabía era que no la debía dejar mucho tiempo a solas con aquel joven, para que no saltase entre ellos dos la mirada de Cupido.

Permanecía en esta zozobra de malos pensamientos un buen rato, para a salto de mata pensar algo bueno para mi persona; pero estos momentos de alivios eran los menos, pues los más me asaltaba la idea de poder perder a mi novia Carmela si me descuidaba.

Yo quería a Carmela y no podía consentir que se fuese con otro hombre que no fuese yo y para ello tenía que idear alguna trama para atraer a mi novia conmigo mismo y, por supuesto, que no me viese impasible ante las indecisiones de ella entre aquel joven y yo.

Pese a que vi aparecer por el camino a Antonia, enseguida pensé en volver a marchar a dicho pueblo y como si me pasase algo salí de allí a paso ligero; como si fuese algún sitio, o me hubiese acordado de algo que no había hecho y lo tenía que hacer de inmediato. Pero cuando miré para atrás pude darme cuenta que me seguía Antonia a más poder, dándome alcance en el camino que va al pueblo y como había un terreno de maíz en aquel sitio, me echó mano a mis partes como atrayéndome a cualquier lugar que ella ya tenía pensado y lo que tenía pensado, al simple parecer, era llevarme al sitio de la capilla gótica; pues me estaba conduciendo allí, mientras mi persona se debatía entre el placer carnal y el mucho agobio que tenía por miedo a que nos viese alguien.

Mientras Antonia me estaba conduciendo al sitio que ella había pensado, yo me estaba rozando con ella; sobretodo, con sus glúteos intermedios produciéndome la sensación de que había cogido más cartucheras en dicha zona, ya que el bulto que presentaba era de una mujer hecha y derecha.

Cuando llegamos al sitio de la capilla gótica, pude ver que Antonia tenía el vientre más abultado, como si estuviese en estado de buena esperanza y así era.

FELIPE -. ¿Y esto?.

ANTONIA -. No te hagas el despistado: Bien lo sabes tú qué es esto.

Y haciendo una mueca con la cara se sentó en la pared que forma el pequeño barranco que había entre la capilla y la parcela, dividida por los árboles que existían allí.

No hacía mucho tiempo que Antonia se encontraba, tranquila, sentada en dicha pared como les he dicho, cuando se levantó y sacando de su bolso una llave abrió el candado que cerraba la trampilla que servía como puerta para penetrar en la capilla gótica.

FELIPE -. ¿Qué haces, muchacha?: Está precintada dicha entrada.

ANTONIA -. Ya lo sé; pero si se emplea la llave original, nadie se dará cuenta.

Yo permanecía remiso para entrar en la capilla gótica; ya que la autoridad había prohibido la entrada a dicho recito, por el gran contenido en arte, teniendo miedo por si se deterioraba alguna estatua o capitel. Pero al cabo de cierto tiempo consiguió entrarme en la capilla gótica a base de empujones y una vez allí cerró la trampilla para quedarnos los dos a solas.

Pese a su tripa, bien que se portó; pues salimos los dos de allí descamisados y despeinados, así como con arañazos en la cara y yo al verme de tal guisa me fui a lavar la cara en la charca que se encontraba cerca de aquel lugar para que no se me notara los surcos de las uñas en el cigoma de la cara.

Y como Antonia comenzó a ponerse bien la blusa en aquel sitio la vi la prominencia que tenía en su tripa, dándome sensación de que no me atraía para nada aquella mujer de esa manera.

ANTONIA -. ¿Qué miras?.

Clásica pregunta de una mujer cuando no está muy segura de sí misma; pues ella sabía que por su estado en que se encontraba la figura esbelta que presentaba otras veces, ya no la podía tener y eso la daba instinto para comprender que yo no me encontraba a gusto allí, con ella misma.

FELIPE -. Yo no miro nada.

ANTONIA -. ¿En qué piensas?.

Seguía apostillando que a mí me tenía que pasar algo con respecto a su persona; pues ya no presentaba, como digo, esa forma de junco moviéndose al son del viento.

FELIPE -. No pienso en nada.

ANTONIA -. Me estás mintiendo.

FELIPE -.No; para nada. Si el que te tiene que decir la verdad es tu marido; para eso el hijo que llevas en tus entrañas es suyo.

Al decirlo yo eso Antonia hizo una mueca con la cara de no estar muy conforme en lo que yo la decía; por lo tanto me hizo sospechar, para volverla hacer una vez más la pregunta que yo deseaba escuchar.

FELIPE -. Porque es de tu marido: ¿Verdad?.

ANTONIA -. Verdad.

Y como no me había conformado con aquella vaguedad, la volví a preguntar por la autoría de aquella criatura, y sin vacilar me dijo que era de su marido, la criatura que llevaba dentro de sus entrañas. Yo me quedé satisfecho oyendo aquella respuesta dada por Antonia y sin vacilar; pues el peso que se me quitaba de encima era enorme.

Ahora tendría que atender a mi novia Carmela, que eso era harina de otro costal; ya que la habían engatusado en otro pueblo y debía estar yo pendiente para volver a conquistar de nuevo, a Carmela, así que a penas me despedí de Antonia, solamente la hice un gesto con la mano de que me dirigía a mi casa y de que ella se quedase allí, donde estaba su marido.

Como era sábado al siguiente día me preparé para irme al pueblo donde estaba mi novia; pues algo me decía, dentro de mí, que acudiese a dicha urbe para poder saber algo más sobre Carmela y al llegar aquel pueblo no veía nada fuera de orden, como no fuese que merendé en un local de comidas barato y al momento salí de allí rumbo a lo desconocido; pues me indicaron que Carmela se encontraba en la Capital y allí que me fui.

Me encontraba dando vueltas, en espera de que saliese mi autobús para el pueblo y como me estaba cansando me senté en un banco en plena plaza principal de aquella ciudad y cuando estaba a punto de adormecerme vi llegar a Carmela con el panadero muy comedidamente. Me levanté como inducido por un resorte y me fui derecho para ellos dos; ya que hasta que no estuve a su altura, dando con mi cuerpo en los suyos, no me vieron de la conversación tan acaramelada que llevan los dos.

El sobresalto que se llevó Carmela fue morrocotudo; pues en parte que no me esperaba, vio en mi cara el poco apego que hacía yo por verla acompañada de dicho joven.

CARMELA -. ¿Qué haces aquí, tú?.

FELIPE -. Salvando algo que yo quiero.

Y al decirlo yo eso a Carmela, ésta se me vino hacia mí dándome un beso de amor en la cara y yo la devolví otro beso; como que todo se encontraba bien.

CARMELA -. He venido a comprarme ropa en la capital.

FELIPE -. Yo me vuelvo en el autobús, dentro de pocos minutos: Si tú quieres puedes acompañarme.

CARMELA -. ¿Cómo no?.

Parecía como si la hubiese gustado que yo la buscase por donde comprendía que estaría ella y al momento me lo transmitió con la alegría de ánimo que una persona expresa a otra cuando ve el mucho interés que esa persona toma por ella.

Desde luego se vino, Carmela, conmigo en el autobús y agarrado de las manos nos íbamos dando los parabienes de recibimientos el uno al otro.

FELIPE -. ¡Qué bien, que te he encontrado!.

CARMELA -. Y yo qué gustosa de que lo hayas hecho.

No podía dejar pasar aquella ocasión para hacerla la pregunta deseada y la pregunta deseada de aquella hora era nada más ni menos, que sobre la vuelta de la misma a casa.

FELIPE -. Deseo verte pronto en casa, Carmela.

CARMELA -. ¿Sigues sin ver a esa mujer?.

FELIPE -. ¿Por qué me preguntas eso: No esperaba yo que tú no confiases en mí?.

CARMELA -. ¡Ja Já!; ¡Anda!; ya creo que sí confío en ti.

FELIPE -. ¿Entonces?.

CARMELA -. Pasado mañana me tienes en nuestra casa.

FELIPE -. ¿De verdad?.

Aquello se lo dije un poco escamado por la risa que la había entrado a mi novia en aquellos momentos y como con pesadez dentro de mi cuerpo por haberla visto con el señor panadero, una persona respetable donde las haya; pero que mi instinto me decía que aquello no se volviese a repetir nunca más.

CARMELA -. ¿Cómo crees tú que he venido a la capital para comprarme ropa, sino es para llevármela al pueblo, a nuestra casa?.

Aquello que me decía Carmela estaba mejor, pues me conformó mi Espíritu y me aplacó mis nervios; los muchos nervios que estaba teniendo yo en aquel día por haberme encontrado a mi chica con otro hombre.

FELIPE -. Me alegra lo que me dices; pero no me alegra tanto haberte visto con otro hombre y con una conversación amena.

CARMELA -. Hablábamos de dónde se encuentran los comercios de confecciones en la capital.

Llegué con otro ánimo al pueblo y pese a que no venía conmigo Carmela ya estaba siendo otro aire de fiesta para mi persona al saber que pronto llegaría a casa mi novia y viviríamos en paz y en gracia de Dios.

Lo malo fue que cuando pasó el tercer día y no llegaba Carmela me puse más nerviosos todavía, teniendo que tomarme la medicina; ya que me sobraba parte de la misma, con tan mala suerte que en ese preciso momento entró Antonia en casa con no sé qué motivo y dándome unos arrechuchos yo no me podía mover, viendo Antonia en el estado que me encontraba.

ANTONIA -. Chico: ¿Qué te pasa?.

FELIPE -. Me he tomado la medicina para los nervios y me tiene enteramente adormecido.

ANTONIA -. ¿Quién te la ha mandado?.

FELIPE -. He oído de la misma.

ANTONIA -. ¿Y porque te hayan dicho que existe tal medicina, te la tomas?. ¡Anda!, déjala.

Y al decir eso se comenzó a poner bien la bata, delante de mí, sin ninguna clase de escrúpulo, hasta el momento que sospeché si aquel crío sería del marido o mío; pero como siempre decía que era de su marido y en general así debía de ser: Pues por una sola vez y casi de pie, no creo que una señora se quede en estado de buena esperanza.

Antonia se despidió de mí propinándome sendos besos en la cara y cuando me vi solo, me abalancé a la cama no pudiendo dormir ni un solo segundo en aquella noche de incertidumbre para mí, ya que Carmela no daba señales de vida, ni tenía la voluntad de volver a su casa, así como así.

No había amanecido cuando yo me encontraba aseándome en el baño con una sola idea, el marchar al pueblo donde se encontraba Carmela para que me diese una suscita explicación a su ausencia; ya que como me dijo que en dos días se vendría conmigo y ya pasaban cuatro, no sabía yo las causas que la estaban llevando a mi novia a retenerla en aquel pueblo.

Cuando llegué a dicho pueblo, lo primero que hice fue preguntar por Carmela en la casa donde estaba como personal doméstico y abriéndome una chica, que no era ella, me hizo esperar un rato; como si Carmela estuviese en casa y al cabo de un tiempo volvió aparecer la misma chica con el recado de que Carmela no se encontraba en casa, ni sabía dónde podría estar ésta. Y al preguntar por la señora de la casa, me volvió a decir la misma chica que ya me había dicho, que no se encontraba allí.

DOMESTICA-. ¿Usted pregunta por la señora, no?.

FELIPE -. Ya se lo he dicho.

DOMESTICA -. No se encuentra en casa.

FELIPE -. Y yo la digo, que por quien pregunto es por el ama de la casa.

DOMESTICA -. ¡Acabáramos!. ¿Entonces, por la quien pregunta usted, es por el ama de la casa?.

FELIPE -. ¡Pues claro!.

DOMESTICA -. Tan poco se encuentra en casa.

Vi que llevaba la de perder y decidí esperar en la calle a que saliese Carmela a la compra del día, pero me confundí; pues la que salió fue la chica que me había recibido antes y en vez de seguirla esperé acontecimientos, dando una vuelta al alrededor de la casa y en una de ellas vi, a través de la ventana, a Carmela que estaba quitando el polvo a unos muebles.

No había duda de que Carmela no me quería recibir, ni quería saber nada de mí; ya no me quedaba otra cosa que hacer mas que irme al pueblo, pero en vez de montar en el autobús le dejé marchar, perdiendo el mismo para no abandonar la entrada de dicha casa.

Yo tenía vacaciones en aquella época de estío y me senté en el umbral de una puerta, en frente de la casa de donde se encontraba Carmela y aunque ya estaba oscureciendo permanecía en el mismo sitio para poder ver a mi novia; o por lo menos saber de sus andanzas. Y por supuesto que así fue; pues como a la hora deseada de salir la juventud a los lugares de recreo, salió Carmela acompañada de la chica que me había recibido aquel día en dicha casa, con rumbo no sé yo dónde; pero enseguida lo supe.

Era una puerta estrecha en una fachada pequeña, pero una vez dentro se ensanchaba dicho local de tal manera que dejaba pista libre para el baile y permitía que existiera una barra, con bastante gusto, para que se arrimaran a ella los posibles consumidores que no querían estar sentados en las mesas. Les cuento esto, porque yo entré en dicha discoteca pudiendo observar lo que se daba allí.

No quería significarme y me arrimé a la barra, en un recodo de la misma, ya que hacía como una especie de chaflán donde uno podía ver sin ser visto y créanme, que allí no pasó nada de nada. Yo esperaba ver llegar al señor panadero y por más que miraba no le vi por ninguna parte, hasta el momento que pude darme cuenta que la acompañante de Carmela había salido a bailar con un joven, arrimándome a mi novia con pasos torpes, pero decididos. Ésta al verme llegar de dicha guisa, más serio que nunca y más decaído que ninguna vez, se levantó de improviso dando un chillido como expresando la idea de alegrarse por haberme visto llegar a ella.

FELIPE -. ¿No entiendo?.

CARMELA -. Ya te explicaré.

FELIPE -. Desde luego; lo tienes que hacer.

No hablamos más dentro de aquel recinto; pues apenas se podía sostener una pequeña conversación entre dos personas y eso si la una se arrimaba, mucho, a la otra. Pero cuando salimos de dicha discoteca, ya nos pudimos comunicar y saber que yo no tenía pensión alguna; así que me entraron en la casa que estaba mi novia Carmela por una puerta lateral y me asignaron habitación, con la idea de que apenas amaneciese saliese de dicha casa.

Cuando se retiró mi novia Carmela vi que su amiga se volvió con idea de poderme hablar algo, no sabía yo si admitirla sin presencia de mi novia o oírla lo que tuviese que decirme y decidí esto último. Y arrimándose mucho a mí me transmitió algo que me confortó el Espíritu.

DOMESTICA -. No se preocupe usted, que Carmela se va a casa.

FELIPE -. ¿Por qué lo sabe; tal vez se lo ha dicho?.

DOMESTICA-. Resulta que el señor panadero es hombre separado, de hecho; y no la entraba mucho por los ojos a Carmela, contra más eso.

Pero lo que yo tenía que saber ya se lo preguntaría a mi novia Carmela en casa, no era cosa para estar difundiendo entre sus amistades mis dudas sobre las intenciones de ésta.

Cuando llegué a casa hice limpieza general en la misma; no fuese a ser que Carmela se presentase de inmediato y viese lo desordenada que estaba la casa sin ella.

En el fragor de los esfuerzos que estaba haciendo en la limpieza de la casa, se presentó Antonia para indicarme cómo tenía que hacerlo, tanto el quitar el polvo a los muebles, como el fregar bien las habitaciones, haciéndolo ella misma para que viese la manera de obrar en dichos menesteres.

Todo había quedado limpio y las cosas en su sitio puestas, vamos; que parecía como si Carmela se hubiese ido de casa hacía dos días y para el colmo de mis males, pasó aquel día y Carmela no venía a casa y así hasta tres, cuando me encontraba yo sentado en mi sillón del salón haciendo como que leía un libro, ya que no era capaz de concentrarme en nada, llamaron a la puerta, siendo mi novia Carmela que venía rebotada de los amoríos de dicho pueblo, según creía yo; ya veríamos que había sido en realidad toda aquella historia con el señor panadero de aquel pueblo.

Yo, sin esperar respuesta alguna, la acogí en los brazos dándole sendos besos en los carrillos, para no romper aquel fatuo que había entre ella y yo, por haberse dignado venirse a casa y dejar tales pretensiones de alejarse de mí por un mal entendido, ya que según las gentes yo me entendía con Antonia . . . ¡Qué va, que va!; eso estaba siendo una idea descabellada, como yo se lo hice entender.

Y cuando me quedé solo con ella vi la posibilidad de saber parte de la realidad; ya que toda era difícil que me contase, pues guardaría algo o mucho para sus adentros.

FELIPE -. Carmela.

CARMELA -. ¿Dime?.

FELIPE -. No quiero que te moleste lo que te voy a decir y mucho menos que te ofendas por la pregunta.

CARMELA -. Tú dirás.

Era difícil hacerla la pregunta que yo la quería hacer en ese preciso momento de debilidad, dentro del Alma de Carmela, por no estar ella preparada para la misma; pero se la tenía que hacer y así lo hice.

FELIPE -. Respóndeme con toda la sinceridad del Mundo.

CARMELA -. Lo haré.

No sabía yo si Carmela estaba dispuesta a decirme toda la verdad de los hechos referente al flirteo que tenía con el señor panadero; pero lo cierto era que yo quería saber aunque fuese solamente la mitad o parte de la verdad.

FELIPE -. ¿Le hiciste frente a ese joven, en alguna ocasión?.

CARMELA -. No; Para nada.

FELIPE -. ¿No le distes, al señor panadero, pie para amamantar alguna esperanza sobre tu cariño?.

CARMELA -. Nunca. Es más; yo siempre le rehuía en sus intenciones de formalizar algo conmigo, no le hacía caso alguno y el seguía amamantando en su corazón la posibilidad de que yo doblegase a sus escarceos amorosos. Creo, que es más: Dicho señor, estaría conforme de que yo entrase en su vida para participar en las faenas de su casa y cuidarle como una mujer sabe hacerlo con un hombre.

FELIPE -. ¿Me estás diciendo, que el se encontraba poco enamorado?. Y perdona la indiscreción.

CARMELA -. No te tengo que perdonar nada, estás en tu derecho de preguntar como hombre que quiere a su chica. Y es más, te diré que ese joven no es mi tipo ni sentía nada por el: ¡Conforme!.

FELIPE -. Correcto.

No sabía yo hasta qué punto me había dicho la verdad Carmela sobre ese joven y ella, pues lo afirmaba con toda garantía y fuerza moral, de tal manera que parecía contundente todo lo que me estaba diciendo.

Desde entonces siguió todo igual que antes, con la misma monotonía y parsimonia como tiene un hogar dentro de sí mismo por sus propios moradores; pero también había su momento de diversiones, ya que de vez en cuando salíamos a cenar en buenos restaurantes, en la capital, y hasta nos quedábamos a bailar en alguna discoteca que nos mereciese la pena yuviésemos confianzas en dicho local.

Esto lo hacía yo para que Carmela fuese cogiendo la honda que teníamos antes en casa, como se suele decir y se fuese acoplando otra vez a las tareas de nuestro hogar que no eran pocas. Como, también, la compraba alguna prenda para vestir y la agasajaba con algún que otro abalorio y no solo era eso todo, que de vez en cuando la regalaba alguna joya que mereciese la pena. Y como muchos gastos no podíamos tener, un día me abordó Carmela para que desistiese de regalarla tanto ajuar como la estaba haciendo.

CARMELA -. Yo he venido aquí por cariño.

FELIPE -. ¿Qué me quieres decir, con eso?.

CARMELA -. Que nuestra economía no es boyante; de modo que deja regalarme tanto vestido y prendas interiores, como joyas y otros abalorios, que no tenemos tanto dinero como para derrocharlos en un completo ajuar.

FELIPE -. ¿Y si es mi gusto regalarte todo eso?.

CARMELA -. Déjate de gusto, que antes no lo hacías y sigamos como estábamos en nuestros buenos tiempos.

Yo, al oír aquello de; los buenos tiempos, no sabía qué hacer, ni qué contestar, por eso sin saber qué la iba a decir a Carmela la confesé algo que ya sabía ella.

FELIPE -. ¿Y estos tiempos no nos son propicios?.

CARMELA -. Desde luego que sí, hijo. A eso me refería yo antes; a que dejemos de portarnos como dos personas desconocidas y sigamos como lo estábamos haciendo antes de nuestro desaguisado.

FELIPE -. Así me gusta.

Y desde entonces nuestra vidas transcurrían igual que antes y todo estaba siendo tan normal, que a mí me parecía mentira que se nos diese tan bien en la vida después de un bache tan enorme como el que habíamos tenido hacia poco tiempo los dos.

Yo no me atrevía ir a dar paseos por los alrededores de la finca y mucho menos por el lugar de la capilla gótica; no fuese a ser que me encontrase con Antonia y nos viese alguien a brazo partido, el uno con el otro. Yo tenía ya mi media naranja y no quería nada más; solamente deseaba que me dejaran en paz y en gracia de Dios, que no era poco pedir con respecto a Antonia.

De modo que cambié el trayecto de mis paseos por el ir y venir por la carretera del Cementerio; pues antes de llegar a dicho lugar había una bifurcación en la misma carretera, de un camino agrícola, que me llevaba a otros montes, a otras partes casi desconocidas por mí, pero que no por eso iban a dejar de ser tan bellas como cualquier lugar de aquellos contornos. Diremos, que no tenía tanto regadío, ni tantas parcelas juntas; pues ese terreno se hizo regable a base de goteo y por consiguiente, existía alguna persona que no había hecho regable su finca.

Cuando me cruzaba con algún terreno regable, me paraba para divisar desde cerca su cosecha, ya fuese de maíz o de tomates; aunque esta vez estaba delante de una parcela sembrada de pimientos, esos pimientos tan buenos que sirven casi para todas las comidas, pero que al usarlos para la salsa sabía a gloria, al igual que como avituallamiento en un buen plato de patatas cocidas o en un huevo frito.

Al acercarme al borde de aquella parcela, donde empiezan las primeras matas, vi que coloreaba su tierra, era como si se hubiese soltado en ella algún producto que las pusieran así; pero cuando entré los dedos en el agua que circundaban aquellas matas, pude ver claro de qué producto se trataba: Demasiado abonadas estaban aquellas tierras, así que tuve que sacar pronto los dedos o me los quedaba allí mismo.

Pero cuando alcé la vista, ya que a través de la reflexión de la luz del Sol no se podía percibir muchas cosas, vi como una figura humana que se estaba fijando en todos mis movimientos, observé en esa figura al señor Clemente, que no me perdía vista alguna a todo lo que yo hacía.

CLEMENTE -. ¿Usted por aquí?.

FELIPE -. Qué bueno, que le encuentro en todas los lugares donde hay parcela. ¿Y no me diga, que esta parcela está regentada, también, por usted?.

CLEMENTE -. A mi futuro yerno le conviene tener un terreno considerable de parcelas para recopilar el ajuar de la casa y pagar la hipoteca; pues se van a casar mi hija y el.

FELIPE -. ¿No me diga?. ¡Qué alegría!; que vamos asistir a una boda.

Cuando dije aquello, me di cuenta que me había invitado yo mismo sin que nadie me hubiese invitado a dicha boda, pero como el señor Clemente me conocía muy bien afirmó con la cabeza lo que yo estaba diciendo y no fue eso solo, que me lo dijo de palabra.

CLEMENTE -. Desde luego. Mire usted por donde, ha sido el primer invitado a la boda.

Aquello, que me dijo el señor Clemente, mermaba mi vergüenza por haberme sobrepasado con la invitación de aquella boda, sin que nadie me lo hubiese pedido. Y al oír aquellas palabras, del señor Clemente invitándome a la boda, me conformé, como digo, con una expresión vaga de cabeza echa al señor Clemente de que aceptaba dicha invitación.

FELIPE -. Desde luego que iremos, Carmela y yo.

CLEMENTE -. Va a ser una boda más bien familiar, irán pocas personas a la misma; solamente los familiares y los más allegados a la casa, como ustedes dos, Carmela y usted.

FELIPE – Vuelvo a repetirle las gracias de antemano.

Y como al parecer ya teníamos todo hablado sobre la boda, se me vino hacia mí el señor Clemente con otro fin, o por mejor decir: Con otro objetivo entre las cejas; el quererme decir algo que yo no sabía.

A mí me dio repelo por saber algo fuera de lo normal, alguna cosa que yo no sabía ya que me quedaría colgado una vez que me enterase de ella, y así fue.

CLEMENTE -. ¿Sabe?.

FELIPE -. Si usted no me lo dice, no lo sabré.

Yo veía que al señor Clemente le costaba mucho enterarme de algo que era crucial para mi persona, pero como comprendí que lo que me quería decir el señor Clemente sería algo sobre los famosos documentos hereditarios, me arrimé más a él como en señal de oírle mejor y así darle un poco de confianza para que me contase aquello que él quería decirme.

CLEMENTE -. Hay un desbarajuste en esa casa.

FELIPE -. ¿Si no me dice usted de qué casa estamos hablando, mal voy yo a saber de quién estamos tratando?.

CLEMENTE -. Sí: mire usted. Se trata de su amigo Julio.

Al decirme aquello el señor Clemente, me dio un vuelco el corazón que por poco se me sale de la caja torácica y de momento me retuve en la expresión que iba hacer al oír nombrar a mi amigo Julio; pero por otra parte supuse de lo que me iba hablar aquel señor.

FELIPE -. ¡AH!, sí.

CLEMENTE -. Se ha puesto mala su señora, Antonia, y al parecer está embarazada.

FELIPE -. Eso ya lo sé.

CLEMENTE -. Lo sabemos todo el mundo; pues salta a la vista.

Al decirme aquello el señor Clemente, me vino a la mente una idea un tanto peregrina; pues como yo había podido observar en Antonia, ésta parecía delicada y por supuesto no gozaba de mucha salud, algo malo presentía yo en las palabras del señor Clemente y como éste me vio con interés en lo que me estaba diciendo, prosiguió su plática sin ninguna demora.

FELIPE -. Es óbice de que se ve, dicha señora, Antonia, embarazada desde legua; pues está ya de varios meses.

CLEMENTE -. Y al hacerla las pruebas la han visto que está embarazada.

FELIPE -. Le vuelvo a decir, que se distingue desde legua, que la señora Antonia está embarazada; no sé por qué han vuelto hacerla las pruebas.

CLEMENTE -. Porque trae otro bebé.

FELIPE -. ¡Pues eso!; que trae un bebé.

Cuado dije yo aquello me di cuenta de lo que me estaba queriendo decir el señor Clemente y por poco me caigo al suelo redondo; pero allá mi amigo Julio y su mujer: Podían hacer lo que quisieran. Y con este pensamiento me conformé un poco.

CLEMENTE -. Lo que le quiero decir, es que vuelve a estar embarazada de nuevo.

Yo me quedé que no sabía lo que decir, ni tan siquiera sabía respirar, observándome el señor Clemente en el estado de ánimos en que me encontraba.

FELIPE -. ¿Y sin dar a luz, puede ser que una mujer se vuelva a quedar embarazada?.

CLEENTE -. Yo de eso no sé mucho: Pero a las pruebas me remito.

Y al decir aquello el señor Clemente salió de entre unas matas su señora, que acercándose a nosotros con mucho sigilo daba sensación de querer participar en dicha conversación y vaya que participó.

JOSEFA -. Y al parecer el bebé es de otro hombre, en vez de ser de julio. Pero esto, les ruego a ustedes dos mucha discreción; no vaya a ser que yo esté mal enterada. Y aunque estuviese bien enterada, nunca es grato hablar del amigo de esta manera.

FELIPE -. Estese usted tranquila, que por mi boca no sale nada de lo que usted nos ha contado.

CLEMENTE -. Desde luego.

FELIPE -. Pero eso que dice usted, señora Josefa, es demasiado fuerte; ¿no la parece?.

Aquella señora se cayó y bajó la cabeza como en señal de sumisión y de no estar, de ningún modo, de acuerdo con lo que había pasado, o mejor dicho; con lo que había hecho Antonia a Julio si eso fuese verdad.

Yo, por mi parte, me quedé como quien ve visiones; pues Antonia me había dicho en varias ocasiones que aquel hijo era de Julio y tal vez fuese así, que el primer bebé fuese de Julio, ya que en un estado esporádico y apresurado no se iba a quedar en estado Antonia; pero lo malo no era eso, que enseguida comencé a tener dudas del segundo bebé: ¿De quién sería aquella criatura?. Esa duda me empezó a saltar en el cerebro y como si tuviese un colibrí dentro de mi cuerpo, me pegaba salto todo mi ser interiormente, con una especie de remordimiento acoplado a la inquietud de mi Espíritu; pues si acaso el bebé fuese mío: ¿Qué haría yo en dicho momento?.

Me fui a casa casi temblando y al parecer me lo notaron aquellos dos señores, Clemente y la señora Josefa, pues como si tuviese una piedra metida en el zapato andaba a trancas y barrancas, de una parte a la otra del camino, como si no me pudiese sostener de pie y me fuese a caer de un momento a otro, con el Alma derrumbada, por los suelos.

Cuando estaba llegando a casa me di cuenta que así no podía presentarme delante de Carmela y proseguí mi camino, dando unas vueltas por aquella manzana de casas para hacer tiempo y quitarme de encima aquel pesar que me remordía el Alma y me invadía todo mi ser, como si fuese una losa que se me había caído encima.

Así como a media hora de dar vueltas, decidí entrar en mi casa como si nada pasase; pues comprendí que no se iba a difundir la noticia tan pronto por el pueblo y como si estuviese eufórico di dos besos a mi novia que la parecieron pocos, ya que ella me los devolvió con creces. Al mismo tiempo que pensaba se me hundía todo el Mundo y se me venía encima, no viendo otra salida más que el confesar la verdad a Carmela. Pero al mismo tiempo pensé que entonces sí que me quedaría solo, sin ella.

No había miedo y me fui al día siguiente a dar una vuelta por los contornos de la finca, ya que Antonia no se movería y así lo hice, viendo a Rogelio muy apurado limpiándose el barro de un pernil del pantalón, pues al parecer le había pasado algo.

FELIPE -. ¿Te veo muy apurado?.

ROGELIO -. He resbalado en la acequia y me he caído dentro; Pues ya ves como me he puesto.

FELIPE -. Sí; ya lo veo. ¿Pero qué haces aquí?.

ROGELIO -. Es mi finca: ¿No lo recuerdas?.

Aquello lo dijo Rogelio con un poco de guasa; pues no solía portarse de esa manera, así que me pareció bien no insistir más con dicho tema, pero sí me pareció bien preguntar por el señor Clemente.

FELIPE -. Me ha parecido extraño no ver al señor Clemente.

ROGELIO-. Cumplió su contrato y no se lo he renovado: Voy a llevar yo mismo la finca, como he hecho otras veces.

FELIPE -. Me parece bien.

Y como no quedé satisfecho me lo notó Rogelio, que no me dejaba mirar para ver si yo le hacía otra pregunta y como no se la hacía me abordó él mismo con una pregunta que parecía una respuesta.

ROGELIO -. ¿No me vas a preguntar, qué hago aquí?.

FELIPE -. Tú mismo me lo estás diciendo.

ROGELIO -. ¿El qué?.

FELIPE -. Lo que haces aquí; pero mira tú por donde, que sí te lo voy a preguntar: ¿Qué haces aquí?.

Como si tuviese toda la razón del Mundo me miró de frente, Rogelio, con cara de sabérselas todas y poco a poco fue abriendo su boca para emitir algo, que yo ya sabía de antemano.

ROGELIO -. Los documentos. Han aparecido los documentos dichosos: La finca es mía y solamente mía.

Me parecía bien que aquella finca fuese suya, ya que así lo había querido la difunta, señora Mercedes, la tía de Rogelio y al parecer yo ya estaba curado de espanto y dejaba que cada uno tomase posesión de su parte; pero lo que no me imaginaba, era que Julio estaba tomando posesión, en la parte que le correspondía de finca y en la casa de la mimá, de una persona que era de Rogelio.

Sí, pues cuando iba pasando por la casa de la finca que correspondía a Julio, oí exclamaciones de placer a Andrea y más tarde hablar a Julio de que la quería mucho y la amaba más, con todas las fuerzas de su corazón.

Yo me quedé apostado detrás de un árbol que había cerca de la ventana medio abierta, y en espera de acontecimientos, no tardando en llegar dichos acontecimientos en forma de apoteosis; ya que al parecer salió corriendo Andrea como asustada por la sospecha de algo que se había cometido en ese mismo sitio.

ANDREA -. ¿Y el profiláctico?.

JULIO -. La promissura no me ha dejado ponérmelo.

ANDREA -. ¿Quién te ha enseñado a ti eso?: Muchacho.

JULIO -. Urgía tiempo para consumir el acto.

ANDREA -. ¿Pero no te han enseñado a respetar a las personas?: ¿Ahora qué hago yo si salgo con una tripa?.

JULIO -. Cálmate, que no vas a salir con nada.

ANDREA -. ¿Qué no?; eso es lo que tú crees. Pero la realidad dice otra cosa: ¿O es, que aquí no ha pasado nada?.

Al decir aquello, Andrea, salió de casa como su madre la trajo al Mundo, con sólo una bata cubriéndola los pechos y parte de las entropiernas. Pero cuando se vio fuera de la casa, comenzó a ponerse bien aquella y una blusa que tenía doblada entre la misma bata; vamos que se quedó hecha una persona, pues así parecía otra mujer, no una señora que se fuese a bañar en el baño de su casa.

Yo por mi parte estaba que no podía más al ver aquella mujer tan bien hecha y con tanto agrado en todas sus partes y contorsiones de músculos, que saltaba por momento detrás del árbol, donde me encontraba; pero me retuve por respeto a Rogelio; ya que no había muchas confianzas entre dicha señora y mi persona.

Poco a poco me fui retirando de dicho lugar, con mucho sigilo; como si yo no hubiese oído ni visto nada, como con un poco de recelos dentro de mí, por no saber bien de quién sería el hijo que llevaba en las entrañas Antonia, ya que aquella situación tan tensa, como la que me había encontrado, me provocaba en el instinto personal el preguntarme aquello que tantas veces me hacía, una y mil preguntas: ¿De quién sería dicho bebé?

Y para que se me despejase el cerebro me lavé muy escrupulosamente el cuello y la frente, para despejar mi cerebro de tales pensamientos, hechos al son del embarazo de Antonia.

No me daba cuenta, pero estaba en el sitio de la capilla gótica, lugar de ensueños para mí y lugar de encuentros amorosos entre Antonia y yo; pero esta vez no se encontraba allí dicha señora, solamente me encontraba yo oyendo a multitud de aves cómo piaban; sus trinos, sus cantes; unas flautas, otras más fuertes, como grajos, alondras, codornices, jilgueros, ruiseñores y multitud de aves que surcan y cruzan los cielos de aquellos contornos, hechos de un terciopelo finísimo azulado: Cosa que me estaba pareciendo a mí, aquel cielo azul de ese día agradable y placentero.

Nada más lejos de mi voluntad, que el encontrarme con la señora que desvelaba todos mis sueños; de modo, que salí de dicho contorno más que corriendo, volaba por aquel camino con la sola idea de llegar a mi casa, pero en un recodo del camino me encontré a la señora Andrea, o a mi amiga Andrea, como ustedes quieran llamarla, que al parecer me estaba esperando allí mismo.

FELIPE -. Llevas unos minutos quieta en el camino: ¿Parece, como si me estuviesen esperando?.

ANDREA -. Es que te estoy esperando.

FELIPE -. ¿Tú dirás?.

ANDREA -. Eso está mejor.

FELIPE -. ¿El no preguntarte por Julio?.

Comprendí que Andrea se hubo dado cuenta de mi presencia cerca de la casa de Julio y me estaba esperando para disculparse de algo que había cometido mal hecho, algún acto deshonesto; pero no fue así, que encarándose conmigo me recriminó algo que yo había cometido.

ANDREA -. El que vea yo a Julio es un acto de la vida. Pero el que tú hayas hecho pasar a Rogelio un mal rato en su vida, eso; eso no te lo perdonaré nunca, por más que viva.

Yo quise atajar enseguida aquel desdichado encuentro con una forma vaga de expresión y cortar cuanto antes la conversación con aquella señora.

FELIPE -. No entiendo nada de lo que me dices, mujer.

Aquella señora no se quedó conforme con mi respuesta, que atrayéndome hacia sí, me cogió de la chaqueta con todas sus fuerzas para hacerse oír mejor.

ANDREA -. Tú, bien me entiendes.

Y mientras me decía aquello yo la estaba notando todas sus formas y presentía el aliento, arrimándome cada vez más a su boca la di un beso, sin cariño ni amor, que me supo a poco. Y no crean que hizo por quitarse de dicha posición Andrea, que se echó más sobre mi persona, notándome y notándola yo todo su órgano sexual . . . Vestido y todo tuve un rato de placer con dicha señora.

FELIPE -. Esto es caramelo.

ANDREA -. ¡Anda, iluso!; quítate de ahí.

Dándome un empujón me alejé de ella con el agrado de haber hecho lo que ella estaba esperando en el camino aquel día, el provocarme y así no podría hablar nada de lo que había pasado entre Julio y ella, ya que yo estaba comprometido con un triste y solo beso.

Ya en mi casa y por la noche me notaba Carmela más nervioso que de ordinario; pues no me dejaba mover en la cama y no podía dormir nada, pensando en si aquello se fuese a saber por parte de mi novia y no solamente lo que había pasado con Andrea aquel día, más bien lo que tenía yo liado con Antonia: Que eso sí eran palabras mayores.

Carmela al principio me dejaba en paz, pero cuando la cosa fue a más, ya que no me dejaba mover, ella misma comenzó a dar señales de inquietud, pero no me decía nada hasta que ya no pudo más y explotó de inmediato. Y como levantada, apoyando un codo sobre la cama, me intimidó para que me quedase quieto.

CARMELA -. ¿Qué te pasa?.

FELIPE -. No me puedo dormir.

CARMELA -. Pero sí te puedes quedar quieto en la cama: ¿No comprendes que me desvelas a mí?.

FELIPE -. Procuraré estar quieto.

Hubo un momento de silencio entre Carmela y yo; pero ésta no se quitaba de la misma posición, hasta que por fin comenzó hablándome con sensibilidad femenina.

CARMELA -. ¡Haber!. ¿Dime qué te pasa?.

Y dando la luz, Carmela, se incorporó del todo sobre la cama haciendo como si me estuviese escuchando y yo no sabía qué decirle para no molestarla; por si acaso no se enteraba nadie de lo que había pasado entre Andrea y yo, y máxime lo que había entre Antonia y me persona.

FELIPE -. Son de esas noches que uno no puede dormir, sin saber por qué.

CARMELA -. Sí; tú si lo sabes. ¡Venga!, dímelo. Pues a ti te ha pasado algo y no me lo quieres decir.

Me veía pillado en todos los conceptos; pues Carmela intuía que me había pasado algo, o que tenía una preocupación y no se lo decía a ella por celos o guardando algo que yo había hecho mal, por lo tanto alguna cosa la tenía que contar a mi novia Carmela. No se me ocurría nada; solamente abrí la boca para emitir un sonido vago y sin saber lo que decía.

FELIPE -. ¡ Qué me va a pasar!, ¡qué me va a pasar!; solamente que no puedo dormir, nada más es eso.

Parece que Carmela no se quedó satisfecha con aquella explicación, que levantándose de la cama se puso el camisón y sentada a los pies de la cama, junto a mí, me intimidaba para que la contase aquello que me estaba agobiando.

CARMELA -. ¿Si quieres te ayudo yo?.

No sé en qué me iba ayudar Carmela; pues ella intuía algo y no sabía lo que podía ser, pero que yo había intentado seducir, esta vez, a Andrea no creo que lo intuyera. ¿Qué la diría yo para que se conformase y me dejase en paz aquella noche?. Una idea me abordó el cerebro y enseguida se la expuse a Carmela para que se quedase más tranquila y supiese las causas de mi desvelo.

FELIPE -. Ya no está el señor Clemente en la finca de Rogelio.

CARMELA -. Tú deja al señor Clemente y preocúpate por ti . . . Sino está el señor Clemente en la finca de Rogelio será por algo.

FELIPE -. Han encontrado el testamento.

CARMELA -. Pues solamente se está haciendo la voluntad de la difunta señora Mercedes. Tú deja al Mundo que viva y no te metas en nada. ¡Anda!, duerme.

Carmela creía que me había consolado, pero la realidad estaba siendo otra; que en vez de calmarme los nervios me los incrementó aquella conversación con mi novia, ya que no la había contado la pura realidad, el por qué no podía conciliar el sueño.

Al día siguiente estaba como un autómatas, me movía por inercia sin saber lo que hacía ni donde iba, solamente veía y oía por las circunstancias de ser persona. Y sin saberlo me encontré delante de la puerta de la Iglesia del pueblo, teniendo la buena suerte que en ese preciso momento salía el cura párroco de dicha Iglesia y al verme allí puso cara de buena esperanza.

DON. PEDRO -. Pasa, hijo.

Haciéndome pasar a la Iglesia para recibirme como yo merecía, como feligrés suyo, al que se le debe oír y ayudar en sus inquietudes Espirituales.

FELIPE -. Padre.

DON. PEDRO -. ¿Quieres que hablemos en auricular?.

FELIPE -. Lo que usted quiera, padre.

DON. PEDRO -. Será mejor; así todas las personas que nos vean creerán que es en un acto de contrición lo que me estás diciendo, hijo.

Ahí me explayé, le dije todo lo que tenía metido en mi cuerpo y en mi mente a aquel sacerdote de tal manera que yo le veía como pensando lo que me iba aconsejar y con todo ello tardó en hablarme aquel cura, con la Biblia en la mano y con el corazón encogido y la mente puesta en el Altísimo: Cosa que se lo agradecí en el Alma.

Ya había hablado con aquel cura en confesión y me había quedado el Espíritu más calmado, con más sosiego en mi ser que cuando llegué a la Iglesia pidiendo perdón y haciendo acto de contrición.

Salí de aquel sitio sagrado como nuevo, según se suele decir; siendo en realidad así, pues me sentía otro y veía la vida de otra manera, con más acople en mis decisiones que no eran otras más que el decírselo a mi novia Carmela, en cuanto pudiese. La diría todo lo que me había pasado con Andrea y sobre todo con Antonia; que eso sí era arduo y difícil que comprendiese Carmela el sentido de mis palabras.

Cuando iba derecho a casa pensé en que Carmela no estaría preparada para tales informaciones y como sin pensarlo me fui para atrás, sobre mis pasos, queriéndome dirigir hacia el campo, con una sola idea; el poder evadirme de tanto peso como me había provocado el pensar que mi novia Carmela se enterase de mis escarceos amorosos con aquellas señoras, que por otra parte me harían polvo mi vida.

Yo me estaba dando cuenta que alguien venía detrás de mí, pero como mi estado de ánimo, aunque era bastante mejor que antes, no estaba para hablar con nadie así que apreté el paso para no ser alcanzado por esa persona que no sabía yo quien sería, ya que ni siquiera volví la cabeza para ver de quien se trataba. No obstante me dio alcance aquella persona viendo en ella al Doctor, don Leandro, que sostenía en las manos una Biblia y como blandiéndola al aire, me insinuaba algo sobre ella.

DON LEANDRO -. ¿Sabes lo que es esto?

FELIPE -. Sí doctor, la sagrada Biblia.

DON LEANDRO -. Muy bien; pues antes de hablar hay que leer la Sagrada Biblia y después saber qué se va a decir.

FELIPE -. ¿De parte de quién viene usted, doctor?.

DON LEANDRO -. Me lo ha dicho Don Pedro que te dejase la Biblia que tengo; pues me la regaló la diócesis y es bastante buena.

FELIPE -. ¿Y por supuesto es de retorno?.

DON LEANDRO -. Es de retorno, no antes de haberla leído.

FELIPE -. Así lo haré.

Buscaba versículos tras versículos no encontrando alguno que le fuese como anillo al dedo para mi caso con respecto a Antonia, hasta que di con la enseñanza de la pecadora: No la mancillaron, entre todos, ya que en sí ya lo estaba, por

no haber tirado una sola piedra al no encontrarse ninguna persona limpia de conciencia y Espíritu en aquella ocasión y con la otra enseñanza de la viuda, ofreciéndosela Dios al hermano del difunto.

Comencé a pensar en el parangón que había en toda esas enseñanzas y no encontraba forma pareja para la explicación que yo buscaba; claro que era yo, pues en sí la tenía que tener y pensé en que el cura, don Pedro, me las explicara; pero por otra parte no quería molestar a mi párroco con cosas triviales, según yo, yéndome a resguardar a solas en cima de la colina para pensar en lo que decían las sagradas escrituras sobre mi caso y como una luz que comenzase a iluminar mi cerebro, vi claro aquellas enseñanzas.

Yo no estaba muy ducho en aquellas enseñanzas, pero vi claro que yo me tenía que ajustar a unos parámetros dentro de la sociedad, tanto ahora como antes; y como antes no me había ajustado a dichos parámetros, me tenía que ajustar ahora diciendo la verdad y toda la verdad a mi novia Carmela antes que se lo contase alguien que no fuese yo y para ello me tenía que armar de valor, cosa que ya me lo estaban dando aquellas sagradas escrituras con sus buenas enseñanzas en Cristo . . . Si se recibe una bofetada en un carrillo hay que poner el otro; pero nunca emplear la fuerza, mostrando al hermano bondad y cariño: Así se aplaca su ira.

No sabía como decírselo a Carmela lo de Antonia y lo mío, pero yo iba pensando en la fuerzas de aquellas sagradas escrituras, en la que decía que si caías una vez te levantases y siguieses caminando y así sucesivamente. Yo era un ser despreciable por la manera de obrar que había tenido con Carmela; pero si Carmela supiese escucharme y comprenderme tal vez el perdón por parte de ésta llegaría en su día.

Y para no cargar más las tintas con aquellas explicaciones tan ocenas, les ruego me disculpen y pasen página al no explicarles cómo se lo conté yo, aquello, a Carmela y tal vez lo hice tan bien que mi novia se quedó sentada, con la boca abierta y sin poder pronunciar palabra alguna.

Yo veía que de vez en cuando, Carmela, hacía gestos con las manos de un lado a otro, como si estuviese cazando moscas y otras veces se restregaba los ojos llenos de lágrimas, para poder percibir mejor las cosas que la rodeaban.

No quería interrumpir su desesperación con palabra alguna; ya que en aquella ocasión huelgan las palabras, sobran todas a la vez, pues no hay consuelo con ninguna de ellas en ese momento de desesperación y rabia por la noticia recibida: De la posible paternidad de aquella criatura, por mi parte.

De vez en cuando se cogía la bata, cerca de su tripa, y se la quería arrancar, como diciendo que allí estaba ella y ella misma no tenía ningún bebé mío. Otras veces hacía ademán de levantarse pero veía yo que no podía porque su cerebro no la dejaba, estaba ocupado con otras cosas más contundentes que el hacer esfuerzos para levantarse.

Así como a altas horas de la noche, cuando vi que Carmela no hacía por irse a la cama, yo la cogí de los hombros y como pude la llevé a la alcoba para que descansase un poco; pues al día siguiente se encontraría abatida por el mucho agobio que se la estaba produciendo dentro de su ser.

Eran las cinco de la mañana, cuando sentí levantarse a Carmela y marchar a la cocina; yo me levanté, también, para ver qué estaba haciendo mi novia a esas horas de la mañana y la vi preparar el café con nervios de aplomo; parecía que se la había pasado los nervios, o que había pensado en positivo, aunque en este caso nadie piensa en positivo: ¿Qué sería?, lo sabría dentro de poco.

Yo me senté en la mesa de la cocina en espera de que me sirviese el café Carmela y desde luego sí me lo sirvió, esperando yo que ella me dijera algo que me confortara en mis dudas, en mis muchas dudas que tenía con respecto a ese gesto de servir el café a tales horas.

CARMELA -. ¿Sabes?.

FELPE -. Dime.

El autobús salía del pueblo a las ocho de la mañana y todavía no tenía hechas las maletas; no sabía yo qué me quería decir Carmela; así que puse oídos a lo que ella me quisiera decir, o a lo que ella había pensado con respecto a nuestras personas.

CARMELA -. Si el pueblo no se entera, nosotros no daremos tres cuartos al pregonero.

FELIPE -. ¿Qué quieres decir con eso?.

CARMELA ., Que sé lo inocente que eres y por supuesto te ha arrastrado ésa para que la corteje.

Vi el Cielo abierto, como se suele decir y de momento entablé una conversación con mi novia Carmela, de algo que yo la quería decir desde hacía bastante tiempo.

FELIPE -. Desde luego que ha sido así; que mi voluntad era el serte fiel en todo y cuando me acercaba a Antonia, se me iba la cabeza por las muchas zalamerías que me hacía.

CARMELA-. Ya me lo he imaginado yo.

FELIPE -. ¿Entonces?.

CARMELA -. Entonces nada; seguiremos como si fuésemos una buena pareja y nada más: Esa no se va a salir con la suya, por más que quiera.

Si era por eso, de que Carmela no quería que Antonia se saliera con la suya, poco tenía que hacer con ella; ya que su cariño estaba por los suelos con respecto a mi persona y mi persona estaba por los huesos de Carmela, que bebía el aire por ella, pese a los malos hechos cometidos con Antonia.

A mí me extrañó mucho que no hablase nada sobre el bebé que esperaba Antonia, ya que yo la había dicho quien era el padre de aquella criatura. Era cosa de pensarlo muy detenidamente, que una mujer no hable de un bebé, cuando este se encuentra en camino: ¿Qué la estaría pasando por su cerebro?.

Yo me fui a sentar en el sillón del salón disponiéndome a ver la televisión un buen rato, para darla hincapié a Carmela y cuando se calmase del todo pudiese desecher todo lo que tenía dentro de sí mi novia y al parecer no tardó mucho en hacerlo; pues así como a la media hora se sentó cerca de mí, Carmela, con la sola idea de hablarme.

FELIPE -. ¿En qué piensas?.

CARMELA -. En la maldad que tienen algunas personas. ¿Y tú?.

FELIPE -. -. Yo en nada. ¿Si te refieres a qué pienso?; te diré que no pienso en nada.

Tal vez tendría su mente en blanco por la poca capacidad que tenía en ese momento para pensar, Carmela, en algo más que no fuese el saber que su vida se la habían desplazados dos personas insensatas y que, tal vez, lucharía para rehacer su vida con todas sus fuerzas, pese a que haya una criatura por medio.

No podía dejar pasar la ocasión que me brindaba Carmela; pues indirectamente me había perdonado mis desliz con Antonia, pese haber una criatura por medio y aquello lo tenía yo que agradecer en el Alma a mi novia, dándola toda clases de confianzas para que confiase en mi persona.

Me fui a buscar al matrimonio de mayor edad, o sea; al señor Clemente y a su mujer, la señora Josefa, para que me contase ésta algo más de lo que sabía sobre el bebé que esperaba Antonia y la señora Josefa, claro que sabía algo más sobre dicho tema.

JOSEFA -. ¿Viene usted con nuevas intenciones?.

FELIPE -. Me parece que se confunde: Son las mismas intenciones, las que traigo.

JOSEFA -. Son las mismas; pero lo que usted quiere saber, es algo más sobre la posible paternidad del bebé: ¿Verdad?.

FELIPE -. Lo quiero saber todo.

JOSEFA -. ¡Ya decía yo que no me confundía!.

Y aquello lo dijo la señora Josefa con un poco de picardía y llena de interés por querer saber yo quien era el padre de la criatura, si acaso no fuese de Julio; pues estaba, para ella, bastante claro.

Yo, por mi parte, me puse más colorado que un pimiento morrón y mirando para otro sitio donde no se encontrase la señora Josefa, me atusaba la barbilla, como si en ello fuese mi tranquilidad, pese a no tener barba, el saber alguna cosa nueva que me calmase mi Espíritu atormentado por tal noticia, de que aquel bebé no era de Julio.

Dándome golpes de pecho, me dirigí a la altiplanicie para encontrarme a solas, con mi conciencia y con mi arrepentimiento; pidiéndole a Dios fuerzas para que llevase a cabo y felizmente todo mi problema, ese problema que se me había echado encima por no haber sabido retenerme delante de dicha señora, Antonia. Y sin pensarlo me encontraba a los pocos días, una vez más, delante de la señora Josefa; pues aquella mujer parecía como si supiese algo más, o mucho más sobre dicho tema.

FELIPE -. ¿Parece que intuye usted algo?.

JOSEFA -. Parece que intuyo todo: Mire usted por dónde.

FELIPE -. ¿Dígame?.

JOSEFA -. Lo único que le digo, es: Que el bebé no es de Julio y al parecer hay otro problema, añadido a dicha familia.

FELIPE -. ¿Sabe usted de qué se trata?.

JOSEFA -. Por ahora no; pero no tardaré en saberlo.

¡Por ahora no!; pero que más adelante sabría yo de qué se trataba, como me intuyó dicha señora Josefa, con toda clase de seguridad al tema. Como digo, aquella señora tenía seguridad en sí misma y al parecer, creo, que sabía de qué se trataba; pero para no dar falso testamento, esperaría un tiempo para contactar dicha información con la realidad de los hechos.

Salí de allí con pocas fuerzas y como si me hubiesen echado un jarro de agua fría sobre la cabeza, con más dudas que cuando llegué al lado de la señora Josefa; pues aquella parsimonia con la que me habló, aquel día, no la esperaba yo y mucho menos el comprender que aquella señora sabía algo más y no lo podía decir, por prudencia.

Llegué a casa y cogí la Biblia que me había dejado el doctor, don Leandro, no encontrando en ella ese pasaje bíblico por no saber buscarlo: Era bastante extensa aquella Biblia, como para que yo encontrase el versículo que me pudiese calmar, por recibir de las Sagradas Escrituras esas enseñanzas que me abriese el entendimiento y me pudiese levantar, como lo hizo Lázaro en su día. ¡Pero qué va!; yo no me podía levantar del bache donde me había hundido, ya que era un pozo bastante profundo y sin ningún arnés para sujetarme a él.

De modo, que sin pensarlo, salí a la calle con la Biblia en las manos camino de la consulta del doctor, don Leandro, para devolverle dichas Sagradas Escrituras y darle las gracias de mi parte por haber tenido dicha deferencia con mi persona. Cuando llegué a la consulta del doctor, me senté en una silla esperando a que pasase el último paciente y así poder entrar yo para ver al doctor. No se pedía vez, en aquella consulta; pues según iban llegando los enfermos, sabían ya a quién correspondía entrar en la misma, entre los pacientes se daban la vez.

Llegó, llegó ya la hora de entrar en la consulta del doctor y allí que me colé, sin pena ni gloria; pues al verme el doctor hizo un gesto raro con la cara, como si supiese ya a lo que yo iba. Y mirándome a las manos, sobretodo a la Biblia me preguntó por algo que yo no esperaba.

DON LEANDRO -. ¿Quién está enfermo?.

FELIPE -. Nadie, doctor. Vengo a entregarle esto.

DON LEANDRO -. Esto se llama, La Sagrada Biblia.

FELIPE -. Pues eso: La Sagrada Biblia.

DON LEANDRO -. Eso está mejor.

Y alargándole la mano con la Biblia se la quería dar, sin tomarla el doctor y al cabo de un tiempo prudencial, me la cogió balbuceando algo que yo no comprendí, muy bien.

DON LEANDRO -. Tu mal no es físico; por lo tanto yo no puedo hacer nada con tu Espíritu, consulta con don Pedro, que dicho Sacerdote, sí te puede ayudar.

Y cogiendo la Biblia me invitaba a salir de su consulta con el signo de una mano, como que debía marcharme de allí cuanto antes, y así lo hice.

Nunca se encontraba sola la Iglesia, siempre había feligreses en ella; así que cuando yo entré en el templo me fui derecho a un banco para poder pensar mejor sobre mi problema, pero como no encontraba solución a mis males, me fui derecho a la sacristía para poder hablar con don Pedro, ya que le estaba oyendo yo en dicho despacho.

Nada más que entré en la sacristía me abordó don Pedro, ya que se estaba poniendo bien las vestimentas para ofrecer Misa a los feligreses que había en la Iglesia.

DON PEDRO -. Ahora no, hijo. Ven más tarde y te podré recibir.

Aquello me desarboló todavía más y como fiera herida salí de aquel templo con rabia y con deseos de saber, cosa que se me estaba vetando, unas veces por no haber sabido yo encontrar la respuesta a mis males en la Sagrada Biblia y otras veces por no tener tiempo la persona a quien yo me dirigía para que me aconsejara sobre mi problema.

Y mi problema se me estaba haciendo cada vez más y más una bola interminable que no sabía yo deshacer aquella madeja de ovillo que al final se había formado alrededor de mi problema. Solo, solo ante aquel agobio que me embargaba todo mi ser y sin saber qué camino coger o qué hacer en dicho trance. Y por poco me caigo cuando salía por la puerta de aquella Iglesia, ya que no elevé bastante los pies y choqué contra el peldaño que había entre la puerta y la calle.

Me parecía mentira de que estuviera solo en aquel mar de zozobras y de sentimientos maltrechos hacia mi persona, ya que alguien me tenía que echar una mano y con todo el amor propio del Mundo, mientras tenía tales pensamientos me volví otra vez a la Iglesia esperando a que terminase la Misa y poder hablar con mi confesor, que era aquel Sacerdote.

No hizo falta que yo dijese nada, una vez que se hubo acabado la Misa; pues aquel cura me hizo una indicación, con la mano, de que ya podía entrar en la sacristía para hablar con él, y allí me fui rápidamente; para poder descargar mi conciencia con aquel confesor y como éste, don Pedro, me cazó las intenciones, sujetándome de un brazo me llevó a un confesionario para que diese riendas sueltas a mis males Espirituales, esos males que yo presentía más fuertemente que los males físicos.

No sé qué pasó; pero lo cierto fue que me explayé bien con aquel cura, diciéndole todo lo que me salía de dentro y todo aquel mal de agobio que oprimía mi conciencia, como si de un mal físico se tratase.

DON PEDRO -. Dime, hijo.

FELIPE -. Don Leandro no ha podido curarme. Vengo a que me cure usted, padre; pues me ha mandado el doctor para que usted me cure.

DON PEDRO -. Yo acarreo al redil a las Almas descarriadas, solamente.

FELIPE -. ¿Y entonces?.

DON PEDRO -. Que se salven o se condenen, depende de cada feligrés; el dominio que tenga sobre sí mismo, la predisposición que presente sobre sus culpas.

FELIPE -. ¡O sea!: ¿Que si yo vengo arrepentido de todos los males que he cometido, si tengo perdón de Dios?.

DON PEDRO -. Justamente, hijo.

FELIPE -. Pues entonces, con eso me sobra. Lo que yo quiero es que se me perdonen mis culpas bajo un previo arrepentimiento de ellas.

DON PEDRO -.¿Tienes algunas más?.

FELIPE -. Ninguna más, padre.

DON PEDRO -. Pues entonces vete en paz, que tus culpas se te han perdonado.

Con todo y eso, no salí de allí conforme; yo tenía que hacer algo más para que mi Espíritu descansase de una vez por siempre y ese algo no sabía yo lo que podría ser, de modo que me fui a casa con un pesar dentro de mi Alma que me embargaba todo mi ser y me corroía por dentro.

Me notó en el estado de ánimo en el que llegaba mi novia Carmela, pero no me dijo nada; solamente esperaba a que yo la hablase y como no lo hacía, cada vez que limpiaba el polvo pegaba, con el plumero, un golpe seco a los muebles, a punto de hacer estillas algunos de ellos.

No sabía yo cómo abordar el problema con Carmela, tenía que ser cauto para no dañar su susceptibilidad y no hacerla polvo su vida, cortando con ella; de modo, que dejé pasar aquella ocasión estando todo lo que restaba de día un tanto serio y pensativo, a la vez.

Llegó la hora de irnos a la cama; pero como yo no me podía estar quieto, ahí sí que fue un contacto de verborrea entre mi novia Carmela y yo, llevando yo las de perder.

Se incorporó Carmela un poco y me empezó a mirar con cara seria y como queriendo saber las causas que me tenían así y como yo no hablaba ni una sola palabra, comenzó hablándome ella.

CARMELA -. ¿Sino me quieres decir por qué estás tan nervioso, no te muevas tanto; no me dejas dormir?.

FELIPE -. Mira tú por dónde, que sí te quiero decir las causas de mis nervios.

CARMELA -. Soy todo oídos, dime y escucharé.

No sabía por donde encauzar dicha conversación: Si acaso empezaba diciéndola a Carmela el mal que la había hecho, ésta se revolvería entre sí para recriminarme mis culpas, pero si la pedía perdón aceptaba mi culpabilidad en un solo instante.

FELIPE -. Estoy que no me aguanto.

CARMELA -. Te pasa con frecuencia.

FELIPE -. No es eso. Tengo un pesar dentro de mí que me está reconcomiendo todo el Alma.

CARMELA -. Hubieses recapacitado antes en tus hechos; ahora ya es tarde.

FELIPE -. ¿Y?.

CARMELA -. Habrá que afrontar los hechos y nada más.

FELIPE -. ¿pero cómo?.

CARMELA -. Dejando pasar el tiempo, para ver cómo operamos sobre los acontecimientos.

¡Qué acontecimientos, ni nada!: Habría que tomar algunas medidas para paliar tales daños causados el uno al otro, no involucrando a otra tercera persona en nuestros actos cometidos.

Como dijo se hizo, aunque mi voluntad era el poner coto entre Carmela y yo por un cierto tiempo, para darnos cuenta si en realidad nos queríamos; pero la voluntad de mi novia era otra, el seguir la vida tal y como estábamos, no haciendo caso a nadie ni a nada.

Yo iba de vez en cuando a la Iglesia para confortarme en mi Espíritu y echaba una dádiva en el cepillo de la misma para las Ánimas Benditas; pero con todo y eso sentía un vacío en mi Alma que no podía con el, pese a que me consideraba recogido en mi casa, junto a Carmela.

No era eso, no; pues vivía con el corazón en un puño al saberme culpable por la desdicha de aquella señora, la señora Antonia, que en vez de estar dando un hijo a su marido, le estaba entrando una persona dentro de casa que no era sangre de su sangre, era la mía.

Un día cuando vi a un mendigo pedir en la calle me acerqué a él dándole una buena limosna, consolando a dicho mendigo con palabras de ánimo y de orden para que aceptara la vida y no decayera en desgracia de ningún hecho deshonesto, quedándome conforme conmigo mismo, al saberme persona caritativa y sensible a la vez.

En mis paseos me allegaba, solamente, a la altiplanicie, no adentrándome por los caminos que llevan a la finca de uno y de otro, Rogelio y Julio; pero sí tuve la intención y lo hice de rodear dichos caminos y marchar, un día que me cogió con buen ánimo, a la finca que regía el señor Clemente y dando un rodeo por los caminos vecinales, agrícolas, me coloqué en unos cuantos minutos en la parte que estaba laborando el señor Clemente. Éste al verme llegar se bajó del tractor para darme el recibimiento que merecía mi persona y como lo estaba viendo, desde la ventana de la casa su señora Josefa, salió ésta a recibirme también.

CLEMENTE -. ¿Qué hay?.

FELIPE -. Poca cosa; solamente que estaba dando un paseo y he querido pasar a saludarles.

CLEMENTE -. Eso está bien.

Y para que el señor Clemente siguiese con su tarea, me despedí muy cordialmente, como si nada pasase, dirigiéndome a mi casa y cuando iba pasando por donde guardaba los aperos el señor Clemente vi allí, como apostada, a su señora Josefa, que haciéndome un gesto con la mano me invitaba a que me acercase a dicho lugar.

Cuando me acerqué donde estaba la señora Josefa vi en su cara como que me quería decir algo, para que yo estuviese enterado de todo lo que estaba pasando en el medio habitual de aquella familia y me refiero a Julio y a Antonia, que permanecía sin saber nada de ellos; pero me confundí del todo, que esta vez a quien se refería la señora Josefa era a Rogelio y a Andrea: Pero yo como estaba ciegucecito, me arrimé a la señora Josefa para que me contase alguna cosa de Antonia, haciéndolo con suma alegría.

JOSEFA -. ¿Se cree usted, que le voy a contar algo sobre Antonia, verdad?.

FERNANDO -. ¡Verdad!.

JOSEFA -. Pues no; esta vez es sobre la señora Andrea.

FELIPE -. ¿Qué la pasa?.

JOSEFA -. Se encuentra embarazada.

¡Por todos los Santos!; no sabía por donde correr ni lo que decir a eso que me estaba enterando la señora Josefa; pues era una bomba para mí, y sobretodo una bomba de relojería, ya que aquel embarazo se debía a los muchos juegos que habían tenido Julio y Andrea.

FELIPE -. ¡Por Dios Bendito!.

JOSEFA -. Que Bendito sea. Pero le digo más; que a mi simple parecer saltan chispa de ese embarazo.

FELIPE -. ¿Está usted enterada de algo más?.

JOSEFA -. Lo mismo que usted.

Cuando me dijo aquello la señora Josefa, yo la miré a la cara como queriendo saber qué era lo que quería decir con aquellas palabras, echadas al viento sin ninguna prueba de lo que me decía. ¡Y claro que me la dio!; me la dio en dos palabras, dicha prueba.

FELIPE -. ¿Qué me quiere decir con eso?.

JOSEFA -. Que usted ha sido testigo presencial desde primera fila y yo desde quinta fila; pero los dos hemos presenciado escenas, entre el señor julio y la señora Andrea, por lo menos tres veces.

Y como quería saber dónde las presenciarnos, o por lo menos en donde estuvimos juntos la señora Josefa y yo; ya que yo no la vi a ella para nada, la insté a que me dijera los sitios en que vimos tales escenas.

FELIPE -. ¿Dónde?.

JOSEFA -. En la Capilla Gótica, en la casa de campo y en medio del maizal.

Ahora sí que antes no: Apagáramos y marchémonos a casa a descansar y a despejar la cabeza golpeada por los muchos eventos maltrechos de la vida, en aquel día.

FELIPE -. Hay que guardar mucho sigilo.

JOSEFA -. Ya lo estoy haciendo, desde hace bastante tiempo.

Bastante me quiso decir aquella señora con eso; con decirme que estaba guardando, desde hacía bastante tiempo, las infidelidades de otras personas como me quiso anunciar aquella señora con su verborrea singular.

Como me quedé que no sabía lo que hacer, saludándola con la mano me despedí de ella para iniciar el camino a mi casa, en donde me estaba esperando Carmela, con una merienda opípara.

Al verme llegar, Carmela, salió a mí dándome sendos besos en las mejillas que me supieron a poco y me confortó de inmediato, al no ser que de pronto pensé en la inocencia de ésta al no saber la realidad de las cosas, la poca información que tenía mi novia con respecto a lo que estaba pasando. Aquello me salvaba de la quema, como se suele decir; pues al no saber, ni ver nada a su alrededor, no sufría ni padecía tanto como lo estaba haciendo yo.

Pero como mi pesar era mucho y mi parte de culpabilidad también, yo tenía que abordar la conversación con Carmela cuanto antes sobre nuestra situación, ya que no me consideraba el más noble de los amantes, ni mucho menos el mejor situado para que Carmela me pudiese querer; así que cuando llegó la noche abordé con mi novia una nueva conversación que nos atañía a los dos.

FELIPE -. ¿Sabes?.

CARMELA -. ¿Tú me dirás?.

FELIPE -. Tengo un remordimiento dentro de sí mismo, que no me deja vivir.

CARMELA -. Tranquilo, que yo te entiendo en todo.

FELIPE -. Es más: ¿Que si tú quieres nos podemos separar por un tiempo para poner en orden nuestras vidas y nuestros pensamientos?.

CARMELA -. Sí; ahora mismo.

FELIPE -. Lo digo en serio.

CARMELA -. Y yo también te lo digo en serio: Que te entiendo en todo; me has oído claramente.

FELIPE -. La duda y el recelo, no me ha dejado oír nada.

CARMELA -. Pues aplícate el cuento: Te entiendo y lo que quiero es seguir viviendo junto a ti; ya que te a seducido esa mujer y conmigo no va a poder.

Aquello que me dijo mi novia Carmela me desplazó un poco; pues yo quería que se quedase conmigo por su simple voluntad y no por despecho de otra persona.

FELIPE -. Lo que yo quiero es que te quedes conmigo por cariño y no por un falso impulso hacia otra persona, que ha terminado desarbolando tu vida.

CARMELA -. Aquí no ha desmantelado nadie nada y mucho menos nuestra unión.

FELIPE -. ¿Entonces?.

CARMELA -. Todo seguirá igual que antes, con nuestro cariño y nuestro entendimiento. De aquí no se mueve nadie.

Como aquello lo dijo con completa entereza, yo me tuve que callar y no volví hablar una palabra más, quedando sentado de que todo iba a seguir tal y como estaba.

Pero qué va; todo no siguió igual que antes, pues yo veía a Carmela con un pesar en todo su Espíritu que al parecer la pesaba mucho y eso era comprensible; pues que no pase eso por nadie, el saberse traicionado.

De vez en cuando me lo echaba a la cara aquella infidelidad que tuve con Antonia; pues fue un desliz, por mi parte, no agradable para ella. Pero con todo y eso, la vida seguía adelante entre nosotros, ya que la casa la llevaba Carmela como siempre y además con sumo agrado, cosa rara en un ser traicionado por otro.

Un día, cuando inicié el camino para ir a dar un paseo, me di de bruces con Domínguez, el Sargento de la Guardia Civil, que al parecer me estaba esperando, aunque no me lo dijo así; ya que dando un rodeo me saludó como siempre.

DOMÍNGUEZ -. Le veo a usted más recuperado.

FELIPE -. No es para menos.

DOMÍNGUEZ -. Rehabilitado en los documentos, se ha tranquilizado usted.

FELIPE -. Desde luego.

DOMÍNGUEZ -. Lo único malo que hay en todo ello, es que en un documento existe una firma de la difunta, señora Mercedes.

FELIPE -. Lo firmaría.

DOMÍNGUEZ -. No tuvo tiempo, pues murió la difunta señora Mercedes, un día antes de cuando la habían citado para la firma.

Yo me quedé que no sabía lo que contestar; pues era verdad, que la difunta señora Mercedes no pudo firmar aquel día que se presentó en la notaría, ya que se la estaba confeccionando los impresos del testamento, dándole hora y fecha para otro día, cuando estuviesen relleno dichos documentos.

FELIPE -. No sé.

DOMÍNGUEZ -. Quien lo tenía que saber era el difunto señor Ambrosio, el último albacea vivo hasta entonces, pero ya es imposible saber el formato que llevaron en la oficina de la Notaría; pero si se puede saber el por qué de esa firma.

Y haciendo un gesto con la mano de saludo se despidió el Sargento de la Benemérita, Domínguez, quedándome con la duda, más completa, de que allí había tocado otra persona diferente a la mía; pues en realidad yo no había echado ninguna firma en ningún documento notarial; y sobretodo me refiero a los documentos de dicho testamento de la difunta señora Mercedes.

Había oído yo que por la letra se sacaba quién había escrito tal o cual cosa en los papeles, así que me quedé más conforme; ya que al parecer, todavía, no habían analizado dicho documento, pero que cuando lo hiciesen verían que yo no tenía nada que ver con aquella firma.

Con este pesar, dentro de mí, me dirigí a la parte de finca que tenía Julio; pero cuando estaba llegando a ella tuve otro pensamiento, me iría hablar con el señor Clemente y su señora para ver si sabían algo de aquella firma y así lo hice con suma rapidez.

Cuando llegué a la finca donde se encontraba afanando el señor Clemente me pude dar cuenta de que la señora Josefa no se encontraba allí y de poco me valdría hablar con dicho señor; pero con todo y eso me paré para ver si aquel señor me enteraba de algo que yo no supiese.

CLEMENTE -. ¿Se ha perdido usted?.

FELIPE -. Pues no. ¿Por qué dice usted eso?.

CLEMENTE -. Porque a penas le vemos por aquí y ahora viene usted con mucho sigilo.

FELIPE -. Creo que vengo como siempre: Con la alegría en la cara por verlos a ustedes dos.

CLEMENTE -. Mi señora se encuentra en el pueblo con su hija.

FELIPE -. ¡Ya!

Pero como ese, ya, que dejé escapar a base de una interjección, fue lo suficiente como para que el señor Clemente cogiese mi pobre pensamiento, pues solo estaba pensando en enterarme de algo y ese algo que yo quería no sabía muy bien de lo que se trataba.

CLEMENTE -. Poco le puedo decir, yo, a usted.

Cacé la indirecta y como si me llegase otro pensamiento a mi cerebro, me despedí de aquel señor para dirigirme a la parte donde tenía la finca Julio, siendo alertado por el señor Clemente de que allí no se encontraba mi amigo Julio; ya que estaba en la Capital por razones médicas.

FELIPE -. ¿Su señora?.

CLEMENTE -. Su señora.

No obstante decidí marchar al lugar donde se encontraba la Capilla Gótica y al llegar a tal sitio, tuve recuerdos imborrables de aquel lugar. Y como nunca permanecen las cosas, al correr el tiempo, lo mismo; aquella trampilla estaba como abierta, así que la abrí yo del todo penetrando en su interior para resguardarme del mucho calor, pero cuando me

fui al pedestal que había cerca del Altar pude fijarme que todavía existía una prenda interior de Antonia, pues se la había dejado allí dentro.

Cogí la prenda íntima de Antonia repasándola un poco para ver en qué condiciones estaba y pude darme cuenta que todavía se veía en ella parte de nuestro cariño; y como a toda prenda la pasa, aquella prenda interior de mujer se la veía como con el paso del tiempo al no haber sido puesta desde antaño y en ella, como digo, el deseo de nuestro amor ya envejecido y pasado su fulgor.

¡Dios mío, Dios mío!; que vergüenza me dio al ver aquello, pero con todo y eso me guardé aquella prenda interior de Antonia con idea de deshacerme de ella para que nadie la viese y la única idea que tuve fue el llevarla fuera para poderla enterrar en un lugar bien seguro y así lo hice. Cuando terminé de enterrar aquella prenda, cerca de la charca en un lugar de fango, en donde ni los animales se atrevían andar en su cieno, me lavé bien con agua limpia de la misma charca y decidí marcharme de aquel lugar con mis recuerdos y mis agobios a la vez, pensando en que como no se había removido ninguna tierra nadie sospecharía que aquella prenda estuviese allí enterrada.

Llegué al pueblo y al primero que vi fue al doctor, don Leandro, dando un paseo por las calles del pueblo y al verme se alegró por haberme encontrado tan bien y con tanto ánimo, según él.

DON LEANDRO -. No sabe usted lo que me alegra verle.

FELIPE -. Igualmente le digo.

Me pareció que comenzaba a dar tantos pasos como daba yo, iba por el mismo camino que yo iba y así me pudo hablar algo para que me calmase mi Alma totalmente atormentada por los desliz y los avatares de la vida.

DON LEANDRO -. Veo que anda usted con más soltura desde que se ha liberalizado del cargo de los documentos de la notaría; pero siempre hay una espina que nos rompe el corazón.

FELIPE -. Y a mí me la está rompiendo.

DON LEANDRO -. ¿Ese crío?.

FELIPE -. Ese crío.

DON LEANDRO -. ¿Y el otro, no?.

No sabía lo que me quería decir con aquello don Leandro: Que si acaso no me había roto el corazón el otro crío que iba a tener Antonia dentro de unos días, según el doctor.

FELIPE -. Qué por cierto: ¿Cómo se encuentra?.

DON LEANDRO -. Vertiendo aguas en estos momentos.

FELIPE -. Sí, se ha ido hoy a la Capital para consulta médica.

DON LEANDRO -. Al Hospital; pues si se queda aquí, hoy tengo que hacer de comadrona a parte de médico; ya que la señora Consuelo, la señora comadrona, se encuentra también en la Capital por medio de una neumonía.

FELIPE -. ¿No se dañará al feto?.

DON LENADRO -. Confíe usted en mis compañeros; no dañarán al feto. Ahora preocúpese usted del bebé que está trayendo la señora Antonia, no del que va a traer posteriormente.

Una vez más apostillaba aquel doctor, que debía preocuparme por el bebé que estaba trayendo Antonia, en vez de pensar en el feto que dejaba dentro de sí, de sus entrañas, para cuando este estuviese bien formado como el de ahora.

Las palabras del doctor eran triviales para mí; ya que lo único que me preocupaba era aquel feto, que se formase lo mejor posible y naciera sano del todo, ya que ahí sí había tenido yo parte de culpa, de que aquella persona viniese al Mundo en un medio desordenado no teniendo el nada que ver en tal desbarajuste.

Dándome unos golpes en la espalda se despidió de mí, el doctor, deseándome muchas suerte con los chicos, pues al parecer Antonia en ese preciso momento debía haber tenido a su hijo y estaría mancillada en la cama de aquel hospital, por agotamiento. Aconsejándome aquel doctor que limpiase el nombre de aquella señora, Antonia, lo mejor que yo supiese y como mi cerebro no iba a más; no sabía yo cómo iba a limpiar el nombre de Antonia, si ya se lo había manchado yo al no saber retenerme en aquella ocasión.

Así que me fui más decaído que nunca a mi casa, pues a penas hablé con Carmela aquella tarde y en toda la noche; solamente me limité a ver la televisión y ni si quiera cambié de canal. Vi todo lo que me quería echar aquella cadena en dicha noche, sin pestañear; pues yo tenía un solo pensamiento, la formación de aquel feto.

Agradecí a Carmela que no me preguntase nada con respecto a lo que yo estuviese pensando; pues ésta me respetaba en todo, pese a que la había sido infiel.

Estío, estío puro; pues hacía más calores que ningún año y para paliar dicha situación me fui a dar un paseo por las fincas, ya que allí había agua y creía yo que lo iría a pasar mejor: Todo lo contrario; pues la evaporación de dicho agua hacía que sintiese un bochorno inaguantable en todo mi cuerpo. ¡Qué calor!; sudaba por todos los poros de mi cuerpo y sin saber lo que hacer me entré en la Capilla Gótica paliando aquellos sudores que me corría de arriba a bajo.

Allí estuve como una media hora, y cuando me cansé de estar en dicho atrio salí de allí con un solo propósito, dirigiéndome a la parte de la finca de Julio y cuando pasé por la puerta de la casa oí llorar a una criatura. ¡Parecía mentira!; pero era verdad: Ya se encontraba en dicha casa Antonia con su bebé en los brazos, pues así salió a la puerta para darme el recibimiento, ya que yo me estaba pasando de largo y ella me llamó la atención.

ANTONIA -. ¿Ahora huyes de nosotros?.

FELIPE -. Yo no huyo de nadie.

No sabía lo que decirle a Antonia y me salió esa frase medio cortada; pues apenas abrí la boca para pronunciarla, en cambio ella prosiguió diciéndome algo que tuve, por menos, que escucharla.

ANTONIA -. ¿No quieres ver a la criatura?.

FELIPE -. Me acercaré para verla.

Y cuando me acerqué para ver a la criatura, sufrí como un desmayo; ya que dicho bebé se parecía a mí, sobretodo la frente y la entrada del pelo.

¡Qué casualidad!, que aquella criatura se pareciese a mí en casi todo; pues yo creo que hasta la boca la tenía igual que yo, un poco arqueada hacia abajo. Por lo tanto mi pregunta no se hizo esperar.

ANTONIA -. ¿Qué?.

FELIPE -. ¿Y Julio, qué dice?.

ANTONIA -. Julio está loco de contento.

Se ve que la persona humana se hace a otra nada más que la trata y como Julio estaba tratando a dicha criatura no veía en ella lo que yo observé con respecto a las facciones de dicho bebé.

FELIPE -. Me parece bien.

Le di un beso en la frente aquella criatura y me despedí de su madre, Antonia, reanudando mi camino hacia el pueblo, pues yo no tenía idea de irme a mi casa tan pronto, ya que era hora de dar un paseo aunque fuese por las calles del pueblo. Y entrándome por una calle y saliendo por otra, conseguí dar un buen paseo alrededor de todo el pueblo; conocí bien la periferia de este por mayor que fuese.

Tan bien me sentía dando vueltas por aquel pueblo que se me fue el sentido de la orientación y del tiempo; pues al parecer me encontraba por unas callejas en donde solamente había locales, algunos industriales y otros servían como de almacén. Así que aligeré el paso y créanme ustedes que me costó llegar a mi casa; pues estaba cansado del todo y me costaba dar un paso tras de otro; pero llegué.

CARMELA -. Una de dos: ¿O no tienes ganas de merendar, o tienes muchas ganas?.

FELIPE -. ¿Por qué dices eso?.

CARMELA -. Por la caminata que te has dado; se te nota desde leguas el cansancio que traes. ¿Cuál de las dos formas, que te he dicho, es la verdadera?.

FELIPE -. Me comería un toro entero.

CARMELA -. Pues siéntate, que te lo pongo.

Un toro no me puso; pero me puso un plato lleno de chuletas y otro de patatas fritas, que me supo a poco, pidiéndola más tarde un huevo frito, para terminar en una buena ensalada como postre. Y al terminar la merienda me trajo un trozo de tarta helada y un buen café y como yo no fumaba me dio un puro encendiéndole y dando bocanadas de humo se me fue consumiendo, poco a poco, sin pensarlo.

¡Qué bien!, todo aquello que me sirvió Carmela y después de agasajarme con tantas viandas y síntomas de placer se sentó cerca de mí para poderme hablar con cariño por su parte.

CARMELA -. ¿Tú te encuentras a gusto conmigo?.

FELIPE -. La pregunta no es esa; la pregunta es: ¿Qué si eres tú la que te encuentras a gusto conmigo?.

CARMELA -. Bien sabes tú que sí; pero no me has respondido a mi pregunta y espero tu respuesta.

FELIPE -. Yo me encuentro muy a gusto contigo.

CARMELA -. ¡Bien, bien!.

Y mientras decía aquello de, bien, se veía en ella que tenía ganas de hacerme más preguntas pero no se atrevía por recelo a lo que yo la contestase; no sabiendo yo lo que ella me quería decir. Esperé un tiempo prudencial, haciendo que la escuchaba y como no me decía nada, me dio hincapié para abordarla en la conversación sobre lo que ella estuviese pensando en aquel preciso momento.

FELIPE -. ¿Tú me quieres decir a mí algo, para que yo te conteste o decida de una vez?.

CARMELA -. ¡Vaya intuición!; hijo.

FELIPE -. ¿Qué es?.

No lo esperaba, pero la pregunta llegó de repente; como si de un aguacero se tratase en medio del campo, donde no hay cobijo ninguno para resguardarse del pedrisco que cae en ese preciso momento.

CARMELA -. ¿Tú te quieres casar conmigo?.

Sin esperar a pensarlo la contesté aquello que me estaba diciendo o pidiendo mi novia Carmela, levantándome del asiento para después ponerme de rodillas sujetándola las manos con las mías, para pedirla lo mismo que ella me estaba pidiendo.

FELIPE -. Yo sí me quiero casar contigo; pero y tú: ¿Te quieres casar conmigo?.

Carmela se levantó del sofá y abrazándome me besaba y no sabía lo que hacer de alegría; pues hasta pegaba saltos como en señal de tener esa expresión metida en su cuerpo de que esa pregunta la gustaba y sin falta de tiempo me contestó a ella.

CARMELA -. Yo sí me quiero casar contigo.

Nos fundimos en un abrazo interminable, como si nos estuviésemos despidiendo el uno del otro para no vernos en mucho tiempo, no sabiendo lo que hacer ni lo que decir, el silencio era testigo de nuestro amor; solamente unas caricias que la hice yo rompió el hielo de aquel momento de gloria en nuestro cariño y en nuestras vidas, con unas miradas mías, algunas veces y otras de ellas, nos decíamos de todo: Lo mucho que la quería y lo grande de su amor hacia mi persona, con ese sentimiento que expresaba placer de sentirnos enamorados y dichosos en la vida.

Y para que no fuese todo el bienestar que sentíamos un derroche de alegría, yo la quise transmitir a mi novia Carmela, que el posible alumbramiento de Antonia sería mío; pero mi novia no me dejó ni abrir la boca.

FELIPE -. Te quiero decir algo.

CAREMELA -. No, en esta ocasión no. Me cuentas lo que quieras en otra ocasión; déjame que paladee la miel en mis labios de este precioso momento.

La dejé; vaya que si la dejé, la dejé que pensase ella sola lo mucho que la quería y no la quise contar la cabeza huera que tuve, en su día, con Antonia para no romper aquel hado que nos estaba trasladando a través de las montañas a un sitio de ensueño, en donde lo verde crecía por sí mismo, en donde la quietud y la fortaleza se daba por añadidura, en donde la brisa del viento te hacía elevarte de la tierra al sentir tal placer y tal frescura en las sienes y en la cara.

Allí no se volvió hablar nada más, solamente se miraba, se oía la televisión y de vez en cuando yo daba un beso en la frente a Carmela, siendo un ósculo de paz y de gloria en nuestras vidas.

Amaneció, claro que amaneció, y amaneció muy temprano; el uno abrazado al otro, pero cuando recapacité pensé en que debía hablarla claro a Carmela y decirla toda la verdad; que mi novia no se enterase por una tercera persona de lo que estaba pasando entre Antonia y yo.

Pero cuando se lo iba a contar no sabía cómo hacerlo; pues temía la reacción de Carmela con respecto a mi persona; ya que la tarde y la noche anterior fue un derroche de amor y de bienestar. No obstante tenía que buscar una ocasión para contarla toda la verdad de nuestras vidas, sobretodo de la mía.

Como no tuve tal ocasión, de contar a Carmela, aquello que me estaba abrasando todo mi interior de mi cuerpo, me fui, muy temprano a la calle sin saber qué camino tomar; si el de la finca o dar un paseo por la periferia del pueblo. Y como no sabía lo que hacía, ya que iba pensando todo el tiempo en lo mismo, en la parte de culpabilidad que yo tenía con respecto aquel bebé que iba a traer Antonia en su día, inicié el camino de la altiplanicie sin pensarlo.

Sin saber cómo me encontraba sentado en una roca de aquella altiplanicie y mirando al frente, viendo todos los campos tan verdes y tan bien labrados, que me parecía un jardín todas aquellas tierras. Cuando oí, detrás de mí, un ruido como si fuesen pisadas y al momento miré para donde procedían dichos ruidos viendo aproximarse a Antonia hacia mí, con el niño en las manos.

Yo me puse nervioso perdido; pues el esfuerzo que venía haciendo Antonia al subir aquella colina con el niño en las manos era de titanes dichos esfuerzos, temiendo yo la pérdida del bebé que llevaba dentro de sus entrañas, por eso me atreví a reprocharla.

FELIPE -. ¿Te parece bonito el esfuerzo que vienes haciendo al subir la altiplanicie?.

ANTONIA -. Yo he visto a madres haciendo mayores esfuerzos y no ha pasado nada.

FELIPE -. Hasta que pase. Puedes perder al bebé que llevas dentro de tus entrañas.

Y señalándome para el crío que llevaba cogido en los brazos me indicaba algo que yo no estaba comprendiendo para nada; ya que el bebé que a mí me interesaba era el que llevaba en sus entrañas, ese y nada más que ese era el que me interesaba; aunque el que llevaba cogido en los brazos sentía yo un afecto enorme por ser hijo suyo.

FELIPE -. ¿A qué vienes aquí?.

ANTONIA -. No te he visto desde hace bastante tiempo.

FELIPE -. No quiero escollos en mi hogar con Carmela.

ANTONIA -. Tranquilo que no los vas a tener; por lo menos por mi parte.

FELIPE -. Eso está bien.

Me acercó el niño a la cara y le di un beso en la frente, marchándose de aquel lugar Antonia más ligera que cuando llegó, ya que ahora era bajar la meseta y al poco tiempo desapareció de mi vista, quedándome yo sólo en dicho lugar, pensando en mi novia; en las posibilidades de brindar una vida agradable a Carmela.

Cuando me pareció me bajé de la altiplanicie para darme un paseo por aquellos contornos; pero cuando iba iniciando el camino pensé que era mejor saber, por boca propia, el interés que tuvo alguien para firmar dicho documento notarial; ya que la difunta señora Mercedes no había sido. Y no pensé en otra persona mas que en Rogelio, el posible heredero de aquella parte de la finca y allí que me fui derecho para verle a él.

Cuando llegué a su finca no se encontraba allí y estuve a punto de marcharme de ese lugar a no ser que cuando estaba iniciando el camino de vuelta oí un tosido fuerte dentro de la casa y decidí esperar a que saliese Rogelio; pues no tardó en salir de la casa con una azada en la mano. Éste al verme, se quedó parado como esperando algo de mí y yo me quedé esperando a que me saludara él y como ninguno de los dos nos decíamos algo, abrí la boca para amenizar aquel encuentro entre los dos.

FELIPE -. Te estaba esperando.

ROGELIO -. Ya me lo he supuesto.

FELIPE -. ¿Y no te supones para qué te he esperado?.

ROGELIO -. Si quieres guardarte tus explicaciones, puedes hacerlo.

FELIPE -. Por lo menos quiero una explicación.

ROGELIO -. Lo hice y nada más. Arrastrado por el miedo de no poder heredar la parte de finca que me corresponde.

FELIPE -. Veremos a ver sino has complicado, tú, el procedo de herencia por haber echado la firma en un impreso de dichos documentos hereditarios.

ROGELIO -. Ya te he dicho, que lo hice y nada más. No me di cuenta de los efectos que pudiese tener el sustituir la firma de mi tía Mercedes en dicho papel.

FELIPE -. Pues ese dicho papel, es un documento notarial y no se debe tocar.

Me fui de allí sabiendo la pura realidad de aquel caso; había sido Rogelio el que había echado la firma sustituyendo a la difunta señora Mercedes y cuando ésta estaba ya muerta. No sabía yo hasta qué punto se había complicado el proceso hereditario de la finca de la difunta.

Cuando me encontré en casa me agasajaba Carmela sirviéndome, antes de la merienda, un buen baso de vino y unos buenos aperitivos, como para que yo me sintiese bien comfortable en mi hogar y una vez que pasaba Carmela cerca de mí, la cogí del brazo sujetándola firme para darla un beso de amor, con sumo cariño. Pero cuando estábamos los dos en dicha tarea sonó el timbre de la puerta yendo yo abrí, viendo delante de mí a la señora Josefa, que al parecer quería decirme algo no dejándola Carmela abrir la boca, pues enseguida salió ella misma a recibirla.

CARMELA -. Pase usted; pues no la vemos desde hace ya bastante tiempo.

Aquello se lo decía Carmela a la señora Josefa con una alegría impar y como si estuviese viviendo en una nube de terciopelo, por lo agradable que se encontraba conmigo en la casa. Pero la señora Josefa hacía gestos con las manos, como en señal de quererme decir alguna cosa importante para mí; por lo tanto haciéndola yo un gesto con la mano a Carmela, ésta cogió el sentido de aquel gesto callándose de inmediato y una vez que mi novia se hubo callado comenzó hablar la señora Josefa, con gestos de desesperación.

JOSEFA -. ¡Rápido!, pues el niño necesita su sangre de inmediato.

Al decir aquello la señora Josefa, Carmela se dejó caer sobre el sillón del salón dando un puñetazo encima de la mesa que había allí mismo, como con rabia, al comprender dichas palabras lanzadas por la señora Josefa.

Yo, sin esperar más acontecimientos, salí corriendo a la calle, no sin antes haber hecho un gesto con la mano a Carmela para que ésta se calmase.

Pero mientras más corría, más cuenta me estaba dando de que aquel chico no era mío: ¿Cómo iba a necesitar aquel chico mi sangre?; no sabía la respuesta y para ello tenía que llegar a donde se encontraba Antonia con aquel bebé, que al parecer había que hacerle una transfusión sanguínea cuánto antes.

Se brindó para llevarme a la Capital, al hospital donde se encontraba aquel chico, el médico del pueblo, que era el que había mandado allí a tal bebé y en el camino le pregunté por las causas de tal desequilibrio hormonal en el cuerpo de dicho chico, no dándome el doctor muchas explicaciones a las mismas, debido a que no me enteré de nada, ya que eran todas ellas palabras técnicas las que me dijo don Leandro; pero con todo y eso, yo iba que no podía más, pues el saber que era yo el que tenía que darle la sangre, veía en ello un signo de paternalismo.

Cuando llegamos al hospital, se encontraba la madre, Antonia, junto al chico y lo que yo más temía era que estuviese allí Julio; pues ya sabría lo que estaba pasando.

FELIPE -. ¿Qué pasa?.

ANTONIA -. No hay tiempo que perder.

Y pulsando, Antonia, un timbre que había por encima de la cama de aquel bebé, se presentó de inmediato una enfermera que llamando al equipo de camilleros se le llevaron a una sala en donde sí se le podía hacer la transfusión sanguínea, según ellos.

Todo resultó bien y como seguía allí su madre, Antonia, era hora de preguntarla las causas por las que yo le había tenido que dar a dicho bebé mi sangre.

FELIPE -. ¿Qué significa esto?.

ANTONIA -. Lo que estás viendo.

FELIPE -. Y presintiendo.

ANTONIA -. ¿No te han analizado la sangre?.

FELIPE -. Sí.

ANTONIA -. Pues mira donde está la de Julio.

Y señalándome para donde había un tubo con sangre, me decía que aquella era la sangre de Julio; como si ese elemento no hubiese valido para nada con respecto al bebé.

FELIPE -. ¿Y tengo que comprender, que yo soy su padre?.

ANTONIA -. Desde luego.

Me quedé que no podía hablar nada y señalándola con el dedo índice, la quería decir que me extrañaba mucho por haber sido una sola vez y con la cabeza hacía gestos afirmativos, Antonia, de que sí podía ser; ya que por esa sola vez había alumbrado a dicho bebé.

Yo volví a mirar para los lados, como queriendo ver allí a mi amigo Julio; por si había montado en cólera y formase alguna de las suyas, ya que estaba siendo muy fuerte todo eso que Antonia me estaba contando o por lo menos me estaba intuyendo.

Cuando terminó todo el proceso de extracción de sangre y cuando nos fuimos a la sala primera, no vi ni abajo ni en la primera sala al doctor, don Leandro; no sabía yo dónde se había metido y al parecer sí estuvo en la misma transfusión de sangre, lo que pasaba era que con la bata no le había reconocido. Le habían dejado asistir a dicha transfusión por tener amistad con el doctor que la estaba haciendo. Más tarde comprendí que me las tenía que ver a solas y volver como pudiese al pueblo, pues era ya tarde y no había autobús ninguno en dicha hora.

Como me vio Antonia un poco atolondrado, me cogió de un brazo sentándome de improviso en una silla que había allí mismo, para que me calmase.

FELIPE -. ¿Qué hago?.

ANTONIA -. Te estás aquí quitecito esta noche.

FELIPE -. ¿Y si llega Julio?.

ANTONIA -. Ya me he dado cuenta que miras de reojos para todas las partes; como si temieses que llegase Julio. No temas, que no va a venir, ni tan siquiera sabe nada de lo que hoy ha pasado aquí.

FELIPE -. Pero se lo tienes que decir.

ANTONIA -. Cuando esté preparado para ello.

FELIPE -. Cuanto antes.

ANTONIA -. ¿Qué quieres: Que salte en cólera?.

Aquello que me dijo Antonia fue una respuesta contundente para mí; pues me salvaba la suerte de que Julio no había podido asistir a la transfusión sanguínea, por encontrarse él con fiebre debido a un brote de virus, a una gripe un tanto fuerte para él. Pero todavía no sabía yo las causas de haber tenido que hacer dicha transfusión al bebé de Antonia, aunque hablando las enfermeras entre ellas sentí algo así, como que se encontraba enfermó de algo de la sangre dicho bebé, y allí me encontraba yo que era el progenitor, según me había enterado hacía pocas horas.

¡UF!; cuando llegué al día siguiente a mi casa, cómo se encontraba Carmela, no había quien la sujetase; pues no paraba de ir de un sitio a otro, cogía una cosa para soltarla de inmediato y apenas me vio llegar, y eso que todavía no sabía que lo que llevaba Antonia metido en su vientre era también cosa mía: ¡AY!; cuando se enterase.

Y Carmela se tenía que enterar que yo era el padre de aquella criatura, pues se lo diría yo y cuanto antes, no fuese que se lo contasen mal y no saliese de su asombro; aunque de todas maneras no iba a salir de su asombro.

Cuando me despejé un poco salí a la calle con idea de tomarme un café en el bar de frente a mi casa y allí que me fui, invitando a un amigo que entró más tarde en dicho bar; pero cuando ese amigo, junto al barman, me comenzó hacer preguntas me despedí de él para irme rumbo desconocido, ya que yo no sabía qué camino escoger.

Comencé a dar pasos, pensando de qué manera iba a enterar, de aquel asunto, a mi novia Carmela y por mucho que pensaba no conseguía ver la fórmula mágica para hablarla de aquel bebé, que era mío.

Y sin pensarlo me fui a mi casa con un solo pensamiento, el decirle la verdad a Carmela pasase lo que pasase con ella y por supuesto sin rodear ninguna clase de detalle.

Carmela nada más que me vio se imaginó algo malo; pues hacía poco tiempo que había salido de casa y ya estaba devuelta en ella. Su cara era un cuadro y sus gestos no estaban acompañados para nada; pues lo mismo alzaba las manos, que cogía un objeto para después soltarlo mirándome fijamente a la cara y como yo no la decía nada, ella me invitó a que contase lo que estaba pensando.

CARMELA -. Tú me quieres decir algo: ¿Verdad?.

FELIPE -. Te quiero decir una cosa importante para nuestras relaciones sentimentales.

CARMELA -. Dímelo; pues estoy muy nerviosa viéndote así.

FELIPE -. ¿De qué manera?.

CARMELA -. Nerviosa perdida.

En el momento que iba a contarle a Carmela toda la verdad del bebé que traía Antonia en su tripa, entró la señora Josefa anunciando el regreso de Antonia con su niño.

Yo me sobrecogí un poco por recibir así tal noticia, de sopetón, y como de un acto reflexivo se tratase corté la conversación que traía con mi novia Carmela para atender a la señora Josefa.

FELIPE -. Me agrada mucho tal recuperación.

JOSEFA -. Ahora tiene que ir la madre para revisión del ginecólogo, dentro de tres días.

Y mientras me decía aquello la señora Josefa me hizo un guiño con el ojo para que no contase nada a Carmela de aquel bebé que traía Antonia en su tripa metido. Yo cacé la indirecta y cuando se fue de mi casa la señora Josefa, Carmela me insinuó para que siguiese mi explicación con respecto a nuestras buenas relaciones, entre los dos.

CARMELA -. ¿Qué me querías decir?.

Me acordé de que la señora Josefa me había hecho un guiño con el ojo, como queriéndome decir algo así: De que me callara delante de Carmela; así que decidí dar un rodeo en la conversación y amenizar mis palabras para saber, de viva boca de la señora Josefa qué era lo que me quiso decir.

FELIPE -. Te estaba diciendo, que cada día te quiero más.

Carmela frunció el ceño y haciendo un gesto característico con la cara se retiró de mí para irse a la cocina y poder comenzar a preparar la merienda de aquel día.

Yo me levanté de mi sillón saliendo a la calle con destino a lo desconocido, a lo que me saliese aquel día; pues me era igual que me pasase lo que me pasase, para mí todo me era diferente: Me era diferente la vida, me eran diferentes las palabras, me era diferente el tiempo que hiciese, me era diferente el ir a tal o cual sitio, me era diferente todo; excepto las mismas personas, pues esas gentes era el sustento de mi vida, las tenía mucho respeto y aprecio, como a mí mismo.

Las personas para mí eran lo más fundamental de la vida y lo más noble de la creación divina, a las que debemos respetar, para ser respetado al mismo tiempo. Yo no podía fallar a ninguna persona; por lo tanto, no debía fallar a Carmela en nada y debía contarla toda la verdad de aquella historia tan perversa a la vez, para Carmela. Pero ahora me debía callar, para saber lo que me quiso decir la señora Josefa y lo reitero una vez más; por si acaso fuese cosa contundente para mi persona.

Cuando estaba pensando en la señora Josefa no me estaba dando cuenta que estaba llegando a la casa de campo donde labraba el señor Clemente y al pasar por la misma puerta me paré delante de ella, para ver si se encontraba allí su señora. Y como oí ruidos de cacerolas, tuve el feliz pensamiento de esperar en la misma puerta para ver si salía alguien a las afueras de la casa para poder hablar con dicha persona y desde luego que salió, salió la señora Josefa para dar pienso a las gallinas que pululaban alrededor de la casa.

JOSEFA -. ¡Que hace usted aquí?.

FELIPE -. Pasaba por aquí dando un paseo y ya ve usted lo que hago.

JOSEFA -. ¡Vamos!; ¿que lo que quiere saber usted es el por qué de mis gestos el otro día?.

FELIPE -. Estoy deseando saberlo.

JOSEFA -. Le quería decir, que no la contase, usted, nada a Carmela sobre el bebé que espera; ya ha estado bien con el primer bebé.

FELIPE -. Pero se lo tengo que contar.

JOSEFA -. Sí; pero a su debido tiempo, no ahora. Deje que se reponga de dicha noticia la señorita Carmela; ya que le ha aceptado a usted, que no es poco: No todas las mujeres se conforman con lo que usted la ha hecho y quieren a su pareja después de saber dicha historia.

FELIPE -. Pero la tengo que enterar de quien es, también, el otro bebé que espera Antonia.

JOSEFA -. Ya le digo, que por ahora no; a su debido tiempo, sino hay contrariedades en el trascurso del parto.

Todo quedó ahí; de que no dijese nada a Carmela en un cierto tiempo, ya que sería contraproducente para las relaciones entre los dos. Y así lo hice, que me callé lo que tenía que haberla dicho desde un principio; pero por otra parte de esa manera siguió nuestras relaciones como casi siempre, si no fuera por un presentimiento de culpabilidad que tenía yo con respecto al acto cometido con Antonia y un pesar, dentro de su corazón, que llevaba en todo tiempo Carmela, por la infidelidad tan enorme como había cometido yo con ella.

Carmela me veía entrar en casa cada vez más serio y esperaba una ocasión para entablar la conversación de qué me estaba pasando, pero yo no la daba pie para preguntarme nada sobre dicho problema y hasta cuando nos quedábamos solo en la cama no se atrevía Carmela a preguntarme nada; no fuese a ser que recibiese otro revés, como el que había recibido, y se cortase las buenas relaciones que teníamos entre los dos.

Y para el colmo de los males se puso Antonia con mucho dolores en el vientre llevándosela a la Capital para su revisión y al pronto temí que me fuesen a llamar de nuevo; así que no esperé más tiempo para decirla a Carmela la situación en la que nos encontrábamos. Y una noche, cuando nos habíamos acostado comencé a prepararla para dicha noticia, creyendo yo que fuese mejor así, a solas y en la cama; ya que no nos oía nadie.

FELIPE -. ¿Sabes, Carmela?.

CARMELA -. Si tú no me lo dices; no sé nada.

FELIPE -. Que la vida da muchas vueltas; allí donde se cree que hay una sola cosa, tal vez hay dos o más.

Yo creía que en la alcoba fuese mejor decir la verdad a Carmela, pero cuando yo comencé hablándola de dicha manera, comenzó la cama a sonar, por medio de unos movimientos un poco fuertes que estaba haciendo Carmela.

CARMELA -. ¡UHI!. ¿Qué me quieres decir, tú, con eso?.

FELIPE -. Algo que tienes que saber por mi boca.

CARMELA -. ¿Me estás preparando?.

Cada vez sonaba más aquella cama y se movía Carmela con un sinfín de gestos a la vez que parecía se iba a levantar de inmediato para luego quedarse acostada para poder oír lo que yo la tenía que decir.

FELIPE -. Te tengo que agradecer que sigas conmigo y que me sigas queriendo; pero si tomas otra decisión cuando yo te cuente lo que está pasando, lo comprenderé.

CARMELA -. ¿Lo que está pasando entre Antonia y tú?.

FELIPE -. Sí.

CARMELA -. Ya lo sé.

FELIPE -. No del todo.

Pude darme cuenta que Carmela se estaba sujetando con el borde de la cama para no caerse y sujetándose a las sábanas con fuerzas para no hacer algún gesto que luego tuviese que avergonzarse de él.

CARMELA -. ¡Por Dios!: ¿Cuéntame?.

FELIPE -. Antonia está trayendo otro bebé.

CARMELA -. Me lo han dicho.

FELIPE -. ¿Y no te han dicho, que dicho bebé no es tampoco de Julio?.

Ahora sí que comenzó a dar vaivenes la cama y Carmela como saltos hacia arriba, levantándose de inmediato para quedarse mirándome con las manos puestas en la tripa, sujetándose el pijama como queriéndome indicar algo que yo no sabía, pero que en poco tiempo me enteraría de ello.

CARMELA -. Y yo sin nada aquí; sabes. Sin ningún producto de tu semilla.

Queriéndome decir que no tenía un hijo mío en sus entrañas y en cambio sí lo había yo conseguido con Antonia, que era la esposa de un amigo mío, Julio.

Sin esperarlo yo, Carmela, salió corriendo al pasillo para ir a cierto sitio que yo no sabía; por lo tanto me levanté a la velocidad del rayo viendo que mi novia entraba en la cocina, para irme yo detrás de ella y poder ver lo que hacía.

Cogió un cuchillo del cajón de la cocina, el mayor que había y haciendo un gesto característico de querérsele hincar en la tripa, la sujeté de las manos para que no cometiese tal tropelía con su persona. Y echándose para atrás me replicaba por el gesto hecho, el sujetarla para que no pudiese calmar su dolor a no poder saber nada del Mundo.

CARMELA -. ¡Déjame!, déjame, por Dios. No puedo seguir viviendo ni un solo minuto más.

FELIPE -. No digas sandeces, chiquilla. Yo te quiero.

Lo último que la dije parece ser que la había gustado, el que la quisiera; pues eso era un revulsivo para ella, el que yo la quisiera y la amase de todas formas, pese a la infidelidad que había cometido con Antonia. Así que seguí diciéndola que la quería y la amaba.

CARNELA -. ¿Cómo dices?.

FELIPE -. Que te quiero con todas mis fueras.

Aquello que la estaba diciendo yo fue suficiente como para que Carmela se echara sobre mis hombros desistiendo de hacerse daño alguno y llorando a mares. La senté en el sillón del salón para que se pudiese calmar un poco; pues yo no esperaba que Carmela se calmase del todo.

Los siguientes días lo pasó bastante mal, Carmela, y para que se despejase un poco la llevé a la procesión que estaba habiendo en el pueblo por las fiestas del mismo. Todo transcurría con normalidad, hasta que vimos aparecer a Julio con la escopeta de caza, que al parecer estaba cargada y bien cargada.

Julio llegó oteando el ambiente, como queriendo ver a alguien y cuando me vio a mí, se echó la escopeta a la cara apuntándome con idea de todo lo malo.

JULIO -. ¿Y tú te llamas amigo?: Ven aquí que te voy yo a decir cómo se tiene que portal uno en sociedad.

Hubo alguien que abordó la idea de que a quien tenía que recriminar era a su mujer, por haberse dejado o tal vez por acosarme para que yo cometiese dicha fechoría en contra de él.

Al oír aquello, Julio, salió corriendo hacia mí con la escopeta en la cara, con idea de disparar y en ese preciso momento dejó el cura, don Pedro, dirigir la procesión para salir detrás de Julio con idea de retenerle en sus actos; no fuese a ser que le costase dolores de cabeza.

Era una escena patética lo que se estaba dando en aquel momento, en la procesión, Julio corriendo detrás de mí y don Pedro detrás de Julio; así que se quedaron las gentes del pueblo aterradas por aquella situación.

Y en un momento determinado, salió como de entre la fila el sargento de la Guardia Civil Domínguez sujetando a Julio y reduciéndole al quitarle la escopeta con una maestría sin igual en la historia; pero todo eso lo hizo en un tiempo que nos parecía mentira que se retuviese a una persona de esas maneras, con una llave en los brazos y un golpe de pie para que abriese las piernas, Julio. Cuando le tenía así, llamó el Sargento a un agente para que le llevase escoltado al cuartelillo, por haber dado escándalo público Julio mientras se desarrollaba la procesión de aquel pueblo.

Cuando se hubo terminado la procesión, así como a la hora se presentó el Sacerdote, don Pedro, para mediar en nuestra disputa, entre lo que ha sido una mala acción por mi parte; pero a la vez se presentó el sargento Domínguez con idea de que pusiera una denuncia a Julio por acoso y por intuición de acto doloso.

Yo no sabía a quien atender primero, si al cura o al sargento; así que me senté en el sillón del salón en espera de que aquella situación se calmase de una vez.

DOMÍNGUEZ -. Le digo que tiene que poner usted denuncia contra Julio y no interceptar la labor de la justicia.

No sé qué labor estaba yo interceptando aquella vez; pero lo cierto era que no estaba yo por la labor y sí por un consenso entre Julio y yo: Alguien que pudiese hacerle ver a Julio dónde estaba parte de la razón y entre medio de

ambos salió don Pedro, alegando sostener una reunión entre ambos, con nuestras respectivas mujeres para poder estudiar la parte de culpabilidad que teníamos, unos y otros.

Desde luego tuve que iniciar proceso en contra de Julio por escándalo público, no así por haber peligrado mi vida, ya que sería otro grado de culpabilidad que tuviese que hacer frente Julio, más complicado para él.

Y en cuanto a la reunión con don Pedro fue algo insólito, publicado por todo el pueblo; ya que esa misma tarde que nos había convocado el Sacerdote en su casa, se encontraba allí medio pueblo en espera de algo poco serio. Pues con todo y eso no pasó nada; ya que llegó Julio más calmado y con Espíritu sumiso a dicha reunión.

JULIO -. Terminemos pronto.

DON PEDRO -. Para hacer bien las cosas, no hace falta correr mucho.

JULIO -. Es que veo, que no me retengo.

DON PEDRO -. Pues, tú hijo, te vas a retener y te vas a quedar ahí quieto para escuchar lo que se tiene que decir.

JULIO -. ¡Lo que se tiene que decir!

DON PEDRO -. Sí; lo que se tenga que decir. Y acuérdate que a Cristo le crucificaron por nada; pues Él no había cometido hecho delictivo alguno.

JULIO -. Pero aquí se ha cometido. Impúdicamente me ha traicionado mi amigo, Felipe, con mi mujer, Antonia.

DON PEDRO -. Piensa un poco: ¿Quién te ha traicionado?.

ANTONIA -. ¡Don Pedro!

DON PEDRO -. Nada, hija. Tú también has tenido parte activa en dicha infidelidad: ¿O es que me confundo?.

JULIO -. ¡Anda!: Díselo.

ANTONIA -. No se confunde usted, don Pedro.

Al oír aquello, Julio, se dejó desplomar en una silla como si diese su brazo a torcer, como si ya no tuviese nada que hacer en dicha contienda entre mi persona y él.

DON PEDRO -. Lo ves, hijo.

JULIO -. Lo veo.

DON PEDRO -. Es extensible a todos los demás esta arenga que he echado en esta hora aquí. De modo, que aplíquese las consecuencias todos ustedes.

Yo vi que Rogelio frunció el ceño y haciendo una mueca con la cara se ruborizaba al pensar algo que él mismo estaba pensando.

ROGELIO -. Nos ha reunido a todos, a la vez. ¿Es que me quiere usted, don Pedro, decir algo a mí también?.

DON PEDRO -. Es aplicable a todo el Mundo.

Al decir aquello el Sacerdote, echó una mirada a su mujer, Andrea, con el propósito de saber la verdad de todo aquello; pues él estaba allí sin saber que con él también iba aquellas explicaciones que estaba dando don Pedro.

ROGELIO -. ¡Mujer!.

ANDREA -. Perdóname, Rogelio.

Nada más que oyó aquello Rogelio, dio un puñetazo encima de la mesa, como de desesperación y no pudiendo más se sentó en una silla, frente a Julio, quedándose mirando el uno al otro y mientras tanto la mujer de Rogelio señalaba a Julio como inculpándolo de su infidelidad.

DON PEDRO -. ¡Dios mío!, ¡Dios mío!.

Así terminó aquella reunión, entre todos a la vez; para salir de la casa del cura con la cabeza agachada, no pudiendo mirar a ninguna persona ninguno de los asistentes aquella reunión. Pero lo que más me asombró, fue la entereza que puso Carmela al oír todo lo que allí se contó: No movió ni un solo músculo de su cara; como dando sensación de aplomo con respecto a mi persona.

Yo me encontraba receloso con respecto a Carmela y cuando estuvimos solos en casa no quería hablar nada con mi novia; no fuese a ser que se me cayeran los palos del entablado encima, como se suele decir. Pero no; no estaba el ambiente como yo creía, ya que ella misma entabló conversación de algo que yo no esperaba.

CARMELA -. Hablamos hace poco de algo que nos atañía a los dos.

¡Hablamos hace poco de algo que nos atañía a los dos!; así me hablaba Carmela y yo haciendo memoria no sabía de qué hablamos, ya que habíamos hablado de casi todo en nuestra corta existencia: ¿Qué sería de lo que hablamos hacía poco?. Por más que yo pensaba no llegaba a comprender a qué se refería Carmela, así que haciéndola un gesto con la cara de no saber a qué se refería ésta, Carmela prosiguió su escueta explicación.

CARMELA -. Sí, hombre. Hablamos de casarnos pronto: No recuerdas.

Pues claro que recordaba, recordaba aquella conversación entre Carmela y yo hacía poco tiempo; pero que se me fue de la mente, en un santiamén, ya que no era santo de mi devoción y tampoco de la suya el hecho de tenernos que casar, por lo tanto prosiguió mi novia sin yo hablar nada sobre dicho tema.

CARMELA -. Para que veas lo mucho que te quiero, deseo casarme contigo y vivir juntos toda la vida.

Asenté con la cabeza, que no con palabras, a lo que me estaba pidiendo Carmela y con el corazón encogido; no fuese a ser que Carmela ocultase un poso de rebeldía con respecto a mi persona, para salirla el día de mañana aflorando de dentro de su corazón para echarme en la cara todo lo que ella había sufrido con mi infidelidad. Por lo tanto mi recelo, con respecto a la buena voluntad que estaba poniendo Carmela con aquel tema era doble al no saber yo si esa predisposición estaba siendo firme, o se debía a un acto de reproche hacia mi persona por la poca nobleza que había demostrado hacia su persona.

Estaba siendo curiosa aquella situación; pues en vez de enfadarse conmigo, Carmela, me estaba proponiendo en matrimonio, sin comprender yo lo que en sí quería mi novia. Era raro la posición de aquella mujer, en un tiempo en el que su prometido la había traicionado, sobretodo en su cariño y en la fidelidad que la debía guardar.

Tenía que andar con pie de plomo para saber lo que quería hacer Carmela conmigo; pues yo no las tenía todas consigo, y los pasos que diese con ella los tenía que dar cortos y despacio. El tiempo me diría lo que quería hacer Carmela con respecto a mi persona y el por qué de aquella decisión: Casarse conmigo.

Y como aquello me estaba siendo raro me fui a la finca para ver a la señora Josefa, por ver si dicha señora me enteraba de algo y cuando me vio aparecer, dicha señora, por aquellos sitios no se extrañó nada recibíendome de lo más cordial del Mundo.

FELIPE -. ¿No se ha extrañado nada, usted, al verme?.

JOSEFA -. ¿Por qué me iba a extrañar?.

FELIPE -. Por el día después de que todo el pueblo sepa de nuestra reunión.

JOSEFA -. Ha sido la comidilla de todo el pueblo. Han estado publicados, ustedes, de boca en boca por todas las partes.

Al oír aquello me vino un rubor por todo el cuerpo, que no podía con el, al pensar que mi nombre se difundía por todo el pueblo; pero con señal de un mal presentimiento de culpabilidad y de infidelidad hacia Carmela, al igual los unos con los otros: ¡Vaya par de amigos!.

FELIPE -. ¡Y usted, qué opina?.

JOSEFA -. Yo no opino más que cualquier otra persona en el pueblo.

FELIPE -. Está bien.

Al parecer, la señora Josefa no sabía más que cualquier otra persona en el pueblo; por lo tanto me apresuré a salir de allí, a paso agigantado, con rumbo no sé yo a dónde; pero sin saber me coloqué en un lugar característico para la persona caída en el parecer con respecto a otras personas: En las inmediaciones de la Iglesia, y cuando me vio el Sacerdote me llamó empleando mi nombre, esta vez no fue con el gesto de una mano con el que me llamó, como digo fue con voz fuerte.

DON PEDRO -. Felipe, hijo.

FELIPE -. ¿Dígame usted, don Pedro?.

DON PEDRO -. Entra; haz el favor.

E invitándome a entrar en la Sagrada Iglesia me pasó hasta la sacristía en donde me hizo sentar en un banco, de los que había allí, con no sé qué intenciones.

FELIPE -. ¿Usted dirá?.

DON PEDRO -. Quien me tienes que decir, eres tú a mí.

FELIPE -. No le entiendo.

DON PEDRO -. No hay que entender nada; solamente hay que verte para saber cómo está tu Alma y con ella tu Espíritu.

FELIPE -. Deshecha, padre; deshecha.

Desde luego estaba deshecha por los avatares de la vida, por todo lo que había sucedido de un tiempo a esta parte, por no haber sabido retenerme, por otras tantas cosas que me invadía mi ser y me agobiaba todo mi ego, deshecho por un presentimiento maltrecho.

DON PEDRO -. Toda persona se recupera de su decaimiento de ánimos si tiene fe. ¡Fe!, hijo; una fe dentro de sí mismo para sobrellevar su vida lo mejor posible, luchando con armas legales.

FELIPE -. ¿Cuáles son esas armas, padre?.

DON PEDRO -. Dentro de los parámetros sociales de la vida y compaginado con las Leyes Divinas.

FELIPE -. ¿Usted se refiere, don Pedro, a que hay que guardar las Leyes Humanas y las Divinas a la vez?.

DON PEDRO -. Justamente, hijo. De esta manera surge la fe en la persona humana.

FELIPE -. ¿Y con fe solo?. ¡Ya está!.

DON PEDRO -. Pues sí, hijo; con fe solamente se mueve montañas.

Yo quería presentir algo en las palabras de don Pedro, por eso no podía dejar de oírle; para ver si él me decía algo que yo no supiese y permanecía allí, impasible, como si esperase algo más de dicho cura.

FELIPE -. ¿A qué clase de fe se refiere usted, don Pedro?.

DON PEDRO -. Fe, esperanza y caridad.

FELIPE -. ¡Ya estamos!: Las bienaventuranzas.

DON PEDRO -. Y guardando Paz dentro del Alma, se refortalece el Espíritu.

FELIPE -. ¿Y por qué no habló, usted, así el otro día?.

DON PEDRO -. No era día para ello: Tuve que hablaros como lo hice.

Me lo dijo todo con aquello, el Sacerdote; pues ya no tenía yo duda de que aquel cura me quería transmitir algo, que por no dañarme estaba dando un rodeo con sus palabras.

FELIPE -. ¿Dígame recto, padre?.

DON PEDRO -. Pues sí, hijo: No hagas nada nuevo, aunque te lo proponga alguien.

FELIPE -. ¿Y eso?.

DON PEDRO -. Es por un reproche; además, la persona que te proponga algo, ya ha probado la amargura de verse sola y con la sorpresa de saber cómo es la persona humana.

FELIPE -. ¿Traicionera?.

DON PEDRO -.Y poco creíble.

FELIPE -. ¿Con qué es eso?.

Carmela me proponía matrimonio solamente presintiendo que se quedaba sola, ya que ella había pasado un tiempo fuera de casa y no la había sido propicia dicha experiencia. Se acordaba de lo mucho que había trabajado y el haber probado la amargura de la mentira humana dentro de su Alma.

El consejo que me estaba dando aquel cura me estaba sirviendo para no correr en las decisiones de Carmela, con respecto a nuestros esponsales y esperar un cierto tiempo, hasta que Carmela estuviese segura de quererse casar conmigo porque, simplemente, me estuviese queriendo.

Aunque el padre se hubiese enterado bajo auricular, fue tan hábil como para no decir lo que se le había confiado y sí supo darme la idea de que esperase a mejor tiempo para saber lo que yo tenía que hacer. Por lo tanto aquel cura me indicó lo que yo tenía que hacer. Pero para no dar qué pensar a Carmela no me dirigí a casa; solamente me fui a tomar un café al bar de enfrente, encontrando allí al señor que me había hablado otras veces de amores y desamores; así que decidí tomarme dicho café ligeramente para irme de allí cuanto antes, pero no obstante no me sirvió de nada que aquel buen señor me comenzó hablándome de las buenas relaciones entre amigos, de lo bien que se está cuando la amistad es verdadera y no se abusa de nadie.

Yo hacía ademán por salir de allí, más que corriendo, pero aquel señor seguía y seguía hablándome de las buenas relaciones y de lo bien que sientan cuando hay un consenso entre ambas personas, si estas personas son razonables como para portarse bien entre ellas.

Hubo un tiempo en el que creí desfallecer, pero vi el Cielo abierto cuando se acercó otro señor al personaje que me estaba hablando; pues enseguida me despedí de el, aprovechando la llegada de aquel segundo señor. Y ya en la calle tomé una bocanada de aire, sentándome de maravilla.

Estaba atosigado por todas las partes, por todos los sitios donde iba; pues éramos la comidilla del pueblo dando que hablar de nosotros, los cinco amigos de la infancia.

Pese a que yo hacía actos de contrición, de vez en cuando no me conformaba con los mismos y suponía que tenía que hacer algo más para que Dios me perdonase mis culpas, que eran muchas y muy enormes. Me encontraba avergonzado delante de todas las gentes, viéndome señalado por ellas y a la vez pronunciando mi nombre púdicamente, como si se tratase de un apestado. No que tal vez me lo mereciese; pues a los hechos los remito mi culpabilidad y mi manera de obrar en la sociedad y esa sociedad no me perdonaba aquellos hechos en su consideración bastantes malos. Y por lo tanto, abogo desde estos renglones; que aquello que yo hice y cometí, no hay que hacerlo: La sociedad nunca te lo perdona.

Y cuando llegué a mi casa me notó Carmela un tanto serio y sin ser tan cariñoso como era yo para ella; así que se puso frente a mí, en una silla, a considerar a qué era debido aquel cambio tan radical, pero con todo y eso ella no me dijo nada al respecto.

Yo me limitaba a ver la televisión sin pestañear, como dando a entender que tenía sumo interés por ver dicho programa y para disimular, de vez en cuando, echaba una sonrisa al aire. Toda aquella jornada transcurrió sin contratiempos en nuestras vidas y muy temprano me levanté con una sola idea: El ver a alguien que me pudiese decir algo al respecto de Carmela, como ya me había hecho entender el cura de ella.

El cura no fue; pues cuando me dirigía a la Iglesia para oír la celebración de la primera Misa, me encontré al doctor que venía de asistir a un paciente suyo saludándome muy cordialmente.

DON LEANDRO -. Le veo que va por buenos pasos.

FELIPE -. Buscando la paz interior.

DON LEANDRO -. Hay quien la busca, con ansiedad, y no la encuentra.

FELIPE -. ¿Alguno en especial?.

Al preguntarle yo aquello al doctor, éste se rascó el mentón como en señal de prudencia a lo que posiblemente me dijese; pero en un segundo estaba dando su vivencia personal, con respecto a nuestro grupo.

DON LEANDRO -. ¿No sé qué hará una persona cuando sepa que su esperma no vale para fecundar?.

FELIPE -. ¿Eso lo dice por alguno de nosotros, en particular?.

DON LEANDRO -. Lo digo por alguien desaparecido.

Y al decirme aquello se despidió de mí yéndose por camino contrario al que yo iba, quedándome solo con mi interés de saber a quien se refería el doctor; por lo tanto pensé de otra manera y di media vuelta para iniciar el camino de la finca, ya que tenía el interés de saber a quien se había referido don Leandro aquella misma mañana.

En vez de dar un rodeo me pasé directamente por la casa de Julio viendo todo su contorno tan normal y más tarde pasé por la casa de Rogelio, no viendo allí a nadie, ni a él ni a su mujer, Andrea.

Ahora sí que comencé a dar dicho rodeo para llegar a la finca en donde trabajaba el señor Clemente y poder contactar con él o con su señora, Josefa.

No encontré, tampoco, a nadie; siendo cosa curiosa dicho desencuentro entre ambos matrimonios, ya que siempre, a la hora señalada, se encontraban laborando la finca el uno y el otro: Clemente y Rogelio.

A paso ligero me dirigí al pueblo para poder saber qué era lo que estaba pasando allí, entre los matrimonios y por supuesto lo sabría tarde o temprano ya que alguna persona conocida por mí encontraría a mi paso, o en su casa.

Fue en su casa donde encontré a la señora Josefa; pues la cogí limpiando unos muebles del pasillo y al verme exclamó en llanto.

FELIPE -. ¿Qué la pasa?.

JOSEFA -. No se sabe dónde está el señoriito Rogelio.

FELIPE -. Creo haberle visto ayer.

JOSEFA -.Ayer; que hoy no se sabe donde está.

Yo no había caído bien en la posición que se encontraba mi amigo Rogelio, pensando yo que éste estuviese gestionando algún asunto en el pueblo o en la Capital; pero como no dejaba llorar la señora Josefa, pensé que a lo mejor le había pasado algo malo a éste.

FELIPE -. ¿Le pasa algo malo a mi amigo Rogelio?.

JOSEFA -. Le he dicho a usted, que no se sabe dónde está.

El dónde está me sonó a mí algo así; como que se había ido por su propia voluntad o que en general no se sabía en qué paradero se encontraba mi amigo Rogelio.

FELIPE -. ¿Pero a lo que usted se refiere, es que se ha ido mi amigo Rogelio por su propia voluntad?.

JOSEFA -. ¡Y tanto!.

FELIPE -. ¿Entonces, su marido . . . ?.

JOSEFA -. Sí, señoriito.

¿Qué hacer?, ¿dónde ir?; eran las preguntas que me hacía yo con respecto a Rogelio; pues si estuviese en la Capital le podía buscar en casa de una prima de éste, ya que tenía en dicha ciudad una prima y nadie lo sabía, excepto yo. Pero el caso era, que yo no sabía dónde se vivía su prima y para buscarle tendría que remover tierra por medio.

Y como faltaba bastantes horas para que saliese el autobús hacia la Capital tuve un pálpito yéndome recto, una vez más, a la parte de la finca que ocupaba Julio; saliese o no saliese con la escopeta al hombro, pues era mi deber.

¡Qué va!; allí no había nadie. Donde yo había querido ver actividad alguna, no existía ni por asombro dicha actividad; pues al parecer estaba dejada toda la labor desde la tarde anterior, por eso parecía que todo se encontraba en perfecto estado.

Me preparé un poco diciendo a Carmela donde me dirigía y las causas que me llevaban a la Capital, queriendo venir ella también, pero yo la calmé con buenas palabras para que esperase acontecimientos en casa. Y a la hora determinada estaba en la Capital buscando a Rogelio y como sabía cómo se llamaba su prima, hilé con el apellido de Rogelio al nombre de su prima, yéndome derecho al Excelentísimo Ayuntamiento, para que me diesen paradero de la casa de su prima.

Tardaron en darme las señas, los señores funcionarios, de la casa la prima de Rogelio; pues al verme tan nervioso desconfiaban de la benevolencia a la que yo me refería y pese al verme tan apurado me hacían una y mil preguntas

aquellos funcionarios, alegaron haberme visto alguna vez en dicha Capital y además con el primo de la señora a la que yo me refería, así que me dieron la dirección de la casa la prima de Rogelio marchando sin demora a dicha casa.

Llamaba y llamaba al timbre y allí no contestaba nadie, hasta que pasó una señora por la puerta de aquella casa, anunciándome que el ama de la misma se encontraba en otro pueblo visitando a unos familiares suyos, unos primos, con sumo interés, según la dijo la prima de Rogelio para contactar con ellos y ayudar a un tercer familiar. ¡Vamos!, que si la dejo me cuenta toda la historia de los habitantes del pueblo.

No tendría que hacer otra cosa más que esperar a que dicha señora llegase a la Capital, ella sola o acompañada de Rogelio; pues el paradero de éste ya lo sabía.

Aquel día me pude conocer la parte de la Capital que no conocía; pues me metía en una calle y salía por otra, así que di vueltas y vueltas a todo ese barrio desconocido por mí; y así, como a la hora pensada, volví a rondar la casa de la prima de Rogelio viéndola llegar, junto con éste.

Como yo salí de la esquina donde me encontraba apostado, de repente, se asustó Rogelio al ver en el estado de ánimo que me encontraba.

ROGELIO -. ¿Esto no ha sido por casualidad?.

FELIPE -. Desde luego que no: No ha sido por causalidad el haberte encontrado; te he buscando yo.

ROGELIO -. ¿Tú no dejes vivir a nadie?.

No sé si no dejaba vivir a nadie o si ese alguien no me dejaba vivir a mi, por tener parte de culpabilidad en todo lo que había pasado entre nosotros, entre los amigos; pero lo cierto era, que yo echaba redaña a la parte de mi culpabilidad que yo tuviese para poner bien y en orden a todos a la vez.

No hubo manera de convencer a Rogelio para que volviese al pueblo con su mujer; ya que éste consideraba que desde ese preciso momento estaba soltero y sin compromiso alguno. Pero la realidad de los hechos eran diferentes; pues Rogelio se encontraba casado de hecho con Andrea y no era para huir de su casa tan demencialmente como lo estaba haciendo.

Y con todo y eso hubo sus más y sus menos en tirantez, por parte que correspondía a los dos, por no doblar ninguno de ellos el brazo: El uno por su tozudez y yo por el impulso de quererme llevar cuanto antes al pueblo a mi amigo Rogelio.

Que si sí, que si no, que hubo un desgarré en la camisa de Rogelio; ya que yo le tiré fuertemente de ella quedándome con un trozo de tela en las manos, asustándome mucho.

ROGELIO -. ¿Lo ves?. Ahora me tienes que pagar una camisa nueva.

FELIPE -. Pues así y todo te tienes que venir conmigo al pueblo.

ROGELIO -. ¡Que te lo crees tú!.

FELIPE -.Y no nos tenemos que echar nadie nada a la cara; todos somos culpables de los hechos.

ROGELIO -. Menos yo, que soy el que sufre.

Tenía razón Rogelio en lo que me decía; pues él no había cometido fechoría ninguna, ni tropelía alguna con respecto a ninguna persona , por lo tanto se quedó con su prima en la Capital, con su rencor y su rabia a tope.

Cuando volví al pueblo me enteré de que también Julio se había marchado de casa; pues no podía consentir, según su mujer, todo el agravio que se le había hecho por parte de Antonia y mi persona, no sin antes haberme dejado una carta explicativa al respecto.

Me decía Julio en aquella carta: El gran pesar y agobio que tenía metido en su Alma y que por lo tanto se marchaba de su casa dejándome el camino expedito para que criase a mis hijos como buenamente supiese, en compañía de Antonia; pues ésta era una bellísima persona y que como él también tenía un hijo extramatrimonial vería la manera de hacerse cargo de ese hijo y para cuando naciese mi segundo hijo se lo comunicase con la única idea de estar junto a Antonia en el Hospital. Terminaba la carta deseándome lo mejor del Mundo y despidiéndose de mí con la amistad que siempre nos había caracterizado, entre nosotros dos.

¡Bonita carta!, y bonita forma de despedirse la que tuvo Julio: No olvidando a los bebés ni a Antonia; pues al parecer y sin parecer los quería mucho.

Yo no podía consentir que Julio abandonase así a las criaturas aquellas e indagando supe el paradero de Julio, en un bonito pueblo cerca de la costa, en unas playas encantadoras, con unas arenas finas y blancas a la vez, que parecían caídas del Cielo. Pero debido a su lejanía no pude ir a dicho lugar para hablar con mi amigo Julio; así que le escribí con la idea de que hiciese el favor de volver para que pudiésemos hablar entre los dos.

Pasaba el tiempo y yo no tenía noticias de Julio; se desvanecían mis ilusiones por intercalar nuestras opiniones, entre Julio y yo. No veía la manera de hablar con Julio frente a frente, para decirle la parte de culpabilidad que teníamos los dos en cuanto a los hechos: Él con Andrea y yo con su Antonia. Que desistiésemos de enfrentarnos el uno al otro; ya que cada uno había hecho y deshecho a modo y manera en aquel desbarajuste increíble de despropósitos carnales.

Lo tenía claro; lo único que no se tiene que hacer en éste Mundo es lo que habíamos hecho los dos; el amar a la mujer del otro y eso me estaba corroyendo la sangre, el saberme culpable de tales hechos. Era así que un día me lo notó Carmela preguntándome las causas de mi carácter serio.

CARMELA -. Te veo agotado: ¿Qué te pasa?.

FELIPE -. Si te parece poco.

No hubo más palabras entre nosotros; pues aquel día salí de casa con un pesar más enorme que nunca, encontrándome al doctor en el camino.

FELIPE -. ¡UF!, doctor. ¡Cuánto tiempo sin verle!.

DON LEANDRO -. No más de una semana.

FELIPE -. Para mí ha sido como un año.

DON LEANDRO -. Ahora te ruego que me acompañes.

Y yo, sin rechistar, le seguí al doctor hasta su casa; no sabiendo lo que me quería decir aquel galeno, pero me lo suponía: Lo único que no me suponía era que en su casa me iría a encontrar con Julio, que me estaba esperando allí para poder hablar conmigo delante de don Leandro. Y no era eso sólo; que allí mismo se encontraba el cura, don Pedro, con su carácter risueño, como siempre. Aquel cura parecía que irradiaba una especie de bondad por todos sus poros, al transmitir fe y tranquilidad a todas las personas con quien hablaba él.

FELIPE -. ¡No!.

Fue lo único que se me ocurrió decir: Un no característico del incrédulo, del hombre que no da fe a lo que está pasando en aquel momento y esa persona era yo.

DON PEDRO -. Ya ves que sí, hijo; que sí se encuentra aquí Julio para hablarte como cristiano y cristiano decente.

Julio se adelantó hacia mí, extendiéndome la mano para saludarme y yo le extendí la mía dándonos un apretón de mano, a lo primero; pues más tarde nos fundimos en un abrazo interminable comenzando a llorar los dos como dos críos al que se los ha roto su juguete.

No hubo palabras entre nosotros dos; solamente sollozos y un dolor considerable por parte de los dos, ese dolor que se lleva por dentro al que se guarda para que las personas que te rodean no sufran con tu pesar.

Por lo tanto no hizo falta que nos hablásemos nada Julio y yo; pues con ese llanto nos estábamos diciendo todo lo que dos hombres heridos se pueden decir; y en vez de echarnos los reproches encima nos estábamos consolando el uno al otro, que no perdonando, pues hay algunos hechos que no se pueden perdonar así como así.

Yo vi a don Leandro levantarse y cogiendo una botella de whisky echándose medio baso de whisky entregando la botella a Julio y éste, a la vez, a mi y así y cuando nos habíamos servido todos de aquella botella por poco brindamos los unos con los otros, por nuestra amistad y por algo nuestro; como si no hubiese pasado nada: Así somos las personas humanas.

Julio había pasado en prevención un par de noches habiendo salido con una garantía de dinero a la calle; por eso se encontraba allí Julio y como yo no había puesto denuncia alguna sobre la persona de Julio, solamente valió el escándalo que dio ante todas las gentes de la procesión, como ya les dije a ustedes en su tiempo: ¡Aquí paz y aquí gloria!.

No duró mucho dicha reunión; pues a poco tiempo llegó la señora Josefa con algún achaque en la tripa, para que la viese el doctor, don Leandro.

DON LEANDRO -. Les ruego me dejen solo con ésta enferma; pues la tengo que auscultar; ya que esta enferma llega, periódicamente con dolores en el abdomen.

Nos salimos los tres de la casa del doctor, don Pedro, Julio y yo y ya en la calle se paró delante de nosotros el cura como esperando que hiciésemos algo y no bueno; y en vez de revelarnos el uno contra el otro, Julio y yo, nos dimos la mano despidiéndonos muy cordialmente, como dando a entender la cultura que debe tener una persona para portarse como Dios manda.

Llegué a casa con el espíritu rehabilitado y el ánimo elevado; así que me lo notó Carmela, sentándose cerca de mí esperando una explicación y esta vez sí estaba yo dispuesto a dársela.

FELIPE -. ¿Sabes?.

CARMELA -. Si tú no me lo dices, no lo sé.

FELIPE -. Ha llegado Julio . . .

CARMELA -. ¡AH!; sí.

FELIPE -. Sí. Y hemos tenido una reunión en la casa del doctor entre éste, el Sacerdote, Julio y yo.

CARMELA -. ¿Y qué?.

FELIPE -. Ha resultado bien, dicha reunión. Nos hemos saludado, que no perdonado, y al parecer se ha sentado las bases de no hacer algo que luego nos pese alguno de los dos.

CARMELA -. ¡Vamos!; te han salvado la vida.

¡No tanto!; no tanto, como salvarme la vida, ya que entre Julio y yo existe eso que se llaman personas cultas y razonables, como para no cometer un acto delictivo. Y así comprender la vida con rectitud y el sentido honesto entre las personas y comprender mejor sus hechos, aunque estos sean incomprensibles a la vez.

Y como no me quedé conforme con la dolencia de la señora Josefa, me dirigí a la finca viendo al señor Clemente abriendo regueras para regar el maíz, que al parecer estaba ya muy crecido. Y a mi simple entender, aquel hombre no se había movido en todo el día de allí; de modo que no tendría que saber qué mal la estaba aquejando a su señora Josefa, callándome por prudencia. Y para disimular, aun más, me despedí de él, del señor Clemente, haciendo como que me marchaba al pueblo; pero lo que hice, fue ponerme en medio del camino, a una distancia considerable, de modo que no me viese el señor Clemente, para esperar mejor a la señora Josefa, no tardando verla venir a lo lejos, como echada para un lado y cuando se estaba aproximando a la casa la vi enderezarse a ella misma.

De frente; de frente la tenía yo a la señora Josefa cuando ésta me vio poniéndose nerviosa del todo y con voz apagada, para que no lo oyera el señor Clemente, me decía algo que me llegó al corazón.

JOSEFA -. ¿No le habrá, usted, enterado a mi marido de mi dolencia?.

FELIPE -. Absolutamente para nada.

JOSEFA -. Es usted muy comprensible.

No debía dejar pasar tal ocasión, preguntándola algo a la señora Josefa que en sí la gustó y ésta alzando la voz me expuso con toda clase de explicación su dolencia.

FELIPE -. Estoy preocupado por usted: ¿Qué la pasa?.

JOSEFA -. Al final me van hacer una biopsia en el Hospital, mandado por el especialista; pues este a la vez ha hecho caso del médico de cabecera, don Leandro.

FELIPE -. ¡Y qué?.

JOSEFA -. Hasta que no me hagan la biopsia y la analicen no le puede decir nada.

Claro que no me podía decir nada hasta que no la analizaran a la señora Josefa, bajo una biopsia, la dolencia que periódicamente sufría, yéndome a casa para disfrutar de Carmela y ver en el estado de ánimo que se encontraba.

Eufóricamente, se encontraba eufóricamente mi novia Carmela, como si hubiese recibido una inyección de adedralina más fuerte que de lo normal, recibéndome con una sola idea.

CARMELA -. ¿No me dices nada de nuestra boda?.

FELIPE -. ¿Qué quieres que te diga?.

CARMELA -. Algo; dime algo.

Sin esperarlo pensé decirle algo noble para tener salida en dicha pregunta y disimular el rechazo que yo tenía a la boda de Carmela y mía.

FELIPE -. No estoy preparado para nuestros desposorios: Dame tiempo.

CARMELA -. Como tú quieras. Te daré el tiempo que necesites.

No sabía yo el por qué de tanta apresuración en cuanto a nuestra boca, como la que tenía Carmela: ¿Cuál sería su idea, la manera de pensar de ésta?. Pero yo veía en ella un modo de pensar que daba sospecha de que Carmela estuviese ideando alguna trama en cuanto a nuestro porvenir; pero por otro lado: ¿Y si era verdad, que Carmela me quisiera y no lo estuviese disimulando?. ¡No sé!, ¡no sé!; no sé cual sería la verdad de todo ese entramado social que estaba formando mi novia: El tiempo me lo diría.

Yo veía que Carmela me quería de verdad; pero eso de quererse casar cuanto antes, eso era ya harina de otro costal: A esa manera de pensar tendría yo que vigilarla muy estrechamente.

Estando en estos pensamientos y cuando menos lo esperaba, recibí visita de la señora Josefa anunciándome algo nuevo sobre Rogelio, el amigo que estaba desaparecido.

JOSEFA -. Vengo para decirle a usted, Felipe, que al señorito Rogelio le han mandado un requerimiento judicial.

FELIPE -. ¿Y eso?.

JOSEFA -. Por algo que se ha manipulado en los documentos de la notaria; sobre el testamento de doña Mercedes, que en paz descansa.

Otra que teníamos liada; pues aquello yo no me lo esperaba, el que a Rogelio le mandasen un requerimiento judicial para saber algo sobre los documentos del testamento de la difunta señora Mercedes. Pero como Rogelio se encontraba con dirección desconocida nos llamaron a Julio y a mí, con motivo de que diésemos señas y pero de nuestro amigo Rogelio; pero eso sí, por separado, para que no hubiese roce entre nosotros según decían los funcionarios del Juzgado.

Y como a toda persona que la preguntan algo que no sabe, no responde; nosotros dos, Julio y yo, no respondimos a nada de lo que nos preguntaron sobre nuestro amigo Rogelio y es más; pues a Julio se lo tuvieron que preguntar en el Juzgado de su nueva residencia, en el pueblo que él estaba viviendo con su prima. Desde entonces supe que Julio se había vuelto a marchar para el pueblo de su prima, no asumiendo la inmoralidad dentro de su contorno social.

Me entró un no sé el qué en todo mi cuerpo, cuando supe que Julio había tomado, de nuevo, la decisión de abandonar a su mujer y a los niños, que no pude por menos que dar una gran voz atronando el medio ambiente.

No podía consentir estarme estáticamente quieto, sin hacer nada al respecto para apaciguar a Julio en aquella situación en la que se encontraba y hacerle comprender algo sobre la nobleza y el desatino que se provoca cuando un hombre decide abandonar a su mujer y a sus hijos; porque en realidad, esos bebés eran sus hijos legalmente.

No podía consentirlo; desde luego que no. Y me marché al pueblo de su prima para poderme entrevistar con él y hablarle seriamente, con el corazón en las manos.

Al llegar al pueblo de su prima me enteré que se había ido a la ciudad, para trabajar en algo que todavía no sabían en qué; de modo que el problema se acrecentaba por momento: Pues no hay mejor olvido que la distancia y mientras más tiempo estuviese alejado de su familia más rápidamente olvidaría Julio a esta.

Lo pensé y lo hice; me volví rápidamente a mi pueblo para pedir ayuda al sacerdote y al doctor, ya que yo solo no sabía lo que hacer y así, con este pensamiento, llegué al pueblo dirigiéndome rápidamente a la sacristía de la Iglesia donde se encontraba don Pedro.

DON PEDRO - . ¡UHI!; te veo muy nerviosos, hijo.

FELIPE -. No es para menos, padre.

DON PEDRO -. ¿Cómo es eso?.

FELIPE -. Se ha vuelto ir Julio de casa.

Al parecer aquello que le dije yo al cura no le gustó nada; pues como él se imaginó, un hombre debe permanecer en casa y no huir de ella para nada. Y besando su estola la dejó encima de un cajón del comodín para poderme aconsejar mejor; por lo menos eso me creía yo, ya que al momento pensó otra cosa diferente al respecto.

DON PEDRO -. Vamos hacer una cosa.

FELIPE -. Lo que usted quiera, padre.

DON PEDRO -. Tú vete a casa y déjame hacer a mí.

Así fue; que me fui a casa y esperé acontecimientos, los cuales tardaban en llegar y yo me ponía más nervioso cada día: No podía consentir que aquella familia se encontrase tan sola como la una.

No sé qué iba hacer el sacerdote, pues ni tan siquiera se sabía dónde se encontraba Julio trabajando; si por lo menos se supiese en la ciudad que estaba éste trabajando, sería mejor por tener la capacidad de contactar con él.

Mis pensamientos me llevaron a la parte de la finca de Julio y al pasar por la casa de campo, oí unos llantos de bebé que me llegaban a los sentidos. Me acerqué un poco más y pude darme cuenta que Antonia no se hacía con los bebés y haciendo uso de mi paternalismo entré en casa, sin llamar, cogiendo a Antonia con una blusa ajustada a los pechos y una falda corta; pues estaba enseñando medio cuerpo, y como ya era madre por partida doble . . .

ANTONIA -. ¡Mira como ando!.

FELIPE -. Ya lo veo.

ANTONIA -. Alcánzame la toalla.

FELIPE -. Te la alcanzo y me voy.

ANTONIA -. No, tú te quedas aquí, un rato, para ayudarme . . . Pon lo que tienes que poner.

FELIPE -. No me queda más que vergüenza.

Antonia me echó una mirada significativa al decirlo yo aquello, de lo único que me quedaba; no sabiendo yo si me quedaba algo más, o que ni siquiera me quedaba la misma vergüenza: Eso lo tendría yo que comprobar sin ayuda de nadie. Y mientras la alargaba la toalla, Antonia dejaba ver todas sus formas poniéndome los ánimos exaltados.

ANTONIA -. ¡Ven aquí!.

Al decirme eso Antonia, vi en esas palabras un signo de llamada sexual; pero en seguida me di cuenta que me tenía un trabajo extra.

FELIPE -. ¿Qué quieres?.

No podía demostrarla rechazo, ni tan siquiera tenerla un poco de recelos; así que me mostré predispuesto para lo que me mandase hacer Antonia.

ANTONIA -. Moja un poco la toalla y limpia las piernas al bebé mientras yo hago la comida, y hazlo con sensibilidad; no aprietes mucho para no dañar al bebé.

Comencé hacer lo que me había mandado Antonia, yéndose ésta a la cocina; pues esta daba al salón, en donde estábamos, comenzando hacer las tareas de una cocinera.

Entre que si cojo un ajo, que ahora un pimiento, que si ahora me empino para coger una sartén; me estaba enseñando todo su cuerpo sin escatimar dudas para hacerlo. ¡Vamos!; que se estaba portando como si fuese mi verdadera mujer y hasta creí que sí lo fuese al echar una mirada aquellas dos criaturas: Producto de nuestro amor.

Cuando terminé mi labor con el bebé, me dirigí a la cocina con la sola idea de despedirme de Antonia; pero ésta al verme llegar hizo un gesto de alegría, mirando yo para todas las partes no viendo en la cocina otra cosa que una estantería; de modo que allí no podía ser . . . Calmándome pronto, por darme cuenta que Antonia me quería mandar algo para que no estuviese ocioso. Pero yo, en seguida, repuse la idea de irme de aquel lugar cuanto antes.

FELIPE -. Me está esperando Carmela; de modo que me tengo que marchar, lo siento.

ANTONIA -. Tú de aquí no te mueves; por lo menos, por ahora. Estate aquí moviendo la comida para que no se pegue, pues yo voy arreglar las camas.

¡También!; también se veía la alcoba desde el salón y la cocina, todo estaba a manos, entrando Antonia en la habitación para hacer las camas y poner en orden aquella parte de la casa; pero antes de hacerlo se quitó todo lo que llevaba puesto para colocarse otro vestido; que a mi simple parecer, la estaba más estrecho todavía.

Al echar el primer vestido encima de la cama, me pude dar cuenta por qué se lo quitaba; pues Antonia resumía ácido láctico por sus pechos: Estaba hecha toda una madre.

Poco a poco me dirigí hacia la puerta y una vez que me encontraba cerca de su llavera, abrí aquel portal saliendo a las afuera de la casa con el pantalón todo húmedo; pues no había podido retenerme en mis impulsos y aunque yo hice porque no se diese cuenta Antonia: Y, ¡vaya!, que si se dio cuenta ésta.

Antonia movía la cabeza de un lado al otro, exclamando una simple expresión de: ¡Hombres!; pero sería hombre o no, lo cierto que hice bien salir de allí más que corriendo, pues yo me conocía y no quería volver a ser infiel a mi novia Carmela para nada del Mundo.

Al llegar a mi casa se me quedó mirando, de frente, mi novia Carmela haciendo gestos con la cara de satisfacción y alegría a la vez, no sabiendo yo por qué sería eso hasta que Carmela exclamó algo expresivo para mí.

CARMELA -. ¡Eso está mejor!.

Carmela había cogido el por qué de aquel nerviosismo con el que yo llegaba a casa en dicha hora de ánimos decaídos y como si me lo agradeciese me dio un beso de amor, sin yo esperarlo.

Como yo no sabía nada del sacerdote me fui a buscarle a la sacristía de la Iglesia, pero cuando entré en esta me pude dar cuenta que se estaba impartiendo en ella la catequesis a los niños de la escuela e hice ademán de volverme a salir siendo retenido por don Pedro, que con voz atronadora me invitaba a sentarme en un banco hasta que él terminase de enseñar el Catecismo aquellos niños. Eran años para ello; para enseñar el Catecismo y todas las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia en todos los pueblos. Sentándome yo en un banco de la Iglesia en espera de que el sacerdote, don Pedro, terminase con sus enseñanzas para aquellos chicos.

Cuando don Pedro alertó a los señores maestros para que se llevasen otra vez aquellos niños a la escuela y se quedó solo el cura me llamó a la sacristía con el propósito de quererme anunciar algo nuevo, sobre el caso de Julio; pues al parecer se encontraba en una ciudad bastante retirada de nuestro pueblo.

DON PEDRO -. Sabemos dónde se encuentra Julio.

FELIPE -. ¡Cómo es eso?.

DON PEDRO -. Por Correos.

FELIPE -. ¿No?.

DON PEDRO -. Sí; involuntariamente. Por el matasello, ya que ha escrito Antonia para que cuide de los bebés y se cuide ella también: Una carta muy efusiva.

FELIPE -. ¿Se ve, en dicha carta, el atisbo de querer volver cerca de su familia?.

DON PEDRO -. Gracias por seguir considerando Antonia y a los bebés como familia de Julio . . . Sí, se ve algo así; como un acto de arrepentimiento por haber abandonado a dichas criaturas.

Aquello que me decía don Pedro me agradaba; pues el saber que Julio estaba considerando volver al seno de su familia me gustaba a mí: No sabía yo si por no tenerme que echar yo tanto peso encima, o por el bien que repercutiría en Antonia y esos bebés, pero lo cierto fue que me fui a casa más tranquilo.

Pero cuando me estaba dirigiendo a mi casa vi a don Leandro que estaba montando en su coche para dirigirse a cualquier sitio donde le habían llamado; así que le di con la mano, como despidiéndole y éste se volvió a bajar del coche para entablar una conversación conmigo.

FELIPE -. ¿Me quiere usted, don Leandro, decir alguna cosa?.

DON LEANDRO -. ¿Sabes la hora que es?.

FELIPE -. Las dos de la tarde.

DON LEANDRO -. Después de visitar a mis pacientes y saber en qué estado de salud se encuentra el resto del pueblo, marché a la ciudad donde está Julio.

FELIPE -. ¿Y eso?.

DON LEANDRO -. Por recomendación de don Pedro.

Pensé cuando me dijo don Pedro; que él se encargaría de buscar a Julio, pero no sabía la manera tan singular que tenía de buscarle: Encargándole a otro dicho problema.

En cuanto a Rogelio, nadie sabía dónde se encontraba; ni su mujer sabía el paradero de éste. Otro que tal andaba en éste Mundo de Dios; por culpa de la infidelidad de su mujer, aunque tal vez quería ésta tener un hijo al no poderlo tener con Rogelio por ser sus cromosomas poco laboriosos, encontrándose perros.

Ahí tenía yo trabajo, al tener que buscar solo a Rogelio y sin saber dónde se encontraba éste: ¿Y si se lo dijese a don Pedro?; tal vez sería lo mejor. Pero por ahora me tenía que limitar a esperar que quisiera volver Julio a su casa, para que se hiciese cargo de los bebés; ya que desde que Antonia dio a luz su segundo hijo, Julio no la volvió a ver, pero que sí estuvo presente en el Hospital en el alumbramiento de su mujer.

En cuanto a decir algo a don Pedro sobre la desaparición de Rogelio, no hizo falta; pues nada más que me vio aparecer por la sacristía supo a lo que iba, calmándome al decirme que él también se encargaría de buscar y hablar con Rogelio para llevarle al redil, dentro de la Iglesia Católica y en sus enseñanzas, a Rogelio. Pues según el cura, la Iglesia siempre se encarga de todos sus feligreses y sobretodo de los descarriados.

Tuvo repercusión el no encontrarse en el pueblo Rogelio, ni saber dónde estaba trabajando éste por parte del Juzgado; pues esta vez el requerimiento fue para mí, a una fecha determinado y a una hora prudencial.

Cuando llegué al Juzgado vi allí a la misma persona que en su día me tomó parecer en otro requerimiento sobre los mismos documentos, dándome cuenta que conmigo no iba nada; solamente quería, aquel funcionario, saber el paradero de Rogelio y poco le pude decir de él; a demás que dicho funcionario lo vio claro, que yo no sabía nada sobre el paradero de Rogelio.

Aquel requerimiento me dio qué pensar, aunque veía que siempre era para saber si hay alguna causa imputable, o por el contrario no se debía temer nada de lo dicho. Y lo que se dijo en el pueblo, fue que Rogelio por lo menos, se encontraba en el extranjero: ¿Pero en cual país?.

Así que corrí para ver a don Pedro y éste me calmó con una sola frase, que cualquiera hubiese comprendido al oírla por boca de aquel sacerdote.

DON PEDRO -. Recogimiento, hijo: ¿Sabes lo que es eso?.

FELIPE -. ¿En qué sentido de la palabra?.

DON PEDRO -. Etimológica, hijo; etimológica.

FELIPE -. Explíqueme, padre.

DON PEDRO -. Gramaticalmente, tal como se escribe; pues eso: Etimológicamente.

FELIPE -. ¿De recogimiento, espacial?.

DON PEDRO -. De recogimiento espiritual. Está recluso en un convento como hermano.

No me atreví a refutar a don Pedro en sus creencias; pues como todo el pueblo decía, éste cura tenía las enseñanzas del seminario metidas hasta en los huesos. Pero sí pensé que en este caso era mejor que yo indagase algo y viese la manera de hablar con Rogelio para que acudiese al . . . Como oveja descarriada.

Sabía que me estaba metiendo en camisa de once varas al obligar que decidiese a un hombre en contra de su voluntad, para convencerle hacer tal o cual cosa; pero no tenía otro medio de hacerlo y estaba dispuesto para marchar en busca del hermano Rogelio, no sabiendo cómo se lo diría a Carmela para que no se lo tomase a mal.

Esperé después de la cena, cuando los cuerpos están satisfechos y en vez de tener ganas de andar, se sientan en el sillón para ver la televisión un par de horas o para leer algún, que otro libro.

FELIPE -. ¿Sabes?, Carmela.

CARMELA -. Dime, te escucho.

FELIPE -. Te quiero hablar sobre mi amigo Rogelio.

CARMELA -. Ya sé, que nadie sabe nada sobre su paradero.

FELIPE -. ¿Y si yo le buscase?.

No la quise decir nada sobre el paradero de Rogelio para no infundir sospecha alguna de que yo era el tapadera de Rogelio, en cuanto a la desaparición de éste en el Pueblo y sí hice hincapié en quererle buscar a toda costa.

CARMELA -. ¿Tú?.

FELIPE -. Sí, yo: ¿Qué hay de malo en ello?.

CARMELA -. Para eso ya tenemos a la policía, que está dentro de su potestad y por otra parte no quiero que te metas a redentor, porque todos salen trasquilados. No intercepte la acción policial, que es peor y estate quieto.

FELIPE -. Si yo te comprendo. ¿Pero dime una cosa?.

CARMELA -. Tú dirás.

FELIPE -. ¿Cuánto tiempo hace que está desaparecido Rogelio?.

CARMELA -. Aunque tengas razón: Por Dios; estate quieto y no te metas donde no te llaman.

Así pensaba mi novia Carmela y no la faltaban razones para pensar de tal manera; pues la vida enseña mucho y hay un gran trayecto que recorrer en éste Mundo para no salirse fuera de la Ley; sabiendo que todo el camino que recorreremos en esta vida es un camino de abrojos y de cantos rodados, en donde con un tropezón te puedes caer y hacerte daño, eso si no pierdes algo más valioso que hacerte un simple arañazo.

Pero yo no me encontraba tranquilo, como ustedes habrán podido comprender, de que Rogelio no volviese nunca más con su mujer y su criatura; no, eso estaba siendo demasiado para mí, el pensar que Andrea había perdido a su marido para siempre y en un día caluroso, pero agradable, salí en el autobús camino del Monasterio que se me había indicado, por parte de don Pedro, para poder hablar con Rogelio. Y lo más gracioso fue cuando llegué a las puertas de dicho Monasterio preguntando por el hermano Rogelio: Nadie sabía nada sobre dicho nombre; pues allí, según me dijeron, no existía ningún hermano con dicho nombre: ¡Pues qué bien!.

No obstante, no me conformé con aquélla explicación y esperé en la puerta de dicho Monasterio, para ver si acaso salía, de allí, alguien conocido por mí. ¡Pero qué va!; de allí no salían más que religiosos y personas boatos con el breviario en las manos.

Pero por fin tuve un feliz pensamiento; pues Rogelio era un hermano, al que se le ha elegido trabajo en dicho centro religioso y ese trabajo, según he oído, sería de cuidar el huerto, de mantenimiento y de traer y llevar cosas desde el Monasterio a otro lugar; eso sí, que posiblemente estaría en tales faenas, por lo tanto estaba mal situado y me fui en busca de la puerta trasera del Monasterio, esperando acontecimiento.

No tardaron en llegar dichos acontecimientos; pues vi a un hermano que sacaba la basura a la calle y como no podía más me dirigí a él dándole el alto y los buenos días, para que no se asustase.

Dicho hermano, se encontraba de espaldas hacia mí, vertiendo la basura en el contenedor de la misma y como al parecer no me había oído, alcé la voz para saludarle de nuevo.

FELIPE -. Le he dicho, que buenos . . .

HERMANO -. ¡Que sí!, Felipe; que te he oído.

Y como todavía se encontraba de espaldas a donde yo estaba, no le hubiese reconocido al no ser por la voz: Era Rogelio en todo su esplendor. Un Rogelio desaparecido hacía ya bastante tiempo.

FELIPE -. ¿Pero eres tú?.

ROGELIO -. ¿Quién voy a ser?.

FELIPE -. Vengo para hablarte de tu familia.

ROGELIO -. Ya me ha hablado un fraile y me ha aconsejado, que hago mejor labor pastoral en mi casa que aquí en el Monasterio.

FELIPE -. ¿Entonces?.

ROGELIO -. Pienso volver a mi casa; pero la tengo que dar un tiempo a esta comunidad para que encuentren a otro hermano y pueda hacer las labores que se le encomiende.

FELIPE -. Sí: Como sacar la basura.

Aquello lo dije yo con una especie de rin tintín; debido a que yo creía que Rogelio servía para más no solamente para sacar la basura, cazándome dicha burla Rogelio para más tarde quedarse serio todo él como pensando en mi risa y en lo que significaba; él sabía, muy bien, que yo no me reía de él, si no de algo exterior a él, algo que estuviese al borde de él.

Me despedí de Rogelio muy amablemente y volví a mi casa llevando la noticia de que mi amigo tenía la idea de volver; pero antes de decírselo a su señora Andrea, me dirigí a la casa del cura, esta vez fui directo a su casa para transmitirle dicha noticia; pues él sabría, mejor que yo, como obrar en consecuencia.

Al cabo de poco tiempo ya lo sabía todo el pueblo y se disponía a dar el recibimiento, como se merecía, a Rogelio en el momento que pisase dicho pueblo, Cosa que no tardó en llegar; pues en unos días teníamos allí a mi amigo, en compañía de su señora Andrea y de su hijo; ya que había nacido este.

Todo estaba volviendo a su orden, cada uno en su casa y en la casa de todos Dios; aunque los unos y los otros tuviesen un pesar dentro de su Alma por saber que aquellas criaturas habían sido concebidas extra matrimonialmente y que ellos no eran los padres, pese al sentido paternal que tuviesen. Pero se amoldaban a las formas y a los hechos de serlo en cualquier momento y circunstancias: Eso estaba mejor.

Rogelio tuvo que hacer frente al hecho de haber reseñado con la firma de su tía un documento de los que formaba parte aquel legajos del testamento y como toda culpa se paga, éste tuvo que hacer frente con una indemnización económica bastante fuerte.

Y una mañana en la que me estaba dando un paseo por los alrededores de la finca de Rogelio, éste salió a mi encuentro con una propuesta.

ROGELIO -. Me agrada verte por aquí.

FELIPE -. ¿Sobre cuanto te agrada?.

ROGELIO -. ¿No comprendo?.

FELIPE -. ¿Qué cuanto es?.

ROGELIO -. Lo que un hombre no puede pagar.

Me dijo la cantidad de dinero que tenía que quedar en depósito, como fianza, y yo hice una mueca con la cara de que aquello era demasiado para una persona; pero de repente me salió al quite, Rogelio, con una sola idea.

ROGELIO -. No es que te pida todo ese capital; pero necesito que me lo prestes en parte, no todo, pero sí necesito que me prestes algo para poder hacer frente a dicho pago.

FELIPE -. ¿Y si no?.

ROGELIO -. Si no: La reclusión.

Me callé por un momento, pero como veía que Rogelio estaba sufriendo enseguida abrí la boca para emitir algún sonido característico, como para decirle algo a su favor.

FELIPE -. ¿Ya veré lo que puedo hacer?.

ROGELIO -. ¿Pero puedes hacer algo, por mí?.

FELIPE -. Te he dicho: Que ya veré lo que puedo hacer; de modo es que puedo hacer algo. ¿No te parece?.

Le parecía; desde luego le parecía mentira que se viese así, pero por otra parte conservaba la finca, que era su interés y eso le reportaba un gozo enorme.

Entre que si ayudo a uno, doy consejos al otro y mientras yo me iba quedando sin parte de mi dinero y encima me quedaba sólo, más solo que la una: ¿Haber si ahora el que iba a perder era yo?. Esa idea no se me quitaba de la cabeza, hasta el punto de tener que consultar con el sacerdote y éste, don Pedro, me aconsejaba en lo referente a mi simple opinión.

DON PEDRO -. No te veo yo tan desvaído, como tú dices.

FELIPE -. Que sí, don pedro; que me he quedado solo en medio de todos ellos, pues hasta mi novia Carmela la veo muy fría en sus relaciones sentimentales con respecto a mi persona.

DON PEDRO -. ¿Haber si es que te lo parece a ti?.

FELIPE -. No don Pedro, que lo es.

Aquel cura se quedó pensando un poco y dando un paso atrás para después conseguir adelantar aquel paso otra vez hacia delante, se ponía, unas veces, mirando a una parte para después mirar a la otra parte como buscando la respuesta y al parecer la respuesta no estaba en el aire, que le vino a la cabeza en forma de inspiración.

DON PEDRO -. Hijo: No sabes lo agraciado que eres; pues si de momento tu novia Carmela está poco a gusto contigo, ya verás como todo vuelve a su normalidad en el trascurso del tiempo. Dala tiempo y ya verás como todo se borra en la vida a base de tiempo.

FELIPE -. ¡Y si no?.

DON PEDRO -. Si no; vente a la Iglesia, que pidiendo con fe se alcanza todo, hasta lo más increíble.

Salí de allí más calmado al saber que con fe iría a romper la barrera que había, infranqueable, entre Carmela y yo; pero no por eso iría a echar más leña al fuego, no fuese que se avivase dicho fuego y me quemase por completo.

Llegué a casa con un propósito, el portarme lo mejor posible con Carmela, no dándola problema alguno y siéndolo noble y fiel como un buen amante.

Carmela, al verme así tan conformadito, me comenzó hablar de la posibilidad de transformar nuestras vidas en una unión sagrada y ya sabía yo lo que era esa unión sagrada; pues no era otra cosa más que el santo matrimonio; por lo tanto no pude por menos que acometer dicha conversación con algo positivo.

FELIPE -. ¿Creo que te refieres a nuestra unión?.

CARMELA -. Sacramental: ¿No?.

FELIPE -. He dicho a nuestra unión.

CARMELA -. ¿Porque tú ya estarás preparado?.

FELIPE -. ¡Mujer!; si al cabo de tanto tiempo viviendo contigo no voy a estar preparado: ¡No sé a qué voy a esperar para estarlo!.

Se dejó caer sobre mi hombre, sentándose en el sofá junto a mí con una maestría de mujer ducha y preparada en los menesteres de la vida, sobretodo en el cariño y en el amor. En ese cariño que me estaba dando Carmela, pese a las vicisitudes que habíamos pasado los dos juntos y al mal trecho de aquellos escollos, en donde vinieron dos criaturas a la vida sin haberlas esperado.

No obstante me fui hablar con el cura sobre el deseo reiterativo de Carmela, sobre la idea que tenía de quererse casar cuanto antes y así poder tomar una decisión.

DON PEDRO-. ¿No digas nada?: Ya sé lo que me vas a decir.

FELIPE -. Le pido su consejo.

DON PEDRO -. Habiendo pasado todo el turbión que se te había echado encima y por otra parte, considerando que Julio se ha hecho cargo de esas criaturas, creo prudente aconsejarte que debes casarte como Dios manda.

FELIPE -. ¿Usted lo cree, padre?.

DON PEDRO -. No solo lo creó, si no que estoy convencido; pues otras veces se ha esperado mucho habiendo volado el pájaro del nido.

Comprendí lo que me quiso decir aquel cura, ya que él tenía más experiencia que yo en dichos menesteres y como él decía, que se le habían dado casos, otras veces, por mucho esperar a donde el nido se había encontrado solo, al salir volándoles los pájaros.

A mí me entraron muchas ganas de llegar cuanto antes a casa y poder hablar con Carmela sobre nuestra sagrada unión y no tardé mucho tiempo en hablar de nuestra boda; pues ella misma me provocó para iniciar yo la conversación sobre lo que nos acontecía, que era nuestra boda.

FELIPE -. ¿Te veo inquieta?.

CARMELA -. ¿Tú lo crees?.

FELIPE -. No solo lo creo; si no que lo estoy viendo. Te mueves mucho y no te encuentras bien en el sofá.

CARMELA -. No sé que es lo que me pasa.

FELIPE -. ¿Tal vez piensas en nuestra boda?.

CARMELA -. No, qué va: Pero mira tú, por dónde, ahora que lo dices pienso que es porque has pensado ya algo sobre nuestra unión sentimental.

FELIPE -. Como Dios manda.

Al decir yo aquello, Carmela se me quedó mirando con unos ojos descomunales, abiertos de par en par; como si presintiese una buena respuesta por mi parte y yo no me hice por rogar mucho.

FELIPE -. Dentro de la Santa Madre Iglesia.

CARMELA -. ¡Ole, ahí mi niño!.

Y levantándose del sofá, como si lo hubiese hecho con un resorte, comenzó aplaudí desesperadamente a dicha propuesta que yo la estaba haciendo en aquella precisa hora, una hora para ella encantadora; pues hasta la cambió el color de la cara, se la puso rosada del todo.

Los dos días siguiente trascurrieron para mí normalmente; pero parece ser que no era así para Carmela; Pues ya había recabado información al sacerdote sobre los papeles que hacían falta para nuestra boda y éste la había informado de los mismo, con detalles y todo.

Yo me enteré en el transcurso del quinto día, cuando llegué a casa para merendar, me senté en la mesa en espera del primer plato; pero tuve sospecha de que Carmela no había hecho la comida, cuando todavía no tenía ni el mantel puesto en la mesa. Pero eso sí, que vino con unos papeles echándolos encima de la mesa.

Cogí aquellos papeles leyéndolos detenidamente y al ver de qué se trataba quise que me lo afirmase mi novia Carmela, dando una gran voz.

FELIPE -. ¿Qué es esto?.

CARMELA -. Los papeles de nuestra boda. Toda pareja tiene que rellenar impresos y nosotros no íbamos a ser menos.

FELIPE -. ¿Cuándo los has recabado?.

CARMELA -. Hace ya, por lo menos, cinco días que fui al sacerdote para enterarme qué papeles hacían falta para que nos casara.

FELIPE -. ¡Cinco días!.

Lo dije así, con una exclamación que me salió del Alma, de dentro de mi ser, como asustado por no saber yo nada al respecto de dichas gestiones que estaba haciendo Carmela a mis espaldas.

CARMELA -. ¡Pues sí!. Hace cinco días que gestiono dichos papeles.

No los tuvieron que pedir aquellos papeles, que los tenían; por lo tanto sobre entendí que el sacerdote los había pedido hacía ya varios días antes, cuando yo le fui a ver en su casa para pedirle consejos y los consejos se trasformaron en un ferviente deseo, por parte de aquel cura, en casarnos cuanto antes.

Lo mismo que se pusieron las amonestaciones sin otro preámbulo que no fuese la agilidad por acelerar la boda y no demorarla por más tiempo.

JOSEFA -. Enhorabuena.

Así se expresaba la señora Josefa un día que pasé por la finca donde laboraba su marido, el señor Clemente, y para más colmo de mi asombro vi que se estaba preparando un vestido que tenía comprado hacía poco.

FELIPE -. Si lo dice usted por las amonestaciones, la doy las gracias.

JOSEFA -. ¿Por qué lo iba a decir?.

FELIPE -. No hay otra causa más. Veo que está atareada, la dejo a usted.

JOSEFA -. Me estoy arreglando este vestido para su boda; se me ha quedado estrecho y como lo he comprado hace poco, no quiero ni puedo comprar otro vestido: Son carísimos los vestidos de boda.

FELIPE -. Pues sí.

Todo quedó ahí, de que no podía mercarse otro vestido la señora Josefa por haber desembolsado, hacía poco tiempo, un cierto dinero en el que estaba arreglando y su economía no estaba para tales despilfarros.

Pero eso sí: Se invitó sola a la boda, daba por hecho de que nosotros la fuésemos a invitar a ella y a su marido; por lo tanto un arreglo por aquí, un apaño por allí, quedaría perfectamente equipada para la boda, en aquel acto ceremonial que haríamos Carmela y yo.

Aquel día llegué cuanto antes a mi casa, viendo cocinar a mi novia Carmela un buen rato y cuando nos pusimos en la mesa para merendar comencé hablándola de algo que en sí era banal para nosotros, pero muy importante dentro del acto que celebrásemos en aquel día social con respecto a las personas que asistiesen a nuestra boda.

FELIPE -. Carmela.

CARMELA -. ¿Dime?.

FELIPE -. ¿No te has parado a pensar cómo podemos agasajar a los invitados?.

CARMELA -. No había caído en ello.

FELIPE -. Siempre se los ha dicho que son comensales a los invitados.

Y pensando un poco mi novia Carmela, comenzó a cavilar haciendo toda clase de sugerencias, al respecto, de cual iba a ser el local y la manera de agasajarlos a dichos comensales.

CARMELA -. Tendremos que alquilar un local.

FELIPE -. No hay muchos locales en el pueblo, como para elegir.

CARMELA -. Yo he pensado en el bar de frente de nuestra casa.

FELIPE -. No hay otro local.

CARMELA -. ¿Y a qué esperamos para contratarlo?.

Dejamos la comida encima de la mesa y salimos los dos a la calle con una sola idea, el contratar el local de aquel bar, en donde se daban comidas; pues tenía un comedor bastante espacioso y en donde los sábados se celebraban allí unos guateques primordiales para los jóvenes.

Cuando llegamos a casa, la comida se encontraba ya bastante fría y en un rato la calentó Carmela; pero créanme, que yo apenas probé bocado alguno, pues me encontraba preocupado por la buena marcha del acto social que se iba a celebrar en aquel local del bar de enfrente que de comer algo.

Carmela no se estaba dando cuenta de que yo no comía apenas nada y me arrimaba la comida, que me había presentado en la mesa, como si yo me la estuviese comiendo toda. Me tenía hasta tres platos diferentes puestos en la

mesa para que yo los degustase, pero mi apetito como les digo estaba a cero; hasta que se percató Carmela de que no probaba bocado alguno de su comida, hecha con todo esmero.

CARMELA -. ¿Y esto?.

FELIPE -. No tengo hambre.

Desde luego que no tenía hambre; pues solamente pensaba en el día de nuestra boda, en que todo saliese a pedir de boca, como se suele decir y no faltase nada al respecto para agasajar lo mejor posible a los comensales.

Cuando todo parecía que estaba hecho, me asaltó Carmela con una idea; había que hacer alguna impresión para que los invitados supiesen que estaban siendo llamados a tal acto.

CARMELA -. Todo no queda ahí.

FELIPE -. ¿Pero todavía hay más?.

CARMELA -. ¿Cómo crees tú que se van a enterar las personas de que las invitamos?.

FELIPE -. Tengo primos lejanos.

CARMELA -. Y yo parientes en otros pueblos. Tenemos que imprimir algunas invitaciones.

FELIPE -. ¿Cuántas?.

CARMELA -. Según las personas que vayamos a invitar.

FELIPE -. ¿Cuántas crees tú?.

Carmela se puso a pensar y yo hice lo mismo, no sabiendo bien a cuantas personas invitaríamos a nuestro enlace, que por otra parte serían futuros comensales; pues al señor del bar no dimos número alguno de las personas que iban asistir al banquete nupcial.

CARMELA -. No más de un ciento de personas.

No más de un ciento de personas: ¡Todo el pueblo!; pero si aquello era todo el pueblo, no quedaba ni una sola persona sin invitar, ya que entre primos lejanos y parientes no eran más de una decena.

Se encargaron unas invitaciones en una imprenta de la Capital y cuando estuvieron hechas las repartimos en el pueblo a cada habitante y las diez restantes las mandamos, por Correos, a sus respectivas direcciones y al parecer ya estaba todo hecho; lo malo era que me faltaba hacer una cosa y esa cosa era un trago considerable para aquel tiempo: El dar la despedida de soltero a todos los invitados de la boda el sábado anterior a la misma.

Los días sucesivos siguió todo igual para mí, al no ser que una mañana cuando me dirigía a dar un paseo por los alrededores de la finca de el señor Clemente me abordaron todos los chicos de mi clase con la sola idea de felicitarme por mi enlace matrimonial y me desearon mucha suerte en mi nueva vida. Aquel acto solidario me invadió mi ser en un completo sobrecogimiento por haber tenido dichos chicos la deferencia con respecto a mi persona de haberme esperado aquella mañana para darme las felicitaciones pertinentes.

Me invadió la alegría todo mi ser y me produjo un relax confortable dentro de mi persona, que no sabía yo muy bien cómo definirlo. Y cuando volví a iniciar mi camino, ya iba yo de otra manera, más alegre y más conforme conmigo mismo; hasta el punto que sin darme cuenta había sobrepasado la casa de campo del señor Clemente y estaba llegando a las inmediaciones de la Capilla Gótica.

Y como ya me encontraba allí, decidí irme a sentar en la pared medianera; pues daba la sombra y al momento oí algo así como unos lamentos que procedían de dentro de dicha capilla. Me levanté de donde me encontraba sentado y me dirigí a la trampilla por donde se entraba en dicho recinto y entonces oía más fuerte dichos lamentos; parecían de una mujer, que con su pesar la estuviese pasando algo malo, no físicamente, más bien moralmente.

Me deslicé, por así decir como si fuese un reptil, por las gradas que habían en la entrada hasta llegar adentro de la capilla, para no ser visto ni oído por la persona que así se lamentaba.

¡OH!; sorpresa de sorpresa, pues la persona que así se lamentaba era, ni más ni menos, que Antonia: Pues se encontraba sola en dicha capilla llorando a mares.

No sabía yo lo que hacer en aquel momento de desesperación para Antonia, si presentarme a ella o salir de allí sin que se hubiese percatado de que yo había estado en dicho lugar; pero por otra parte eso no era mi condición, ya que Antonia necesitaba alguien que la dijese algunas palabras de consuelo y ese alguien era yo.

Nada más que Antonia me vio entrar en la capilla, se levantó; pues estaba recostada a la columna y a su capitel con sumo desconsuelo y allegándose a mí me abrazó desesperadamente. Un abrazo, como el que no tiene más salvación que la persona a la que tiene en frente y yo la acogí con delicadeza, poniéndola su cabeza en mi hombro para que sintiese alivio a su dolor.

ANTONIA -. ¡Qué vergüenza, por Dios!.

FELIPE -. Nada de eso; eres persona y sientes como persona las cosas que te pasan y lo que te está pasando lo sé yo muy bien.

Antonia me miró, con una mirada de consuelo; como si esas pocas palabras que yo la había dicho fuesen suficiente como para enderezar su agonía en aquel día. Pocas palabras fueron lo que la dije yo en aquel momento, pero suficiente como para que confiase en mi persona y me dijese lo que la estaba pasando.

ANTONIA -. ¡Claro que lo sabes!.

FELIPE -. ¿Entonces?.

ANTONIA -. Entonces, nada de nada. Que Julio ni me mira; está en casa como si no fuese la suya.

FELIPE -. Pero lo es.

ANTONIA -. ¡Claro que sí!.

Al decirlo yo aquello a Antonia, ésta me miró como queriendo escudriñar en mí el afecto personal y la contundencia de aquellas palabras, el querer saber si yo la había dicho aquello con convicción y cuando estuvo segura de que sí se lo decía con el corazón en las manos me apretó más fuerte con sus brazos en todo mi cuerpo.

Fatalidad de fatalidad; que cuando estábamos saliendo de la Capilla Gótica, Antonia y yo, se encontraba allí la señora Josefa mirando como salíamos de dicha capilla y sin pensarlo dos veces apostillé mi entrada en dicho recinto.

FELIPE -. He entrado en la capilla al oír sollozos de una persona; pues me encontraba dando un paseo por estos lugares.

JOSEFA -. ¡Ya!

No sabía yo si ese ¡ya!, significase un signo de afirmación; pero más bien me parecía que lo dijo la señora Josefa con una simple desconfianza a lo que yo la estaba diciendo; pues a las pruebas se remitía, ya que teníamos dos criaturas en común y como ahora había pasado otras veces. Lo cierto era que Antonia no se cortaba nada, pero que nada, delante de la señora Josefa; es más, que poniéndose bien las faldas se acercaba a la señora Josefa con toda clase de confianzas.

ANTONIA -. Me encontraba deprimida.

JOSEFA -. ¿Y la ha consolado, el señorito Felipe?.

Nos quedamos mirando, Antonia y yo, como queriendo saber el significado de aquellas palabras que en forma de pregunta nos había echado la señora Josefa. Pero sin esperar, ésta se despidió de nosotros yéndose camino de su casa, no mirando para atrás, como no queriendo hacernos daños alguno; como esperando que nosotros dos, Antonia y yo, nos hiciésemos alguna caricia al despedirnos.

Vimos como se alejaba la señora Josefa moviendo la cabeza de un lado al otro, como queriendo poner, ella sola, las cosas en su sitio. Se estaba alejando de nosotros aquella señora sin ningún convencimiento de que todo había sido un caso fortuito al acercarme a dicho lugar y poder oír los sollozos de Antonia.

No sabía qué pensar cuando me dirigía a mi casa; no fuese a ser que la señora Josefa se fuese de la boca, como se suele decir; pero no, no creía que ésta señora hablase nada de lo que ella había visto. Y cuando llegué a mi casa me encontré allí a la señora Josefa en compañía de mi novia Carmela, quedándome como el hielo de frío por no saber qué estarían tratando las dos en ausencia mía.

Yo entré en casa como si nada pasase y como sino me hubiese encontrado a ninguna persona en mi paseo; no fuese a ser que la señora Josefa no la hubiese dicho nada a Carmela, capoteando yo aquel temporal, que en caso contrario se me estuviese echando encima.

CARMELA -. ¿Mira lo que me está diciendo la señora Josefa?.

¡Ya estaba!; se me había echado encima todo el pesar que yo traía en mi Alma; pues al decirme aquello Carmela, no podía ser otra cosa más que había contado, la señora Josefa, el secreto que debía callar. Ese secreto de hacía media hora, al vernos juntos a Antonia y a mí en la Capilla Gótica.

FELIPE -. ¿Dime?.

Aquel dime lo dije yo con la sola convicción de querer saber lo que la había dicho la señora Josefa, demostrando interés por lo que estuviesen hablando las dos señoras y disimulando mi nerviosismo para darla toda clase de confianzas a Carmela.

CARMELA -. Que si queremos celebrar la boda en la casa de campo que tiene arrendada el señor Clemente, lo podemos hacer; ya que tiene amplios departamentos en su interior y no nos costará nada.

JOSEFA -. En otros pueblos lo han hecho.

FELIPE -. Pero yo he apalabrado el salón al señor del bar de enfrente de nuestra casa.

JOSEFA -. ¡Ah!; si usted lo tiene apalabrado, no digamos más.

Menos mal que me comprendió la señora Josefa, pero no así mi novia Carmela; pues la vi removerse en la silla, donde estaba sentada, con ganas de decir alguna cosa y vaya que si la dijo.

CARMELA -. No importa; se dice que tenemos otro lugar para celebrar la boda y no nos cobran nada.

Se levantó, de su silla, la señora Josefa moviendo la cabeza en señal de no estar conforme a lo que decía mi novia Carmela.

JOSEFA -. Pero si ha comprometido su palabra, es mejor dejarle seguir hacia delante con ella.

Sabia decisión, por parte de la señora Josefa, ya que yo no era hombre de romper mi palabra así como así, yéndose aquella señora de mi casa, sin haber dicho una sola palabra de lo que había visto hacía poco tiempo en el lugar de la Capilla Gótica. Yo la di las gracias por la deferencia que había tenido al pensar en las dependencias que hay en la casa de campo donde trabaja su marido, el señor Clemente.

Cada día que se aproximaba la fecha de la boda yo me ponía nerviosos perdido por saber que me iba a casar y preguntándome si acaso servía yo para tales menesteres; pues dicho estado social no era igual al que me encontraba ahora, que al parecer no tenía tantas responsabilidades como tendría una vez casado. Pero, sí; si comprendí que estaba preparado para casarme y por supuesto me portaría todo lo bien que pudiese con Carmela.

Otra duda me surgía, dentro de mi cabeza, ya que no sabía yo cómo se iría a portar Carmela conmigo; pero que al parecer se portaría bien, pues lo había demostrado durante todo el noviazgo.

Y la fecha de la boda estaba ya llegando, cuando me pasó un caso inédito; pues salió a mí Antonia, una mañana que estaba dando mi paseo cotidiano por el camino agrícola de la finca.

Yo veía que Antonia llegaba a mí tapándose con la mano la falda por adelante, haciéndola como una especie de hueco, sin saber yo de qué se trataba y a qué era debido eso, y hasta que no estuvo a mi lado no me di cuenta de que Antonia guardaba algo allí.

FELIPE -. ¿Qué traes ahí?.

Se levantó la falda dejándome ver su entrepierna ahuecada con un vidrio incrustado ahí; para después dirigiéndome con un brazo hacia adentro de la Capilla Gótica, me repuso.

ANTONIA -. Ya ves lo que traigo aquí.

FELIPE -. Es muy fácil de quitar.

ANTONIA -. Yo lo estoy intentando toda la mañana sin conseguirlo.

FELIPE -. Porque ha cogido aire.

Con una mano la sujetaba la tripa y con la otra la espalda con idea de que se inclinase sobre sí y así poderla quitar aquello que estaba siendo una vergüenza para ella. Y cuando había conseguido yo que Antonia se doblase hacia delante, la hice una señal con la mano para que permaneciese así durante un tiempo determinado. Y como Antonia me había entendido, yo me agaché también para coger una piedra y dar fuerte con ella en aquel vidrio que la estaba deshonrando a Antonia. Sonaron los trozos de aquel recipiente de vidrio al caer al suelo y dar con otras piedras como si en sí se quejasen; pues no era muy normal eso en una persona adulta.

Se quiso levantar, pero yo la retuve; ya que todavía tenía metida la boca de aquel recipiente dentro y no fuese que se la cayeran dentro trozos de vidrios, permaneciendo de la misma postura Antonia hasta que yo cogí el trozo que quedaba de la boca de aquel recipiente y ahuecando y separando tiré de ella consiguiéndola sacar aquel vidrio dentro de sí. Dando Antonia un gran suspiro, como si quisiera aliviar su cuerpo de algo malo y pesado a la vez, para más tarde sentarse en un capitel que había allí cerca y mirarme con cara de vergüenza.

ANTONIA -. ¿Qué pensarás?.

FELIPE -. Que no me habías encontrado.

Cuando la dije yo eso a Antonia, todavía se la puso la cara más rosada que una rosa y haciendo un gesto característico de mujer, me insinuó algo que yo no esperaba.

ANTONIA -. ¡Anda!; engreído.

Ahora era un engreído, pero cuando yo la estaba haciendo falta no sabía muy bien lo que yo podía ser para ella y además eso de tener dos hijos juntos no era cosa de echarlo a menos.

FELIPE -. ¿Ahora soy un engreído?.

ANTONIA -. No hombre; es un decir, ya que has sido un poco petulante hacia mi persona al decirme que me ha pasado eso por no encontrarte a ti.

FELIPE -. Tú, estropéalo más.

ANTONIA -. No es mi interés en estropear nada, ni en romper nada; ya hemos roto bastante. Pero los deseos se me han quedado; al no haber relajado los nervios.

Y volviéndose a remangar la falda me enseñaba de nuevo su entrepierna, pero esta vez limpia de vidrio y como esperando algo que yo no la podía dar a unos días de mi boda; pues no quería ser infiel a Carmela para nada.

Pensé lo que arrastra tras de sí una botella; sea donde sea, en el bar o puesta en otro sitio y en esta ocasión no iba a ser menos, ya que los trozos rotos de vidrios que había en el suelo lo estaban diciendo.

Cuando hice ademán de salir de dicho receptáculo me agarró de la solapa la chaqueta reteniéndome allí con ella y con un esfuerzo considerable consiguió tumbarme en el suelo, en un montón de paja que había allí, desde tiempos inmemoriales, para dar de comer al ganado.

Salí de allí con el Alma rota de pena al saberme que había sido infiel a mi novia Carmela, aunque hubiese sido a la fuerza; ya que me lo puso de bandeja, comenzando ella dicho acto.

Y como, al parecer, se me notaba lo que había hecho; ya que iba como colorado y con los nervios ateridos por el pesar de haber cometido dicho acto con Antonia estando a pocas fechas de mi boda con Carmela, me paré en la meseta para que me diese el aire en las sienes y ver si me despejaba: Pero qué va, si cada vez estaba más azarado y mis nervios no daban abasto para saltar de roca en roca y de trecho en trecho del camino, al sentir yo ese placer por volver a pensar en lo mismo.

No sé cuanto tiempo permanecí allí; pero lo cierto era que cuando me dirigía a mi casa vi aproximarse a mí novia Carmela muy decidida en estarme buscando, pues eran ya horas avanzadas de la tarde y no había acudido a casa para merendar a su debido tiempo. Y menos mal que ya se me había pasado el estado de inquietud que tenía en mi Alma al pensar en el acto de aquel día y en dicho momento.

CARMELA -. ¿Qué haces, hijo?.

FELIPE -. Te cuento: Me he quedado dormido, sentado en una piedra en el camino.

Me salió así, de repente, como si aquello que yo la estaba diciendo a Carmela fuese verdad y con suma convicción en mis palabras que no hubo manera de refutarme lo que yo la dije a mi novia.

CARMELA -. ¿Te pasa algo?.

FELIPE -. No, nada. ¿Por qué me dices eso?.

CARMELA -. Es raro que una persona se quede dormida en el camino sino la pasa nada.

E iniciamos el camino rumbo a nuestra casa sin apenas hablarnos nada y de vez en cuando Carmela me echaba una mirada para ver cómo iba y poderse conformar con aquello que yo la había dicho: Que me había quedado, en pleno camino, dormido.

Está visto; cuando se quiere a una persona no se piensa nada y sobretodo si ese algo que vas a pensar es malo para ti, para tus intereses sobre esa persona. Es como un acto reflejo, en donde rechazas pensar algo que no te agrada sobre dicha persona.

Aquella noche trascurrió con plena normalidad y hasta creo que amaneció más temprano que otros días yéndome a la Iglesia para ver al sacerdote y pedirle consejos sobre mi desventura con Antonia.

DON PEDRO -. ¿Tú dirás, hijo?.

FELIPE -. Don Pedro, no tengo remedio.

DON FELIPE -.Sí, hijo; si lo tienes. La que acosa es Antonia y tú dentro de tu sentido de hombre te dejas hacer; que esa es tu culpa. Sepárate de ella, huye y ya verás como te va mejor la vida.

Me lo dijo como entrecortado, sin convicciones algunas en sus palabras; ya que dicho cura no tenía ninguna confianza en mí con respecto a dicho tema; no en sí a mí persona, que sabía él muy bien lo que yo podía dar de sí en mis ambiciones religiosas, pues era muy devoto y me hacía mucho caso de sus explicaciones.

Yo veía en él poco interés para aconsejarme el rumbo que debía tomar en cuanto a Antonia; solamente se limitó a decirme que la huyera y tal vez tendría razón, pues si la buscaba era peor para mi persona ya que sucumbía a sus intereses. Por eso me fui a dar el paseo, aquel día, por sitios diferentes de donde los daba yo siempre; salí a través de montes y cerros, descubriendo yo una flora y una fauna como nunca la había visto: Que si allí, tomillos; que si allí, jara; que si allí, yesca; que si allí, abrojos; que si allí, juncias; que si allí, juncos; que si allí, madroños y otras tantas plantas, unas medicinales y otras con un tono de adorno para la casa.

Alondras, mirlos, ruisiñores, petirrojos, jilgueros, aguzanieves, tórtolas, saltamontes, bubillas, cigüeñas, codornices, cernícalos, gavilanes, águilas, golondrinas y tantas aves que surca el cielo de esos montes y sierras, como poder quisiera yo ver; pero que en ese día no me dio tiempo a divisar más aves que las señaladas por mí en este detalle.

Pude observar, en un río, infinidad de peces; ya que era la corriente misma de un embalse de agua. Desde lucios siguiendo con carpas, cachuelos barbos y un sin fin de peces autóctonos que daban a la vista una visión grata y bella, por la diferencias de coloridos que había de uno a otro. En fin; que me fui a casa más comfortable que nunca y más relajado que en mi vida había estado yo, al poder observar tal cantidad de flora y aves, como nunca había visto yo.

Me notó en el estado de ánimos con el que entraba en casa mi novia Carmela, con aquella predisposición que la besé y me senté a la mesa; pues nada más que me senté di dos golpes en la misma mesa, como si estuviese tocando el tambor en ella.

CARMELA -. ¡UHI!: ¿Qué te pasa?.

FELIPE -. Alegre que viene uno: ¿O es, que no puede venir uno alegre?.

CARMELA -. Sí hijo; por que no puedes venir alegre, desde luego que sí.

Ahí quedó toda la conversación antes de servir la merienda Carmela; pues una vez que nos hubimos sentado en el sofá para ver la tele inició mi novia una conversación sobre nuestra boda: No lo dejaba; siempre que podía me hablaba de la boda, quería que saliese todo muy bien.

CARMELA -. ¿Sabes?.

FELIPE -. Tú me dirás.

CARMELA -. He pensando que si celebramos el banquete en la parte de la finca que trabaja el señor Clemente nos saldrá más económico y no tendremos que desembolsar tanto dinero.

FELIPE -. ¿Quién irá a decírselo al barman de enfrente?.

CARMELA -. Tú.

FELIPE -. ¡Ah!; yo no.

No volvió hablar más sobre el tema, Carmela; por no verse acosada para tener que ir a decir lo de la celebración campera al barman del bar de enfrente. Pero toda la noche la pasó de un lado a otro; como si quisiera obtener fruto de su pensamiento, la misma idea que había tenido en la hora de la merienda y como no decía yo nada, se limitaba a ir y venir de una parte a la otra de la casa.

Yo no quería decirle nada, para que no diese hincapié lo que la hablase en un momento determinado y me viese en la obligación de desdecirme en mi palabra dada a dicho barman.

Nos costaría mucho más dinero, desde luego; pero ya había empeñado mi palabra y no iba a romperla por nada del Mundo, tenía que seguir con mi palabra dada.

Una duda me asaltaba toda el Alma y era de cómo se iban a llevar hasta la finca el avituallamiento para los comensales y sin pensarlo dos veces salí hacia dicha finca, no sin antes haberme santiguado, por si acaso viese a Antonia en su trayecto: Pero no, no la vi; ni falta que me hacía verla.

Se encontraba la señora Josefa embutiendo unas tripas de cerdo matados por ellos y al parecer era un buen cochino aquel puerco que habían sacrificado aquel día, chocándome mucho el sacrificio de aquel animal por estar en pleno verano.

FELIPE -. ¿Cómo es esto?.

JOSEFA -. Se nos había terminado los chorizos y toda clase de cecina y además este cerdo tenía mucho peso encima; no podía salir de la zahúrda, ni para comer.

Ahí se explicaba el sacrificio de aquel animal tan enorme; pues las artesas donde estaban las carnes de aquel cerdo a simple vista se las echaban así como dieciocho arrobas; o sea que por lo menos había pesado veinticuatro arrobas en bruto, quedándose en las que se han dicho en canal.

FELIPE -. ¡Ya!.

JOSEFA -. ¿Pero usted no ha venido para ver dicha matanza; ya que no sabía, ni tan siquiera, que existía la confección de dichos embutidos?. ¿A qué ha venido?.

FELIPE -. Me asalta una duda, en el cerebro.

No sabía yo que la señora Josefa las cazase al vuelo; pero era así, que en un momento determinado y sin darme tiempo acabar con la conversación repuso de inmediato.

JOSEFA -. Aquí mismo.

FELIPE -. ¿El qué?.

JOSEFA -. Se hará aquí mismo la comida y se enderezará con los mejores alimentos que existan en el mercado actual.

FELIPE -. ¿Pero si todavía no he terminado de explicarme: Cómo sabe usted lo que la iba a preguntar?.

JOSEFA -. Le he visto llegar muy azarado, con un solo pensamiento.

Tenía razón aquella señora, llegaba con los nervios a tope; como si tuviese miedo hacer algo que nunca había hecho y que mi voluntad me decía que no lo hiciese, ya que nunca había faltado a mi palabra.

Pero ésa señora, en vez de achicarse, se creció al ver la posibilidad de poderme ayudar, alegando algo que yo no me podía negar.

FELIPE -. Tiene usted toda la razón.

JOSEFA -. Usted no se preocupe. Yo misma iré hablar con el barman y el comprenderá la situación de su economía.

FELIPE -. Lo comprenderá muy malamente.

JOSEFA -. ¿Cuánto es lo que comprenderá el barman?.

Saqué la factura de un bolsillo de la chaqueta y cuando lo vio la señora Josefa tuvo por menos que exclamar: ¡por Dios y María!, persignándose al mismo tiempo que decía aquello.

Me fui de allí, una vez que la di las gracias, y me puse en espera de nuevos acontecimientos; más bien de que me llegasen noticias, por parte de la señora Josefa de que aquello estaba ultimado. Pero no, no me llegaban dichas noticias, poniéndome nervioso y sin saber lo que hacer y eso que no se lo había dicho a mi novia Carmela; pues entonces el pesar sería doble para mí.

Como no me podía estar quieto, decidí un día salir rumbo a la casa de campo donde trabajaba el señor Clemente para poder obtener alguna, que otra, noticia de su señora, Josefa, con tan mala suerte que divisé a lo lejos y en el camino a Antonia.

No sé si ésta me había visto; pero lo cierto fue que agachándome me escondí en la espesura de unas matas que había en el camino, de esas matas frondosas que salen cerca de la reguera del mismo regadío y como pensé no estar muy seguro allí, me deslicé sobre la hierba y la espesura para irme a colocar en mejor sitio, más seguro de que no me pudiese ver Antonia; y con todo y eso seguí avanzando de cuclillas hacia derroteros mejores.

Estando en dicha posición, o sea en cuclillas, noté que alguien me agarraba por el cuello de la chaqueta consiguiéndome levantar de cómo yo me encontraba: Era Antonia, que no sabía yo como había llegado allí en tan poco tiempo y sin que yo me percatase de ello.

ANTONIA -. He esperado un rato; pues creía que estabas haciendo de deposición, ya que te encontrabas en dicha posición.

FELIPE -. Pues ya ves que no.

Aquello lo dije yo un poco nerviosos, notándomelo Antonia que a la vez se puso, ella también, nerviosa y como queriéndome reprochar algo.

ANTONIA -. ¿No estarías . . .? . . .

FELIPE -. No estaba en nada.

La corté aquella pregunta por lo sano, no dándole motivo de respuesta alguna, ni de tener un pensamiento propio; ya que con fuerza de intuición la repliqué aquello que me estaba preguntando, al decirle que no estaba en nada: Quedándose un poco descolocada, Antonia, como yo había respondido.

Me sacó de allí, Antonia casi a empujones y me colocó en el camino agrícola en un momento iniciando la marcha hacia la finca de ésta; o sea, hacia la Capilla Gótica. Y como yo hacía ademán por no seguir la ruta desenfrenada para mí, Antonia me asió de un brazo instigándome para que siguiera el camino.

ANTONIA -. Tenemos que hablar.

FELIPE -. ¿De qué?.

Vi que Antonia se puso como inquieta, como si la hubiesen tirado un jarro de agua fría a la cabeza; pero se contuvo de inmediato al ver que yo esperaba su respuesta.

ANTONIA -. ¿Es que no tenemos que hablar nada nosotros dos?.

FELIPE -. Tú dirás.

Y claro que dijo, dijo de todo al verme con tanta apatía, como si nada me importase lo que ella me pudiese decir o dejar de decir; vamos , como si me diese igual que me dijese lo que me dijese. Y dando, Antonia, un paso hacia delante, me colocó cerca de la cara su cara.

ANTONIA -. Es de nuestros hijos.

Al decir aquello, Antonia, yo miré para todas las partes; como queriendo asegurarme de que no lo había oído nadie lo que me había dicho en aquel momento: Eso de, nuestros hijos. Y como Antonia era muy intuitiva, cazó en el estado de ánimos en el que yo me encontraba; pues tenía miedo a que lo oyeran las gentes, por lo tanto replicó.

ANTONIA -. ¿Pero qué te crees tú?; si las gentes saben todo lo que ha pasado entre los dos. Lo sabe hasta el mismo Julio, que está en un estado de ánimos que rabia.

FELIPE -. ¿Y tú quieres que siga pasando?.

ANTONIA -. ¿Es que tú crees que se puede cortar la amistad así como así?.

FELIPE -. Dime lo que me vayas a decir.

ANTONIA -. ¡Hijo!; lo dices así, como si quisieras recibir cuanto antes lo que yo te voy a decir para salir del paso lo más pronto posible.

FELIPE -. No es eso.

ANTONIA -. ¿Entonces, qué es?.

Ni yo mismo sabía lo que podía ser, lo que podía yo tener metido en mi misma cabeza en aquel tiempo de decaimiento para mí; ya que al abordarme Antonia chocaba con la intención que yo tenía de no quererme encontrar a ésta en dicho día.

FELIPE -. Te escucho.

ANTONIA -. Los niños tienen que pasar la revisión médica de vez en cuando.

FELIPE -. ¿Y qué?.

ANTONIA -. ¡Pues hijo!: ¿Parece que hay que entrártelo poco a poco en la cabeza, como si no comprendieses nada?.

FELIPE -. ¿Qué tengo que comprender?.

ANTONIA -. Los pueden hacer falta sangre, apoyo, algo por tu parte . . . ¿Qué sé yo?, lo que pueden hacerlos faltas a las dos criaturas, que hemos tenido juntos.

Una vez más miré para todas las partes, no encontrando en aquel sitio ninguna persona viva que pudiese oír nuestra conversación y apostillando a lo que me estaba preguntando Antonia me quedé más ancho que largo.

FELIPE -. ¡Desde luego que sí!.

Vamos; pero que lo dije así, con esa convicción de que sí iba ayudar a nuestros dos hijos en todo lo que fuese; quedándose más tranquila Antonia al oír aquello que yo la había dicho con tantas fuerzas en mis palabras.

Me hizo una caricia en la cara con una mano y yo rehuí de aquella caricia mostrándose ella un poco contrariada por aquel paso atrás que había dado yo en ese preciso momento que me estaba tocando la cara.

ANTONIA -. No te culpo. ¿Quieres a Carmela, verdad?.

FELIPE -. Sí, mucho.

ANTONIA -. Cásate con ella.

FELIPE -. Es lo que voy hacer.

Antonia miró para el suelo como queriendo decirme algo que no se atrevía de momento, pero que más tarde irguió la cabeza mirándome fijamente a los ojos para en un momento determinado abrir los labios pronunciando algunas palabras que yo ya me suponía; pero que me eran dolorosas el que alguien me las recordase.

ANTONIA -. Carmela te quiere; pues de lo contrario una mujer no se casa con un hombre así como así y máxime si ha tenido dos hijos con otra mujer, mientras tenía relaciones con ella al mismo tiempo.

FELIPE -. ¿Tú qué sabes?.

ANTONIA -. Yo mucho: Soy mujer.

Al decirme eso, Antonia, se dio media vuelta iniciando el camino rumbo a su casa, quedándose yo como quien ve visiones; ya que ni me dijo ahí te quedas. Al verme solo me senté a la sombra de aquellos arbustos, cerca de la reguera que formaba el conducto del canal secundario, pensando en una y en mil cosas a la vez; sobretodo en lo que podía hacer yo para ayudar aquellas criaturas, que quisiera o no quisiera eran más.

Me pude dar cuenta, enseguida, que con dinero no era suficiente dicha ayuda, la ayuda que esperaban aquellas criaturas eran de afecto y cariño a la vez; cosa que yo no las podía ofrecer al casarme con otra mujer que yo quería, pero tenía que hacerme ver patentemente los afectos y los cariños, fuesen como fuesen por bien de dichas criaturas.

Se me quedó una pregunta en el tintero, que en otra ocasión se la haría a Antonia; pero ahora lo que me apremiaba era el preparar el acto social de la boda, pues el acto religioso ya se encargaba el cura en prepararlo y no era malo que corriese a mi casa para tomar parecer a Carmela y así lo hice.

Cuando llegué a mi casa no se encontraba allí Carmela, no sabiendo yo dónde podría estar ésta; así que me quedé en mi casa en espera de mi novia, ya que si saliese a por ella tal vez nos cruzaríamos y no nos veríamos. Aunque yo me estaba poniendo nervioso, pues llevaba esperándola como una hora y allí que no acudía Carmela, no sabiendo yo lo que hacer al respecto. Unas veces me asomaba a la puerta de la calle y otras miraba por las ventanas con ganas de ver a mi novia Carmela, pero ésta no acudía a casa: ¿Qué estaría haciendo?. Hasta que en una de dichas miradas, por la ventana, vi aproximarse a mi novia muy alegre y compuesta abriéndola yo la puerta de la casa para que entrase en ella.

Mientras iba entrando Carmela en casa me hacía una caricia en el mentón de la barbilla dándome un beso con todo el amor del Mundo.

CARMELA -. Ya estamos casados.

Aquello me lo dijo así, como si nada; pues ni tan siquiera se inmutó y yo me quedé como quien ve visiones y musarañas por todas las parte, no sabiendo lo que contestar.

FELIPE -. ¿Cómo es eso?.

CARMELA -. Por el Juzgado; claro está.

FELIPE -. ¿Explicame eso?.

CARMELA -. Se ha encargado de todo el sacerdote, don Pedro.

FELIPE -. ¿Y . . . ? . . .

CARMELA -. Tenía tu firma.

FELIPE -. ¿Cuando la he echado yo mi firma?.

CARMELA -. ¿No te acuerdas del impreso que firmaste el otro día?.

FELIPE -. Pero ese me lo distes tú.

CARMELA -. Pues ese.

Carmela me había casado sin yo saber nada; solamente había dado el impreso al párroco y éste lo había llevaba al Juzgado para su registro, antes se podían hacer esas cosas.

¡Bueno!; ya estábamos casados por el Juzgado y ahora faltaba casarnos por la Santa Madre Iglesia, siendo esto otra canción, pues después tendríamos que acometer con el acto social del banquete: Que no era poca cosa.

Aquel día de estío y de calor salí de casa con el Alma compungida; ya que no quería ver para nada a Antonia, pues ya tenía yo mujer legal dentro de los parámetros sociales de las Leyes nacionales. ¡No!; no la quería ver para nada aquella señora que se jactaba de tener dos hijos conmigo y ninguno con el hombre que los debía tener.

Pero la fatalidad gozaba de buena suerte para ella y en un recodo de un camino recóndito, pues ni yo sabía por dónde iba, me encontré aquella mujer que me estaba esperando allí mismo, no siendo paso para ella para nada; ya que se encontraba así como a tres kilómetros de su finca.

Una vez más vio que rehuía de ella, pero en cambio se me vino recta como queriendo algo de mí, como para decirme alguna cosa que yo tenía que saber.

ANTONIA -. Me rehuyes: ¡No puede ser!.

FELIPE -. No, mujer.

ANTONIA -. Sí; tú me rehuyes a mí y no ves este cuerpo como está por culpa tuya: ¿O es que ya no te atraigo?.

FELIPE -. No digas eso.

ANTONIA -. ¡Pues no lo voy a decir!. Si me has hecho madre y me ves un poco abultadita, no atrayéndote para nada.

FELIPE -. Te digo que te equivocas.

ANTONIA -. ¿Por qué no vivimos juntos?.

FELIPE -. No puede ser.

ANTONIA -. ¿Lo ves?.

FELIPE -. No puede ser ya, que vivamos juntos.

Antonia se quedó como cortada en su conversación y dando un paso hacia atrás tomó impulso más tarde para dar ese paso hacia delante con más fuerzas todavía, que cuando reculó y asiéndome de la solapa de la chaqueta me vapuleaba a su modo y como quería, dándome las causas de lo que estaba haciendo.

ANTONIA -. ¿Es que te has casado ya?.

Yo no la respondí, pero aquel silencio hecho por mi parte la daba pie para pensar que me había casado por el Juzgado; pero tampoco podía decir ella que yo me había casado, ya que no la había afirmado la pregunta para nada. Así sería mejor; no dar tres cuartos al pregonero.

FELIPE -. Cuida a Julio.

ANTONIA -. ¿Por qué crees tú que estoy aquí yo?: Porque Julio se encuentra con esa. Todos los días que nos hemos visto, estaba Julio con esa señora.

FELIPE -. Pero es tu marido.

ANTONIA -. ¡JA!; lo era.

FELIPE -. Y lo sigue siendo.

Antonia miraba para todas las partes, como queriendo ver algo o a alguien en quien apoyarse; todo lo contrario que hacía yo en fechas atrás, que me escondía hasta de mi misma sombra. Yo sabía bien a quien quería ver Antonia, pero tal vez se confundiría, que lo estaba yo intuyendo.

ANTONIA -. Julio está mejor con su hijo.

FELIPE -. Ese silogismo hace que sea una regla de tres: Que Julio esté mejor con Andrea y yo con tigo.

ANTONIA -. ¿Y el siguiente?.

FELIPE -. ¿Cuál?.

ANTONIA -. Has dicho que es una regla de tres.

FELIPE -. El siguiente es Rogelio, que al verse desplazado tenga que volver otra vez al Monasterio.

ANTONIA -. Cuadra todo; si señor, que cuadra: ¿Entonces, a qué esperamos?. Es la hora de irse juntos.

Como yo no sabía lo que decirle me callé de momento, para pensar en lo que iba a contestarla para que no se molestase Antonia y ésta me miraba con ojos saltones, como queriendo oír una respuesta favorable a lo que ella acababa de decir.

FELIPE -. Yo ayudaré en todo lo que pueda a las criaturas; pero es mejor que permanezcamos en nuestros respectivos hogares, con nuestras parejas de derecho.

ANTONIA -. Ya hablas de derecho.

FELIPE -. ¿Por qué dices eso?.

ANTONIA -. Pareja de derecho son solamente los casados, no los juntados en pareja. Por lo tanto me afirmo más que tú te has casado: ¿No sé?; la verdad que no sé a qué ajustarme.

Mejor sería así, que no supiese la verdad; pues lo difundiría por el pueblo y se enteraría Carmela quien estaba difundiendo dicha noticia.

Una vez más nos despedimos a la ligera, sin ganas de hacerlo y sin ganas de nada: Ella se fue a la casa de campo y yo permanecí en dicho lugar una media hora más, despejándome de tal encuentro y de lo que me había propuesto Antonia con respecto a normalizar nuestras relaciones sentimentales dentro de un hogar. No estaba yo para eso; para irme a vivir en otra casa y con otra mujer que no fuese Carmela, por muchos críos que haya tenido con ella, pese a que

la quería: No crean ustedes que no tenía yo consideración con Antonia, que me caía bastante bien, pues sino no había tenido yo algo que ver con aquella señora.

Cuando llegué a casa me estaba esperando Carmela con idea de decirme algo y ese algo ya lo había yo tratado con la persona que me indicaba ella.

CARMELA -. He hablado con el barman del café de frente y ha comprendido nuestra situación.

FELIPE -. ¿Y quién comprende la suya?.

CARMELA -. ¿Cómo dices?.

FELIPE -. La situación de ese señor; pues tiene ese negocio para que le reporte dinero y no cancelar eventos apalabrados de antemano. No creo que le haya sentado ni medio bien el que hayas cancelado el banquete de boda en su local.

No hubo más conversación durante la merienda; solamente nos limitábamos a comer y a ver la televisión en una cadena que ni nos dimos cuenta cual era. Hasta que llegó la tarde y con ella el apremio de querer ultimar, cuanto antes, el embellecimiento del local donde íbamos a celebrar el banquete de boda.

CARMELA -. Que digo: Si tienes tiempo y ocasión; ya que tú te allegas al lugar donde vamos a celebrar el banquete de boda con mucha frecuencia, te allegues a tal sitio para poder ayudar a la señora Josefa y a mí misma en limpiar el local y embellecerlo, para que parezca confortable y hospitalario.

FELIPE -. ¿Has ultimado, con la señora Josefa, el contrato de celebración en su local del banquete de boda?.

Y así fue, pues en unos días estábamos pintando el local de la celebración de boda para embellecerlo y aseando un poco la cocina; una cocina amplia y con unos hornos enormes, como para dar de comer a varios gañanes pues ya se hizo en su tiempo, cuando florecía aquella finca en ganancias y en esplendor.

Se habilitaron unas enormes hoyas y perolas a la vez para el arreglo de la comida; pues en estos lugares eran muy allegados arreglar calderetas y otras viandas a base de carne, se compraba unos borregos y se aderezaban sus carnes de diferentes maneras.

Así pasamos los últimos días antes de la llegada de la boda y una vez que vimos terminados nuestro trabajo, nos recreábamos en el mirándolo fijamente de plano; como queriéndonos decir el mucho agrado que teníamos metido en nuestras Almas por las tareas bien hechas.

Y en una ocasión de descuido por parte de Carmela vi encima de una cama, en la habitación de los invitados, el traje de novia de ésta; un traje bonito y bueno donde los haya. Pero como yo había oído que traía mala suerte que el novio viese el traje de boda antes de la ceremonia me salí de allí enseguida, para romper el hechizo de ese fatuo que tiene el novio cuando ve a la novia con el vestido puesto antes de la ceremonia nupcial.

Aquella noche no dormimos ninguno de los dos, Carmela y yo; pues mi novia estuvo recorriendo dependencias de una a la otra haciendo algo que yo no sabía qué sería: Unas veces corría un mueble y otras llevaba de una parte a la otra un vestido o un traje mío, no sabiendo yo con qué idea hacía eso; pero se veía que estaba nerviosa perdida.

Amaneció; vaya que si amaneció y con el día vinieron a casa todas las señoras del pueblo para vestir y peinar a Carmela. La primera que llegó a casa fue la señora Josefa portando una mantilla que tenía de su abuela; pero que debido a la caída y porte se veía una mantilla señorial donde las haya: El bordado era tan fino y suave como la seda y los flecos terminados en bодоques bien rematados, haciendo figuras en todo su medio, como de flores y presentando una cara de una Virgen; en fin, que parecía hecho en el mismo Cielo: Así eran las personas antiguas, haciendo bien sus faenas.

Yo me sobrecogí cuando vi que tenía compañía entre los hombres del pueblo; pues allí se presentó el señor Clemente con su yerno, Julio, el Barman, Rogelio, don Leandro y un sinfín de hombres allegados a mi persona; sobretodo esos padres que tan agradecidos estaban de mi labor docente.

Pero en un momento tuve necesidades de ir al reservado viendo forcejear a las dos inocentes criaturas de mis buenos amigos, Rogelio y Julio; el uno le tenía cogido de la pechera al otro y se encrespaban con alguna que otra palabra de quíteme usted de ahí esas pajas, no habiendo otra cosa más que el querer y no poder hacer ya alguna cosa para remediar el mal cometido.

Salimos corriendo, hacia ellos, don Leandro y yo para atajar algún daño que se pudiesen hacer y calmarlos en su Alma y en su Espíritu deshecho por la ira.

DON LEANDRO -. ¡Quietos!; no seáis críos.

ROGELIO -. No don Leandro, no somos críos; es que sentimos ese rencor muy adentro de nuestras Almas.

DON LEANDRO -. El mal ya está hecho y no hay remedio para volver atrás: Pensad que tenéis unos deberes para con vuestros hijos y para con vuestras mujeres y nada más.

ROGELIO -. Yo no pienso en nada más que en coger a éste y hacerle algo: Ha faltado a mi respeto y a mi amistad.

Yo me llevé a Rogelio para adentro de la casa, donde había más personas y era más difícil una reyerta entre ellos y don Leandro se llevó a Julio; no fuese a ser que si yo le acompañase se liase un altercado entre los dos.

Todo quedó en aguas de borrajeas y calmados los ánimos, se siguió con apañar a la novia las señoras y a mí asistirme los señores; que no era poca cosa, debido a los nervios que teníamos Carmela y yo metidos en el cuerpo.

Y una vez que yo estuve vestido y bien preparado, como peinado y habiéndome revisado el traje y los zapatos los señores que me acompañaban, me hicieron salir a las afuera de la casa camino de la Iglesia; pues según ellos el novia tenía que llegar al Templo antes que la novia.

¡Antes que la novia!; pero no casi una hora antes, ya que hasta yo me estaba poniendo nervioso al no ver llegar a mi novia Carmela a la Iglesia: ¿Qué estaría pasando allí?.

Sí vi aproximarse a nosotros a una señora que con paso acelerado llegaba muy irritada para darnos una noticia con todos los deseos del Mundo y esa noticia era: Que la estaban arreglando el vestido de seda a Carmela; pues no quería casarse con el vestido tan holgado.

¡Vaya por Dios!; ahora sí que antes no: Pues tal vez por falta de ayuda no se lo podía haber hecho antes, como digo, y aprovechando el trabajo de las manos de aquellas señoras se estaba retocando el vestido de novia a su gusto.

Aquello me desacerbó; pues Carmela tenía que haber retocado su vestido de novia unos días antes y no en la misma hora que se iba a casar. No era de recibo el quererme mucho o poco; pero que sí me tenía algún aprecio, que yo sabía que sí, se tenía que haber conformado con el vestido según lo tenía.

No había pasado una hora, le faltaba al reloj pocos minutos para llegar a los sesenta, cuando se vio aparecer a toda la comitiva de señoras acompañando a Carmela: ¡Qué bien!, que ya nos podíamos casar.

La ceremonia no duró mucho, por lo menos así me lo pareció a mí y cuando terminamos la cerebración religiosa nos marchamos a la finca; algunos montados en carros de llantas y otros, los más, en dos camiones que tenía un contratista para obras, apiñados allí arriba.

Mientras se desarrollaba el banquete de la boda yo estaba alegre y satisfecho por lo bien que se estaban dando todos los eventos de aquellas nupcias, pero hubo un tiempo en el que tuve deseos de ir al escusado y cuando salí de aquella casa de campo para buscar el reservado, ya que se encontraba afuera de la casa, contemplé la grandeza de aquellos terrenos, tan bien preparados y planificados que era una delicia para mí, quedándome allí un momento viendo la gloria que había puesto Dios en la tierra; pero también pude ver el lugar de encuentro entre Antonia y yo, causándome un estupor por ello; era el lugar de la Capilla Gótica.

FIN

CRÍTICA DEL AUTOR

Es un evento de desecho desproporcionado; todo lo contrario de como tiene que ser la persona humana; pero no por ello deja de haber un atisbo de enseñanza moral, en cuanto los mismos hechos son repudiados por las mismas personas que leen la obra.

Esa obra, que con esos derrotos va hacia los sentimientos más negros de sus protagonistas, cayendo en una filosofía pantagruy y a la vez; queriendo los mismos protagonistas, que esa misma filosofía fuese pragmática: Llevar a cabo, sin despecho alguno, que dichos actos se lleven, asiduamente, a la práctica; Ya que, según ellos, no pasa nada del otro mundo, al no ver culpa de delito en dichos actos sociales. Pero al correr el tiempo y al sentarse sus Espíritus, observan lo mal que lo están haciendo y lo mucho que en sí arrastra esos hechos, en cuanto son hechos sociales; que lo único que hacen es llevar a la persona humana a la perdición.

Vuelve a brillar la Ética y la Moral; en cuanto se dan cuenta de lo descarriados que iban en sus actos; pues esos hechos se pueden hacer o no hacer, pero conllevan consigo un mal moral y social, dentro de la sociedad. Una vez más triunfa el bien ante el mal.